CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID

MAYO - JUNIO, 1948

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Director:
PEDRO LAIN ENTRALGO

3

EDICIONES CULTURA HISPANICA

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID

TABLA

DEL SER Y DEL PENSAR HISPÁNICOS

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y POÉTICA

ASTERISCOS

BRÚJULA PARA LEER

Editado por el Seminario de Problemas Hispanoamericanos.
Marqués de Riscal, 3 Madrid (España)
Ilustraciones de Tauler, Cobos, Viudes, Escasi y María Droc.

Industrias Gráficas España, México, 49.-Madrid

MAS SOBRE EUROPA Y AMERICA

CONVIENE repetir lo que se dijo en el número anterior de estos CUADERNOS : *«Un riesgo amenaza hoy a los europeos, aparte la consunción en la miseria o en la nostalgia: pensar que América, la ancha y joven América, sólo es capaz de aportar a la historia su técnica, sus primeras materias y cierto brío adolescente. Un riesgo amenaza hoy a los americanos, aparte el anegamiento en la riqueza o en la vida negociosa: creer que Europa, la estrecha y vieja Europa, no es más que una Bizancio exhausta, un continente que vive dilatando miserablemente sus propias tradiciones.» Conviene, sí, repetir esta elemental advertencia. Porque, para no salir de lo más próximo en la distancia y en la amistad, ¿acaso no han caído en ese doble riesgo dos escritores ilustres: el europeo Giovanni Papini, invidente menospreciador de la espiritualidad de América, y el americano Eduardo Caballero Calderón, proclamador tajante del ocaso histórico de Europa?*

Léase, por vía de ejemplo, el ensayo de Caballero Calderón acerca de «Lo que Hispanoamérica representa en el mundo contemporáneo». El lector quedará inmediatamente prendado por el encanto de una prosa castellana brillante y rica, admi-

rará el movimiento de una mente ágil y clara, convivirá el deleite de no pocas intuiciones estéticas nobles y delicadas. Pero si, como Aladino entre las seducciones, prosigue su espiritual andadura hasta la almendra misma del ensayo, hallará en el fondo de éste una tesis histórica errónea y, lo que es peor, peligrosa. Ante la ruina y la confusión de la actual Europa, Caballero Calderón afirma resueltamente el eclipse histórico definitivo del viejo mundo materno. Dice ante él lo que un historiador hubiese dicho ante Cartago después de la tercera guerra púnica: Deleta est Europa. *Aserto tanto más grave para nosotros, cuanto que en esa Europa moribunda o muerta hállase incluída esta asendereada España.*

Acompañemos a Caballero Calderón en su descubrimiento de España. No viene a España; vuelve a la tierra de su estirpe con alma joven y ávida: para una gran parte de su ser —de su sangre, de su espíritu— ese viaje es un retorno. Entra en Castilla cruzando la raya de Portugal y las tierras violentas de Extremadura. Le estremece el contacto de su mirada con los taludes dramáticos que el Tajo hiende; le conmueve el paso fugaz de los relieves en que se ensalza el llano severo de Castilla: los vigilantes alcores, las torres de los templos, los altos castillos abandonados. Ve moverse sobre el paisaje los hombres y los mitos del pasado: el Cid, Don Quijote, Segismundo, Don Juan de Austria. Siente amor y nostalgia. En su corazón se encienden —recuerdo y proyecto a la vez— «la generosidad de Mío Cid, el honor caballeresco de Gonzalo de Córdoba, el ímpetu creador de los Reyes Católicos, la pasión ardiente de los místicos, la justicia igualitaria de los alcaldes y la fe quijotesca de los conquistadores». Pero en el viejo solar de estos viejos recuerdos no acierta a ver sino señales de muerte: calles tristes, plazas desiertas, ciudades muertas ya. Lo cual ocurre, a la postre, porque España es una parte de Europa; y Europa, oprimida por su historia, carente de tierra virgen, sólo sería capaz de tejer y destejer las gastadas hebras de su pasado. «Las conquistas del europeo, en el orden intelectual, son buceos en el mar sin fondo de su tradición histórica, meros des-

cubrimientos de nuevas relaciones entre viejas.» ideas Repito: para Caballero Calderón, Europa —y, dentro de ella, España— constituye un mundo agotado. Deleta est Europa, deleta est Hispania. «Nosotros —dice Caballero Calderón en nombre de todos los hispanoamericanos— no somos el porvenir de Europa, sino el del europeo. España, Francia, Italia y Portugal no pueden aspirar a renacer en nosotros...; pero el italiano, el francés, el portugués y el español que vayan a Hispanoamérica, se fundirán con nosotros, y con nosotros y en nuestros hijos harán una patria mejor que la que en Europa dejaron.» Sólo en América podría pervivir bajo forma nueva la esencia de las nobles y aquí agotadas tradiciones: «Sobre todo, quisiéramos salvar el genio de una España que hemos adorado siempre...»

Tesis inaceptable y peligrosa. Es inaceptable desde un punto de vista genéricamente americano y europeo. América, toda América, ha hecho su cultura actual en comunidad espiritual con Europa, y con ella se dispone a configurar el futuro. ¿Qué problema serio, entre los verdaderamente humanos, es hoy privativo de uno u otro de los dos hemisferios? ¿Qué cuestiones religiosas, políticas, intelectuales o estéticas de Europa son ajenas a los hombres de América? El hecho de que los europeos vivan apretados sobre su escasa tierra y los americanos se huelguen sobre la suya, ancha y fecunda, modulará tal vez accidentalmente ciertos problemas políticos o sociales, pero no aporta a la vida del hombre una diferencia histórica esencial. El mismo signo ha tenido junto a las aguas del Magdalena el motín de Bogotá que tuvo el de Bela-Kun junto a las del Danubio; y si la voz de Platón puede sugerir novedades intelectuales a los hombres, tanto puede hacerlo en Roma, en París o en Madrid como en Harvard o en Buenos Aires. ¿Quién es capaz de predecir lo que Alemania dirá a la mente de todos los hombres cuando sus vencedores la dejen reponerse de sus tremendas heridas?

La tesis es inaceptable, además, desde el punto de vista que a los españoles y a los hispanoamericanos más nos importa: el

hispánico. Quiere Caballero Calderón «salvar el genio de España». Piensa que esto que llamamos «espíritu hispánico», o «hispanidad», o «estilo español de vivir» —hidalguía caballeresca, sentido trascendente de la existencia, primacía de lo personal sobre lo mecánico— es hoy una urgente necesidad de todos los hombres y una hermosa posibilidad de los hispánicos. Nada más estimable por parte de cuantos nos sentimos de la estirpe de Don Quijote. Pero su visión de Europa le hace limitar a Hispanoamérica la aventura y la esperanza de tal empresa: «Nosotros salvaremos en Hispanoamérica esta levadura de España. Porque España es una levadura sin la cual puede hacerse el pan, pero cuando falta, ni la masa crece ni el paladar se regusta. Y si alguna promesa representamos nosotros para el mundo, es la de que, algún día, entre nosotros se esponjará, purgada de la escoria de los siglos, esa levadura en que consiste la grandeza de España.»

Eduardo Caballero Calderón, gran alma y gran pluma, entró en Castilla, según su propio testimonio, cuando sobre nuestra tierra se quebraban los albores de una fría madrugada: «Tierras mustias por el invierno, barridas por el viento de la meseta, onduladas, tristes, que de cuando en cuando mostraban a lo lejos una erupción o cicatriz del terreno, una herida apenas cauterizada que era el contorno de un pueblo.» Luego ha vivido en España, ha andado sus caminos bajo el sol de la primavera, ha conversado con docenas y docenas de españoles. Es seguro que esta experiencia de España habrá potenciado aquella íntima esperanza de su espíritu. Y más seguro aún, que su fe en el «genio de España» se habrá hecho más ancha, menos limitadamente americana, más integralmente hispánica. Y así, cuando vuelva a su Colombia nativa, arca y fontana del mejor castellano, dirá, movido por el recuerdo mítico de la España que fué y por el recuerdo inmediato de la España que quiere ser: «Amigos de España y de Hispanoamérica: vamos a salvar juntos la levadura de España. Vamos a dar a los hombres, bajo forma inédita y ejemplar, la lección de un noble modo de entender, de hacer y de ofrecer la vida.»

DEL SER Y DEL PENSAR HISPANICOS



«Nuestra posición peninsular y en el confín de Europa favorece sobre manera para seguir esa política neutral de que tanto necesitamos; guardémonos de desaprovechar esta ventaja, guardémonos de comprometernos en ninguna alianza, ni siquiera amistad demasiado íntima, que nos privase de nuestra independencia...; buenas relaciones con todos, amistad íntima con nadie; fortificar el sentimiento de nacionalidad, de independencia; importa que este sentimiento raye en cierta altivez; que no sólo no sufra los ultrajes, sino que hasta se ofenda de los consejos demasiados oficiosos.»

BALMES.—*Política extranjera.* Febrero, 1844.

LO QUE HISPANOAMERICA REPRESENTA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

POR

EDUARDO CABALLERO CALDERÓN

Una tesis es siempre arbitraria, violenta y falta de matices, pues, de lo contrario, no sería sino una simple hipótesis. Las ideas que voy a enunciar aquí parecerán a ustedes ásperas, exageradas o ilusorias, porque me permito advertirles que no trato de presentar una hipótesis, sino de sustentar una tesis.

Cuando hace poco menos de año y medio hice el viaje de Bogotá a Madrid, subió al avión en Nueva York, entre los pasajeros, una señora acompañada de una niña de ojos claros y alegres, y puesto que ellas y yo éramos las únicas personas que allí hablásemos español, a los pocos momentos de despegar del aeródromo, nos hicimos amigos. Teníamos una noche y medio día por delante de volar sobre el Océano Atlántico, y la circunstancia de hallarnos presos en el aire, expuestos en cualquier momento a la muerte, nos arrastró naturalmente hacia las confidencias. Su historia era muy sencilla. Hacía quince años aquella señora dejó a España en compañía de su marido, y los dos se dirigieron a uno de esos países nuestros

que, entre la bruma de su leyenda y de su lejanía, representan para los europeos la quimera del oro. Me contó que sus padres eran pobres mineros en Asturias. No conocían los recién casados a nadie de influencia en las capitales de España que pudiera arrimarles el hombro, y ante ellos, cuando salieron de la iglesia del pueblo, sólo se ofrecía la perspectiva de una vida sin esperanzas: la casa pobre, el trabajo duro, los hijos que vendrían y serían criados con esfuerzo, el cansancio de una vejez sin holganza y, finalmente, la muerte. Por eso resolvieron marcharse. Y aconteció que al poco tiempo de llegar a América hicieron una pequeña fortuna, que ahora, de regreso a España, tenían el proyecto de invertir en Asturias. La hija, de catorce o quince años, venía llena de entusiasmo a la patria desconocida. Soñaba, como todos los niños americanos, en los países de Europa. Tenía ansia por enfrentarse a la historia que había aprendido en los libros de clase, y pensaba que los «castillos en España» dejan de ser una mera referencia literaria cuando se llega de Ultramar con dinero y se tienen quince años.

A las pocas semanas de llegar a Madrid, donde las había perdido de vista, se me presentaron un día la madre y la hija para decirme que regresaban a América. La niña tenía los ojos tristes. La madre me explicó en palabras sencillas su pequeña tragedia. Me dijo:

«Aquí, en España, nosotros no somos nadie. Al volver al pueblo salieron a recibirnos mis padres, que son gente humilde y sin cultura, para quienes la vida tiene límites estrechos. En la atmósfera aldeana mi hija comenzó a marchitarse. Del otro lado del mar, éramos una familia rica y distinguida. Mi hija alternaba en el mejor colegio del país con amigas que aquí no la hubieran mirado siquiera, por considerarla de distinta extracción social. Andando los años podría casarse allá con un joven de posición, que ya andaba rondando tras ella. Acabaría por convertirse en una gran dama, y en todo caso sus hijos no habrían de padecer, como los de los europeos, la zozobra de ganarse la vida trabajando sin fruto en un *medio*

sobrecargado y hostil, o de perderla en una de esas guerras que periódicamente diezman a la población decepcionada. Ya lo ve usted, terminó por decirme: otra vez se está hablando de la guerra.»

Y abandonaron a Europa.

Lo que América representaba a los ojos de aquella niña y de aquella madre, que al volver a su tierra y a su casa se encontraban extrañas, extranjeras, remisas al ambiente estrecho y sin ilusiones, es lo que nuestro Continente viene significando desde hace cuatro siglos para los desventurados del mundo entero. América es la rosa de la fortuna. Para quienes apenas columbren detrás de su nombre el vago contorno de un Continente que espejea en mitad de los mares, América sigue siendo la esperanza.

En los primeros tiempos de la Conquista, las carabelas y los galeones reales volcaron en sus playas a los maleantes y aventureros de España: a los hidalgos de solar pobre, los segundones calaveras, los héroes sin plaza, los curas sin canonjías, los hambrientos de pan, de gloria o de aventuras. Muchos volvieron a Sevilla o a Cádiz derrotados por las enfermedades o la mala suerte; pero fueron más los que allá se quedaron para fundar hacienda, y nosotros somos sus nietos, que damos gracias a Dios de que no hubieran vuelto. La seducción del paisaje y las posibilidades que en esas latitudes adquiere la vida humana, allí los anclaron y detuvieron. Los expatriados no tardaron en compenetrarse en la nueva tierra. Esta les fué desnudando y conformando el espíritu. Prejuicios, costumbres, modas, ideas, sentimientos y recuerdos de Europa, se les desprendieron del alma como ramas resecas. En cambio de esto, una inquietud desconocida, como un renuevo, les brotó en el corazón. Voraz y desmesurada, al igual que las plantas trepadoras que proliferan con insaciable vitalidad en nuestras selvas, abrazándolo todo, la ambición de dominio convirtió en fundadores y conquistadores de pueblos a pobres diablos que habían nacido para porqueros en la Mancha. Aquellos que, cuando se hallaban en España, mendiga-

ban una plaza en los Tercios que andaban por Italia, o una escribanía en la Corte, al llegar a América se erguían sobre los Andes para fundar un Imperio.

¿Qué pasaba con esos hombres? Que en la lejanía y la soledad, frente al Nuevo Mundo recién nacido, el soldado y el súbdito volvían a ser dueños de su alma, libres de leyes y alguaciles, de costumbres y prejuicios, de autoridades y jerarquías. Cuando el viejo armazón legal pugnaba por implantarse, pues así lo requería el buen gobierno de las nacientes colonias, y cuando el soldado convertido en descubridor volvía a sentir la espuela en el ijar y la vara del alcalde en las espaldas, y la cárcel de la villa amagando en el horizonte, entonces se echaba al mar de polizón para descubrir el Océano Pacífico, como Núñez de Balboa; o dejaba plantadas a las autoridades y a los acreedores para saltar al Perú, desde el infierno de Panamá, como los dos Pizarros; o huía de la tiranía de ese par de gigantes extremeños para tirarse de los Andes al mar del Sur, como Almagro el Viejo y descubrir a Chile.

El primer siglo de colonia española en América es un caos vital; es el despertar tremendo del hombre español a quien comienzan a estorbarle la condición de súbdito y la urbanidad del ciudadano. Conquistas fabulosas como la del Perú, la de Méjico, la del Amazonas, la del Valle de los Alcázares en la Nueva Granada, la del Arauco, la del Paraguay, arrastran un sangrienta estela de crímenes, violaciones, hurtos, latrocinios y transgresiones a la justicia. No se puede conquistar el mundo y conquistarse a sí mismo sin romper un plato. América se les subía a la cabeza a los españoles, que, pulidos y repulidos por veinticinco siglos de cultura occidental, se habían olvidado de la alegría de ser pura y simplemente seres humanos. América les calentaba los cascos. No les pesaba sobre el espíritu el recuerdo de Roma; el de los puentes que las legiones tendieron en Salamanca, sobre el Tormes; o en Córdoba, sobre el Guadalquivir. Ya no constreñía su imaginación la visión implícita del Paternón, que amenaza ruinas, pero que aún en el arte, en la ciencia y en la filosofía, es el cimiento

espiritual de Europa. La Universidad salmantina, el Concilio de Trento, la Roma de los Papas, El Escorial, todo eso quedaba atrás. En América no tenían por delante sino las selvas impenetrables, los ríos desbordados que buscan su nombre, los mares desconocidos que baten islas innominadas o continentes sin rotular, abiertos a quien decida bautizarlos. La cultura quedaba a la zaga, humeando entre los escombros de las naves que quemó Hernán Cortés en las playas de Méjico. El señuelo del Dorado, es decir, la vida triunfadora, la ambición realizada, el sueño convertido en Imperio, estaban por delante. Pizarro el Viejo lo dijo cuando con la punta de la espada trazó una línea divisoria en la playa de la isla del Gallo : «Atrás quedan, dijo, la miseria y la cárcel; del otro lado está el fabuloso Perú. Los que quieran volverse a su tierra, pueden hacerlo, y los otros conmigo.» Y le siguieron todos. En Europa el individuo no existe ya, y la experiencia romántica de Robinsón Crusoe sólo puede hacerse en la isla de Juan Fernández, en las costas de Suramérica. El hombre es, desde que nace, un cautivo social, un ciudadano o un súbdito, un Segismundo preso en las redes de la sociedad en que vive. Y se trata de una sociedad harta e insatisfecha de sí misma, que tiene los muñones sangrantes y en la cual algo se pudre lentamente. Una sociedad en la que, pese a los cataclismos sucesivos, perdura la osamenta de organizaciones antiguas; donde ya nadie cree en los príncipes (es decir, en los que alguna vez fueron los primeros), lo que no impide que éstos, destronados, sigan considerando que el mundo es una opaca muchedumbre de siervos. Una sociedad triste, que perdió rápidamente el gusto por la vida en menos de treinta años, pues la lucha por preservarla del fracaso es tremenda. Una sociedad que ya no tiene fe en la Paz, ni en la Justicia, ni en el Derecho, ni en la caridad de Dios, y que no tiene tiempo de levantar la cabeza para que los ojos, hastiados de contemplar la sangre, el lodo, la miseria y la podredumbre que dejan las batallas, se complazcan en mirar las estrellas. Del mismo modo que las boas constrictores acechan en los pantanos de América a la presa

desprevenida para triturarla en un abrazo mortal, la sociedad europea desmenuza en sus anillos al hombre. Ya no cabe esperanza para el individuo que, en todas partes, se encuentra comprimido por la competencia voraz y se asfixia entre la marea montante de la muchedumbre.

De la primera guerra mundial el europeo salió herido de muerte, pero con ilusiones. De esta guerra que acabamos de ver no queda sino el estertor agónico de pueblos a quienes se les rompió el espinazo. Los conceptos de patria, fraternidad cristiana, comprensión entre los hombres, justicia en un mundo mejor, están desjarretados. Yo de mí sé decir que he sentido angustia en Europa, cuando al recorrer sus caminos y visitar sus ciudades cruelmente castigadas por guerras que en lugar de resolver los problemas no hacen sino agravarlos y plantearlos de nuevo, encuentro que ya todo está hecho o todo se encuentra en ruinas: todo está maduro para el tránsito o todo se está muriendo. Nadie tiene tiempo para pensar en otra cosa que en la manera de aliviar su hambre. La maravillosa tradición cultural y la inteligencia creadora que levantaron en piedra el símbolo de las catedrales y de los palacios, se aplican hoy a percibir esa minucia necesaria, tan difícil de hallar en el mercado ordinario, que se llama un pedazo de pan.

En Hispanoamérica el hombre vuelve a encontrarse a sí mismo; vuelve a ser, como en tiempo de Sócrates, la medida de todas las cosas, y su éxito no conoce otro freno que la propia incapacidad. Por mucho que apretasen en los tiempos de la conquista, o en la colonia, las disposiciones emanadas de España, siempre había manera de burlarlas y de evadirlas. Todo, comenzando por los vinos y acabando por las ideas, se pica y se descompone al pasar el Atlántico. Unos y otras llegan envejecidos. Y el hombre vuelve a ser lo que fué en el comienzo del mundo, cuando entre él y la Naturaleza sólo se oponían la suerte y las circunstancias.

Europa vuelve a someterse, forzada por un aluvión de desgracias, a la implacable tiranía de las cosas elementales y de

la economía doméstica, cuando las dos Américas, dueñas de sus recursos o en plena capacidad de explotarlos, podrán darse ahora, sí, el lujo de digerir una herencia histórica para, sobre ella, levantar una nueva cultura. Pero estas cosas vale la pena de que las analicemos más despacio. Si Hispanoamérica representa, junto con los Estados Unidos, la última promesa, es porque en aquellas tierras que los cronistas de convento llamaron venturosas, el porvenir se ofrece no para las naciones o los Estados, sino para los hombres, pues América sigue siendo para éstos el porvenir personal.

Europeos y americanos

En alguna ocasión, en un libro mío llamado *Suramérica. tierra del hombre,* analicé más despacio que ahora la diferencia profunda que existe entre los europeos y los americanos. Dije entonces que los primeros pueden clasificarse como el *hombre histórico,* que tiene una cultura detrás de sí y para quien no existe, propiamente hablando, la sugestión del paisaje. En Europa todo está urbanizado y nada queda por descubrir. Hoy se busca con ansia no lo que sirve para crear o para aliviar las necesidades del hombre, sino lo que ayuda a destruirlo más eficaz y rápidamente. El Estado, como máquina, sólo se preocupa por nivelar por lo bajo, los ciudadanos por sobrevivir, los gobiernos por mantenerse gobernando, y nada más. El europeo ya no quiere hacer nada distinto a seguir viviendo, y a los Estados más poderosos de la tierra no les interesa otra cosa que sobreaguar en el gigantesco naufragio. Los conceptos de bosque, selva, llanura, montaña, campo, perdieron aquí hace siglos su significación primitiva, y para volver a encontrarla el europeo tiene que recurrir a la leyenda y al libro; es decir, a la cultura. La ciudad lo ha destripado, lo ha pervertido, lo ha desnaturalizado, lo ha sacado

de quicio, lo ha desarraigado del hogar nativo, y continúa al mismo tiempo succionando el campo y convirtiéndolo en esa masa sórdida y horrible que es el suburbio de una fábrica. La historia pesa demasiado sobre las espaldas del europeo. Lo lanza al mundo encasillado, inscrito en un diagrama de celos sociales y de odios internacionales, con el arma al brazo; o es un señor desposeído que se queja o un siervo que quiere dar el salto; pero en ningún caso es un hombre tranquilo.

El americano es, en cambio, un *hombre espacial*, para quien la tercera dimensión del espíritu no es la Historia, sino la Geografía. Las conquistas del europeo, en el orden intelectual, son buceos en el mar sin fondo de su tradición histórica, meros descubrimientos de nuevas relaciones entre viejas ideas. Detrás del europeo se encuentran, como en sucesivas capas geológicas, la catedral gótica, el Foro Romano, el Trirreme fenicio, y en el fondo, Grecia. Detrás del español están los godos, los romanos, los árabes, los fenicios; tiene un pie hundido en las cuevas de Altamira y otro en las selvas de Alemania, y es el puente entre Europa y Africa. Destacándose sobre el tosco escenario paleolítico de los Toros de Guisando, se yerguen las columnas del Foro de Mérida, al través de las cuales, en un horizonte de siglos, se entrevé la imagen del Partenón.

Detrás de los americanos, o mejor dicho en torno de ellos, se encuentra siempre el paisaje. Sus conquistas no son regresiones, sino avances, pues para descubrir, entre nosotros, es necesario caminar hacia adelante sin volver la cabeza. No puede perderse de vista el hecho de que América es la tierra de los hombres que quisieron olvidar o que se vieron obligados a hacerlo. Los conquistadores españoles de cuyo muslo descendemos, y los inmigrantes europeos de los últimos tiempos que se aposentaron en el sur del Brasil o en las Pampas argentinas, se fueron de Europa para olvidar, y los que no renegaron de ella, no tardaron en comprender (como la madre que viajó conmigo de Nueva York a Madrid) que América mata en los hijos, no el deseo de volver, pero sí el de quedarse.

El sentido histórico del europeo se seca y enjuta en las Américas, de donde viene esa impresión de improvisación y de superficialidad que nosotros solemos producir en ustedes.

Todo esto acarrea, como es obvio, una diferencia fundamental entre europeos y americanos. El hombre, entre nosotros, tiene motivos para alimentar su esperanza. Nuestra economía atraviesa una etapa incipiente, que permite un desarrollo indefinido. En materia de agricultura, por ejemplo, conviene considerar que si en Europa ya no existe prácticamente una pulgada de tierra que no esté dando el máximo rendimiento, en cambio, en Hispanoamérica, sólo una décima parte de la tierra laborable está cubierta por el arado y la semilla; sólo una tercera parte de la Cordillera de los Andes, que es la columna vertebral de Suramérica, está roturada por los cultivadores, y el resto no pertenece a nadie. El potencial eléctrico de nuestras lagunas y nuestros ríos: del lago Titicaca, entre Bolivia y el Perú, o de la laguna de Tota, en Colombia; del río de la Plata, del Paraná, del Orinoco, del Amazonas, del Guayas, del Magdalena, permitiría la electrificación del mundo entero, cuando aquí, en Europa, estos ríos que Pascal llamaba «caminos que andan», llegan exhaustos y fatigados al mar. A Hispanoamérica no le falta ninguno de los elementos que el hombre busca afanosamente para mantener su vida o para desarrollar su cultura. Tiene el mármol para hacer las estatuas y levantar las catedrales, y el oro para engastar los diamantes y las esmeraldas de nuestras minas; el petróleo y el carbón para mover nuestras máquinas; el ombú y la ceiba que cobijan bajo su ingente follaje una aldea entera en las vertientes de los Andes o en la inmensidad de la Pampa, y la orquídea que languidece en la penumbra de nuestros bosques. Si yo no fuera un enemigo personal de las estadísticas y los números, cedería a la tentación de mostrar a ustedes, en un impresionante panorama de cifras, cuáles son las posibilidades industriales de América y cuánto es lo que un hombre, dueño de un cerebro alerta y de dos manos activas, está en capacidad de conseguir. Basta decir que allí, entre nosotros, todos los

cálculos y las previsiones consagrados por la economía clásica, fallan ante la realidad. Hasta el crédito, que en Europa suele medirse con una escala milimétrica, porque se conoce el límite extremo de la potencialidad de la tierra, entre nosotros sufre curiosas e imprevisibles deformaciones. Nadie puede saber en Hispanoamérica lo que a la vuelta de cinco o diez años valdrá el solar de un pueblo al parecer sin porvenir, o un pedazo de selva al margen de las comunicaciones oficiales, que de pronto, al recibir la visita de los ingenieros, se convierte en una ciudad fabril o en un emporio de petróleo.

Pero volvamos a lo que representan la fuerza del pasado y la sugestión del porvenir como índice diferencial de americanos y europeos. El europeo es un hombre culto, en tanto que el americano apenas comienza a ser civilizado. Aprovecha el último las aplicaciones prácticas de los descubrimientos científicos hechos por el primero, y de ellas se beneficia. Sería incapaz todavía (me refiero a los hispanoamericanos y no a los americanos del Norte) de concebir o planear una nueva filosofía; pero, en cambio, está íntimamente familiarizado con las consecuencias científicas que de ella se derivan. Su aptitud para las formas civilizadas de la vida contemporánea (para la higiene, el confort, la eficacia, la rapidez de las comunicaciones), es más grande que la del europeo, cuya cultura es tan profunda. A los extranjeros que nos visitan no deja de sorprenderlos el encontrar que en América la mecanización de la vida ordinaria, en el sentido de facilitarla y hacer amable su transcurso mediante el aprovechamiento de la máquina, es más rápido que en las naciones de Europa. Vivimos superficialmente, con menores preocupaciones intelectuales, pero vivimos mejor. Los hombres cultos tienen allá menos halagos para la creación artística o literaria. Yo, que soy un simple escritor, suspiraba en mi tierra por las catedrales góticas, los acueductos romanos y las ciudades medievales de las cuales hoy estoy gozando en España; y sé que el recuerdo de Toledo, desmaterializado y transfigurado en su colina por el genio del Greco, o la imagen de la mística morada de Avila de la Santa, o el

melancólico encanto de Santillana del Mar, donde nacieron mis abuelos, todo eso endulzará mis ocios de suramericano y me impulsará a recordar y a escribir cuando allá vuelva. Pero nuestro campesino, en cambio, es menos desgraciado que el campesino europeo. En América es más fácil vivir para quien todavía está en ese período incipiente en que la vida se reduce a comer; mas es lo triste que en Europa el hombre está regresando a esa etapa primaria, sin que tenga la posibilidad de eludirla, pues ha llegado el momento en que la tierra ya no le puede dar más. Y la cultura es un lujo que sólo se pueden dar los pueblos bien comidos.

Un campesino de los páramos de Colombia, de las playas del Caribe o de las Punas del Perú desconoce multitud de cosas que por intuición o por visión directa son familiares a un paleto de Castilla. Cuando éste baja de Navacerrada al despuntar el día con su tartana cargada de leña, y llega al atardecer a Segovia, ante sus ojos arde clara, inconfundible, evidente, la imagen de su patria y la historia del mundo. Los arcos del Acueducto son el recuerdo inconmovible de Roma, y en el Alcázar almenado ve flotar la imagen de la gran Reina de España que echó a Colón a navegar en persecución de las Indias. Cerca al río Eresma, entre el oscuro follaje, columbra el torreón románico de una iglesia donde se armaban para la guerra los caballeros templarios, los nombres y las leyendas de las calles empinadas y retorcidas, la imponente fábrica de la catedral que dispara al cielo plomizo su torre en un alarde de arquitectura y de fervor, las fondas y los mesones que conservan el recuerdo de los estudiantes que vienen de la picaresca camino de Madrid o de Salamanca: todo eso es historia congelada, visión petrificada y directa de la cultura europea.

Nuestros campesinos jamás han visto nada semejante, pero saben que nuestra tierra, inexhausta, no los dejará, en cambio, morir. Sobre las pobres casas del pueblo no salta eternamente el acueducto romano, ni se desmorona sobre la colina el convento donde cantó San Juan de la Cruz presa del amor divino; ni sus calles, pobres calles aldeanas sin tradición y sin

belleza, recuerdan el paso de los pícaros, la gesta de los reyes, el desfile de las legiones, el sacrificio de los mártires, o la transfiguración de los santos que llenan a Europa con su nombre. Para nosotros sólo hay una realidad, que es el paisaje, y sólo un tiempo de verbo, que es el futuro, que ustedes ya no pueden conjugar. El paisaje en América es una perspectiva: una invitación a la lucha, a la conquista, a la vida, a la superación de sí mismo. Si aquí ya todo está hecho y dicho para quien viene de allá lejos, en cambio, para quien va de aquí, todo está allá por decir y por hacer. En nuestros pueblos no se ven tantas cosas como en Segovia, pero se pueden convertir en ciudades porque en torno de ellos aguardan pacientemente la selva, el río, la mina oculta, la riqueza subterránea. Nuestra literatura es apenas un balbuceo lírico, un clamor modulado, la expresión discordante de un niño que, en su entusiasmo, al descubrir la belleza del mundo, de su mundo, se ha puesto a cantar. Naufragamos todavía en las palabras, y no ha llegado el momento en que, como el hombre histórico que nació en Segovia, el hombre espacial de América reflexione sobre sí mismo y se siente a meditar.

Como Hispanoamérica es una tierra de contrastes violentos, y el fruto de aportes culturales sucesivos, y la mezcla de elementos raciales que todavía no se han fraguado ni confundido, y de componentes espirituales que todavía se repelen y se agitan, ocurre que sólo los comunes denominadores del paisaje, la lengua y la religión operan como cementos o como aglutinantes. La civilización, que a todos tiende a nivelarnos, y que nos hizo quemar etapas y saltar de la mula al avión en años de progreso vertiginoso, será para nosotros el substrato sobre el cual edificaremos algún día nuestra propia cultura. En Europa lo primero fué la cultura y después, como aplicación de su contenido ideológico, vinieron las formas civilizadas; cuando entre nosotros ha sucedido lo contrario. La civilización fué lo primero, y de ésta resultará la cultura. Somos todavía estériles, pero entre nosotros ya los observadores sagaces encuentran esa tensión espiritual de los contrastes, ese dinamismo de las fuer-

zas disparejas, ese entrechoque de las ideas embrionarias, que, en todas las épocas definitivas, son el preludio de las culturas que nacen.

El Estado en Europa y en América

Profundicemos un poco estos conceptos. Hispanoamérica es en la actualidad un vasto conjunto de pueblos que comienzan a caminar por su cuenta, cuando los grandes imperios del mundo caen desfallecidos en las cunetas del camino. Para crear una nueva cultura humana, se apoyan en un cimiento material que no conocieron los más ilustres pueblos antiguos. Aquéllos partieron de la tierra amasada con las manos, cuando nosotros nos apoyamos en cemento armado. No nos lanzamos a navegar en trirremes o en galeones para conquistar los mares, como lo hicieron Grecia o España; ni tenemos que consultar el oráculo de Delfos para sustentar una moral, ni echamos menos el pensamiento laborioso de Euclides para cimentar nuestra ciencia. Lo que en ustedes fué el trabajoso desarrollo de una hipótesis, en nosotros ya es un postulado concreto. América se apoya, para dar el salto hacia el pensamiento creador y coordinador que es la columna vertebral de una cultura, en la experiencia milenaria de Europa, que culmina en el avión de pasajeros en que nosotros volamos, en la moral cristiana que nosotros defendemos y en la desintegración del átomo que aprovecharemos nosotros. Zarpamos a la conquista del destino, pues, del puerto adonde ustedes anclaron. Europa arrancó de la diversidad caótica, de la confusión de los dialectos medievales en que se descompuso el latín, hacia la conquista ideal de una lengua francesa que todavía no se habla uniformemente en Francia, o de una lengua castellana que en España no ha logrado absorber por completo al vascuence, al catalán o al gallego. En Hispanoamérica, en cambio, somos veinte naciones que hablan la lengua de Cervantes. El castellano ha ido absorbiendo rápidamente las lenguas aborígenes, de las cuales todavía quedan vastos

sectores en el Ecuador, Perú y Bolivia sin asimilar; pero día por día, la mezcla de las sangres y el progreso de las comunicaciones materiales, van afirmando el imperio de la lengua común, que se generaliza y al mismo tiempo se enriquece. Desde el Ríogrande hasta el Estrecho de Magallanes, a lo largo de miles de kilómetros, se habla el español.

Europa ha venido luchando dos mil años por mantener la integridad del mensaje cristiano, amenazado y deformado cien veces, combatido en todas las naciones, asaeteado por todas las doctrinas, sin lograr su intento; cuando en América el cristianismo, más humanizado y más terrestre, está libre de cismas. La piel de Europa está arrugada por dos mil años de sufrimientos, sin que se haya logrado, al cabo de ellos, cicatrizar heridas que se remontan al Imperio Romano. Las naciones europeas son el resultado de un proceso analítico que culmina en las guerras nacionalistas del presente siglo. Europa emprende, cuando cae destrozado el Imperio Romano, una carrera hacia la desintegración de sus elementos componentes, hacia la diferenciación esencial de los pueblos que una vez hicieron parte de una gigantesca arquitectura jurídica. La cultura europea ha tendido, por una parte, hacia la integración, pero por otra, con fuerza todavía más poderosa, hacia la especialización nacional, que es la que hasta hace unos años prevaleció, produciendo las guerras que todos lamentamos. Entre tanto, Hispanoamérica persigue desde la época de su descubrimiento, muchas veces con una absoluta inconsciencia de su destino, la integración de sus elementos en un todo homogéneo : la universalidad, hacia la cual tendieron inútilmente, desde hace dos mil años, el cristianismo, el humanismo renacentista y la filosofía cartesiana. Tenemos una lengua común, una legislación que tiende a unificarse y que en todo caso se apoya en postulados idénticos, una religión universal, una identidad de los intereses particulares a veinte naciones que comienzan a comprender que unidas pueden valer mucho, y aisladas, cada una en sí misma, no tendrán nunca valor. Todavía, es claro, conspiran contra este intento de generalización los malos gobernantes, los dirigentes ciegos,

los comerciantes que sólo atienden a su conveniencia privada; pero jamás se ha conocido en el mundo el triunfo inmediato de una idea, de manera que ésta de la unificación de Hispanoamérica no es como para lograrse en pocos años.

Persigue Hispanoamérica esa unidad cuando, al arribo de los conquistadores a las desiertas playas del Caribe, los Emperadores incas en el Perú, descendientes de Manco Capac y de Macma Ocllo, estaban a punto de señorear a Suramérica, desde la Patagonia hasta la región de los Pastos en lo que hoy es Colombia. Por su parte, los aztecas, en Centroamérica, estaban logrando la unificación del otro medio continente. Y los conquistadores que avasallaron o destruyeron al indígena a sangre y fuego, soñaron también con los Pizarros en el Cuzco, con Hernán Cortés en las terrazas del Teocali de Méjico, con Jiménez de Quesada en la meseta de Bogotá, la formación de un vasto imperio hispanoamericano, desvinculado administrativamente de la corona peninsular y de la coyunda europea, proyectado hacia el porvenir con el viril empuje con que el Amazonas hiende y traspasa por centenares de leguas la movediza valla del Atlántico.

Trescientos años más tarde, en el Congreso Anfictiónico de Panamá, al cual concurrieron delegados de las naciones recién libertadas, Bolívar (hombre ecuménico y el primer americano del mundo) sentó las bases de la unidad esencial de Hispanoamérica. Su pensamiento viene plasmándose en la legislación internacional de nuestros países y en organismos que aspiran a coordinar nuestra economía o a unificar nuestra política exterior, encauzándola por un derrotero común. El progreso del derecho de gentes en la América hispana se debe a que cada uno de los países que la componen, pese a las diferencias transitorias, percibe claramente que, antes que la realidad nacional, existe, como un imperativo de la Historia y de la Geografía, la aspiración a la unidad continental.

No crean ustedes que por venir yo de tales lejanías me deje arrebatar de las imágenes cuando solamente quisiera presentarles con crudeza una serie de ideas que se han ido convirtiendo

en hechos o de hechos que han ido dando origen en América a multitud de ideas. Llamaba la atención de ustedes hacia el porvenir de un continente que puede desarrollarse hasta límites inconcebibles hoy, ya que de nada carece; que habla una misma lengua y pugna por formarse una raza y construirse una estructura jurídica. Estos puntos son de la mayor importancia. Hoy Hispanoamérica es un mosaico de grupos diferentes, un hervidero racial, un caldero biológico en el que se cuecen todas las sangres. No somos totalmente blancos, ni indios, ni cobrizos, ni negros. Tenemos un poco de todo eso, cuando no en la piel por lo menos en el espíritu, que es, en todos nosotros, el de mestizos de distintas culturas. El Continente es una mezcla sin fraguar, que todavía bulle, crepita y se esponja. Pero si no hemos alcanzado todavía una homogeneidad que tardará siglos en producirse (y que en Europa no existe), en cambio ya tenemos conquistada la igualdad legal y espiritual de las sangres por la completa anulación de los prejuicios raciales; y el mestizaje hará lo demás.

Para entender este fenómeno me permito llamar la atención de ustedes hacia la influencia que en el mundo hispanoamericano ha tenido Francia desde la época de la emancipación hasta los tiempos que corren. No fueron sus bucaneros ni sus piratas los que ayudaron a nuestro desarrollo, sino sus libros y sus poetas. El espíritu francés ha operado, en Hispanoamérica, de igual manera que la sangre española fecundó el vientre aborigen de nuestros pueblos. Surgimos a la vida internacional como entidades libres e independientes, entre otras razones porque recibimos el contragolpe de la revolución francesa, que presionaba entonces, sin éxito, las cordilleras de España. Los derechos del hombre y del ciudadano, que tradujo y divulgó en América mi compatriota don Antonio Nariño, huésped que fué de la cárcel de Cádiz, se dispersaron a lo largo de los Andes como un reguero de pólvora que hizo estallar los polvorines de Cartagena de Indias, la Guaira, Caracas, Bogotá, Quito, Potosí y Buenos Aires. En Hispanoamérica, la semilla francesa de los enciclopedistas y el sueño utópico de Rousseau

y el ímpetu descabellado de los románticos, cayeron en buen surco y fructificaron a tiempo que se secaban en Europa. Francia nos dió el sentido de la dignidad humana, que se consagra en nuestras leyes; de la permeabilidad social, que se hace palpable en nuestras costumbres políticas; de la vanidad de los prejuicios raciales, que preside la formación de nuestras familias, merced a todo lo cual, nosotros, en Cristo y en la ley, seamos negros o blancos, indios o mestizos, ricos o pobres, nos sentimos sinceramente compatriotas y hermanos.

Pero no quedaría completo este rápido esquema de nuestra realidad y esta ojeada a nuestro porvenir si no considerásemos el problema del Estado, cuya crisis es una de las causas que están produciendo el derrumbamiento europeo. El Estado, como forma constitucional de la nación, como concepto jurídico y político, como molde del desarrollo social, se está derrumbando. Hoy fallan las concepciones clásicas de la soberanía, la independencia nacional, la autodeterminación de los pueblos y la libertad económica. Las fronteras materiales, en el hecho y ante el derecho, en la práctica y en la teoría, en la paz y en la guerra, pese a quien le pesare, se permeabilizan, se agrietan, se relajan y se desmenuzan. Si en la época del Renacimiento asistió el mundo a la quiebra del universalismo político y al nacimiento de los Estados modernos, que flotaron como islotes desprendidos de un continente naufragado, o como estrellas desgajadas de una nebulosa imperial, hoy, en cambio, estamos asistiendo a la reabsorción de las fronteras nacionales en gigantescas federaciones de intereses comunes : el mundo paneslavo, el mundo anglosajón, el mundo latino, el mundo hispanoamericano. La rapidez de las comunicaciones aéreas, la interdependencia económica, las modificaciones que la ciencia impone en la concepción militar de la estrategia clásica : todo tiende a destruir el Estado tal como lo concebían los teóricos del pasado siglo. Ya no hay Estados que se satisfagan a sí mismos ni fronteras impermeables, ni vida internacional independiente. Un pánico en la Bolsa de Nueva York puede determinar el desbarajuste financiero de Francia; una fricción política

en el Extremo Oriente amaga la estabilidad de Inglaterra; una disposición del Kominform de Praga es capaz de determinar una catástrofe política en Suramérica. Ciertas clases sociales se dan la mano al través de los mares y de los continentes, destruyendo sentimientos que parecían tan arraigados como el del amor a la patria o el respeto a las costumbres establecidas. Los intereses materiales se trenzan lo mismo que las líneas aéreas, por encima de las divisiones geográficas. Y ocurre que Europa no estaba preparada para este nuevo hecho en la historia mundial. No estaba preparada, aunque los historiadores traten de recordarnos el caso de los grandes imperios que, en otras épocas, metieron en su cintura de hierro a todo un enjambre de naciones: quiero decir Inglaterra, España, Portugal o Roma. Pero entonces ocurría algo enteramente distinto. Excepción hecha de España y de Portugal, los Estados crecían en los casos de que hablamos, pero no las naciones. El mecanismo estatal se hipertrofiaba y lanzaba sus tentáculos burocráticos y administrativos a los países más distantes, pero el hierro jurídico no deformaba el sentimiento nacional de las colonias, y a veces se agudizaba hasta el extremo de producir la catarsis y la autodestrucción, como en el pueblo judío. Hoy la nación tiende a diluirse, pues se considera que antes que la realidad jurídica o administrativa existe el hecho fundamental de la interdependencia política y económica. La vida se complica dolorosamente y el medio internacional se torna tan sensible que se irrita y se altera a la presión más débil.

Y sucede que la incompatibilidad entre las antiguas formas constitucionales y las nuevas realidades supernacionales, apareja el desquiciamiento de Europa, cuando en Hispanoamérica reafirma, al mismo tiempo, la esperanza en un mundo mejor.

La nación es, en Europa, una realidad operante y reconocible, independientemente del territorio que ocupe. Francia existe y perdura, reconociéndose a sí misma en cada uno de sus ciudadanos, sea cual fuere la forma transitoria que tenga el Estado y sean cuales fueren transitoriamente sus fronteras. Todos los esfuerzos que hizo Alemania durante cuarenta y

cinco años para germanizar o incorporar a su nación las provincias francesas de Alsacia y Lorena, fueron vanos, porque en Europa la nación no es un mero concepto jurídico, sino un hecho de contenido histórico, un sentimiento milenario que se ha cuajado en realidades evidentes y no puede ser destruído por leyes o con tratados arbitrariamente concebidos. Bien puede, durante años, levantarse un armatoste jurídico como el Imperio Austrohúngaro sobre un conjunto de naciones distintas, que en el momento en que la estructura se rompe y se debilita, los componentes se disgregan otra vez y adquieren, uno por uno, su conciencia indestructible. Muchas veces ni siquiera la nación presupone la posesión de una tierra determinada, sino que persiste aunque de ella se la despoje, como sucede con el pueblo judío, que anda disperso y errante por la tierra y, sin embargo, reconoce en cada uno de sus individuos un carácter nacional que se sobrepone a todas las adversidades y a todos los despojos. En cambio, en Hispanoamérica el sentimiento nacional no ha acabado de formarse, y el concepto oficial de la nación se confunde con el Estado, y éste puede rectificarse impunemente en los mapas y en las cancillerías. Llamo especialmente la atención hacia estos hechos para demostrar la importancia decisiva que puede tener el Estado entre nosotros como fautor o creador de una conciencia hispanoamericana.

Mal pudiera existir entre nosotros el sentimiento nacional, tan completo y redondo como en Europa, tan coincidente algunas veces con los límites geográficos del Estado, cuando los nuestros fueron creados por actos espontáneos de la voluntad de un gobernante, por ideas que hicieron el camino de arriba hacia abajo, contrariamente a lo que sucede en el Viejo Mundo. En éste, el sentimiento nacional crece lenta y trabajosamente, al calor de muchas circunstancias que concurren a madurarlo. Es una obra difícil, porque no sólo se debe a circunstancias exteriores, sino a fuerzas internas que tienden a exteriorizarse y a constituir, andando el tiempo, el cuerpo de una patria. Esta es la intuición que tienen un conjunto de hombres de su parentesco espiritual en el espacio, que es la tierra, y en el

tiempo, que es la Historia. Esa conciencia de un pueblo determinado que se reconoce idéntico a sí mismo al través de los tiempos y sean cuales fueren las modificaciones geográficas o jurídicas impuestas por la diplomacia o por la guerra, se forma en vista de algo y al mismo tiempo contra algo. Se forma por una tendencia oscura de los hombres a confirmarla diariamente en la lengua, en la raza, en la religión y también como reacción contra lo que se opone a que esa conciencia prevalezca. Mucho antes de que aparezcan en el individuo claramente las características nacionales, ve como evidente lo que no es igual a su nación y lo que a ella se opone: lo que lucha por exterminarla, lo que conspira contra su íntima expresión, y entonces reacciona por medio de la guerra o de la inquietud revolucionaria.

La historia de las naciones europeas fué primero una lucha inconsciente contra lo que no era semejante a cada una de ellas, y después la lucha decidida por conservar lo que ya se veía como una realidad incuestionable. Lo primero aconteció en la Edad Media, cuando el feudalismo se fué congelando en el Estado moderno; y lo segundo pertenece a la historia contemporánea. Francia, antes de conocerse y amarse a sí misma como hoy se ama, había luchado durante siglos contra lo que no era francés.

Estos hechos no se han cumplido en la historia de Hispanoamérica o apenas comienzan a realizarse. Nuestros países empiezan a tener una conciencia propia, pero todavía es difícil, y en algunos casos casi imposible, apreciar lo que es característico a cada uno de ellos. Algunos han avanzado más que los otros en este camino de la diferenciación, porque han tenido que luchar más árduamente contra lo que se oponía a su existencia; pero la inmensa mayoría de los otros continúan siendo meros Estados, concepciones jurídicas más o menos elásticas, convenciones internacionales reconocidas, que no tienen un soporte verdaderamente nacional. Desde el punto de vista de la creación de un mundo hispanoamericano, estos hechos pueden considerarse una fortuna; quiero decir que al aplicar los

Estados regionales todo su esfuerzo a constituir un gran conjunto continental, podrían hacerlo sin forzar la génesis de nuestras propias naciones. El Continente Hispanoamericano constituye un hecho geográfico de proyecciones económicas, que comienza a reconocerse como una necesidad internacional y como el imperativo de una cultura que está pugnando por nacer.

Pasaría por ingenuo ante ustedes si antes de terminar esta charla no les dijera que el cuadro de Hispanoamérica que he dibujado a grandes rasgos, no está libre y exento de defectos. Claro está que los tenemos, y en grande escala. Entre nosotros se registran continuos estremecimientos políticos. Hay Gobiernos que se derrumban sin haber tenido tiempo de afirmarse, y otros que mueren en la cuna. Hay escándalos financieros como en cualquiera otra parte del mundo; bandidos que asaltan en la soledad de las montañas o burlan la buena fe de las gentes en las calles de las ciudades; senadores que se compran y se venden; motines callejeros que culminan en sangre; escándalos económicos que se liquidan en la cárcel. Distamos mucho de ser perfectos. Equivocamos cien veces el camino trazado por los Libertadores, estamos jugando con fuego y carecemos de sentido crítico y de genio creador. Somos superficiales y estamos expuestos a todos los peligros de la imitación europea. Atravesamos un período de formación en el cual las malas influencias, que en la vida suelen ser las más operantes, amenazan perdernos. Sobre todo me atormenta la idea de que, por obra de la facilidad y la velocidad de las comunicaciones intercontinentales, Europa nos inocule el virus de su angustia, su desaliento y sus enfermedades incurables. Somos criaturas a quienes se les está transfundiendo la sangre agotada de viejos arterioescleróticos por medio de la radio, de la noticia, de la prensa, del libro. El experimento puede matarnos, pero si salimos con vida de esta prueba y si la fuerza latente en nosotros nos salva del naufragio, el mundo puede tener confianza; no el mundo en general, sino en particular el hombre. Nosotros no somos el porvenir de Europa, sino el del europeo. España, Francia, Italia, Portugal no pueden aspirar a renacer en nos-

otros en la integridad de sus defectos y de sus virtudes; pero el italiano, el francés, el portugués y el español que vayan a Hispanoamérica, se fundirán con nosotros, y con nosotros y en nuestros hijos harán una patria mejor que la que en Europa dejaron. Sobre todo, quisiéramos salvar el genio de una España que hemos adorado siempre, con absoluta prescindencia de sus circunstancias políticas. Adoramos la generosidad y la alegría del andaluz, el tesón del catalán, la dulzura y la laboriosidad del gallego, la austeridad del vasco, el orgullo y la sobriedad del castellano. Esas virtudes no se han perdido en el naufragio europeo, porque, en realidad, están refloreciendo en nosotros como retoños fuertes y lozanos que fueron trasplantados del viejo invernadero para ser injertados en la rústica cepa americana. No somos la esperanza de los Estados europeos, vuelvo a decirlo, pero sí la de los hombres de Europa; ni somos el porvenir de España, pero sí el del hombre español.

Hispanoamérica y España

Al pasar a España por la raya de Portugal tuve una emoción tan honda y perdurable, que no pude menos de concretarla en palabras que, sin discriminación, iba soltando al viento. Al pisar tierra española por la primera vez, tuve la impresión no de llegar, sino de volver. Alboreaba cuando se ofreció a mis ojos la primera visión descarnada del yermo de Castilla. Tierras mustias por el invierno, barridas por el viento de la meseta, onduladas, tristes, que de cuando en cuando mostraban a lo lejos una erupción o una cicatriz del terreno, una herida apenas cauterizada que era el contorno de un pueblo. Yo conocía los nombres y la historia de esas torres mutiladas que se erguían en el cielo gris de la madrugada, ateridas de frío, para desaparecer luego tragadas por la marea ocre de las colinas. En mi corazón cantaban los nombres sonoros de los pueblos de España: Talavera de la Reina, Alcolea del Pinar, Aranda del Duero, Miranda del Ebro, Madrigal de las Altas Torres. ¡Qué nombres

aquellos, capaces de embozar en la capa de su poesía la mugrienta realidad de sus casonas en ruinas, sus calles tristes y sus plazas desiertas! De pronto, coronando una loma, columbraba los murallones del castillo de Maqueda, o la torre del de Oropesa, solos, tétricos, impregnados de esa melancolía castellana que se funde y se pulveriza en el paisaje. Y entonces, al ver todo aquello por la primera vez, como digo, sentí que regresaba a España y tuve ganas de llorar.

Era aquélla la tierra de los molinos de viento, que yo conocía íntimamente, paso a paso, al través de los caminos de los libros que me enseñaron a amarla. Una polvareda de imágenes y de recuerdos se superponía al esquema frío y geométrico del paisaje. Yo iba poblando la soledad de personajes literarios. Ellos andaban mano a mano con los personajes históricos, porque España siempre ha tenido la virtud de fundir misteriosamente, verificando una especie de transubstanciación, lo real y lo fingido, lo verdadero y lo falso, lo vivido y lo soñado: el Cid Campeador y don Quijote de la Mancha; Segismundo en su torre y el rey Felipe en su Escorial; don Juan Tenorio y el bastardo de Austria. España se presentaba ante mis ojos tal como la había imaginado. Si hubiera entrado por Barcelona, o por Hendaya, o por Perpiñán, tal vez habría quedado insatisfecho. Yo sé que hay muchas imágenes de España, y que la más universal de todas es la de la pandereta, el chispero y la manola, que inmortalizó Goya en sus cartones, y que los toreros y las tonadilleras llevan en triunfo por toda América. Y hay la España de los personajes secos y adustos de Baroja, un poco fríos y repelentes a primera vista, que se le van adentrando a uno en el alma poco a poco, con la pertinacia de las lentas rías que desembocan en la costa Cantábrica. Y hay la España antipática de los comerciantes catalanes que venden géneros al por mayor y aspiran a conquistar, con su difícil sintaxis de vendedores, la gracia ligera de las muchachas madrileñas. Y la España ingenua de los emigrantes gallegos, que llegan a América con la simplicidad de su pueblo a las espaldas. Y la España bronca de los curas jesuítas, que se lanzan al Nuevo Mundo co-

mo una infantería de colosos que quisieran conquistar el cielo con espingardas. Y, finalmente, la España sangrienta y caótica de la revolución. Mi España era y seguirá siendo eternamente la de Castilla. La que aparece maravillosamente burilada en las páginas de Valle Inclán y de «Azorín»; la que se esponja en las sonoras frases del «Quijote», se profundiza en la áspera prosa de Santa Teresa y es, con los conquistadores y los encomenderos, una tierra triunfante y con el pecho en alto. Mi España era y sigue siendo la del Tajo, que recrimina a doña Cava al pie de las murallas de Toledo; la de Avila, que es una piedra abrasada por el querubín que traspasó en Alba de Tormes el corazón de la Santa; la de Segovia, con su Acueducto romano y su torre de los Templarios; la de Trujillo, tan áspera y tan triste; la de Burgos, con el Cid, que humilla a la realeza en las juras de Santa Gadea; la de Salamanca, docta y teologal, que se quema en el fuego de su amor divino. Una España de hidalgos pobres que ocultan su miseria bajo el orgullo de la capa; de segundones que se lanzan al mar en busca de la gloria y de la fortuna, y de santas que, en los conventos de Alcalá de Henares, olvidadas del mundo, el demonio y la carne, se echan a volar al cielo.

¡Cómo adoro a Castilla!

Para otros, como digo, tal vez haya paisajes más sugestivos dentro de esta tierra de contrastes que es España. Hay quien prefiere las vegas del Guadalquivir, cerca a Córdoba o a Sevilla, plateadas de olivares; o los Cármenes del Genil y del Darro, en Granada, donde Boabdil el Chico, desfallecido de amor, se dejó derrotar por los feroces castellanos. Para otros no hay nada semejante a las rías gallegas, cuya belleza se esfuma entre la lluvia, como si se la mirara al través de un cristal empañado. Sobre Santiago de Compostela planea siempre la imagen del Apóstol, con la espada en alto, y todavía, en las noches de la España mística, cruza el cielo de Europa de norte a sur acaballado en la Vía Láctea. En las Provincias Vascongadas la tierra se rompe y se dulcifica al mismo tiempo, y los pintores, como Zuloaga, suelen enloquecer copiando la imagen de esos pueblos

que se tiran al mar o que acaban de salir de entre el agua, pues tienen, al parecer, una anfibia naturaleza. En Santander las montañas se coronan de pinares, que descienden sobre las rías y las caletas en un maravilloso despliegue de tonos verdes. La tierra huele a mar en toda aquella costa, y por las tardes, en Orio, en Guetaria, en Motrico, cuando vuelven los pescadores a los pueblos de la costa, se les oye cantar en los mesones y las sidrerías mientras sus barcas duermen tiradas en la calle, cansadas de tanto navegar.

Castilla es lo seco frente a lo húmedo que es el litoral del Cantábrico. Es lo duro frente a la blandura de Sevilla. Es lo áspero frente a la dulzura de Galicia. Sus ríos son cicatrices, tajos, mandobles de moros vengativos que entraron a saco en la tierra miserable. Sus hombres, como los algarrobos que decoran las parvas colinas extremeñas, se retuercen sobre sí mismos y llevan las manos embadurnadas de tierra. Nunca el hombre fué más terrestre y más pedestre que en Castilla, y, sin embargo, ¡qué música es Castilla! Está desarropada y no tiene casi árboles que hagan cantar el viento como los chopos y los álamos plateados de Andalucía, pero Castilla canta. No sólo como un tambor guerrero cuando cruzan a galope tendido las huestes de Mío Cid camino de Valencia, o las tropas de doña Isabel, que va a coronarse en Segovia, o el séquito del duque de Alba que viene de Italia, sino como un arpa cuando San Juan de la Cruz trasplanta los jardines de Salomón a los barrancos amarillos del Eresma y su voz es una cuerda que comienza a vibrar. Canta Castilla en el discurso de las armas y las letras, que Don Quijote endilgó a los palurdos cabreros en pleno campo; y en la piedra solemne de El Escorial también encanta; y en la prosa de «Azorín», cuando el maestro, viejo y asmático, en las tardes de invierno se sentaba en las posadas de las aldeas castellanas a ver pasar la sombra del inmortal caballero. Y Castilla no es lo que es, sino lo que sugiere. Castilla en sí no es nada : apenas un erial que a medias puede alimentar al hombre; pero está impregnada de historia y de literatura, empapada de sangre, ella, que no tiene un hilo de

agua para calmar la sed de sus veranos, ni un leño para quemar en sus inviernos interminables.

Digo que volví a España, porque, aunque no había venido antes, encontraba en Castilla las raíces espirituales de mi patria. Al volver reanudé mi contacto físico con la tierra. Y yo quisiera llevarme a América, con quienes de aquí se fueran, ese sentido de la continuidad de la historia que encontré en Castilla. Esa impresión oscura, confusa, visceral, que tuve en el antiguo reino que se asomaba al mar por las montañas de Santander y embestía a Portugal en la seca llanura extremeña, cuando en Santillana del Mar y en Trujillo, ciudades muertas ya, en un torreón desmantelado me encontré con mi sangre. Nosotros salvaremos en Hispanoamérica esta levadura de España. Porque España es una levadura sin la cual puede hacerse el pan, pero cuando hace falta, ni la masa crece ni el paladar se regusta. Y si alguna promesa representamos nosotros para el mundo, es la de que, algún día, entre nosotros se esponjará, purgada de la escoria de los siglos, esa levadura en que consiste la grandeza de España : la generosidad de Mío Cid, el honor caballeresco de Gonzalo de Córdoba, e ímpetu creador de los Reyes Católicos, la pasión ardiente de los místicos, la justicia igualitaria de los alcaldes y la fe quijotesca de los conquistadores que de aquí se fueron para fundar allá en nuestras montañas una patria mejor.

Y esto, señores, es lo que Hispanoamérica debe representar para quien la sepa ver, que no puede ser otro que quien, como cada uno de ustedes, la sabe amar.

VISION DE ESPAÑA

POR
OSVALDO LIRA, SS. CC.

No nos llamaría mayormente la atención si algún lector, al chocar con el título de este ensayo, pensara que en sus páginas lleva oculto un doble pecado; de ambición desordenada, por una parte, y, por otra, de imprecisión. De ambición, porque parece, en realidad, inverosímil que a estas alturas, cuando vamos ya mediando el siglo XX, pueda alguien pretender decir algo nuevo sobre una nación que, desde hace largos siglos, viene siendo objeto de interés apasionado para tantos espíritus dignos de figurar entre los mejor dotados que ha producido la especie humana, y que, por su desarrollo espiritual, su concepto excepcional de la vida y su derroche ininterrumpido de heroísmo, ha logrado, en más de una ocasión, hacer coincidir el curso de su propia historia con la historia universal. De imprecisión, luego, porque no se hace constar en el título el aspecto bajo el cual se va a considerar esa realidad tan rica y compleja, y, por eso mismo, tan difícil de recoger en conceptualizaciones, que es la realidad espiritual española, ya que la hipótesis de una visión integral en este sentido deberá descartarse por no constituir el medio más adecuado de conseguirla su inclusión en las páginas, necesariamente breves, de un ensayo.

Sin embargo, lo que aquí se pretende dar es una visión, y una visión esencial de España. Y para demostrar que no intentamos con ello dar libre curso a ambiciones más o menos desorbitadas, sólo que-

remos llamar la atención sobre el carácter no simultáneo, sino más bien sucesivo de toda comunidad nacional. La nación sólo puede hacerse verdad, no en un solo instante, por muy privilegiado que se le suponga, sino en el decurso del tiempo, porque es un organismo que, como todo organismo, aun cuando fuere de tipo moral, se halla dotado de vida. Y sabemos que la vida creada, por lo menos en el caso de los seres visibles, implica movimiento y, por consiguiente, sucesión. Este es el motivo por el cual, a medida que una comunidad nacional va prolongando su marcha a través de la historia, irán a la par aumentando y mejorando las perspectivas para acertar con su más entrañable razón de ser. De este modo resulta muy probable que ciertos acontecimientos novísimos, deleznables, al parecer, en su nuda entidad concreta, pongan plenamente en relieve alguno que otro aspecto insospechado de fenómenos o épocas pretéritas que, según opinión corriente de los intelectuales, habían entregado ya todo su secreto. Esto solo ya sería motivo sobrado suficiente para acometer una vez más la interpretación ceñida de una realidad nacional que representa para nosotros, los que integramos la comunidad de pueblos hispánicos, lo más acendrado de nuestro ser histórico. Pero aún hay más. Hay, que nunca, como en los tiempos que corren, se habían acentuado hasta tales extremos el antagonismo, agudo a veces, y a veces remiso, pero siempre hondo e irreconciliable, que, no obstante ciertas apariencias, ha venido reinando constantemente entre España y Europa; vale decir, en la escala de hoy día en que una y otra se han derramado por el mundo, entre Hispania y la seudocivilización europea. Nuestra época lo es de decisiones extremas, y es sabido que no existe medio más seguro de revelar los motivos ciertos y oculto de un estado cualquiera de antagonismos que intensificarle hasta el rojo vivo. Si Europa, como dice Ignacio B. Anzoátegui, se ha sentido siempre incómoda con la vecindad de España, no lo había manifestado nunca, ni siquiera en los tiempos españolamente gloriosos de la Contrarreforma, con el rencor, la amargura y la falta de nobleza que hoy día estamos todos contemplando. Pues bien: son las tales propicias circunstancias las que queremos aprovechar ahora para ver manera de insinuar las principales características de nuestra razón histórica de ser.

* * *

Es un hecho que, desde los albores mismos de su vida nacional independiente bajo la supremacía de los visigodos, la sociedad ci-

vil española va discurriendo por cauces históricos que no ofrecen casi punto alguno de contacto con los de las demás naciones europeas; ya desde los tiempos de Ataúlfo comienza a dibujarse y tomar consistencia el binomio España-Europa. Cuando francos y alamannos, burgundas y ostrogodos, anglosajones y daneses se hallan en constante y variado intercambio de influencias, los hispanovisigodos sólo se preocupan de ir haciendo coincidir sus dominios políticos con los geográficos de la Península Ibérica. A ello les obliga también, en cierto modo, su propia situación religiosa, porque mientras los francos ingresaban, los primeros de entre los bárbaros, en el seno de la Iglesia católica, ellos, los visigodos, permanecieron durante un siglo aún aferrados obstinadamente a la herejía arriana, sin que la guerra que estalla por aquel entonces entre visigodos y francos contribuyera a otra cosa más que a acentuar la separación entre España y Europa. Nada se adelanta en tal sentido con la conversión de Recaredo, porque los francos, a su vez, entregados a una serie de luchas políticas más bien que puramente palatinas, van languideciendo, tras la muerte de Dagoberto I—*le bon roi Dagobert*—hasta dar en el período de los reyes holgazanes, y Francia representa para España, en la geografía política de entonces, la manera más fácil de comunicarse con Europa. A la esterilidad intelectual de la mayor parte de la Europa de esos días, viene a contraponerse la vida opulenta y magnífica de la España visigótica. Sus santos, sabios, escritores y fundadores de monasterios forman legión. Y aparecen un Leandro y un Isidoro, un Masona, un Braulio y un Tajón, un Ildefonso y un Eugenio, un Fulgencio y un Julián. Los monasterios comienzan a florecer y propagarse por todas partes bajo el impulso de esos hombres extraordinarios que fueron San Fructuoso, San Millán y Santo Domingo de Silos y tantos otros. La cultura y la vida religiosa españolas durante los siglos católicos de la monarquía visigótica resultan hasta tal punto las primeras de Europa, que España llega a aparecer entonces, en un mar de barbarie, como una isla de cultura y de civilización.

Sabemos cómo toda aquella cultura se derrumba a comienzos del siglo VIII ante la acometida irresistible de los musulmanes, que se extienden con la rapidez vertiginosa de una riada por casi todas las tierras ibéricas. La España visigótica, fundida ya con los antiguos pobladores hispanorromanos en un solo cuerpo de heroísmo, se recoge entre los riscos cántabroastures, vasconavarros y pirenaicos, en espera del momento propicio para comenzar a dar cuenta cumplida de los invasores. Como para la empresa sobrehumana de la Reconquista va a necesitar España recurrir a todas sus fuer-

zas, se desentenderá ahora con mayor intensidad que nunca de todo lo que por entonces ocurra fuera de sus fronteras, para no ocuparse más que de sí misma; por lo menos mientras no hubiere plantado bien sólidamente los jalones de la victoria definitiva. Cierto es que de cuando en cuando llegan a establecerse comunicaciones entre allende y aquende los Pirineos; que Alfonso VI, el *Adefonsus imperator toletanus* de las crónicas medievales, establece la reforma cluniacense en Castilla, ahogando con ello la liturgia mozárabe, y coloca en la Sede Primada de Toledo a un cluniacense francés; que caballeros italianos, provenzales, franceses y flamencos dibujan un comienzo de ayuda en la batalla de Las Navas de Tolosa; que doscientos cincuenta mil *cruzados (sic)* pretenden arrojar de sus estados al gran rey de Aragón Don Pedro III, y que, en fin, Francia e Inglaterra intervienen en las luchas políticas de Castilla entre Don Pedro *el Cruel* y Don Enrique *el de las Mercedes*. Todo esto, sin embargo, se revela como esporádico, fugaz, superficial. Lo cierto es que la nación española blandía con una mano la espada católica de la civilización patria, mientras que con la otra llevaba a cabo la obra políticosocial más audaz y perfecta que han visto los siglos; la más conforme con los derechos esenciales de la persona humana, al mismo tiempo que la más acendradamente española, ya que a nadie podía copiar en este sentido por haber mantenido constantemente la iniciativa en sus propis manos. La posición de España en aquellos tiempos era la del explorador que se va abriendo paso en la selva virgen. Su actitud respecto de Europa contrasta con la de las demás naciones cristianas, hasta el punto de que, cuando todas ellas, haciendo causa común, se vuelcan por igual en la magna empresa de las Cruzadas, España sabe contenerse y sujetarse al axioma de que la caridad bien ordenada comienza por uno mismo, porque sabe que «el bivir qu'es perdurable» no se gana sólo rescatando el sepulcro de Jesucristo de las manos infieles y sanguinarias de los Seldiúcidas, sino también «con trabajos e affiictiones contra moros».

Así es cómo, a partir de los instantes sublimes de Covadonga, España y Europa vienen a formar dos organismos perfectamente diferenciados y hasta prácticamente impenetrables el uno para el otro. Es cierto que la nación española contribuyó, según le correspondía, al desarrollo general de la cultura con creaciones de alcance universal. Allí están para atestiguarlo el *Cantar de Mío Cid* y el *Libro de buen Amor*, las *Coplas* de Jorge Manrique y el *Código de las Siete Partidas*, sin contar con el *Rimado de Palacio* y el *Laberinto de Fortuna*, así como con *El Conde Lucanor*, la *Suma de*

la Política y otras manifestaciones, más bien de tipo filosófico, que demuestran la fecundidad del genio español. Raimundo Lulio, Gundisalvo y Pedro Hispano, al igual de Gonzalo de Valboa y Raimundo Sabunde pueden figurar con honor junto a las grandes figuras de la filosofía medieval. Con todo, es preciso observar aquí un fenómeno curioso. La resonancia que las grandes creaciones españolas consiguen fuera del territorio patrio es siempre inferior a las de sus similares en calidad de las demás naciones europeas. El genio peninsular comienza ya a hacerse incomprensible para los extranjeros, lo cual resulta tanto más inexplicable en apariencia cuanto que en esos tiempos no podían mediar motivos de tipo religioso, puesto que España y Europa vivían por igual agrupadas en torno a la Cátedra universal de la Verdad, regidas por una misma dogmática e idéntica moral. Hay algo, sin embargo, que separa ya a España de Europa, algo que todavía no puede concretarse bien porque no han sobrevenido aún las circunstancias favorables para ello, pero que andando el tiempo logrará manifestarse a plena luz: el sentimiento celoso de la dignidad humana, exacerbado por su lucha contra el fatalismo musulmán. Eso es lo que imprime también en las manifestaciones todas del pensamiento español, tanto científicas y filosóficas como literarias y artísticas, cierto sello acusadamente nacional, ante el cual de bien poca fuerza vienen a resultar las consideraciones sobre posibles y aún efectivas influencias de lo exterior.

En ese estado de mutua y pasiva incomprensión, mucho más acentuada, por cierto, por parte europea que española, como lo demuestran suficientemente las aficiones intelectuales y humanísticas de los grandes escritores peninsulares, enterados casi todos ellos del movimiento intelectual extranjero, viven y conviven España y Europa hasta los momentos únicos del descubrimiento de América. Al ritmo heroico de la conquista y colonización de las comarcas del Nuevo Mundo, Europa comienza a agitarse en convulsiones de angustia y rencor, mientras que su ignorancia hacia todo lo español, de simple y espontánea que era, se va a convertir desde entonces en rabiosamente afectada. La exclamación despechada de Francisco I de que no conocía ninguna cláusula del testamento de Adán que repartiera el mundo entre portugueses y españoles, constituye todo un símbolo. Parece como si presentimientos rigurosamente análogos hubiesen impulsado y dirigido, aunque en direcciones opuestas, los pasos de europeos y españoles; presentimiento de que la cristiandad europea iba muy pronto a cuartearse y de que era preciso, en consecuencia, adoptar desde luego posición determi-

nada ante los acontecimientos. Bajo esta luz, la epopeya americana se nos revela como el medio de que se valió la Providencia divina para prepararle a su Iglesia las suficientes reservas humanas lejos del campo de acción de la herejía. Con ello pasa Europa de la incomprensión de España a la hostilidad irreconciliable contra España. La división del continente europeo en España y Antiespaña no puede ser más violenta y taxativa. La Reforma es Europa menos España; la Contrarreforma es España sin Europa. La inquina de Europa contra España en los tiempos de la Contrarreforma pudo obedecer, tal vez, al hecho del incontestable predominio político y militar de la única nación que tomó en serio su cometido típico de salvaguardar los valores trascendentes del hombre, poniendo sus recursos temporales al servicio de la Iglesia con una generosidad que muchas veces los mismos Papas no supieron comprender; pero obedece, sobre todo, al hecho de que, con su acción civilizadora en el Continente americano, la nación española frustró en definitiva los propósitos de la revolución internacional, que quería barrer de la sobrehaz de la tierra el influjo social del Catolicismo. Por eso la lucha no se limita a los campos de Europa, como habría sido lógico de no perseguirse más que el abatimiento del poderío español, puesto que en aquellos tiempos fué mucho más verdad que en los de Hitler, que las guerras se ganan o se pierden en Europa, mientras que, en lo referente a los recursos que España podía obtener de América, era más o menos hacedero estorbar su tránsito hasta la propia Península con unos cuantos navíos colocados estratégicamente en las rutas obligadas de los convoyes, sobre todo cuando la flota española había dejado ya de dominar los mares. Pero no; era preciso, además, intervenir en el propio Nuevo Mundo y elegirlo como campo propicio para sembrar en él la cizaña, porque mientras en América hubiese unidad religiosa resultaba imposible dejar asegurado el triunfo definitivo de la revolución.

De esta manera la Contrarreforma convierte a España en enemiga común de Europa, porque antes la Reforma convirtió a Europa en encarnizada enemiga de sí propia. En adelante será imposible que haya paz entre España y Europa mientras no se hispanice Europa o se europeíce España, dando, por supuesto, a los vocablos *europeización* y *Europa*, en este caso, el significado peyorativo que les viene de haberse dejado inficionar por la Reforma. Por desgracia, lo que va a realizarse será la europeización de España, porque la lucha era, desde luego, demasiado desigual para que hubiese podido terminar de otra manera. Es interesante a este propósito hacer resaltar cómo en las dos grandes empresas de carácter y repercu-

siones ecuménicos que ha llevado a efecto, España se ha visto completamente abandonada a sus solas fuerzas: la Reconquista fué realizada sin Europa; la Contrarreforma, contra Europa. Y, sin embargo, una y otra resultaban necesarias a la conservación del ser histórico de Europa. Así es cómo España llega a la plenitud de su entidad histórica por caminos en cierto modo extraeuropeos. Decimos *en cierto modo* porque, en realidad, en aquellos instantes supremos en que se va a decidir si Europa habrá de ser religiosamente romana o luterana, quien encarnaba los más puros valores europeos era España. Ahora que también esto exige explicación, porque aún en los tiempos medievales, en que tan poderosa se mantenía la idea de cristiandad, cada nación ofrecía ya, en el plano temporal, una versión particular del cristianismo, dando por sentado que, como dice Vasconcelos, la versión española era y es la mejor. De manera que, bajo cierto aspecto, la Contrarreforma vino a ser la lucha enconada de Europa contra Europa; en otras palabras: de los auténticos valores europeos dirigidos por España contra la invasión destructora de la revolución internacional. Sólo en España, era, en efecto, donde perduraba todavía ese concepto teleológico y teológico de la existencia humana que constituyó a lo largo de los tiempos medievales el acervo común tradicional de las naciones cristianas, a la vez que contribuyó, como contribuye la raíz, a plasmar la civilización occidental. Por eso, la enemistad entre España y Europa, todo lo encarnizada que se quiera, no podía imputársele a España, ya que recaía por entero sobre los advenedizos que querían a todo trance hacer discurrir la vida social y política de las naciones europeas por cauces espurios, los cuales, por serlo, suponían necesariamente el aniquilamiento de una tradición que España no podía negar ni permitir en modo alguno que se negara sin destruirse *ipso facto* a sí misma.

Sus propósitos, empero, fracasan. La Europa moderna, representada por Francia y la Reforma, triunfa en toda la línea, de suerte que, cuando al morir el último de los Austrias, deja a la nación, exangüe ya, en manos de la dinastía de los Borbones, España pierde, en definitiva, su posición señera. Se produce entonces un fenómeno curioso que, a nuestro juicio, no ha sido analizado aún en todos sus aspectos, y es que, a partir de ese momento, la *élite* ilustrada española se va a empeñar, en su mayor parte, por entero, en la empresa de romper todo contacto con la tradición para superar de una vez la disyuntiva España-Europa que tantos males había acarreado al cabo de dos siglos sobre España. Lo trágico del asunto estriba en que, pensando superarla, lo que hicieron fué

suprimirla por la eliminación pura y simple de uno de los extremos, del extremo *España*. No es que vayamos a caer en la necedad de creer que la causa de la desviación fuese el advenimiento de los Borbones, pero sí que con ello se hizo ya imposible desandar lo andado. Si los descendientes de San Luis—*quantum mutati ab illo!*—se hubiesen encontrado aquí con una nación espiritualmente vigorosa y llena de confianza en su propio destino, se habrían visto asimilados, sin duda alguna, por el ambiente, como le sucedió al primero y más grande de los Austrias: el César Carlos V; porque no debemos olvidar, si queremos ver claro en este asunto, que en su origen los Habsburgos fueron tan extranjeros respecto de España como los Borbones. En ralidad, las causas más genuinas de la única crisis epiritual española verdaderamente grave las hallaremos como resumidas en el hecho mismo de su contienda con Europa, porque el contacto prolongado y continuo de dos antagonistas entre sí predispone de suyo a un trasvase mutuo de actitudes espirituales. Y que no se venga a invocar como objeción en contra de esto las luchas seculares de la Reconquista en el sentido de que ni musulmanes ni españoles se compenetraron espiritualmente; porque, primero, el dominio, o a lo menos el contacto musulmán, logró dejar insinuados en el espíritu español ciertos rasgos inequívocos, si bien accidentales, y luego, porque las circunstancias concretas eran absolutamente dispares. En el caso de las luchas de la Contrarreforma se trataba de pueblos cuya civilización era consustancialmente idéntica a la del español, y que aún, por si esto fuera poco, habían integrado todos, junto con él en otro tiempo, el gran organismo de la Cristiandad medieval, mientras que el musulmán, extraño ya por su misma genealogía, fué considerado siempre, desde el comienzo, como un intruso. Más claro: la España con que se encontraron los Borbones estaba ya debilitada por haber venido respirando durante dos siglos las ráfagas tormentosas de individualismo que soplaban sin cesar desde las llanuras europeas, por cuyo motivo, según lo hemos advertido, le fué imposible asimilarlos. Y si ya de paso nos hemos referido a la desigualdad de la lucha emprendida por España contra Europa en defensa de los propios valores eternos europeos, no fué porque pensáramos tanto en el desequilibrio proeuropeo de fuerzas materiales cuanto en la extraordinaria pureza de intención que suponía para los españoles. El ideal que ellos propugnaban era tan elevado, que les exigía una tensión espiritual prácticamente imposible de mantener por mucho tiempo, mientras que los objetivos de sus adversarios eran de esos para cuya obtención resulta siempre fácil encontrar los medios apropiados. Y es

sabido que la adaptación de los medios a los fines ha constituído siempre y en todas partes la circunstancia más propicia para alcanzar la victoria.

Vencida España en una lucha en que campeaban de su lado la razón y la justicia, era perfectamente explicable que la mayoría de su clase directora, sin entrar en más prolijas averiguaciones, abominara de los principios en cuyo nombre había combatido. De entonces acá y siempre bajo el peso de semejante preocupación, va tratando de amoldarse al espíritu de la Revolución victoriosa. Lo trágico del asunto va a ser que, dejando en cierto modo de ser España, España no logra, por más que lo intenta, convertirse en Europa. Su robusta savia popular va actuando como un reactivo enérgico y continuo que, en cierto modo, también resulta contraproducente para ella, porque acaba por convertirla en una realidad híbrida, con la esterilidad consiguiente a todos los hibridismos. Aquí, y no en otra parte, hay que colocar la razón de ser de esa ausencia casi completa de potencia creadora que podemos observar en las diversas manifestaciones científicas, artísticas y literarias de los siglos XVIII y XIX en nuestra Península. Porque para que una nación pueda vivir en condiciones normales de desarrollo es absolutamente necesario que su clase dirigente y su masa popular marchen del todo compenetradas, ya que se completan, y por consiguiente, se necesitan entre sí. Es que el pueblo ofrece como contribución privativa suya el saber experimental, ese conjunto de principios no adquiridos en los libros, sino inducidos de la serie innumerable de casos particulares que proporciona la observación de cada día, mientras que la clase dirigente, la *élite*, brinda por su parte, a tal efecto, la indispensable armazón conceptual. Por eso un pueblo o una masa—y conste que al calificativo de *masa* no se le da en este momento ningún sentido peyorativo—, divorciada de su clase directora, equivale simplemente a una experiencia sin conceptualizar o, lo que aún resulta mucho peor, a una experiencia mal conceptualizada, del mismo modo que una *élite* directora que prescinde del contacto espiritual con el pueblo sólo puede pretender a una simple vida de invernadero. En realidad, España, entonces, camina a ciegas. Por todas partes cree encontrar remedios contra la decadencia que la corroe, cuando no alcanza a advertir que la decadencia es efecto preciso del camino que está recorriendo. España cree, por órgano de sus clases dirigentes, que lo que le falta es europeizarse, cuando lo que en realidad necesita es plantarse cada vez con mayor decisión frente a esa Europa descastada que la está invadiendo en su espíritu o, en una palabra, hacerse cada día más

española. Primero, porque ése es el único camino que se le abre a ella para volverse genuinamente europea, desde el momento en que los valores eternos de Europa es entonces España quien los posee en forma exclusiva, aunque soterrada, y luego, porque sólo así es como podría asimilar los influjos espirituales de fuera, en lo que encerraren de positivo, convirtiéndolos, para bien de todos, en carne de su propia carne. Ya que su masa popular le impedía con razón convertirse en Europa, no le quedaba a España más recurso que superar su hibridismo de ocasión, y naturalmente que el único modo de superarlo consistía en comenzar de nuevo y sin restricciones a ser España.

A medida que el poderío español va declinando y, sobre todo, que se va esfumando la confianza de los españoles representativos en los principios que labraron antaño la grandeza de su patria, los sentimientos de Europa hacia España, sin dejar de ser de envidia, se van tiñendo paulatinamente con matices de menosprecio. Es que, a pesar de haber concluído con el poderío español y logrado captar en su sector directivo la posibilidad de *conceptualizarse* que podía haberle quedado a su masa popular, Europa presentía, con la agudeza de percepción característica del miedo, que aún seguían latiendo en dicha masa virtudes y reservas espirituales suficientes para hacerla irrumpir otra vez hasta la categoría de protagonista en el plano internacional, lo cual constituía motivo sobrado para hacer perdurar la envidia, mientras que el servilismo espiritual del sector representado por Moratín o por Luzán justificaba con creces el menosprecio. Aquí reside, indudablemente, la tragedia de España; en que los que debieron haber sido sus mentores no se resolvieron a aceptar la posición, en cierto modo extraeuropea, que la Providencia les venía señalando de continuo por boca de tantas y tan reiteradas circunstancias históricas, cuando dicha posición comenzó a implicar humillación; porque era más halagüeño, claro está, sentirse extraeuropeo en tiempos de Felipe II y del gran duque de Alba que en los de Felipe V o de la Cuádruple Alianza, aun cuando lo era tan necesario ahora como entonces. Como si todo esto fuera poco, España, por las razones ya apuntadas, plagiaba con retraso y sin vigor, de suerte que las resultantes españolas de los grandes movimientos ideológicos europeos terminan siempre en flores de invernadero, carentes por completo de vitalidad normal. De este modo, España, a pesar de su servilismo oficial, no lograba ponerse a tono con Europa, alterando así la armonía del conjunto y constituyendo al mismo tiempo para los europeos una especie de tierra exótica donde se podían venir a

contemplar en carne viva las épocas pretéritas. El exotismo, la *españolada;* tal fué el arma que aguzó la envidia europea para tratar de desvirtuar en definitiva las siempre vivas esencias populares españolas. Y lo más triste de todo es que encontró en la misma España quienes cooperaran a esta obra enconada de destrucción.

De este modo y contemplando la historia de la civilización occidental en sus líneas matrices, podemos advertir con claridad meridiana cómo España y Europa siguen en su marcha trayectorias divergentes cuando no contrapuestas, y que la única vez que, por parte de España, se decide poner término a la oposición, lo único que logra obtener en definitiva es el espectáculo de cómo se van desvirtuando sus esencias nacionales hasta el punto de poner con ello en serio peligro la persistencia misma de su ser histórico. Nunca, ni aun en los momentos de mayor armonía internacional durante la maravillosa época medieval, se manifestó tan estrechamente solidaria España de Europa como en los siglos del neoclasicismo y de la *Illustration,* porque nunca tampoco se mostró tan decidida y deliberada lo que podríamos denominar su *voluntad de coincidencia.* Durante sus restantes encrucijadas históricas, España sólo se preocupó de ser España, sin parar mientes en sus coincidencias o divergencias con Europa. En cambio, a lo largo del período borbónico, España sólo se preocupa de ser Europa, sin parar mientes en lo que semejante actitud podía significar de deslealtad e incluso de traición consigo misma. No queda, pues, más remedio que aceptar la condición de extraeuropeo como carácter diferencial del espíritu español, y entrar ahora a analizarlo en su aspecto positivo, para ver, luego, el modo de sacar ciertas conclusiones prácticas que puedan sernos útiles en los tiempos por venir.

* * *

Si analizamos con mirada limpia y certera la historia espiritual española hasta la época malhadada del neoclasicismo y la *Illustration,* descubriremos como modalidad constante suya la *anticipación.* España es, ante todo y sobre todo, una nación de videncia de espíritu, una nación de iniciativas en toda la fuerza del vocablo. En ella pueden descubrirse manifestaciones de la actitud que hoy día, aplicada a las bellas artes, se suelen denominar *vanguardismo,* no sólo en el campo preciso de la estética sino aún en sectores científicos tan rebeldes, en apariencia, a la innovación como es el caso de las disciplinas teológicas. España es, en el gran sentido de la palabra, *vanguardista.* Pero lo es sólo cuando mantiene, por su parte, una

actitud diferenciada respecto de Europa, cuando se preocupa únicamente de ser nada más y nada menos que ella misma. O sea —para aprovechar ahora una conclusión formulada más atrás—, cuando la experiencia popular se mantuvo en estrecha consonancia con la sabiduría científicoconceptual de sus elementos dirigentes. Aquí, en esta comunicación o comunión psicológica admirable entre dirigentes y dirigidos, será, tal vez, donde haya de buscarse la raíz última de esa doble faceta de idealismo y realismo que la fina intuición de Dámaso Alonso señala como rasgo distintivo de la literatura española, y que puede descubrirse igualmente en las restantes manifestaciones del arte peninsular hispánico. En ella, también, el carácter hondamente humano que revelan todas sus iniciativas en el curso de la historia.

Durante la Edad Media el genio inventivo de los españoles se revela, más que en el campo de la especulación pura, en el del saber moral, y éste aun considerado no tanto en su aspecto individual como en el colectivo. Es natural. Cuando la especulación teológica o metafísica llega a constituir la manifestación típica de la intelectualidad de un pueblo, es porque ese pueblo ha llegado a encontrar ya la vía que debe conducirle a su destino histórico definitivo. Al igual de las individuales, las personas colectivas necesitan de un ambiente propicio para poder dedicarse a una actividad que, según lo observó ya Aristóteles, los humanos la poseemos sólo a título precario porque de suyo es divina. Pues bien: la España medieval tenía el enemigo dentro de casa, por lo cual le era imposible entregarse a especulaciones de tipo teológico o metafísico hasta no haberle expulsado por completo de su territorio. Sus teólogos de entonces, pese a su innegable valía, no llegan a constituir el exponente típico del genio nacional. Tal privilegio le estaba reservado a las *Partidas*, porque, a medida que avanza la Reconquista, va tornándose también cada vez más urgente precisar las líneas matrices de la estructura de los nuevos reinos cristianos. En este plano, las ventajas que logra adquirir España sobre las naciones del resto de Europa se nos manifiestan verdaderamente abrumadoras. Recuérdense sus Cortes y sus gremios; recuérdese cómo la autoridad monárquica no se resuelve en absolutismo ni el municipio llega a actuar tampoco a modo de disolvente de la unidad política nacional—según aconteció respectivamente en Francia y en los territorios del Sacro Imperio—, y se comprenderá la perfección a que llegó la estructura política española en plenos tiempos medievales.

Por eso, cuando, terminada la Reconquista y ahuyentados los mu-

sulmanes del solar patrio, la nación española se ve libre, al fin, para verificarse integralmente a sí misma, la afirmación de su originalidad es total. Conserva con igual vigor la iniciativa política, dando una nueva muestra de su flexibilidad de espíritu en este sentido con la fórmula de la *unión personal* entre el reino de Castilla y la Confederación catalanoaragonesa, en la cual quedan perfectamente conciliadas la unidad nacional con la diversidad psicológica y geográfica de las regiones que la integran, así como antes se habían conciliado el poder monárquico con los fueros municipales y feudales; y no sólo la conserva, sino que le abre nuevos campos de acción con el descubrimiento, conquista y colonización de América. Así como las *Partidas* presiden el desarrollo de la España medieval, el código del Imperio lo van a constituir las Leyes de Indias. Ahora como entonces, la *anticipación* española es patente. Como carece de modelo porque es la primera nación cristiana que se ve implicada en empresas colonizadoras, tiene que erigir en precedentes sus propias iniciativas. Pero no es eso sólo. Ahora, quien va a dejar oír su voz es la teología. Ya han desaparecido los obstáculos que en la época medieval entrababan su pleno desarrollo. Si no la reconquista del suelo español, la conquista del suelo americano se verificará de acuerdo con las normas que acerca del derecho de intervenir en países de infieles habrá de fijar fray Francisco de Vitoria. Desde sus primeros pasos, la ciencia teológica española se presenta bajo caracteres de sólida madurez. Su desarrollo ulterior, enfrentándose con los más difíciles y hondos misterios de la Revelación, y elaborando luego soluciones de admirable sutileza a la vez que rigurosamente concordes con las exigencias de la Verdada cristiana, hacen de ella la ciencia que logra identificarse de una manera más cabal con el espíritu nacional español. Los sistemas de la *predeterminación física* y de la *ciencia media*, así como el *congruismo* y el *probabilismo* quedan como exponente magnífico del vigor y originalidad alcanzado por la teología española, sin olvidar la sistematización de sus principios realizada en su obra *De Locis theologicis* por el ilustre dominico de Salamanca Melchor Cano.

Si volvemos ahora nuestras miradas al campo del Arte, nos encontraremos con que allí también las *anticipaciones* españolas lo invaden todo. La autoridad indiscutida e indiscutible de don Ramón Menéndez Pidal es la que nos ha hecho ver cómo las innovaciones teatrales del Fénix sólo han venido a ser comprendidas en todo su alcance y hondura en pleno siglo XX. Pues bien, lo que el gran maestro dice de Lope puede aplicarse sin violencia alguna a

las demás facetas del arte del aquel tiempo. Piénsese cómo de la poesía de Góngora arrancan los sectores más representativos de la lírica moderna española y extraespañola, al paso que la gran figura de Velázquez está presididendo, señera y majestuosa, la evolución entera de la pintura hasta nuestros días. Piénsese que el Greco nos ofrece los primeros ejemplos del expresionismo pictórico y aún de las *deformaciones* cubistas que, si escandalizan al público aficionado, se debe simplemente a que no se las ha sabido *situar*. Piénsese, igualmente, en el papel que dentro de la música moderna, especialmente en la de Beethoven y demás sinfonistas alemanes, le ha cabido a la *variación* para comprender el alcance de sus antecedente inmediato, las celebérrimas *diferencias* de Cabezón. Piénsese, en fin, en la decisión con que Fernando de Rojas echa con su *Tragicomedia de Calisto y Melibea* las bases de la novela psicológica moderna, que tanto auge había de alcanzar en nuestros días, y se tendrá una vista de conjunto de las *anticipaciones* españolas en el arte europeo del siglo XVI. Ninguna de ellas deja de fructificar copiosamente, hasta el punto de que no sólo en el sentido de que a cualquier obra de arte se le pueden descubrir antecedentes, sino en otro mucho más concreto, podemos afirmar que la mayoría de las corrientes artísticas modernas fueron formalmente preludiadas por genios españoles de la Epoca áurea.

En contraste violentísimo con esta España, la de los europeizantes de los siglos XVIII y XIX no produce, dentro de los límites del genio, obsolutamente nada. La Escolástica se ve representada por el P. Losada, el P. Alvarado y alguno que otro vulgarizador más o menos estimable, pero brillan allí por su ausencia los espíritus capaces de propulsarla en lógico y bien orientado desarrollo. A Velázquez sucede en el favor de los monarcas y el aprecio del gran público, el caballero Antonio Rafael Mengs, mientras que la lírica y el teatro ostentan ahora a Meléndez Valdés o Quintana y a los Moratines o García de la Huerta. Es cierto que la música produce valores tan estimables como Fernando Sors, el P. Antonio Soler y el malogrado Juan Crisóstomo de Arriaga; pero no perdamos de vista que esos mismos eran los tiempos en que vivieron Bach el grande, Haendel y Gluck, así como Haydn, Mozart y Beethoven. Como única excepción genial de este período—fuera de las del campo musical que se hallaba entonces en auge en toda Europa—podemos contemplar la figura del P. Hervás y Panduro. Es cierto que en el siglo XIX se nota cierta relativa fecundidad y que allí aparecen Goya y el Romanticismo; pero eso se explica muy bien sin desvirtuar nuestra tesis. Porque es perfectamente natural que un pue-

blo que ha seguido, como masa popular, conservando intacto su vigor, llegue a irrumpir de cuando en cuando con fuerza irresistible a través de la pauta establecida por una clase directora con la cual ha dejado ya, hace tiempo, de entenderse. Goya y la Independencia constituyen, cada cual a su modo, dos de esas irrupciones, y tan vigorosas que la sacudida espiritual producida por ellos resulta suficiente para fecundar buena parte del siglo XIX y para infundirle al Romanticismo un empuje y una tonalidad emotiva que logra hacer de él el movimiento más afín al Siglo de Oro que brotó durante esos siglos en España. No es todavía, evidentemente, lo ideal, pero es lo que, dentro del extranjerismo, se aproxima más a lo ideal. Faltaba aún en los sectores dirigentes españoles la necesaria robustez espiritual para haberlo totalmente asimilado. Ejemplo de cuán necesarias resultan para orientar y organizar la sabiduría del pueblo, las posibilidades conceptualizadoras de la gente ilustrada. Por eso el Romanticismo no pudo ser lo que hubiera debido ser aquí: una ocasión para España de redescubrirse y reconocerse a sí misma.

Ahora, cuando sobreviene el alud de los *ismos* modernos, España se hace eco, sin vacilar, de todos ellos. Desde el impresionismo pictórico que, en el orden cronológico, es el primero de todos ellos, hasta los más recientes como el de los *fauves*, el subrealismo y *Dadá*, todos encuentran en los ambientes intelectuales españoles, quién más, quién menos, alguien que los represente. Los nombres de Regoyos, Nonell y Picasso, entre otros; los de Gerardo Diego, Alberti y Aleixandre, y en fin, los de Falla, Halffter y Joaquín Rodrigo están manifestando claramente que el espíritu español no retrocede ante los avances artísticos modernos, así como los de Ortega, Zubiri y otros demuestran que tampoco se asustan de los movimientos filosóficos novísimos. El por qué los *ismos* de última hora han logrado adquirir un auge y calidad desconocidos de los de los siglos XVIII y XIX, lo analizaremos en seguida. Por ahora baste la simple indicación del hecho de que las iniciativas no brotan de dentro—por lo menos no exclusivamente—, sino que continúan todavía reconociendo al espíritu europeo como el manantial de donde todas ellas arrancan por igual; sin que quiera decirse con esto, tampoco, que la actitud observada hacia ellos por los españoles sea idéntica a la de los afrancesados del siglo XVIII ni a la de muchos románticos del XIX. Al contrario, la enorme diferencia entre una y otra va a servirnos de punto de partida para una serie de consideraciones encaminadas a determinar la trayectoria hispánica en los tiempos que se avecinen una vez que se haya superado la actual

angustiosa encrucijada histórica. Porque también la España áurea recibió influencias del extranjero, e incluso la medieval, aunque en grado mucho menor, como quedó ya insinuado más atrás. El problema de la originalidad ha de resolverse, en efecto, no tanto desde el punto de vista de si se reciben o no se reciben influencias, sino sobre todo, viendo qué es lo que se hace con ellas; o sea, si se las deja inalteradas o se las transforma, por el contrario, en auténtica sustancia nacional.

El auge a que aludíamos de los modernos *ismos* europeos en España se debe a que, no obstante sus numerosos defectos, revelan una calidad apreciablemente superior a la de los movimientos intelectuales de las dos últimas centurias. No se necesita ser muy zahorí para advertir que la fenomenología o el existencialismo, verbi gracia, son superiores en hondura al krausismo o al voluntarismo de Schopenhauer, así como el cubismo o el surrealismo lo son respecto del academicismo de Boileau o de Jacques Louis David. Nada decimos del hegelianismo porque pese a su indudable y extraordinaria envergadura, no deja huella alguna en el pensamiento español contemporáneo. Precisamente el hecho de que hoy tengan resonancia en él las corrientes de altura, a diferencia del siglo pasado en que si se da entrada a Kraus o a la ópera verista de Arrigo Boito, Bellini o Leoncavallo, se permanece en completa indiferencia ante creadores como Beethoven, Schumann o Wagner, está acusando un avance manifiesto en el camino de la dignidad estética, avance que permite abrigar la esperanza firme, o más bien la seguridad, de que en un día no lejano se volvería de lleno a esa actitud gallarda que hizo brotar de la arquitectura renacentista o del endecasílabo italiano algo tan profundamente nacional como la arquitectura plateresca o las églogas de Garcilaso. El estado de plenitud no supone, en modo alguno, el vivir rechazando las influencias externas, sino en responder a iniciativas con iniciativas, o en otras palabras, en responder a la acción con una reacción que, a diferencia de las del mundo físico, podrán ser no sólo igual, sino aún más intensa que aquélla. El mal de la España borbónica no consistió precisamente en recibir influencias, sino en recibirlas de modo pasivo, sin intentar, o, a lo menos, sin saber cómo hacerlas perder su sabor extranjero, ni, por consiguiente, convertirlas en expresión genuina del espíritu nacional.

* * *

En todas sus audacias innovadoras, los grandes genios españoles encontraron siempre cooperación decidida por parte de los elementos populares. Entendámonos. No queremos decir con esto que la masa del pueblo llegara a comprender en sus elementos constitutivos la doctrina de la premoción física, por ejemplo, o bien la pintura de Velázquez o el teatro de Lope. Nada de eso, sino que el creador español — teólogo, autor dramático o pintor—se mantuvo siempre en contacto con el espíritu popular, de suerte que, cuando trató de explicar científicamente en lo que tienen de explicables las realidades del orden sobrenatural, o cuando vino a captar el misterio de la luz o el del ritmo y medida del lenguaje, actuó siempre como intérprete necesario del alma de su pueblo; basta con pensar un instante en el éxito, sostenido durante siglos de los autos sacramentales y de comedias como *El condenado por desconfiado* y *La vida es sueño*. De aquí proviene que aun en las corrientes intelectuales más distantes, por naturaleza propia, del vulgo, como las controversias teológicas de *Auxiliis*, o por voluntad de sus jerarcas, como el *gongorismo*, se nota un sello de *inevitabilidad* que en vano buscaríamos en las producciones similares extranjeras, una conformidad con esa virtud del *intellectus*, señalado por los escolásticos como el hábito de los primeros principios, o sea de las evidencias fundamentales del entendimiento humano. Compárense, por ejemplo, los sonetos de Góngora con los de Valéry y se verá la diferencia. Es esa compenetración del pueblo con sus clases directoras, en efecto, lo que junto con constituir el rasgo distintivo de la España áurea, le infunde la fuerza irresistible que palpita en todas sus creaciones. Allí no hay solución de continuidad entre la *élite* y la masa popular. El teólogo, el pintor o el poeta no son sino las flores que están bebiendo la savia generosa que le brinda la raíz popular. Lo que allí pasaba entonces era, sencillamente, que, por esa compenetración admirable, cada sector del organismo nacional podía apurar hasta el máximum sus posibilidades propias. Así es cómo el espíritu privilegiado podía devolver a la masa popular, centuplicados, los beneficios vitales que de ella había recibido, al paso que la masa, a su vez, entraba a participar, en grado desconocido para otros pueblos, de las grandes creaciones científicas o literarias que ella misma, previamente, había hecho posibles.

Porque es ahora cuando debemos hacer resaltar una diferencia característica entre las invenciones o hallazgos españoles del Seiscientos y aquellas otras que han venido acumulándose con asombrosa rapidez desde mediados del siglo pasado hasta hace quince

o veinte años en los dominios exclusivamente espirituales de la filosofía y el arte. Las invenciones españolas son humanas; las modernas, en cambio, cerebrales. Esta es la razón por qué las españolas y no las modernas han permanecido a través de la historia del pensamiento con toda la flexibilidad típica de lo vital y no como meras curiosidades arqueológicas. Con esto no queremos decir—¡líbrenos Dios!—que los *ismos* modernos, científicos y artísticos, hayan sido inútiles. Al contrario, creemos que en el punto a que habían llegado la filosofía y el arte a mediados del siglo XIX, se imponía con urgencia una renovación total no sólo de la visión de la realidad, sino también de los medios de expresión. Difícil será medir, v. gr., los beneficios provocados, en el seno mismo de la Escolástica, por Husserl o Heidegger, y, antes aún, por Brentano. El estudio del Doctor Angélico se había convertido en una simple memorización de su doctrina, mientras que la actividad creadora había venido a parar en la adoración ñoña de la anécdota a expensas de las leyes formales de la poesía. Ahora que la reacción, falta de verdadero equilibrio, no se limitó—¡dificilísima limitación!—a superar, a trascender, sino que, acentuando demasiado sus elementos diferenciales a costa de los integradores, negó y destruyó, en impulsos iconoclastas, muchos valores dignos de ser conservados.

Hoy que, cerrado más o menos el ciclo de tales experiencias, se viene en la mayor parte de los casos ya de vuelta, podemos contemplar aquel entrechocar clamoroso de tendencias dispares con serena objetividad, concediéndoles su justo valor a todos los factores, positivos y negativos, que entraron en juego. Pues bien: como opinión resultante, podemos afirmar que todo aquello careció del necesario equilibrio. Semejantes a aquellos alquimistas medievales que allá, en el recinto de sus laboratorios, perseguían, anhelantes y abstraídos, el aislamiento de la piedra filosofal, los pensadores y artistas modernos se lanzaron también en rebuscas unilaterales. Dilthey es la historicidad a costas de lo ontológico, y lo mismo se podría decir de Heidegger, mientras que Husserl es la objetividad de las esencias con exclusión radical de su inmanencia o trascendencia respecto del sujeto cognoscente; la Escolástica, en cambio, si no inventada, por lo menos cultivada, con amor jamás desmentido, por los españoles, y llevada por ellos a grados extraordinarios de desarrollo, se nos aparece como el único sistema filosófico compatible con las certezas fundamentales de la vida práctica. Del mismo modo, los impresionistas son el color con desmedro de calidades y composición, mientras que los cubistas lo dan todo a la composición; Debussy y Ravel sacrifican, respectivamente, la melodía y la

emoción en aras de una objetividad que hará desembocar a sus imitadores en las aberraciones de *Pacific 231* o *La fundición de acero*, mientras que Schönberg, a fuerza de análisis ultrasutiles, llega a diluir la tonalidad y a resolver las conquistas cromáticas en una masa grisácea e indiferenciada; en arquitectura es Le Corbusier—Edouard Jeanneret—quien sacrifica lo bello a lo útil al concebir exclusivamente—aquí, en el *exclusivamente* está el mal—el edificio funcional, olvidando las sabias advertencias de Fenelon a M. de la Motte. Pero, ¡para qué seguir! Recórranse las tendencias modernas, sin olvidar de agregar a las anteriores citadas el creacionismo con su culto exacerbado de la metáfora y el surrealismo con el futurismo, y nos encontraremos siempre con el mismo fenómeno: la prosecución y consecución de *una* sola calidad a costa de *todas* las demás.

Es que en la raíz de todas ellas se encuentra, como gusano roedor que concluye por esterilizarlas hasta hacerlas morir, cierta previa actitud deliberada. Las corrientes intelectuales modernas, tanto como las artísticas las de tipo filosófico, encarnan, por el hecho preciso de ser cerebrales, una reacción, o si el término desagrada, una revolución que, en la mayoría de los casos, carece de sinceridad. Claro está que es el caso ahora de preguntarse por qué el carácter cerebral, o racionalista, o deliberado, en fin, ha de ir unido a la falta de sinceridad. La respuesta es muy sencilla: porque toda creación del entendimiento humano, así se trate de obras de arte como de sistemas filosóficos, ha de responder a un imperativo vital; sólo así podrá librarse de convertirse en mero producto de fábrica o de taller. Esa es la suprema razón por qué los *ismos* modernos no lograron cuajar en España. Los españoles, aunque prácticamente olvidados de sus grandes revoluciones espirituales del Siglo de Oro, no han entrado, sin embargo, por las revoluciones modernas. A partir del neoclasicismo francés, todas las corrientes filosóficas o artísticas que han venido en son de visita al solar español, debieron permanecer en él como extranjeras, no sólo respecto del pueblo considerado peyorativamente en su condición de masa y de castizo, sino incluso del sector dirigente. Y si tenemos que hacer excepción en favor del movimiento romántico, se debe a que en muchos de sus aspectos, como por ejemplo en su devoción por la Edad Media y su actitud decidida de antagonista frente al neoclasicismo rígido de estirpe francesa, coincidía con las aspiraciones más entrañadas del pueblo español. De aquí proviene exclusivamente su relativa popularidad y todo aquello que en él hubo de impulso dinámico. Como que aún siguen estando de cierta actualidad algunas de

sus más características manifestaciones. Pero esto es, como decimos, una simple excepción. La verdad es que, a pesar de las apariencias, el espíritu español no concluye ni concluirá jamás de dar carta de ciudadanía a los *ismos*.

No tenemos más que mirar lo que sucede en el campo de la filosofía. No hay un solo sistema filosófico que haya brotado en suelo español. Y como para reforzar más ahincadamente esta actitud, es tan sólo la Escolástica, el único cuya paternidad no puede atribuirse con exclusividad a ninguna colectividad nacional ni individuos determinados, porque constituye en buenas cuentas el fruto científico connatural a un estado de alma que predominó alguna vez en toda Europa, el que más atenciones ha merecido del espíritu español; con la circunstancia, todavía, de que buen parte de su desarrollo, no por cierto formalmente sino respecto de sus condiciones subjetivas de existencia, se lo debe a la teología o más bien a la Revelación, porque la Escolástica, más que una filosofía o, si se quiere, *la* filosofía, es una teología o, mejor aún, *la* teología. Se dice, generalmente, que en España no ha habido filosofía. La afirmación podría aún generalizarse hasta extremos a primera vista insospechados y referírsela a la amplitud entera de las ciencias. Porque lo que no ha existido nunca en España es un movimiento puramente científico, es decir, un movimiento cuyo contenido exclusivo lo hayan constituído verdades obtenidas por abstracción. Ha habido arte español y teología española, porque ni el arte ni las disciplinas teológicas obedecen, como a última razón especificativa o determinante, a la abstracción. No es que el español sea incapaz de abstracción; si alguien se sintiere inclinado a creerlo, no tendría más que entrar en contacto con sus grandes teólogos para darse inmediata cuenta de que en este terreno—y en otros muchos— vencen a los mayores filósofos extraescolásticos del extranjero. Es que no se sacia con la abstracción sino con la Revelación. Por eso, frente a los filósofos europeos, frente a un Bacon o un Descartes, a un Locke o un Kant, a un Heggel o un Schopenhauer, a un Brentano, un Husserl, un Heideggel o un Croce, la nación española contrapone la falange apretada de sus teólogos y místicos como la expresión más pura y acendrada de su pensamiento especulativo. Lo cual está demostrando muy a las claras que no se trata en modo alguno de un fenómeno puramente casual, sino de una modalidad espiritual característica que hunde sus raíces en los reductos más entrañados del concepto que acerca de la finalidad de la vida tiene el español.

En el mundo del Arte ocurre igual cosa, por más que no se pueda advertirlo con igual facilidad desde el momento que la obra ar-

tística no se ajusta a un patrón objetivo extramental, sino, única y exclusivamente, al ejemplar del artífice. Observando sin prejuicio de ninguna clase lo que ocurre en España con los movimientos contemporáneos a partir del impresionismo pictórico, veremos que se les ha recibido con no disimulada indiferencia. Desde luego, cuando Francia, e incluso Inglaterra y Estados Unidos, pero sobre todo Francia, estaban contribuyendo a más y mejor al desarrollo de la pintura *à plein air*, España, que había engendrado con Velázquez y Goya a los descubridores de ese nuevo mundo encantado, sólo viene a dar un solo verdadero impresionista en la persona de Regoyos, y eso cuando el ciclo se estaba ya cerrando y despuntaban por el horizonte artístico Cézanne y luego Nonell y Picasso, además de los *fauves*. Análoga observación podría hacerse respecto de los movimientos de tipo literario. Compárese el auge adquirido en Francia por el surrealismo, el dadaísmo o el creacionismo con el que logró cobrar en España el ultraísmo o el propio creacionismo, y se verá la diferencia. Frente a toda una legión de poetas, entre los cuales figuran en primera línea Breton, Soupault, Eluard y Supervielle juntos con Apollinaire y Reverdy, así como con Picabia o Tristán Tzara o, aún, el francochileno Vicente Huidobro, la poesía española sólo produce los casos aislados y sobre todo transitorios de Gerardo Diego y Aleixandre, de Alberti, García Lorca y Larrea. Por último, si comparamos la irrupción de la nueva música en las naciones europeas por igual, nos encontraremos conque es en España donde, sin perder un ápice de su modernidad, adquiere perfiles más acentuadamente tradicionalistas. No hay más que comparar a Schönberg, Debussy y Strawinsky con Falla; a Honegger, Hindemith o Ben Britten con Ernesto Halffter o Joaquín Rodrigo, y se verá en seguida la diferencia. Y nada digamos, volviendo a la pintura, de don José Gutiérrez Solana, el genio solitario que, a fuerza de entroncarse con Ribera y el primer Velázquez por no decir con Brueghel el viejo y Patinir, gana por la mano en modernidad a tantos y tantos *snobs* del *arte al día*.

El anterior paralelo exige explicación, porque, por una parte, no parece el contraste entre el panorama español y el extranjero respecto del arte novísimo lo suficientemente acusado como para poder fundar sobre él toda una teoría; mientras que, por la otra, parece contradecirse con la afirmación, estampada poco antes, de la sensibilidad española para con los *ismos* contemporáneos. ¿Por qué afirmar, v. gr., que ha armonizado más con el espíritu francés que con el español un movimiento como el surrealismo que, en ciertos momentos, se ha hallado representado en el arte penin-

sular por un poeta de la talla de Aleixandre? Los nombres barajados españoles y extranjeros parecían indicar, en efecto, con su relativa equivalencia de calidad estética, que en el solar ibérico las corrientes novísimas habían prendido con vigor por lo menos tan intenso como en cualquiera de las demás naciones europeas. Además, si así fuese, no podría hablarse de correspondencia y comprensión española para los *ismos*. Pues bien: a una y otra objeción puede responderse con la simple verificación de un fenómeno sobre el cual tal vez no hemos fijado suficientemente la atención, y es que los afiliados españoles a los movimientos de vanguardia terminan siempre por superarlos, a no ser que—excepción que confirma la regla—abandonen el territorio de su propia patria. Resulta verdaderamente increíble que un fenómeno tan curioso y que aquí no hacemos sino señalar, por no permitirnos otra cosa la índole de este trabajo, no haya sido todavía puesto de relieve en toda la profundidad de su significado. No tenemos más que comparar, en el plano específico de cualquiera de las bellas artes, los artistas españoles que se han vinculado en definitiva al territorio nacional con los que por nacimiento o por adopción son extranjeros. Los *fauves* franceses o los españoles Picasso, Francisco Bores y Salvador Dali, como también Juan Gris o Juan Miró, siguen a estas alturas pintando, respectivamente, como en los mejores tiempos *fauvistas*, cubistas o surrealistas, mientras que el españolísimo Benjamín Palencia en sus obras, desde hace lo menos quince años a esta parte, pero sobre todo en sus últimas producciones, nos manifiesta con qué maestría ha sabido superar, no invalidar, una etapa que constituyó para él, como debió haber constituído para todo verdadero artista, un punto de arranque necesario hacia nuevos horizontes. El caso de Aleixandre o el de Gerardo Diego son del todo semejantes. Mientras los surrealistas y dadaístas franceses, así como los futuristas italianos permanecen largo tiempo, por no decir hasta hoy día, imperturbablemente adheridos a su actitud inicial, los dos grandes poetas españoles citados han recorrido un largo camino que va desde *Pasión de la tierra* hasta *Sombra del Paraíso* para Aleixandre, y para Gerardo Diego, desde *Manual de espumas* hasta *Alondra de verdad*. Además, es un hecho que el arte nuevo encuentra en España menos resonancia que en Francia o en Italia, por ejemplo; y conste que no nos referimos ahora a ese gran mundo que, con su barniz de cultura y su total incomprensión de los valores formalmente estéticos, sólo sienten inclinación sincera hacia los elementos anecdóticos del arte, sino a los verdaderos artistas. Aquí no existe la menor *fringale d'art nouveau*,

sino, al contrario, una percepción muy clara de lo que, dentro de las tendencias modernas, está llamado a desaparecer.

En realidad, y para los efectos de nuestra tesis, los artistas españoles que han afincado definitivamente en el extranjero, actúan siempre al compás estricto de los vientos europeos, por más que su personalidad resulte en la mayoría de los casos la más acusada. Son Picasso y Juan Gris los que infunden al cubismo una trascendencia que jamás habría conseguido de haber quedado exclusivamente en las manos de Georges Braque; pero, sin embargo, Picasso y Juan Gris siguen pintando cubismo—Juan Gris hasta que murió—. Los españoles, en cambio, que, tras estancias más o menos prolongadas en el extranjero, han vuelto en definitiva a respirar los aires patrios, modifican en seguida la actitud adoptada a inicios de su actividad creadora. Pero, ¡cuidado!, porque no se trata, en modo alguno, de regresión. Nada hay, por ejemplo, más revolucionariamente moderno que esas *Epifanías* de Benjamín Palencia o que el *Triptic de mosén Cinto* de Joaquín Rodrigo, y sin embargo, ¡cuánto más humanas aparecen y son en realidad estas creaciones que las telas surrealistas del propio Palencia o que *Iberia*, de Debussy. El artista español que arranca de un *ismo* cualquiera lo pierde muy pronto de vista; pero—y aquí está lo curioso del fenómeno—lo pierde de vista, no por volver atrás, sino por avanzar hasta el punto de que la fuerza y amplitud misma de su progresión le hacen entroncar de nuevo inesperadamente con la tradición. Las palabras de Aleixandre a este respecto resultan altamente aleccionadoras, y aunque de modo explícito sólo aluden a su propia trayectoria poética, adquieren, miradas en función del movimiento general del arte español, todo el valor de un símbolo (1). Por eso, la posición significada y exclusivamente vanguardista de los artistas españoles se manifiesta siempre como transitoria, fuera de que, dentro de la trayectoria peculiar a cada

(1) «*Sombra del paraíso*, mi reciente libro, es el último eslabón de una cadena evolutiva. No ha habido saltos. El poeta ha ido en una suave evolución desarrollando su línea vital. Mira hacia atrás y se sigue reconociendo en su remoto origen confesado, en su segundo libro, en el hervoroso y ciego o clarividente *Pasión de la tierra*. Pero—y aquí la sorpresa, aquí de lo imprevisible en el curso de un poeta—, con *Sombra del paraíso* en la mano, mira más hacia atrás y siente que este libro, último extremo de una evolución comenzada en el revolucionario *Pasión de la tierra*, se emparenta y enlaza de pronto, inesperadamente y por alguna zona visible, con aquel tradicional primer libro *Ambito*, que había quedado aparte, marginal y como excluído del proceso vivo de la evolución. La poesía se muerde la cola. Todo está rescatado. Lo que parecía una ruptura, no lo había sido, entonces. Y el sonriente espectador ve probado una vez más—y por lo que respecta a un poeta—lo que ya se sabía: que en poesía, en algún momento, la línea revolucionaria, si de veras genuina, acaba mostrando ser, haber sido, la única línea tradicional.» V. ALEIXANDRE, *La destrucción o el amor*, 2.ª ed., pág. 19. Confidencia literaria Poesía y vida, Madrid, 1945.

uno de ellos, concluye inevitablemente por adquirir caracteres de irremediable decrepitud: signo inequívoco de que no logró llevar sus raíces hasta los reductos mismos sustanciales de su espíritu. A eso se debe que hayamos afirmado la incapacidad relativa de los españoles para mantenerse dentro de los límites del vanguardismo, ya que no reside el hecho—importa destacarlo—, tanto de la calidad y número de los artistas que en una u otra forma se han sentido atraídos por sus encantos, como en el carácter genuinamente esporádico y ocasional de su afiliación. Por eso, también, el arte español, por novedoso y avanzado que sea, se nos aparece casi siempre libre de esas estridencias que perturban en buena parte la visión objetiva y serena de los demás artes europeos de vanguardia. En música se presenta más melódico y estructurado; en pintura, más sometido a esa ley de la imitación que, mal que le pese, le compete al arte pictórico, no en cuanto arte, sino en cuanto pictórico; en el campo de las letras, finalmente, más conforme con el orden lógico de las ideas, o, si se prefiere, más consciente, deliberado y racional.

En resumen, lo que España ha realizado en nuestros días con los movimientos espirituales novísimos, tanto en el campo de la filosofía como en el del arte, guarda estrecha analogía con la conducta por ella observada frente al gran movimiento renacentista: asimilarlos ella en lo mucho que tenían de afirmativo sin dejarse asimilar por ellos. Naturalmente que esta vez, pese a los grandes valores puestos en juego, de cuya calidad dan suficiente testimonio los nombres citados en el curso de estas páginas, no ha podido lograr el triunfo definitivo de entonces, porque sus condiciones espirituales no son las mismas. En aquellos tiempos el espíritu nacional español no solamente no se había visto contaminado de xenofilismo, sino que había tenido que dar el testimonio más intenso y desesperado de personalidad que tal vez le haya cabido en suerte a pueblo alguno de la tierra, mientras que ahora ha venido saliendo de dos largos siglos de extranjerización. Por eso pudo salir entonces, cuando en los demás países europeos se practicaba el culto neciamente exclusivista del clasicismo grecorromano, con su espléndida floración plateresca que aún hoy día provoca la admiración entusiasta de todos los espíritus susceptibles de dejarse impresionar por la belleza. Floración entrañadamente autóctona, a pesar de encontrarse entre sus elementos integrantes los más destacados del arte renacentista. Hoy día, tampoco, si observamos bien, ha dejado pasar el arte español una sola de las conquistas del arte nuevo, tanto menos cuanto que muchas de

ellas han sido no sólo preludiadas, sino, además, formalmente realizadas por españoles. Sobre ellas, empero, comenzó a imprimir desde un principio el sello de su propio espíritu, de suerte que si el proceso de autodescubrimiento y autoposesión en que se encuentra empeñada, para bien de todos los hispánicos, la nación española no se interrumpe, sino que, como todos ardientemente lo esperamos, llega a término feliz, no cabe la menor duda de que antes de mucho asistiremos al nacimiento de un arte español integral, uno, seguro de sí mismo, libre de inquietudes y torturas como no sean las connaturales a la propia actividad creadora, y del cual vienen siendo anuncio calificado todos esos movimientos, no por parciales menos interesantes, que desde hace casi ya medio siglo están resolviéndose en creaciones de la más alta y exquisita calidad estética.

* * *

Una vez expuestas con toda la rapidez que nos ha sido posible las características más salientes de lo que constituye la entraña espiritual de la nación española, queda ahora por averiguar cuál sea la raíz última de esas manifestaciones suyas, tan variadas y, a primera vista, tan inconexas.

Pues bien: dicha raíz se identifica con el sentido profundo que tienen los espaoles de la dignidad incomparable que, entre todos los seres de este mundo, tiene la persona humana; o en otras palabras, con lo que podríamos llamar el humanismo español, el único perfecto porque es el único que asume al hombre con todos sus valores, naturales y sobrenaturales, innatos y adquiridos. De ese humanismo cristiano que constituyó el patrimonio espiritual de la Edad Media, es el pueblo español quien se ha erigido en personero y heraldo suyo, porque es el único que, sabiéndolo o sin saberlo, lo ha convertido en idea, fuerza integral, en principio motor y orientador de todas las facetas, tanto especulativas como prácticas, de su actividad individual y colectiva. Aunque no podemos adentrarnos ahora en el terreno de las causas, porque eso alargaría desmesuradamente nuestro trabajo, podemos indicar, sin embargo, que la historia española, o si se quiere, ese concepto fundamental de la vida que va actuando como supuesto indispensable en todo lo que el ser humano piensa o realiza, se halla determinado, respecto del pueblo español, en gran parte por la prolongada contienda contra el Islam. Allí, en esa reacción encarnizada contra el fatalismo de los muslimes, fué cómo llegó a hacer de la libertad o de la facultad

de autodeterminación un verdadero culto. Pero como es precisamente a tal característica a la que el hombre debe el distinguirse irreductiblemente de las creaturas irracionales, nació de allí el culto a la persona humana, no en abstracto, sino en concreto, es decir, no del *animal rationale* de los lógicos, sino del *homo historicus,* que en el orden actual de la economía divina, no es más que el *homo christianus,* el *alter Christus.*

Es que el espíritu español considera la actividad humana no bajo su aspecto exclusivamente específico o cualitativo, sino en cuanto, mediante ella, la propia persona humana se relaciona, para bien o para mal, con el fin último. En todo cuanto se piensa y en todo cuanto se hace, descubre, antes que nada, cierta proyección del *yo.* Y esto constituye, sin duda, el carácter más saliente de su actitud fundamental ante la vida. Porque se dan, en realidad, dos maneras de enfocar los diferentes tipos de nuestra actividad: el considerarlos como dimanaciones actualizadoras de nuestras potencias o facultades, tanto espirituales como orgánicas, o bien como recursos indispensables para el *yo* de poder entrar en contacto con el mundo exterior, poniendo así en pleno juego sus posibilidades personales. En el primer caso, lo que interesa es la índole misma de la actividad; es decir, si es filosófica, científica o creadora, de tipo moral o político, etc., etc. En el segundo, en cambio, lo que importa, ante todo, son las condiciones subjetivas en que ha conseguido desarrollarse. De aquí se desprende que el alma española implica cierta tendencia muy acusada a existencializar la realidad, tal como se da hoy en el mundo filosófico europeo, que le lleva, a su vez, no por cierto a privar de importancia a la renovación técnica en el arte, la filosofía y demás campos de la actividad humana, pero sí a mantenerla, frente a los supremos valores humanos, en estado de manifiesta y rigurosa subordinación. El español se halla íntima e invenciblemente convencido de que cuando se trata de los valores incorporados a la línea del fin último, lo demás no cuenta ni debe contar para nada. Ahora bien: la única manera de conseguirlo consiste en trasladarse del plano específico hasta el de la hipóstasis, y tomar en cuenta no tanto el hecho de que el accidente se mantiene respecto de la sustancia en la posición de principio formal o determinante, sino en el otro, mucho más hondo, de que la sustancia es quien da razón suficiente de sus determinaciones accidentales, del mismo modo que la da el manantial de los arroyos que arrancan de su líquido seno. Así los medios técnicos pierden de su importancia en beneficio del modo cómo se emplean. Porque, en último término, es la sustancia creada, la hipóstasis o la persona,

quien ejerce legítimo dominio sobre todos sus accidentes, y es natural que ese dominio, que consiste en cierta especie de determinación superformal, ya que coincide en cierto sentido con la condición metafísica de instrumento, llegue a predominar sobre el influjo determinador ejercido por el accidente.

Es esta inclinación radical del español la que le conduce naturalmente y como de la mano a la consideración del *homo historicus*. Por eso, dentro de la actividad humana, lo que más le ha de atraer es lo que Max Scheler denomina el *saber de salvación;* es decir, el verdadero saber de salvación. De aquí nace esa especie de repugnancia instintiva del español a toda actividad meramente especulativa, porque según lo hemos hecho observar en algún otro de nuestros trabajos, la especulación sólo la puede lograr el entendimiento humano a fuerza de abstracción, y la abstracción, como cualquiera lo puede echar de ver, opera en el objeto un evidente e inevitable empobrecimiento. Para el español, lo que ha de satisfacer mejor sus aspiraciones es un conocimiento o más bien un saber que se logre no por abstracción, sino por Revelación. En una palabra: con lo único que puede contentarse el español en el plano de la inteligencia es con el saber teológico. Allí la abstracción queda superada por la luz de la fe, ni, por consiguiente, podrán actuar temores relativos a verse escamotear esa realidad concreta y palpitante que es la que él quiere. Fuera de eso, es en el saber teológico donde el espíritu español habrá de ver aquietados sus anhelos de absoluto, porque en la autoridad divina ha de encontrar un fundamento más firme a la certeza que las más claras evidencias de tipo natural, incluso que el de los principios primeros de la razón. Es que la luz de la fe le hace entrar en contacto directo con la realidad más inefablemente concreta y, por lo mismo, más inefablemente rica y compleja que es posible concebir: el propio Acto puro.

Por eso, el saber más típicamente español es el saber teológico integral; o sea, una teología que, saliendo de las dimensiones de un puro objeto de conocimiento, logre adquirir las de una auténtica vivencia. En una palabra: la teología mística. Es preciso observar, en efecto, que al lado del vivir según la fe existe también el conocimiento puramente especulativo de las verdades reveladas, el cual constituye también, a su modo, un saber teológico desde el momento que, según nos lo advierte Santo Tomás, el *habitus* infuso de la fe, y la fe de los que se encuentran en estado de pecado mortal y privados, en consecuencia, de vida sobrenatural a la vez que de virtudes infusas, pertenecen exactamente a la misma espe-

cie. Claro está que, en este caso, se trata de un saber que se desarrolla según sus dimensiones específicas, sí, pero también fuera de su clima normal, y que más bien podría recibir el epíteto de *filosofía de los dogmas*. No hay duda que aun esta teología inadecuada responde ya, no obstante su imperfección, mejor que el puro conocimiento filosófico, incluso que la propia filosofía cristiana, a las tendencias más entrañadas del espíritu español, porque tampoco hay en ella lugar para la abstracción. Sin embargo, resulta a todas luces evidente que por su mismo carácter deficiente, inacabado y como en agraz, esa teología exige como remate la otra, la adecuada, la que brota de un entendimiento que ha sumergido sus raíces en el alma santificada por la gracia. De allí proviene que el saber de experiencia sea, entre todos los tipos de conocimiento humano, el más característico de la nación española como nación, y que su conceptualización sea lo que más impulso le haya dado para volar. Así se explica que todos los grandes teólogos de su Siglo de Oro escribiesen sobre mística y viviesen también como místicos, aun aquellos que, como Melchor Cano o Báñez, parecerían a primera vista muy alejados, en virtud del andamiaje conceptual a que debían echar mano para cumplir con los deberes de su magisterio, de las experiencias místicas. Ahí está, como botón de muestra, el pequeño y precioso librito del propio Cano titulado *Tratado de la victoria de sí mismo*.

Ese personalismo, o sea, ese mal llamado individualismo es lo que hace al espíritu español mantenerse siempre tan aferrado a su tradición. Porque un hecho curioso es que el español se manifiesta siempre, de modo casi instintivo, antivanguardista, a la vez que enemigo de la rutina. Sus más audaces innovaciones llevan invariablemente la marca inequívoca de un equilibrio interno al mismo tiempo que sus más reaccionarios academicismos no dejan nunca de presentar alguna faceta novedosa. En cambio, fuera de España, el péndulo oscila del uno al otro extremo. El español sabe, o a lo menos presiente, que el ser humano permanece siempre sustancialmente idéntico a sí mismo, y como todas sus manifestaciones científicas, artísticas, filosóficas o políticosociales las ha de considerar y valorar en función de ese patrón inmutable, resultará así, él, tan acusado de extremoso, enemigo nato de cualquier radicalismo, y el más susceptible de mantenerse, precisamente, en el fiel de la balanza con la seguridad y constancia que son hijas del instinto. Sin embargo, así tenía que ser. El español se vuelve extremoso y extremista cuando está en juego o cree él que está en juego algún valor trascendente del hombre. Entonces sí que tanto en el ataque

como en la defensa se juega a sí propio por entero. Empero, la claridad misma con que lo percibe le hace también guardar constantemente ante su vista, por una parte, el carácter accidental de todo lo que no se refiera al fin último, y por otra, que los valores formalmente humanos deberán actuar siempre como timón. En una palabra: que, así como el hombre permanece siempre sustancialmente idéntico a sí mismo y sólo varía bajo un cualquiera de sus aspectos accidentales, así también todas las manifestaciones externas de su *yo* deben permanecer a su vez sustancialmente idénticas a sí mismas y sólo variar en lo accesorio. Existe, en realidad, en el pueblo español una honda sabiduría colectiva, un sentido señoril de las proporciones que tal vez llegue a coartarle, en alguna ocasión, sus impulsos de originalidad, pero que, por otra parte, le impedirán siempre desquiciarse y perder el dominio de sí mismo, porque la percepción de la personalidad humana estará allí actuando a manera de norte que hará girar en torno suyo todas las facetas de su actividad.

Por eso, lo interesante para el español no es la determinación específica de las artes o ciencias entre sí, sino la individualización que haya de sufrir cada una de ellas en el seno de la persona. Por eso, en vez de buscar nuevos medios de expresión, buscará más bien nuevas individualizaciones de los ya existentes. Y en tal empresa se mostrará casi infalible. El sometimiento a determinadas exigencias técnicas lo reemplazará con la sujeción a las exigencias del propio *yo*, por cuyo camino llegará a innovaciones técnicas más interesantes y, a la vez, como ya lo hemos hecho notar en el curso de estas páginas, más equilibradas. La sinceridad consigo mismo ha de actuar allí como fermento inapreciable de nuevos hallazgos y renovaciones. Ahora que todas ellas, como ya también lo dejábamos insinuado, habrán de responder a una auténtica necesidad vital. En otras palabras: serán inevitables. De manera que no es cierto aquello de que al español le preocupa más el tema que la forma de la obra. Lo que pasa es que en el propio hondón de su espíritu halla siempre los recursos necesarios para dar, en un tema cualquiera, con aspectos insospechados, porque cuando las facultades entran en juego conscientes de su condición de emisarias del *yo*, entonces es cuando trabajan con más ardor y con mayores posibilidades de penetrar en la entraña de la realidad. Comparemos, a propósito de esto, los casos sintomáticos de Solana y Picasso: frente a la prodigiosa flexibilidad intelectual y técnica de Picasso, que le ha llevado indudablemente y por más que se trate de negarlo en nombre de cerrilismos injustificables, a la creación de gran número de obras maestras, el mon-

tañés se muestra de una fuerza al mismo tiempo que de una novedad impresionantes, más hondas y auténticas que las de su rival malagueño. ¿Mayores dotes? Difícil parece. Lo que sí tiene Solana es mayor honradez y sinceridad consigo mismo, menos deseos de parecer novedoso y de atraerse el aplauso de tanto *snob* que no logra saber nunca dónde estriba la grandeza de esos artistas, políticos o pensadores, a los cuales alaba porque simplemente ha oído decir que están al día, que son la última palabra del espíritu moderno. La misma impresión nos habrá de producir cualquier paralelo establecido en teología, filosofía o ciencias especulativas y técnicas en general entre un español y un extranjero. El personalismo español se habrá de inclinar siempre a la sinceridad consigo mismo que, normalmente y en definitiva, es la sinceridad con Dios, no la sinceridad inmediata con el espectador, porque ésta, a lo único que puede pretender es a la condición de mera resultante, pero de ningún modo a la de objetivo o finalidad.

Así, pues, la nación española debe resolverse a asumir sin restricciones la custodia del humanismo cristiano, sin que vengan a perturbarla pretendidos complejos de inferioridad. En su pasado glorioso podrá encontrar una lección elocuente cual ninguna—porque nada hay más elocuente que la lección de los hechos—acerca de los procedimientos que deberá emplear para volver otra vez a ser grande. Aquí, sin embargo, hay que evitar un escollo, sumamente peligroso, por el hecho de que encuentra siempre un cómplice seguro en el orgullo innato que afecta a todo ser humano, y es el de confundir la grandeza nacional con la grandeza material de la nación. Tanto valdría aquilatar la categoría humana de un individuo por la dosis de fuerza física de que disponga. Una comunidad cualquiera nacional será grande cuando logre disponer de un principio interno de actividad que la haga acentuar y poner de manifiesto ciertas características diferenciales con cuyo ejercicio logrará realizar la misión peculiar que le haya sido confiada por los designios de la Providencia. Del mismo modo que ningún ser humano puede verse reemplazado por uno cualquiera de sus semejantes en la misión particular que le haya sido encomendada dentro del conjunto del plan divino, así tampoco puede una nación suplir a otra en la misión que le haya sido asignada. De lo contrario, no habría en el mundo razón capaz de demostrar por qué son más de una las naciońnales y las personas. Si la operación sigue al ser, y el modo de operar al modo de ser, la única explicación satisfactoria y adecuada de la pluralidad de personas y de naciones habrá de ser la pluralidad de sus respectivas misiones. No perdamos tampoco de vista

que las personas individuales son irreductibles entre sí, pues teniéndolo muy presente podremos explicarnos satisfactoriamente la irreductibilidad mutua de las naciones, las cuales, al fin y al cabo, sólo vienen a constituir proyecciones, en el plano colectivo, de la persona individual.

De aquí se deduce que la única actitud que se le presenta a la nación española como conforme con sus tradiciones más preciadas y con la entraña de su verdadero ser histórico debe obligatoriamente diferir de la de todas las demás naciones de la tierra. Pretender, pues, imitarlas en el sentido de reproducir en cuanto a la entidad concreta y condiciones materiales de existencia, gestos y decisiones ocurridos fuera de sus ámbitos territorial, histórico y psicológico, constituiría algo perfectamente inútil, además de ridículo. La única imitación acertada, en este plano y en todos, es la de tipo formal, en cuya virtud España imitó a Grecia en el teatro, únicamente porque hizo, como Grecia, teatro nacional. Lo demás vendría a significar, en último término, rebelarse contra el plan de Dios. Ahora se le han presentado a España circunstancias de política internacional tan ingratas, por lo menos, como las que le sobrevinieron en los últimos tiempos, ya ingratos políticamente, de la Contrarreforma. Como entonces, tampoco ahora dispone la nación española de la prepotencia material para defenderse de las insidias extranjeras, y, como entonces igualmente, la línea de conducta que le impone la Providencia por boca de las tremendas circunstancias históricas de hoy día, es de meridiana claridad: rechazar todo espejismo de seudocivilización o seudocultura, y dar testimonio inquebrantable de que, por encima de leyes nacionales y de internacionalismos de ley por lo menos dudosa, existen los valores eternos de la persona humana, que es preciso defender a todo trance como la norma suprema de toda verdadera cultura y civilización. Esa es, precisamente, su gloria, y por ser su gloria también ha sido la fuente principal, aunque indirecta, por supuesto, de sus tragedias y sufrimientos, pues que las naciones, por el hecho de proyectar la persona humana, deben sufrir purificaciones tanto más dolorosas cuanto más elevada fuere la misión a que la Providencia las ha destinado.

Es preciso, sin embargo, evitar un escollo: el de olvidar el inevitable aspecto histórico de la comunidad nacional considerada aun en su propia esencia específica. Si la nación debe verificarse en el tiempo, debe verificarse según los tiempos, y eso es, precisamente, lo que constituye el principal peligro en la marcha que aquélla debe mantener a través de la Historia: no acertar a comprender la época que se está viviendo. En el siglo del supercapitalismo y de la

gran industria no se puede ser humanista cristiano *del mismo modo* que en los tiempos de la riqueza rural y de los gremios municipales. Lo que se mantiene y debe mantenerse invariable son los principios; en cambio, lo que debe hallarse en estado continuo de superación es el modo de aplicar los principios. Y es evidente que existe el peligro de disvirtuar los principios y hacerles perder su fisonomía característica bajo el peso de aplicaciones antinaturales, por violentas, como también el de mantenerlos al margen de la historia propiamente dicha debido a la carencia de actualización de sus posibilidades concretas. Para poder la nación española mantener su línea de defensora del humanismo cristiano, deberá emplear todos los medios aptos actualmente, en el siglo XX, para conseguirlo, so pena de ser infiel a su misión, lo cual le impone la obligación ineludible de recurrir al progreso técnico y al cultivo de las ciencias experimentales, hacia las cuales no había sentido hasta ahora particular afición. Esto no quiere decir en modo alguno que deba España europeizarse al modo del siglo XX, porque la forma cómo debe procurar su incorporación a tales disciplinas debe ser privativa suya, cosa que, por lo demás, está siendo ya un hecho en estos días en que España sigue avanzando a paso firme en el conocimiento de sí propia y que con su actuación misma está demostrando que se puede buscar la grandeza material no por lo que ésta tenga de valor autónomo, sino por lo que significa como instrumento de una misión trascendente. La personalidad nacional de España, irreemplazable a la vez que intransferible como todas las personalidades nacionales, queda así en salvo. España habrá de buscar, busca ya, su engrandecimiento material de un modo completamente suyo; en una palabra: *more hispanico*, sin estridencias de ninguna especie, pero también sin compromiso alguno con la rutina; sin apego a lo anecdótico del pasado y con la vista firmemente orientada hacia el porvenir.

Como motivo determinante, y no de los menos poderosos, de la trayectoria española, habrá que considerar la situación que ocupa *de jure* la nación española respecto de los países hispanoamericanos. No es ningún misterio, para quien sepa mirar en la entraña de los acontecimientos históricos, que el desprestigio en que se vió envuelta España respecto de las naciones hispanoamericanas se debió en gran parte, por no decir exclusivamente, a la europeización dieciochesca de la nación española. Si lo único que los hispanoamericanos pudiéramos o podíamos recibir de España eran valores europeos presentados al modo europeo, más valía entonces establecer contacto directo con Europa para, de este modo, por lo me-

nos, recibirlos de primera mano. Aquí reside la causa del poco interés que Hispanoamérica ha demostrado por la comunidad nacional peninsular. No nos llegaba nada verdaderamente auténtico de España, como no fuera lo costumbrista, lo peyorativamente castizo, y es evidente que con esto no nos podíamos satisfacer cuando de las demás naciones europeas estábamos recibiendo lo mejor de su producción. No podíamos, v. gr., comparar *La Dolorosa* con *Tristán e Isolda* o *Tanhauser*, ni Campoamor con Baudelaire; ni tampoco, en otro orden de cosas, el acorazado *España* con el *Queen Elizabeth* o el *Vanguard. Haec oportebat facere et illa non ommittere.* Es absolutamente necesario al prestigio internacional de España el incorporar a su espíritu todo cuanto signifique progreso técnicoindustrial y ciencias especulativamente experimentales; pero también es absolutamente necesario al ser histórico de España que tales aportaciones se desarrollen dentro de un clima esencialmente teológico. Así podrá la Hispanidad ir cobrando poco a poco el cuerpo histórico que le corresponde de acuerdo con los principios que le dieron un día realidad magnífica en el marco de la civilización cristiana.

NUESTRO TIEMPO



Pero si ahora dirigimos una mirada al área europea, a la política, a la vida social, sobre todo a las nuevas generaciones, os encontráis que ya casi nadie quiere tener razón. No es que no la tenga; es que deliberadamente le trae sin cuidado tenerla o no. ¿Qué es lo que quiere, entonces, la gente? Por lo visto, no le interesa la idea de las cosas, sino que quiere las cosas mismas. Ese imperativo de eficacia a que hoy se muestran tan dóciles las gentes, y que enarbolan como bandera y principio, no hace sino expresar aquel brutal querer las cosas. Es decir, no se estima al que las piensa, sino al que las quiere con resolución; se desestima la inteligencia, se prefiere la voluntad: al intelectualismo sucede el voluntarismo.

J ORTEGA Y GASSET (*Obras Completas*, vol. V, pág. 464).

LA COMUNICACION INTEROCEANICA EN CENTROAMERICA

IDEAL Y EMPRESA HISPANICOS

POR
JOSE CORONEL URTECHO

Enredados en una maraña de cuestiones insignificantes, los historiadores oficiales pierden de vista lo esencial. Lo esencial para Centroamérica—la clave de su historia—es su destino geográfico. Historia y Geografía, que siempre fueron juntas, en Centroamérica se identifican. Forman un solo ser, como el alma y el cuerpo· Siguiendo el juego de palabras, se podría afirmar que nuestra historia es el alma de nuestra geografía y nuestra geografía el cuerpo de nuestra historia·

Un gran ideal geográfico orientó y dirigió la conquista y la población de la delgada faja territorial que une a las dos Américas. La ambición del oro, a la que todo se atribuye, juega sólo un papel accidental. Prácticamente, no explica nada. Al contrario, ese error nos despista en el momento mismo de emprender el camino. Si se adopta la explicación oficial de que los conquistadores vinieron a buscar oro, no entenderemos una palabra de la historia de Centroamérica. El oro centroamericano fué un mito creado para mover las ilusiones inmediatas de los soldados, mito al servicio del impulso descubridor que buscaba las rutas madres de una nueva geografía.

Así, nuestras actuales repúblicas centroaméricanas, dueñas de la soberanía territorial del istmo, existen como resultado de la búsqueda de un paso marítimo a las Indias Orientales, de un camino

interoceánico directo de Europa al Asia, del Atlántico al Pacífico. Esta comunicación, afanosamente buscada, se creyó que existía o podía existir entre los caprichos de nuestras costas. Por eso la llamaban el Estrecho Dudoso. Y este misterio del Estrecho es la razón de nuestra existencia nacional y de nuestras venturas y desventuras internacionales. Despejada la incógnita del Estrecho, visto que no existía, nuestras provincias ístmicas retuvieron su importancia geográfica universal, gracias al pensamiento de construir el estrecho artificial, es decir, el Canal Interoceánico. Así hemos sido y somos, para la geografía de la esfera terrestre, lugar de tránsito y nudo de caminos, puerto común de los mares mayores.

En busca del estrecho que permitiera a sus navíos pasar a los dominios del Gran Khan, descubrió Cristóbal Colón, en su cuarto viaje, los litorales centroamericanos del Atlántico. Resumíanse en esa búsqueda que emprendía Colón todos los sueños de expansión religiosa, militar y comercial de la Edad Media y toda la fascinación que ejercía sobre Europa el Asia santa, llena de misterios y de tesoros, cuyos reinos de fábula eran la meta de esta última cruzada, la cruzada del mar océano que estaban realizando desde la Península Ibérica los portugueses y los españoles. Los países asiáticos, en la imaginación europea, eran países encantados de las *Mil y una noches*. Comparados con estos sueños maravillosos, aun los más ricos territorios de América, significaban un desengaño suficiente para infundir el desaliento. Fué necesario el sobrio genio de Castilla y la terca tenacidad del carácter español para poner las bases de una nueva Europa en tierras americanas sin declinar, durante mucho tiempo y entre muchas vicisitudes, los ideales primeros. Y así, buscando el Asia, se iba delineando la América española, y al paso del anhelo geográfico y al soplo de los ideales medievales iban surgiendo pueblos y ciudades en una nueva geografía de realidades modernas·

En 1513, después de los fracasos de Ojeda y de Nicuesa, tras una década desastrosa en la parte del continente llamada Tierra Firme, Vasco Núñez de Balboa cruzaba el istmo del Darién y descubría el Océano Pacífico· El aparecimiento de este mar, lleno de invitaciones y de promesas, vino a avivar la búsqueda del Estrecho Dudoso· Era probable que se encontrara sobre esta faja de tierra, entre dos grandes mares vecinos, el anhelado bósforo que daría el dominio del mundo a las naves de España.

Pero ¡cuántas proezas se requerían para hallar los secretos del suelo hostil de Centroamérica! Esto merece consideración, no por la gloria novelesca, ni por el prestigio romántico, sino por cuanto

ilustra cómo el ideal geográfico, que en el caso presente guiaba al ideal religioso y político de la conquista, era capaz de encender en el corazón español una pasión bastante para vencer los mayores obstáculos. La hazaña de Balboa es una de las páginas más fuertes de la epopeya geográfica del mundo. Explorar el istmo de Darién —corto pero mortífero—se consideraba una empresa gigante todavía en el siglo pasado. «Nada ilustra mejor—escribe Bancroft— las dificultades superadas por los españoles que el relato del fracaso de un oficial inglés del siglo XIX, que operaba en condiciones mucho más favorables que las con tanto éxito vencidas por una compañía de mal acondicionados y mal alimentados aventureros más de trescientos años antes... El tránsito del istmo por un pequeño grupo de europeos, en una ruta desconocida e inexplorada, se considera aun ahora una hazaña de desesperados». Esta hazaña de desesperados la realizaron nuestros antepasados con la sola esperanza y con el único fin de hallar un nuevo mar para las flotas españolas.

Aparecidas de esa manera las rutas del Pacífico, Don Fernando el Católico estableció en Tierra Firme la Gobernación de Castilla del Oro, para que funcionara como órgano directo de las futuras exploraciones marítimas que tan fecundas serían en naciones hispánicas. Al hombre a quien le cupo esa gobernación, la historia lo ha presentado con los rasgos de un monstruo. Aun los historiadores más comprensivos no ocultan su aversión por el viejo soldado de Africa a quien Fray Bartolomé de las Casas llamaba *Furor Domini*, atribuyéndole la muerte de dos millones de indios en pocos años. Pedrarias, excesivamente celoso de su autoridad, se enemistó con el historiador Oviedo y decapitó a Vasco Núñez de Balboa, mimado de los historiadores. A estas dos causas debe principalmente el haber sido convertido en el villano de la novela de aventuras que se ha tejido sobre la historia americana. Todo lo que de él se ha escrito anda tiznado de colorido legendario. Pero, sea lo que fuere, nosotros los nicaragüenses le debemos la fundación y formación de nuestro país, que él dejó trazado en sus líneas esenciales conforme a las necesidades de nuestro suelo. El, además, dirigió, desde el Sur, la búsqueda del Estrecho Dudoso a que Centroamérica debe su origen.

Ese tema central de nuestra historia, esa búsqueda del Estrecho Dudoso, se llevó a cabo al mismo tiempo desde tres bases: Panamá, México y Santo Domingo. Las tentativas derivadas de esta última base antillana pueden considerarse como incidencia inoportuna, que complicó las dificultades, pero a la cual se deben el des-

cubrimiento del Mar Dulce o Lago de Nicaragua y la formación provincial de Honduras. Nuestro caudal hispánico más abundante y permanente provino de las dos bases continentales, de México y Panamá, constituyendo el principal aporte organizado sobre el que se fundaron nuestros países.

Para comprender, pues, la razón de nuestra presencia actual en Centroamérica, la causa que trajo a nuestros padres al suelo que ocupamos, es necesario seguir las dos corrientes descubridoras y pobladoras continuas, emprendidas en dirección contraria: la de Panamá, de Sur a Norte; la de México, de Norte a Sur, dirigida la primera por Pedrarias, y la segunda, por Hernán Cortés, ambas con el fin de encontrar el Estrecho entre el Atlántico y el Pacífico.

Desde su gobernación del istmo panameño, Pedrarias, por instrucciones reales, se dedicó desde el principio a facilitar el camino de mar a mar abriendo un abra y estableciendo postas entre Nombre de Dios, puerto del Atlántico, y la ciudad de Panamá, que fundó en el Pacífico, para explorar sus litorales. Daba tanta importancia a los futuros descubrimientos en este mar, que trasladó a la nueva ciudad la capital de Castilla del Oro, contra la resistencia de los establecidos en el Atlántico. Por mar y tierra mandó explorar y conquistar las regiones que ahora forman el territorio norte de Costa Rica, en campañas en que figuró Pizarro antes de su conquista del Perú y en que el mismo Pedrarias, septuagenario, dirigió personalmente la empresa militar que obligó a retirarse al fondo de la selva al indomable cacique Urraca. Cauta, pero continuamente, despachaba expediciones marítimas a nuestras costas. En 1519, el Licenciado Gaspar de Espinosa exploraba el litoral pacífico de Costa Rica y Bartolomé Hurtado con Hernán Ponce de León, descubría el golfo de Nicova, que fué en seguida umbral de la conquista de Nicaragua, país donde el secreto del estrecho por un momento pareció esconderse y donde nuestro mar interior sugirió a los conquistadores el proyecto de un tránsito interoceánico más favorable que el panameño.

En el mismo año, el rey encomendaba a Gil Gonzales la búsqueda del estrecho. Como decían sus instrucciones, quedaba autorizado para «saber si lo descubierto por las costas de la mar del Sur tenía salida hacia las del Norte». Escogió Panamá como base de operaciones, entrando así, como elemento inoportuno, en la corriente descubridora de Pedrarias. Tal fué el origen de su ruina.

Fué un gran conquistador con mala suerte. Llegó a la altura de Balboa, repitiendo sus proezas en el Darién, venciendo la resistencia de Pedrarias, construyendo sus naves en la montaña y tras-

ladándolas al mar, donde, destruídas, volvió a construirlas. En increíbles marchas, enfermo, casi tullido, náufrago en tierra bajo el diluvio y las inundaciones de un invierno salvaje, sin perder uno solo de sus soldados, llegó hasta el interior de nuestro país para descubrir el Gran Lago de Nicaragua, cuya importancia geográfica, que abarcó en una sola mirada, dejó así definida: «Vuestra Magestad ha de saber, que este pueblo de este cacique, Nicaragua, está en la tierra adentro, tres leguas de la costa de este mar del Sur, y junto a las casas de la otra parte está otro mar, dulce y digno mar, porque crece y mengua y los indios no saben decir que por aquel agua se vaya a otra salada... Los pilotos que conmigo llevaba certifican que sale a la mar del Norte, y si así es, es muy gran nueva porque avia de una mar a otra dos o tres leguas de camino muy llano». Tal es la primera expresión de la idea del tránsito nicaragüense que, abandonada por nosotros cuando perdamos el sentido imperial de nuestra historia, será repetida y explotada por los pueblos piratas que nos acechan.

Afirman varios historiadores que Gil Gonzales se creyó a punto de encontrar el Estrecho Dudoso, pensando que nuestro mar Dulce también se comunica con el Océano Pacífico. Lo cierto es que, obligado a regresar porque no se consideraba preparado para vencer la resistencia de los indígenas, se fué en demanda de socorros a Panamá, pero, negándoselos Pedrarias, marchó a Santo Domingo para volver con refuerzos a buscar el mar Dulce por el Atlántico. Esto pasaba en 1522.

En 1523 el Emperador Carlos V ordenaba al conquistador de México, Hernán Cortés, que se empeñase en buscar el Estrecho Dudoso. «Y porque soy informado—le escribía el monarca—que en la costa abajo de esa tierra ay un estrecho pasar en la mar del Norte a la mar del Sur, e porque a nuestro servicio conviene mucho savello, yo os encargo y mando que luego con mucha diligencia procureis de saber si ay el dicho estrecho y envieis personas que lo busquen e os traigan larga e verdadera relación de lo que en ello se hallase porque como beis esto es cossa muy importante a nuestro servicio.»

El Estrecho, afirmaba Cortés, «es la cosa que yo en este mundo más deseo topar». Desde 1522 hacía preparar en ambos mares flotas para buscarlo. «Asimismo—escribía al Emperador—pienso enviar los navíos que tengo hechos en la mar del Sur, que, queriéndolo Nuestro Señor, navegarán en fin del mes de julio de este año 524 por la misma costa abajo, en demanda del dicho estrecho, porque si lo hay, no se puede esconder a estos por la mar del Sur y a los

otros por la del Norte, porque estos del Sur llevarán la costa hasta hallar el dicho estrecho o juntar la tierra con la que descubrió Magallanes y los otros del Norte, como he dicho, hasta juntar con los Bacalaos.»

Ese año de 1524 fué el año de la conquista y fundación de Centroamérica, porque en él coincidieron las dos corrientes conquistadoras que desde el Norte y desde el Sur buscaban el Estrecho.

Sigamos la corriente del Sur.

A su paso por Panamá, de regreso de Nicaragua, Gil Gonzales avivó la ambición de Pedrarias. El gran descubrimiento del Estrecho que ansiaban los navegantes desde Colón, parecía al alcance. No era Pedrarias hombre para dejar perder la coyuntura. Envió, a principios de 1524, sobre la ruta de Gonzales, al fundador de nuestros primeros municipios hispánicos, Francisco Hernández de Córdoba. Iba a resolver el misterio del Estrecho y a fundar ciudades que asegurasen el dominio de la tierra. Sin perder tiempo marchó a buscar el lago, y junto al pueblo indígena de Xalteva, en nuestra dulce playa, fundó Granada, para que fuese ciudad marítima y foco de las exploraciones que prometían resolver el enigma de los mares vecinos. Desde el golfo de Nicoya los indios acarrearon las piezas de las naves que, armadas nuevamente en nuestra playa de Granada, fueron utilizadas en la expedición del capitán Ruy Díaz, quien bojeó el lago y entró en su desaguadero hasta el primer raudal que lo detuvo. Bajas, tal vez, estaban en esos días las aguas que en el río corren del lago al mar, o los raudales eran entonces innavegables, ya que poco después tuvo la misma suerte la espedición del gran Hernando de Soto, uno de los más valientes y tesoneros conquistadores de América.

Córdoba, mientras tanto, se internaba en las selvas del Norte, ávido de sus secretos. En las orillas del lago Xolotlán—hoy lago de Managua—considerado entonces, como lo era probablemente, parte integrante del Cocibolca o Lago de Nicaragua—fundó la ciudad de León para acuartelarse en ella, porque tuvo noticias de que otros españoles bajaban de las tierras del Norte. Era la gente de Gil Gonzales, que regresaba de Santo Domingo en busca del Estrecho y del Mar Dulce.

Se encontraron así, en la frontera norte de Nicaragua—es decir, en la línea que estos encuentros convirtieron en línea de frontera provincial—las tres corrientes descubridoras que un mismo fin llevaba a los mismos lugares. A Gil Gonzales, que encabezaba la corriente antillana en Honduras, lo anularon las otras dos avenidas conquistadoras procedentes de base continental. Y de ese modo,

mientras la corriente del sur dejaba conquistados los departamentos del Pacífico y del norte de Nicaragua y fundadas sus dos ciudades principales, la corriente del norte que bajaba de México en busca del Estrecho, realizaba la pacificación y población de Guatemala, El Salvador y Honduras.

Sigamos, pues, esta corriente norte.

En el mes de diciembre de 1523, don Pedro de Alvarado, enviado por Cortés—a quien pidieron auxilio los cachiqueles de Guatemala—salió de México en dirección a Centroamérica. «Sin dejar las armas de las manos, ni día alguno de batallar en los pueblos de la costa—dice el cronista Vázquez,—corrió como un rayo, él y su ejército.» De abril a mayo, en 1524, sometió, con la ayuda de sus aliados, a los quichés y a los zutugiles que moraban en la que es hoy República de Guatemala. Ya se iniciaban las grandes lluvias tropicales, pero no se detuvo. Corrió a buscar, en los actuales confines de El Salvador, el anhelado estrecho que era el motivo verdadero de su larguísimo recorrido. El lo dice en su carta a Cortés, escrita en Guatemala: «También me han dicho que cinco jornadas adelante, en una ciudad muy grande, que está veinte jornadas de aquí se acaba esta tierra...; si así es, ciertísimo tengo que es el Estrecho.» No era el Estrecho—que no existía—, sino tan sólo el golfo de Fonseca, límite de El Salvador. Como se ve, la búsqueda del Estrecho dejaba de esa manera conquistadas y pobladas las tierras de Guatemala y El Salvador, que durante la época imperial formaron, por esa unidad de origen, una sola provincia.

También en 1524, por el mes de enero, se hizo a la vela en el Atlántico, en el puerto mexicano de San Juan de Chalchiuecuecán, la otra expedición que envió Cortés con Cristóbal de Olid a buscar el Estrecho. Cuando desembarcó en Honduras ya Gil Gonzales estaba en ella. Este y otros encuentros que en la tierra hondureña sucedieron formaron un remolino de las corrientes, dando lugar a choques militares cuyo significado político estudiaremos en otra ocasión. Aquí nos interesa, únicamente, lo que ha quedado establecido: esto es, que la conquista y población de todo Centroamérica se debe a la realización de un ideal geográfico universal.

Mas, en verdad, no existía el Estrecho. Las exploraciones referidas patentizaron que el ideal que les prestaba empuje se fundaba en un mito. ¿Por qué, entonces, no se despoblaron completamente las tierras centroamericanas, como se despoblaron otras regiones pobres en oro, de clima ingrato y suelo hostil? El desaliento se hizo sentir; no pocos emigraron en busca de lugares más prósperos y benignos, pero el terco idealismo español no se dejó vencer

por la realidad. A falta del estrecho natural se pensó en el estrecho artificial· Como se ve, la idea del Canal Interoceánico—realizada siglos después en Panamá, y aun en esperas de realizarse en Nicaragua—es una idea hispánica. Data de nuestros primeros conquistadores. Irrealizable en aquella época, nunca fué abandonada. Vivió como proyecto mientras duró el Imperio. Pero entretanto, el nuevo ideal se acomodó a las realidades inmediatas, empeñándose en establecer el mejor tránsito interoceánico por un camino fácil entre ambos mares. Así permanecieron nuestros padres en nuestras provincias, sostenidos por el común ideal de conservar dentro del Imperio nuestras bases navales, necesarias para el domino del Océano Pacífico y para conquistar las Islas Afortunadas y los reinos de Oriente.

Don Pedro de Alvarado vivió con ese anhelo. Varias veces preparó expediciones a las deseadas islas del clavo y la canela, con naves hechas en nuestras costas. «Careciendo de buques—dice un historiador guatemalteco, no sin nostalgia—era necesario construírlos, para lo cual había entonces elementos que faltaron algún tiempo después y que hasta hoy no han podido recobrarse.» No fueron elementos los que faltaron. Faltó más tarde el entusiasmo decubridor, el gran impulso conquistador, por causas que no es del caso exponer aquí. El fundador de Guatemala murió en su línea. Cuando se preparaba de nuevo a lanzarse al Pacífico en busca de las Islas de la Especiería, se presentó el destino adverso. Pero esta vez no le bastó, como en otra ocasión, torcer el rumbo del Adelantado: en una hazaña militar incidental, le sorprendió la muerte.

El tránsito al Perú, a las Islas, a China, era entretanto el objetivo cercano de los españoles de Centroamérica, que se lo disputaban para sus repectivas provincias. Por su proximidad con el Perú y por su prioridad en la conquista y en el uso, el tránsito del Darién era el más frecuentado. Siempre fué, en realidad, el eje del comercio en el Imperio. Pero el camino entre Nombre de Dios y Panamá, sufría los horrores de un clima inicuo· Del primer puerto se decía que en él los árboles no daban fruto, las mujeres se hacían estériles y las criaturas no se criaban. De la ciudad de Panamá, un médico informaba, en 1681, a su cabildo: «muchas calenturas ardientes y podridas, muchos dolores de costado, cámaras de sangre, romadizo y otras indisposiciones de calor y humedad por ser esta tierra muy caliente y húmeda, por cuya razón hierve dentro de las venas, y humedeciendo el cerebro causa vahídos y las dichas enfermedades arriba referidas y grano y viruelas, y sarampión y

ronchas». Más favorable aparecía el resto de Centroamérica que ofrecía sus istmos.

Como gobernador de Guatemala, don Pedro de Alvarado pretendía dominar en Honduras para adquirir un puerto acomodado en el Atlántico, pues lo necesitaba imprescindiblemente por su proyecto de abrir a España la ruta del Oriente. Las autoridades hondureñas, en cambio, celosas de su existencia provincial, pedían que el tránsito se estableciese por el camino de Puerto-Caballos—en el Atlántico—al golfo de Fonseca, en el Pacífico.

Y en Nicaragua el ideal de los conquistadores se reducía a facilitar la navegación por el Desaguadero, para abrir el mar Dulce al Atlántico y limitar el tránsito al camino del istmo nicaragüense, corto y llano. Una tras otra se sucedieron rápidamente las expediciones empeñadas en salir al Atlántico. No bastaban para detenerlas los obstáculos encontrados en la vía fluvial ni las dificultades de orden político que a menudo surgían contra el imperativo geográfico. Después de las enviadas por Fernández de Córdoba, que ya se refirieron, siguieron otras. En 1527, Diego López de Salcedo, gobernador de Honduras, que ocupó Nicaragua en ausencia de Pedrarias, mandó a Gabriel de Rojas. Vuelto Pedrarias al siguiente año, fletó una expedición bajo los capitanes Martín de Estete, Gabriel de Rojas, Sebastián de Belalcázar y Hernán Sánchez de Badajoz. Mas no pasaban del primer raudal. Por varios años se suspendió el intento. Todas las ilusiones conquistadoras se concentraron en el Perú. Nuestras ciudades incipientes contribuyeron con sus mejores energías, con sus más valiosas reservas a la conquista de la tierra del oro. De Nicaragua salieron hombres de la talla de Belalcázar y de Hernando de Soto, que fueron grandes en el Perú, en la Nueva Granada, en la Florida y en el río Mississipí.

Pero esa desviación no duró mucho. Enfriada la primitiva fiebre del oro peruano, los vecinos de Nicaragua volvían sus ojos al Desaguadero. En 1535 vino Rodrigo de Contreras a hacerse cargo de la gobernación de esta provincia. Los granadinos pedían al rey nuevos intentos. Se los exigían al gobernador. Este encontró a su llegada una cédula real con el mandato de alistar una flota que de Granada saliera al mar. En carta al Emperador, decía el mismo: «Hai en esa provincia una laguna grande en que entran muchos ríos y desagua por un río grande en la mar del Norte. Podríase navegar con navíos pequeños y servir para comunicar ambos mares». No sólo el tránsito. Apuntaba la idea misma del canal. Pero fray Bartolomé

de las Casas hizo fracasar la primera expedición que envió Contreras con el valiente conquistador Diego Machuca. No obstante, la tenacidad española dominó las circunstancias adversas, y en 1539, los capitanes Alonso Calero y Diego Machuca—en una hazaña que parece un fragmento de la odisea—lograron salir por fin al Océano Atlántico. Poco después repetía la misma hazaña el propio gobernador.

Nuestros conquistadores apreciaron el hecho en toda su trascendencia. Comprendían la importancia continental de Nicaragua. Consideraban que su destino era mundial, porque debía servir de base al dominio español en el Océano Pacífico. En carta del cabildo de Granada, escrita al rey poco después de este descubrimiento capital, se expresaba esta idea: Nicaragua—escribían—«tiene muchos puertos a la mar del Sur muy buenos e muy seguros e de mucha madera para poder facer en ellos todos los navios que Vuestra Magestad fuese servido mandar facer; e aun esta tierra es, aunque pobre, *la que más importa para todas las cosas que por la mar del Sur se ofrecieren, asi por nuevos descubrimientos, como para socorrer cualquier necesidad que tuvieren las provincias que están pobladas o se poblasen en la mar del Sur*». ¿No se halla aquí, con toda precisión establecida, la importancia naval de Nicaragua para el dominio del Océano Pacífico? Con los ojos fijos en el Oriente, los conquistadores nicaragüenses se daban cuenta cabal, como lo dicen, de que nuestro país era el más adecuado para emprender desde sus costas los anhelados descubrimientos y conquistas al Este. Y además, agregaban—lo que en el lenguaje actual expresaríamos diciendo—que Nicaragua era necesaria para la defensa continental. Bajo esa luz de proyecciones universales miraban a Centroamérica los hombres que la conquistaron durante el siglo XVI.

Es un hecho que nuestro mar interior, el lago de Nicaragua, comunicado con el Atlántico se convierta en el mejor puerto de América, por su seguridad, por su amplitud y por su situación central entre las dos grandes porciones del Continente y junto a los dos mares mayores de la tierra. Toda la ilusión de nuestros antepasados estaba, pues, fincada en establecer la comunicación de España y de la América Española con nuestro lago—que es el corazón marítimo de Centroamérica—facilitando en la medida de las antiguas posibilidades la navegación por el río de San Juan o Desaguadero. Esta navegación encontró en los tres siglos de Imperio dificultades de toda suerte. Dificultades políticas locales. Dificultades políticas

generales. Dificultades internacionales. Obstáculos materiales. Las dificultades políticas, cuyo estudio es necesario para la inteligencia de nuestra historia, serán objeto de examen detenido en su oportunidad. Aquí conviene únicamente señalar los obstáculos materiales, porque ilustran el vivo empeño de nuestros padres en resolver la imperativa necesidad geográfica en que se enrolla el nudo de nuestro destino.

Más atrás se ha visto que todas las primeras tentativas de navegar por el Desaguadero resultaron fallidas porque el primer raudal era imposible. Las primeras expediciones que salieron al mar, superaron, al parecer, obstáculos invencible. El viaje del descubridor Alonso Calero fué un ejemplo admirable de obstinado heroísmo. Pero debemos suponer que tanto el capitán Calero como los que inmediatamente después repitieron su hazaña, lo hicieron a favor de un invierno copioso que levantó el nivel de las aguas del río hasta dejar pasar por los raudales barcos pequeños, como sucede en los grandes inviernos ahora. De todos modos, el Desaguadero, tal como lo encontraron nuestros primeros navegantes, no prometía un fácil tráfico permanente. Se hacía necesario canalizar el río. «A Vuestra Magestad suplicamos—escribían en 1544 los granadinos—mande proveer, e faga merced de cincuenta negros para allanar e abrir los raudales de este Desaguadero, pues la costa es poca e los provechos que de ello se sacarán muy grandes.» No era una gran empresa de ingeniería, era un trabajo de hombres, dentro de las limitaciones requeridas. Faltan documentos para saber si la solicitud fué despachada· Pero hay razones para decir que los raudales se acondicionaron. Todavía se pueden apreciar en el raudal llamado de Machuca cortes sobre la piedra practicados por la mano del hombre. Considerando otras razones, observa Gámez, en una nota de su *Historia de Nicaragua:* «Hay que suponer que, con posterioridad al reconocimiento del capitán Calero, las autoridades españolas canalizaron los raudales del San Juan hasta hacerlos navegables para toda clase de buques y que este trabajo se perdió en 1663.» Lo cierto es que el Desaguadero fué navegable para grandes veleros durante más de un siglo, desde una fecha próxima a 1544, en que se proyectó la canalización de los raudales, hasta la fecha que indica Gámez, en que unos terremotos los cerraron. Hasta entonces, mientras el lago estuvo abierto al mar, «Granada era Granada», como decía el obispo fray Andrés de las Navas y Quevedo a fines del siglo XVII. Granada era «opulenta y marítima», decía el obispo Gar-

cía Peláez a principios del siglo XIX. Ambos repiten, de siglo en siglo, el eco de la inmensa nostalgia del mar, que siempre dura entre nosotros, los que perdimos la ruta oceánica de nuestros padres, navegantes de España.

Estrecho. Tránsito. Canal. Los tres aspectos los contemplaron nuestros antepasados. Desde los primeros días, como se ha dicho, surgió el proyecto del canal interoceánico por Panamá. Parece que la primera sugerencia se debe a Carlos V. Uniendo el río Grande y el río Chagres en sus porciones navegables, se pensaba establecer en el istmo panameño una vía fluvial entre ambos mares. Pascual de Andagoya fué el primer encargado de estudiar el proyecto y calcular su costo. En 1534 informó que, a su juicio, no había en toda Europa un monarca tan rico para una empresa semejante. Fueron examinadas desde entonces todas las rutas posibles. Ya en 1551 Gómara señalaba las principales: Panamá, Nicaragua y Teguantepeque. «Desde aquella época—dice el geógrafo Levy—es fácil encontrar en la historia de la ocupación española en América la prueba más concluyente de que esta cuestión de un pasaje marítimo artificial ha sido la preocupación constante de los Reyes de España, del Consejo de Indias, de los Virreyes y Gobernadores y, en fin, de los propios colonos.»

La apertura del Canal era el coronamiento de nuestro destino geográfico. Obra imperial por excelencia, nuestro Imperio no pudo realizarla, porque su disolución tuvo lugar en una época en que eran todavía insuperables las dificultades materiales de esta empresa gigante. En pleno siglo XIX así se consideraban. «Aun en nuestro siglo—escribía el citado geógrafo Levy—en que se tienen instrumentos, armas, etc., más perfectos, ingenieros más capaces, conocimientos más adelantados en la materia, es, sin embargo, muy diícil todavía obtener un plan exacto de una ruta nueva. Acabamos de ver una prueba de esto en las dificultades que han tenido que vencer los ingenieros mandados por el Gobierno de los Estados Unidos para verificar las condiciones de los trazados propuestos por el Darién (1870-71).» Antes de la Independencia nuestro ideal era completamente nuestro. Estaba a salvo para nosotros o para nuestros hijos. Nos bastaba con mantener ocupadas y defendidas las tierras ístmicas, para conservar en nuestras manos el destino geográfico que atrajo a nuestros padres. Así, durante mucho tiempo, nuestros predecesores defendieron con encarnizamiento el dominio del istmo contra los asaltos del Imperio mercader de Inglaterra, que

intentó varias veces apoderarse del Darién y de Nicaragua. Disuelto nuestro Imperio, Panamá y Nicaragua cayeron bajo el poder imperialista de los Estados Unidos. El Canal de Panamá fué construído por el Imperio enemigo. La concesión del Canal de Nicaragua pertenece también al Imperio enemigo. Ya no somos dueños de la llave de nuestro destino geográfico.

Una lección saludable derivan de esto nuestras pequeñas repúblicas hispánicas. Disuelto nuestro Imperio Español, quedamos a merced del imperialismo extranjero. Sólo recuperando nuestra unión, nuestra unidad en la diversidad, podremos reconquistar el Estrecho Perdido y, con él, el dominio de nuestros mares.

EL PROTOCOLO FRANCO-PERON

POR
J. M. de A.

Lo que caracteriza singularmente al Protocolo adicional firmado el 12 de abril pasado en la Casa Rosada de Buenos Aires, es su atrevida y original concepción, que rebasa los límites de la ortodoxia tradicional en la materia. Hasta la fecha, los convenios de intercambio comercial versaban habitualmente sobre el tráfico mutuo de mercaderías; sus condiciones recíprocas de precio y cantidades; las facilidades rediticias otorgadas por las partes contratantes y al mecanismo de pago y amortización. Todas esas características se hallan, efectivamene, insertas en el texto del Protocolo Franco-Perón; pero el alcance de sus artículos, y aun mejor diríamos, la proyección de su espíritu, se dirige hacia objetivos más amplios, que constituyen precisamente el núcleo germinal de dicho Convenio.

La Argentina y España buscan en el texto elaborado por sus Jefes de Estado respectivos una cooperación de sus economías en el terreno del interés común; una compenetración tan estrecha, y tan flexible al propio tiempo, que puede traducirse en resultados tangibles y prácticos a la vuelta de muy pocos años. La economía argentina sigue suministrando a la masa consumidora española los productos que desde 1939 vienen siendo importados en España para cubrir su déficit alimenticio, y de varias primeras materias industriales. La

economía española abre, a su vez, un cauce nuevo a la posibilidad de inversiones argentinas en España, a base de que sean afectadas a la promoción de iniciativas que sirvan al interés mutuo de las dos economías.

España ofrece, además, la extraordinaria facilidad fiscal que representa el puerto franco de Cádiz, con facultad de levantar en la zona exenta aquellas instalaciones portuarias, de almacenaje o de elaboración, que las mercancías argentinas necesiten para su ulterior reenvío a las naciones europeas compradoras. El gran puerto atlántico español se convertirá así, por obra y gracia de este Acuerdo, en una excelente base comercial de los productos suramericanos para desde allí seguir su trayectoria en busca de los mercados definitivos.

¿Cuáles pueden ser el desarrollo y las consecuencias de este Convenio, en orden al futuro, de ambas economías nacionales? A nuestro juicio, y ello es el mejor elogio de la clarividencia de sus egregios autores que dieron nombre definitivo al documento, extraordinarias y fecundidísimas para las dos partes. España no recarga su balanza de pagos con nuevas obligaciones en divisas en la parte que sus compras excedan de sus ventas a la Argentina a lo largo de estos cuatro años, con el consiguiente desahogo para su posición monetaria internacional, que, en realidad, es mucho más firme, saludable y solvente que lo que cierto público supone. Las penurias alimenticias del pasado decenio quedan en gran parte solventadas en el cuadrienio próximo, dando así lugar a que la recuperación económica, proseguida a ritmo febril en estos años, pese a las dificultades y obstáculos, alcance su nivel de normalidad para lograr el equilibrio vital del pueblo español.

En cuanto a la Argentina, además de las franquicias aduaneras mencionadas, se le abren perspectivas de insospechado relieve. Pues en el formidable y juvenil esfuerzo por lograr la independencia económica de la nación que el gobierno del Presidente Perón lleva a cabo con asombrosa rapidez y eficiencia, la compenetración con la industria española puede contribuir durante estos años al logro del objetivo en medida considerable. ¿Se concibe, por ejemplo, la ingente suma de posibilidades que en terreno de la construcción naval, del material ferroviario, de la industria pesada siderúrgica, por no citar más que unos ejemplos al vuelo, pueden coordinarse con mutuo y espléndido beneficio?

El Protocolo puede en ese aspecto resultar un excelente instrumento auxiliar temporal para el desarrollo de los fines del Plan Quinquenal. Pero un documento como el que comentamos no pue-

de tampoco examinarse haciendo abstracción de las circunstancias en que fué concebido, elaborado y publicado. El «hic et nunc» latino tuvo en esta ocasión su especial oportunidad. En un mundo agitado por todas las convulsiones y acechado por todos los temores, la confusión, triste condición de las horas sombrías, perturba los espíritus y borra el perfil de los hombres y de las cosas. Las cuestiones más claras, los problemas más sencillos, los peligros más graves se mezclan y enturbian con el río revuelto de las pasiones enconadas por los enfangadores profesionales, que siguen, al dictado, su juego implacable ante la incomprensible ceguera de sus futuras víctimas. Y así, España, neutral durante la guerra, con una neutralidad transparente, pero que favoreció, sin embargo, a la estrategia de los vencedores más que cualquier otra (Hoare *dixit*, Churchill *dixit*, Eisenhower *dixit*), es—a estas alturas—acusada de ¡cómplice de los vencidos! ¡Cuando ya los propios vencidos se sientan en la mesa con los vencedores para estudiar el futuro común! Y así, España, anticomunista, con las mayores cicatrices que nadie pueda ofrecer en la pelea contra el tremendo enemigo, es ahora recusada por los países que, tímidamente los unos, y a remolque los otros, van reaccionando en su interior contra el mismo peligro, con fórmulas diversas, pero, en definitiva, ineficaces a la larga, pues ni se atreven a desafiar el mal en su origen—la miseria y el resentimiento sociales—, ni osan tampoco plantarle cara valientemente en todos los terrenos, como lo hicieron los españoles en 1936.

Por obra de tales increíbles contrasentidos, España hubo de ser excluída de las conversaciones conjuntas que los Gobiernos del occidente europeo mantienen desde hace varios meses para llegar a una unidad de acción común en defensa de nuestra milenaria civilización. Y ¡Dios sólo sabe que no son los hipotéticos dólares los que a España le duelen, sino el hallarse ella—la abanderada, por excelencia, de la causa católica—ausente de la mesa en la que, en definitiva, se trataba de poner las bases de una defensa—incluso por las armas—del orden cristiano del mundo! Pues si la hora dramática llegase—lo que la Providencia no permita—, ¿habría un solo Estado Mayor de los displicentes Gobiernos reunidos en Bruselas que desdeñara por un instante el castillo roquero de España?

Parecía, pues, que en un mundo que tiende a la unidad se iba a romper aquélla en fisuras, excluyendo a España, para servir a oscuros e inconfesables intereses de partido y de maniobras electorales internas. Parecía, asimimo, que en una etapa de colaboración

económica internacional, superando las viejas concepciones autárquicas, se empujaba a un país—España—a la asfixia por el bloque y, en consecuencia, al aislamiento económico para defenderse de la cuarentena.

Parecía que iba a ser así..., con la mal disimulada complacencia de muchos expertos altivos que suelen tener especial predilección por las catástrofes... y por las predicciones erróneas. Pero la inteligencia política de la nueva Argentina adivinó la importancia del aserto y salió al paso del propósito. El general Perón, con esa sagacidad criolla que Martín Fierro definía: «El hombre de una mirada—todo ha de verlo al momento», quiso demostrar al mundo, sencillamente, que él seguía firme en sus líneas de conducta. Por inspiración suya, la economía argentina viene ayudando, desde hace dos años, de modo directo y sustantivo, a los pueblos de Europa occidental, en cifras de relieve considerable. A «eso» no se le ha llamado con ningún remoquete especial; pero muchos millones de europeos no han sucumbido en esos años ni en lo físico ni en lo político, gracias a la resuelta voluntad del Presidente argentino. La Argentina propició siempre un acuerdo de los pueblos del occidente europeo, singularmente los de cultura latina, para basar en ese entendimiento los cimientos de una gran comunidad atlántica.

El general Perón, en fin, con clara visión del problema, proclamó siempre en discursos y alocuciones que no era suficiente oponer al microbio de la revolución comunista los simples fermentos del capitalismo, sino que una enérgica y profunda reforma social era el único antídoto capaz de evitar el universal contagio. Así quedó definida, con inconfundible silueta propia, la posición argentina en el mundo.

Esa posición airosa, prometedora, independiente y pacifista ha despertado ya una oleada de esperanzas en América y en la propia Europa. Pues ¿cómo van a ser indiferentes a una bandera como ésa los millones de seres humanos a quienes solamente se ofrece la opción de ser esclavos de una monstruosa tiranía de clase, o ser, en otro caso, forzosos consumidores de productos en serie de los monopolios capitalistas? ¿Cómo no van a recibir en Europa, frenéticamente ilusionados, una actitud que está basada en el orden social y económico, que tiene al hombre como centro, en vez de tenerlo a la clase, al partido o al monopolio?

Fruto de esta actitud es el reciente Protocolo Franco-Perón, pues en él se afirman los principios arriba mencionados. No hay en él banqueros beneficiarios, ni condiciones onerosas, ni cláusulas se-

cretas, ni propósitos inconfesables. «Instrumento de paz y de trabajo» ha sido llamado con razón el Protocolo. Dos pueblos, dos economías se ponen a laborar al unísono bajo la inspiración feliz de sus gobernantes, ungidos por el voto y el clamor de sus pueblos. ¡Que sigan, si les place, los gozquecillos ladrando a la luna, mientras Buenos Aires y Madrid se dan un abrazo fraterno al iniciar la histórica tarea, que puede servir de ejemplo para muchos!

LOS SUCESOS DEL NUEVE DE ABRIL EN COLOMBIA

POR
P. S.

Sin duda alguna, el acontecimiento de mayor trascendencia entre los ocurridos durante el último mes en el ancho ámbito del mundo hispánico ha sido la revuelta colombiana promovida a pretexto del execrable asesinato del jefe liberal, Dr. Jorge Eliecer Gaitán. Hasta la propia Conferencia Panamericana, instaurada días antes en la misma capital de Bogotá, quedó oscurecida, tanto en su proyección nacional como en la internacional, por los trágicos sucesos de la noche del viernes 9 de abril. Además, para cualquier observador medianamente imparcial no escapaba inadvertido el nexo de unión, la relación causal, entre ambos acontecimientos decisivos de la política americana: la IX Conferencia, que debía articular el sistema interamericano, a la vez que plantear el problema de la defensa continental ante la posible agresión comunista, y esta sorpresiva subversión de un orden que parecía estar a salvo de cualquier contingencia. Intentemos, en la medida de lo posible, ahondar un tanto en el trasfondo de los sucesos y montar nuestros inestables augurios sobre el futuro inmediato de la política colombiana, indudable piedra de toque para las demás repúblicas hispanoamericanas.

La pregunta que a todos se nos ocurre ante el hecho inicial que motivó la ruptura del dique y el desbordamiento de las masas es simple en su enunciado, y compleja en sus respuestas. ¿Quién

mató al Dr. Gaitán? ¿Cuáles fueron los hilos ocultos que movieron la mano ejecutora del execrable crimen? ¿Qué misteriosa conjunción de «coincidencias» hizo posible el estallido popular en todo el país, y quiénes fueron los que orientaron ese torrente desbordado hacia los cauces de destrucción y muerte que todos conocemos? Quizá no se encuentre jamás respuesta adecuada para estas preguntas, tan sencillas en apariencia, ya que hasta la propia identificación del asesino—ejecutado sobre el lugar del crimen por una muchedumbre que, consciente o inconscientemente, se apresuró a borrar las pocas huellas que del delito y su autor podían haber auxiliado a la justicia en su difícil tarea investigativa—resulta dudosa.

El hecho inicial es en sí mismo tan «sencillo», que precisamente por ello debe buscarse una razón lo suficientemente poderosa y «organizada» para que tal «sencillez» fuera alcanzada. Jorge Eliécer Gaitán muere asesinado por los disparos de un oscuro personaje, precisamente en el centro mismo de la ciudad, a la hora crítica del mediodía, en la víspera de ser planteada ante la IX Conferencia Panamericana el problema de la defensa continental frente al comunismo, días después de haberse formado el primer Gobierno homogéneo conservador, cuando todo el edificio estatal estaba absorbido por las actividades de la Conferencia, en el instante en que Bogotá estaba desguarnecida y con una gran escasez de gasolina como consecuencia de la reciente huelga petrolífera, a la hora en que el Presidente de la República inauguraba una exposición ganadera a unos kilómetros de la ciudad... Difícilmente podría buscarse una más feliz conjunción de circunstancias para que la reacción popular se produjera espontánea e indetenible, mientras que la reacción gubernamental se retrasaba forzosamente el tiempo necesario para que la indignación popular, ante el asesinato de su ídolo, hubiera entrado ya en los peligrosos caminos de la revolución abierta, a la que sólo sería posible vencer mediante el empleo de todos los medios represivos. Pero incluso esta misma reacción armada iba a ser imposible ante el hecho de que la casi totalidad de la Policía nacional—acusada continuamente en la prensa liberal por un supuesto sectarismo político de sentido contrario—se unió desde el primer instante a lo que suponía ser un «movimiento popular» que reclamaba venganza por el asesinato del jefe ido.

Si pasamos revista a todo el haz de posibilidades imaginables, en relación a los autores intelectuales del crimen, habrá que descartar, como la más inadmisible de todas, precisamente la hipótesis que circuló inmediatamente por todo el país: Gaitán había sido

víctima del odio político de sus adversarios los conservadores. Si desde 1930—fecha de la pérdida del Poder por parte del partido conservador, que lo había monopolizado durante decenios—existió un momento en que podía aceptarse como muy probable su vuelta total al efectivo dominio del país, ese momento era la semana que precedió al 9 de abril de 1948. La ruptura de la política de «Unión Nacional», política propugnada por el presidente Ospina Pérez desde su proclamación como candidato y llevada a cabo con tenacidad difícil de igualar, no había producido, como supusiera el doctor Gaitán, autor de la ruptura, un fortalecimiento de las filas liberales. Antes al contrario, tal ruptura avivó todavía más las figuras de todos conocidas, que habían debilitado al liberalismo en las pasadas elecciones presidenciales y a las que se debió su derrota, pese a haber obtenido mayor número de votos que el candidato triunfante. En poder de todos los resortes del Gobierno, la perspectiva ante las futuras elecciones de diputados y las más lejanas para la sucesión del Dr. Ospina Pérez, era favorable al partido conservador, que se disponía a sustituir la máquina electoral del liberalismo por otra de igual eficacia y en su exclusivo beneficio. Por si esto no bastara, la presencia de su jefe máximo, el Dr. Laureano Gómez, al frente de la IX Conferencia Panamericana era una aportación de incalculable valor para el prestigio del partido, aportación que podía atribuirse en su casi totalidad a la ligera decisión de las mayorías liberales rompiendo la colaboración gubernamental en la víspera misma de la reunión panamericana. Y aún trabajaba en favor del partido gobernante otra larga serie de consideraciones y circunstancias que se le habían venido a las manos casi sin esfuerzo alguno por su parte. La política del partido conservador—especialmente de su jefe, el Dr. Laureano Gómez—de una absoluta independencia, cuando no de radical oposición hacia los Estados Unidos—, argumento esgrimido con total olvido del sentido nacional por ciertos periódicos liberales en el día mismo de la inauguración de la Conferencia, creyendo con ello impedir la elección del Dr. Gómez como presidente de la misma—había quedado ampliamente compensada con su permanente actitud anticomunista, postura ésta adoptada ya sin recato alguno por la Casa Blanca. Esto en lo referente a política internacional; en el aspecto interno trabajaban en su favor las corrientes subterráneas que minaban al liberalismo, abocado fatalmente a una escisión mucho más profunda que la encabezada respectivamente por los Drs. Turbay y Gaitán en las pasadas elecciones presidenciales. La orientación cada vez más marcada del Dr. Gaitán hacia una política de «izquierdas»—si no que-

remos admitir el calificativo de «demagogo» que le prodigaban sus propios correligionarios—hacía presumible la aparición de dos partidos perfectamente diferenciados y ambos surgidos de las antes apretadas filas del liberalismo histórico: el partido «oligárquico»—que podía encarnar en cualquiera de los ex presidentes de la República liberal—con su ideología un tanto «demodée» de fieles hijos del 89, y el partido del Dr. Gaitán—ya se había creado incluso en el lenguaje de la calle una clara y radical distinción entre «liberal» y «gaitanista»—que arrastraría consigo a las grandes masas del proletariado urbano y, con ellas, la casi seguridad del triunfo, a no ser que, como en 1945, fuera el candidato conservador quien recogiera la cosecha de tan profunda escisión. Las anteriores razones, que nadie podrá tachar de inconsistentes, formaban imperiosamente el partido conservador—si no hubiera otras de mayor peso que le impedían radicalmente el recurrir a procedimientos criminales—al mantenimiento del orden en el país con la casi absoluta certeza de que el año de 1950 sería el de su definitivo triunfo político.

La exclusión indiscutida del conservatismo en cualquier sospecha de colaboración, o tan sólo de tácita aprobación, del incalificable crimen fué admitida desde los primeros instantes por figuras tan representativas dentro del liberalismo tradicional como el ex presidente Darío Echandia y el «columnista» de *El Tiempo*, Enrique Santos—«Caliban»,—hermano del ex presidente Eduardo Santos, actualmente «primer designado» y, como tal, sustituto legal del presidente Ospina Pérez. Claro está que si dejamos al margen, por inservible, esa hipótesis, sólo nos resta una explicación «política» y otra que nada tiene que ver con los acontecimientos que nos interesan. El dilema es simple—admitiendo como inconcuso el carácter político del asesinato— : si no fueron los conservadores, tuvieron que ser los comunistas. Fuera de estas dos posibilidades sólo resta una tercera—que no debe descartarse en absoluto— : la de que el crimen fuera uno de tantos crímenes como los que se vienen produciendo en los últimos tiempos en Colombia y que en su mayoría quedan impunes y sin desentrañar la verdadera causa de los mismos. En el caso de Gaitán no debe olvidarse que se trataba de un criminalista en ejercicio, el abogado que había logrado mayor número de absoluciones ante los jurados—sobre los que ejercía no sólo la mágica influencia de su oratoria forense, sino el todavía más eficaz influjo de su enorme prestigio político—y que en la víspera misma de su trágica muerte había alcanzado uno de sus grandes éxitos al arrancar por segunda vez un veredicto exculpatorio en el

célebre proceso del teniente Cortés (quizá no se percate el lector no colombiano de la enorme popularidad que tienen las vistas públicas ante jurado, hasta el extremo de celebrarse de noche y radiándose los informes, siendo necesario para lograr un puesto en la Sala el acudir desde hora temprana).

En realidad, este problema de saber cuál fué el autor material del asesinato y cuáles fueron, si existieron, los autores morales del mismo, perdió gran parte de su interés con el giro de los acontecimientos en aquella trágica tarde del 9 de abril. Si pueden abrigarse dudas muy fundadas sobre la responsabilidad directa de este o el otro grupo político, lo indudable es que desde el primer minuto el partido comunista colombiano—que apenas había alcanzado unos millares de votos en las últimas elecciones municipales y cuya muerte había sido prematuramente pregonada por la prensa «democrática» del país—dirigió la revuelta y fué el que le dió ese cariz trágico cuyas dolorosas consecuencias tardarán varios años en cicatrizar.

Hay hechos que por sí solo constituyen prueba plena de esa participación del comunismo en los sucesos de Colombia. En primer lugar, apenas dos horas después del atentado circulaban por Bogotá unas hojas magníficamente impresas, y en papel de primera calidad, en las que el partido comunista se defendía de quienes le acusaran como autor del atentado. Téngase en cuenta que a esa hora eran escasísimos los colombianos que habiendo logrado superar el primer momento de estupor o de ira comenzaban a preguntarse de dónde procedían realmente los tiros que segaron la vida del jefe liberal. Dada la instantánea y total paralización de la vida de la ciudad, resultaba físicamente imposible que tales hojas hubieran sido redactadas con posterioridad a los disparos de la Carrera Séptima. Además, en esas dos horas el partido comunista había tenido bastantes cosas de que ocuparse para disponer del tiempo necesario para su redacción e impresión. Por ejemplo, había aprovechado ese tiempo para apoderarse de la totalidad de las emisoras de radio del país y para orientar a las turbas hacia los edificios públicos más representativos del «orden constituído» y de la propia historia de Colombia. A esa hora ardían ya los edificios de la Gobernación, de Cundinamarca; la Prefectura de Policía, con todos sus archivos y especialmente su sección de extranjeros; el Palacio de Justicia y el Ministerio del mismo ramo; se había intentado el asalto al Capitolio, sede de la IX Conferencia Panamericana; ardía el Palacio de San Carlos, monumento el más representativo de la historia del país, por haber sido la residencia del libertador Simón Bolívar;

se había vertido frente Palacio la primera sangre de oficiales del Ejército y de paisanos enardecidos, derramamiento de sangre que debería haber abierto, a no ser la decisión del Presidente y la obligada cordura de los jefes liberales, un abismo entre el «pueblo» y los «guardianes del orden»...

Los que escucharon las emisiones de radio en aquella trágica tarde abrileña no necesitan de argumento alguno para su propio convencimiento. Para quienes no recibieron tan aleccionadora experiencia, baste señalar la breve y reiterada alocución del secretario del partido comunista, quien, afirmando una y otra vez su significación específica, lanzaba a todos los rincones del país la clave del secreto, clave que quizá en su calidad de neófito en tales lides tuvo la imprevisión de desvelar: «La revolución popular ha triunfado. La presencia del general Marshall y de la Delegación norteamericana para la IX Conferencia Panamericana constituye un insulto al pueblo colombiano. Es necesario arrojar del Poder a los representantes del imperialismo yanqui. Marshall, de acuerdo con Mariano Ospina y Laureano Gómez, ordenó el asesinato de Gaitán.» Estos fueron los permanentes «slogans» de las radios en poder de los revolucionarios, y junto a ellos toda la extensa gama de las consignas comunistas: apoderarse de los centros de comunicación; formar barricadas; asaltar comercios; respetar las fábricas; el «pueblo está siendo ametrallado desde las Iglesias»; se han constituído «Juntas revolucionarias» con la participación de prestigiosos jefes de todos los partidos no reaccionarios, etc., etc. Y por si quedase alguna duda, junto a las incitaciones al asesinato de los jefes políticos más destacados, figuraban las extrañas citaciones a nombres concretos en cada ciudad y en cada pueblo.

* * *

Los sucesos de aquella noche escapan por su magnitud a todo intento descriptivo. Ya no se trataba de una auténtica reacción popular que, hábilmente dirigida, se había convertido en revuelta armada. La casi totalidad del país, y de un modo especial su martirizada capital, vivieron horas de angustia como ningún otro pueblo las haya conocido desde hace muchos años. (Probablemente en cuanto a la intensidad de los sucesos ni siquiera la propia revolución rusa, o las primeras jornadas de la guerra civil española, puedan comparársele.)

La rebelión de los más bajos instintos, alentada desde las emiso-

ras por ingenuos estudiantes víctimas de la propaganda extremista, que una vez más se servía de su juvenil entusiasmo como de la mejor arma; por intelectuales inconscientes de su obra; por auténticos agitadores comunistas y por liberales exaltados que creían llegada la hora del triunfo y del desquite—pero no la del crimen y el saqueo—triunfaba en Bogotá. La sed de venganza, el rencor refrenado durante años, el oculto odio de razas, el resentimiento clasista, todo se unía en aquellas horas trágicas, verdadero aquelarre no pintado por el mismo Goya, para poner en trance de destrucción no ya el régimen políticosocial, sino el país mismo. Abrieron marcha las ferreterías—instigados por las soflamas revolucionarias de las radios—a fin de obtener armas para el asalto a Palacio—ataque que para unos era exclusivamente político, pero cuyo trasfondo sólo era conocido de los dirigentes comunistas—; después fueron los establecimientos de bebidas y la chusma, preparada por largos años de lento suicidio con la «chicha»—cuya venta constituye uno de los principales ingresos públicos—, enloqueció al trasegar bárbaramente los miles de botellas de licores caros jamás soñados; más tarde les tocó el turno a los establecimientos de lujo: las peleterías, orgullo de Bogotá; las numerosísimas platerías que exponían toda la insultante abundancia de un país como Colombia; las joyerías, donde brillaban las mejores esmeraldas y las máscaras auríferas de los antañones ritos indígenas... Y, por último, todo lo que se ofrecía al alcance del machete, de la peinilla o solamente del brazo enfurecido. Nada quedó al margen de la furia desatada de la multitud, una turba que no se dedicaba ya a robar lo que ambicionaba, ya que no lo que necesitaba, sino a destruir todo lo que sabía pertenecía a un mundo que no era el suyo: librerías, floristerías, instrumentos de música, frigoríficas, objetos de arte, etc., etc. Y de paso, por si aún se dudara de la mano oculta, una iglesia colonial, los palacios de la Nunciatura y del Arzobispo, la Escuela Apostólica, un modesto convento de monjas, el colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana...

* * *

Atrás queda, como pesadilla que nos esforzamos en alejar, la trágica magnitud de aquellas horas sombrías. Frente a nosotros se nos ofrece un interrogante no menos sobrecogedor: ¿qué proyección tendrán en el inmediato futuro de Colombia y de América estos sucesos, cuyo origen puede permanecer confuso, pero sobre cuya ex-

plotación no cabe duda alguna? Difícil tarea la de hacer de arúspice en estos tiempos, máxime siendo conscientes de que, sea cualquiera la opinión adelantada, merecerá reproches de ambos lados. Esperemos al menos que se nos reconozca la amplia y franca simpatía por la totalidad del pueblo colombiano, la sinceridad del propósito y la limpieza sin mácula del objetivo, a la vez que una total ausencia del más lejano atisbo de «dogmatismo» o de afán aleccionador.

* * *

El alevoso asesinato del Dr. Jorge Eliecer Gaitán, no sólo ha decapitado al movimiento liberal arrebatándole su indudable candidato a la Presidencia, sino que, de rechazo, ha producido análoga consecuencia en el partido conservador. Expliquemos hasta donde sea posible esta afirmación. Desde las elecciones municipales de noviembre—que constituyeron un éxito personalísimo del Dr. Gaitán dentro del liberalismo y un fortalecimiento del Dr. Gómez en el seno del conservatismo—podía admitirse como segura la doble y única candidatura de ambos líderes políticos en las elecciones presidenciales de 1950. La muerte de Gaitán cambia radicalmente ese panorama político que parecía simplificado después de las tormentas pasadas.

La actuación del Dr. Gómez en las trágicas horas del viernes es todavía un enigma para la casi totalidad de los colombianos. Según unos, se limitó a refugiarse en la Embajada de un poderoso país—lo que parece no ser cierto—; según otros, buscó asilo en el Ministerio de la Guerra, donde permaneció sin influir en absoluto en la marcha de los acontecimientos, y solamente los muy fieles le atribuyen misteriosos movimientos encaminados a la salvación del país. Sea verdadero o falso lo anteriormente recogido, lo cierto es que al tener que «sacrificarle» el presidente Ospina en aras de la colaboración liberal en su Gabinete de Salvación Nacional, y al no poder actuar inmediatamente como jefe máximo del conservatismo —bien por propia decisión o por recomendación del mismo Presidente, que no deseaba avivar el odio de las masas liberales, todavía enseñoreadas de la calle—, las masas conservadoras se encontraron desorientadas, y sólo al cabo de algunos días se escuchó la voz de un Directorio Nacional Conservador reformado y en el que no figuraba la recia personalidad del Dr. Gómez.

Ya con anterioridad a estos sucesos se percibía claramente la

existencia en el seno del partido conservador de un movimiento opuesto a la jefatura tantos años indiscutida del gigantesco político que es el Dr. Gómez. La esporádica aparición del diario *Eco Nacional*—dirigido por otro de los jefes conservadores, el doctor Gilberto Alzate Avendaño, a cuyo grupo pertenecían figuras tan destacadas como Augusto Ramírez Moreno y Guillermo León Valencia—fué la primera afloración de tal hecho. El enorme prestigio del Dr. Gómez—el artífice de la victoria electoral que elevó a la primera magistratura del país al Dr. Ospina Pérez—superó ese primer intento de arrebatarle la jefatura, y precisamente el día 9 de abril le encontraba otra vez como jefe casi indiscutido del partido conservador· ¿Qué sucederá en el futuro?

Ciertamente que el partido conservador tendrá que adoptar radicales medidas para recobrar el mucho terreno perdido en los días subsiguientes al trágico 9 de abril. En política, bien es sabido, se perdona todo menos el fracaso y el error. Este fracaso y el escaso margen de error que pueda atribuirse al Gabinete homogéneo conservador existente el 9 de abril, desde luego no implica culpa grave por parte del Dr. Gómez. Pero, hablando en términos muy inteligibles para los españoles, aunque quizá no lo sea tanto para los hispanoamericanos, el partido conservador sufrió el 9 de abril la prueba que las «derechas» españolas padecieron el 16 de febrero de 1936.

En el panorama político colombiano la aparición, un tanto fugaz, del Dr. Gaitán encierra un significado mucho más hondo del que sus mismos partidarios le atribuyen. Con el Dr. Gaitán—no se olvide su decisiva presencia en la Italia fascista, precisamente en los años más formativos de su vida—hace aparición en la vida pública colombiana un factor ya viejo en las lides políticas europeas, pero desconocido hasta entonces en el escarpado país andino: las masas. Si se analiza someramente la vida política colombiana con anterioridad a su presencia, veremos que toda ella se centraliza, con absoluta exclusividad, en un limitadísimo puñado de familias, la famosa «oligarquía», cuya adscripción a este o al otro de los partidos históricos obedecía, en primer lugar, a viejos recuerdos familiares más que a auténticas convicciones políticas. Las encarnizadas luchas de bandería—casi siempre con su dolorosa secuela de muertos—semejaban más extrañas supervivencias de una «vendetta» heredada que radicales oposiciones ideológicas. El campesinado era en su mayoría conservador, pero igualmente se podían señalar pueblos y aldeas unánimemente liberales. Si por un momento se pudo intentar «descubrir» un conato de diferenciación en-

tre los dos partidos en torno al llamado «problema religioso», hace años que se había olvidado. La carencia de auténtica diferenciación hacía agigantar las pequeñas variaciones ideológicas hasta convertirlas en montañas insalvables, montañas que, desgraciadamente, más de una vez se hacían realidad con la sangre vertida en estériles disputas.

El «impacto» producido por el Dr. Gaitán en la vida colombiana perdurará muchos años. Su éxito—su asombroso, gigantesco e indiscutible éxito como «caudillo» del pueblo—no debe atribuirse a unas dotes de estadista que, en el mejor de los casos, permanecieron inéditas, sino a haber sido el primero que esgrimió en sus campañas políticas argumentos y razones «modernas». Su conocimiento de la Europa de la postguerra fué para él mucho más decisivo que para el resto de sus compatriotas, acostumbrados a dejar transcurrir los años en aquel delicioso París, que para ellos lo era todavía más con sus rentas elevadísimas y en moneda fuerte. Gaitán pudo comprender el fenómeno moderno de la política porque llegó a Europa desprovisto de los prejuicios formativos de la «oligarquía». El líder asesinado procedía de los niveles humildes del pueblo, por sus venas corría gran porcentaje de sangre aborigen, mezclada con aportes negros y con mínima participación de la blanca. Con ello disponía ya de una de las más eficaces «plataformas» utilizadas con éxito en gran parte de los pueblos de sangre mezclada. No quiere decir que Gaitán fuera exclusivamente un «caudillo» indigenista; se servía de este argumento para sus campañas políticas, pero en el fondo de su alma estaba continuamente presente, para imitarla o para odiarla, aquella Europa, maravillosa, pese a sus desvaríos y desgracias, que él había entrevisto en la Italia mussoliniana mientras aprendía el ya superado penalismo de Ferri. Pero de su «baño» europeo trajo otra de las grandes experiencias modernas que, por añadidura, coincidía exactamente con sus ocultas exigencias de hombre surgido del pueblo y con demasiadas sangres en sus venas para poder aspirar a un anillo con heráldica más o menos fantástica y su poltrona de socio en el Jockey: la invasión de «lo social» y la ineludible necesidad de hacer una política «avanzada», precisamente para impedir el avance de los «otros». En Colombia, donde centralizaba por igual los frenéticos entusiasmos y los odios más irreductibles, resultaba difícil realizar un examen objetivo de lo que él significaba para la política de su país. Los propios liberales históricos—los «oligarcas»—le acusaban de demagogo, y si él avanzaba cada día un paso más hacia ese peligroso límite de la izquierda extrema, debe achacarse en gran parte a su humana reacción ante quienes le

acosaban y le negaban la entrada en el *sancta sanctorum* de su «oligarquía».

He aquí una de las explicaciones posibles de su triunfo. No sé si será totalmente exacta, pero al menos constituye un honrado intento de hallar la razón posible de un acontecimiento político de tan honda trascendencia como lo es el giro radical de la vida pública colombiana por el paso del Dr. Gaitán por su escena, antes tan sencilla.

Gaitán había aportado al viejo y caduco tronco liberal las «savias modernas»; por eso ya casi nadie se acordaba en Colombia de Alfonso López o de Eduardo Santos.

* * *

¿Qué panorama nos ofrece la política colombiana después de la trágica desaparición del Dr. Gaitán y de la probable eliminación, al menos transitoria, del otro gigante, el Dr· Laureano Gómez? Como punto de partida, disponemos de un «hecho de experiencia»: la constitución del nuevo Gobierno de «Unión Nacional». La laboriosa gestación de este Gobierno pertenece ya a un pasado carente de interés. Baste dejar constancia de la tenacidad y decisión del Presidente de la República en aquellas horas sombrías de la tarde y la noche del viernes y la madrugada dantesca del sábado. El Dr. Ospina Pérez sabía que sus rotundas negativas a las presiones políticas que se le hacían constituían la única garantía posible de conservar el mínimo margen de «orden constitucional», todavía existente, y el sólo valladar que impediría la formación del incontenible alud que aplastaría sucesivamente a su Gobierno, al que le sustituyera, al orden constitucional republicano, y, por último, anegaría al país en el pantano pestilente y en la orgía de sangre de una revolución, cuyo signo era fácilmente previsible. Los mismos dirigentes liberales, que prometían el restablecimiento del orden apenas el Poder Ejecutivo pasara a sus manos, hubieran sido víctimas propiciatorias de su propia obra. De aquella jornada—la más trágica en los ciento cincuenta años de vida independiente del país—salió especialmente fortalecida y prestigiada la serena figura del doctor Mariano Ospina Pérez verdadero salvador del régimen constitucional, que con su firme decisión de permanecer en su puesto—incluso cuando podía decirse que solamente dominaba el cuadrado de edificaciones donde está situado el propio Palacio Presidencial—hizo posible la vuelta a la colaboración de los dos partidos históricos

y la proclamación de una «tregua política» en beneficio exclusivo del país. Junto a la persona del Presidente debe figurar la Institución del Ejército, vencedor con aquél en la «jornada triste» del nueve de abril.

Pero la Constitución colombiana excluye todo intento de reelección. Pasemos revista, por tanto, a las posibilidades surgidas del hecho trágico del asesinato del Dr. Gaitán.

Al redactar estas líneas, la figura, en apariencia representativa del liberalismo y su indudable candidato presidencial es el titular de la Cartera de Gobierno y dos veces ex presidente—como «designado» y no como titular—Dr. Darío Echandia. La biografía del renacido líder político es, hasta cierto punto, sencilla. Estudiante aprovechado del Colegio del Rosario—la secular fundación española que fué más tarde vivero de «próceres» de la independencia—; dedicado a la Magistratura y la enseñanza universitaria, salta a la vida pública a la sombra del Dr· Alfonso López en los años de 1930 a 1932, comienzo del régimen liberal, que se prolongó hasta 1945. Teórico «puro» y universitario vocacional, interviene activamente en la obra legislativa del régimen liberal—especialmente en la reforma constitucional, a la que incorpora preceptos recogidos de la propia Constitución de la U. R. S. S. y de la española de 1931—y alcanza el calificativo de «conciencia jurídica del régimen». Fugaz candidato presidencial bajo los auspicios del Dr. López, es enviado como «dorado destierro» a la Embajada del Vaticano—no sin el sabroso comentario en torno a su supuesta o efectiva indiferencia religiosa,—donde negocia el famoso Concordato que estuvo a punto de producir un nuevo cisma en la Iglesia (todavía deambula por París uno de los principales actores de la polémica). A partir de 1945, otra vez la vida universitaria, desempeñando—como un «Hombre Universal» del Renacimiento—las cátedras de Filosofía del Derecho, Derecho romano, latín y griego. Y en la tarde del 9 de abril todas las miradas, al menos las de quienes aspiraban, en primer lugar, al restablecimiento del orden constitucional, se dirigieron hacia él como encarnador de las «esencias liberales». No hay duda alguna—en los límites en que tal certeza es posible en política—que Darío Echandia será candidato a la Presidencia en las próximas elecciones. Pero ¿lo será en calidad de «único» candidato liberal?

Si se analiza la formación del Gabinete, se descubrirá inmediatamente la ausencia de verdaderos seguidores del Dr. Gaitán, a no ser el Dr. Aragón Quintero, titular de la Cartera de Minas y Petróleos. Echandia representa el sector izquierdista de la oligarquía;

pero de esto a sustituir al Dr. Gaitán en la ilusión enfervorizada de las masas proletarias queda mucho trecho por recorrer. Posiblemente no asistiremos a una simple escisión del partido liberal —como ocurrió en las pasadas elecciones—, sino a la constitución de un nuevo partido, cuyo nombre no importa, pero cuyo contenido resulta fácilmente identificable. Para este nuevo partido, que no será necesariamente «comunista», aunque la procesión ande por dentro, existen varios candidatos con real influencia en los medios obreros; citemos tan sólo la interesante figura de Diego Montaña Cuéllar, tránsfuga del comunismo, que acaba de dar al país una muestra de su poder y de su habilidad con la huelga petrolífera de la concesión de Mares—no se olvide que supo amalgamar las reivindicaciones sociales con las nacionalistas—, o la de Darío Samper, director del diario «gaitanista» *Jornada*, cuyos violentos ataques al sector «oligárquico» del partido y a sus órganos periodísticos son cotidiano manjar de las tertulias callejeras de la Carrera Séptima. Un poco más alejados pueden citarse a Uribe Márquez—abogado de demasiada historia profesional y miembro de la Dirección Nacional Liberal—, a Plinio Mendoza Neira, quien parece decidirse definitivamente por la «oligarquía», de donde procede, que por el otro platillo de la balanza, donde venía haciendo piruetas demasiado visibles; y junto a ellos, algún oscuro líder sindical, cuyo efectivo poder escapa inadvertido a la observación de los no iniciados. Este partido—caso de crearse—sufriría por igual los ataques concéntricos del comunismo y del liberalismo «ortodoxo».

Pasemos al otro lado de la barricada. Tampoco topamos con demasiada luz en este sector. Debemos señalar, en primer lugar, el vago recuerdo que perdura en algunos sectores juveniles del intento de superación de la rígida dualidad política tradicional en el país. Aludimos al Movimiento Nacional Revolucionario, de vida por demás efímera, quizá debido al fatal reflejo de la situación europea. De aquel Movimiento—cuyos paralelos en otros países podían fácilmente señalarse—quedan algunos miembros dispersos—en su mayoría figuras de gran prestigio literario e intelectual—, pero que buscaron acomodo en uno u otro de los partidos tradicionales, en los que, por añadidura, se les recibió con abierto recelo y todavía se les tiene sometidos—al menos en el conservatismo—a una especie de «cuarentena». Olvidado este recuerdo, quedan los dos grupos que giraban respectivamente en torno a *El Siglo*—el ortodoxo del Dr. Gómez—y el *Eco Nacional*—sector más abiertamente nacionalista y al que podemos calificar de más «actual»—, con las figuras ya señaladas de Alzate, Avendaño, Ramírez Moreno, León Valencia, et-

cétera. (Un detalle muy significativo de la «modernidad» del grupo lo constituyó el comentadísimo editorial publicado en los días de la huelga petrolífera y en el que se aceptaban, al menos en su planteamiento para la discusión, las tesis «nacionales» que pudieran descubrirse dentro del complejo problema de la huelga tal como lo había planteado Montaña Cuéllar.) Cada uno de estos grupos esgrimían su candidato para las próximas elecciones presidenciales, aunque afirmando previamente su acatamiento al elegido por las Asambleas departamentales del partido: Dr. Laureano Gómez y Dr. Guillermo León Valencia. Por razones intuídas, pero que seríamos incapaces de expresar, podemos admitir en hipótesis la eliminación de ambos candidatos, al menos en la próxima contienda. Paralelamente a esta eliminación, aparentemente arbitraria, surgen dos nuevos nombres como candidatos posibles: los Drs. Urdaneta Arbeláez y Zuleta Angel.

El Dr. Urdaneta Arbeláez fué ministro de Gobierno hasta las elecciones municipales de noviembre, y sus copartidarios le tacharon de excesivamente pulcro en el manejo de las cuestiones electorales. A su salida del Gobierno se le consideró como «candidatizable», y precisamente en los días de inquietud se apresuró a figurar visiblemente en el Directorio improvisado que dió la primera señal de vida y con ella nuevos alientos a las masas conservadoras, desorientadas, que creían llegado el momento de la derrota total. Esta recuperación de prestigio parece haber desembocado un tanto extrañamente en su nombramiento para un alto cargo diplomático fuera del país. La candidatura del Dr. Zuleta Angel—uno de los más altos prestigios del país por su actuación como Presidente de la I Asamblea de la O. N. U. en Londres y actualmente de la IX Conferencia Panamericana de Bogotá—es muy probable que chocara con la oposición del sector intransigente del conservatismo, pero a la vez arrastraría a un amplio sector del liberalismo histórico, especialmente el grupo moderado del «santismo». Ambos candidatos tendrían en su contra que con su presencia en la contienda electoral proporcionarían al candidato del imaginado partido «gaitanista» una de sus mejores plataformas electorales: la del nacionalismo económico, ya que ambos han sido en algún momento de su vida profesional representantes de las poderosas empresas petrolíferas, situación ésta que alcanza por igual a varios de los más representativos jefes de la oligarquía liberal (una de las últimas campañas parlamentarias del Dr. Gaitán fué la «moción de censura» contra los llamados ministros petroleros).

Hasta aquí el examen de la situación política colombiana tal y

como aparece a un observador ajeno a sus luchas partidistas en esta segunda semana del hecho crítico del asesinato del Dr. Gaitán. Las hipótesis aventuradas han sido a base de los hechos políticos internos de este mes de abril de 1948. Pero para su validez futura sería necesario que no se proyectara la situación política internacional sobre la mera política interna. Pero este supuesto resulta inadmisible dada la marcha de los acontecimientos. Ante la presencia inesquivable de un factor tan decisivo como lo es hoy día la lucha abierta entre las dos «superpotencias» surgidas del pasado cataclismo, los Estados Unidos y la U. R. S. S., ambos con su consabido séquito, ¿cuál será, en definitiva, el cuadro político colombiano en los dos años preñados de peligros y posibilidades que se abren ante el país? Para un observador europeo de la realidad americana surge inmediatamente una quiebra del sistema, que pasa generalmente inadvertida para los mismos americanos. Con análoga prisa a que antes se acudió para vencer la balanza de un determinado lado, se intenta ahora cambiar el fiel de la misma. Pero ese desaforado y no siempre meditado anticomunismo que hoy preside la política toda de las Repúblicas americanas es más bien un remedio heroico ante un peligro inmediato que la solución definitiva de un problema que por mucho que nos esforcemos no podemos borrar definitivamente de nuestro contorno histórico.

El circunscribirse a este anticomunismo «made in Washington» encierra una larga serie de peligros que quizá algún día traigamos a colación. Ciñéndonos a lo que ha sido objeto de comentario, baste señalar las muchas armas que en tal caso se ceden a quien las quiera esgrimir, y desde luego habrá un candidato que las esgrima: el nacionalismo económico, la realidad innegable de sangres diversas con todo el trasfondo que tal hecho representa, las desigualdades sociales y económicas, el agreste sentido de la independencia y de la soberanía nacional...

CRISIS DEL PANAMERICANISMO EN LA IX CONFERENCIA INTERAMERICANA

POR

JULIO YCAZA TIGERINO

Con la IX Conferencia Interamericana celebrada en Bogotá, el Panamericanismo ha entrado en una nueva fase, al tomar un giro completamente distinto del que le habían impreso los Estados Unidos en las Conferencias anteriores, a partir de la reunión de cancilleres de la Habana en 1940. No es que pueda afirmarse que el Panamericanismo haya vuelto a sus cauces económico-culturales de antes de la guerra, ciñéndose de nuevo a las bases sentadas en la Conferencia de la Habana de 1928. El carácter político que el Panamericanismo adquirió durante la guerra subsiste y se afirma en la Organización de los Estados Americanos creada en Bogotá. Pero esta Organización no se ha convertido en un instrumento político al servicio de los intereses de Estados Unidos, como parecía que tendría que suceder, siguiendo el proceso panamericano iniciado en las Conferencias de México y Río de Janeiro, en las que comenzó a estructurarse un peligroso superestado continental, cuyos resortes esenciales, al quedar en manos del Gobierno de Washington, se convertían en instrumento imperialista para liquidar todo asomo de independencia y de soberanía políticas de nuestras naciones hispanoamericanas.

En Bogotá, este proceso de absorción política no sólo ha sido detenido, sino que, en cierta manera, ha sido encauzado dentro de normas básicas de Derecho Internacional, que aseguran a Hispa-

noamérica, al menos jurídicamente, los derechos fundamentales de su soberanía.

Por otra parte, mientras a México y Río de Janeiro los representantes hispanoamericanos fueron como humildes y torpes servidores de la política de Estados Unidos a firmar, sin discusión, los pactos preparados en el Departamento de Estado de Washington, en Bogotá demostraron una mayor conciencia de su personalidad para discutir con el coloso del Norte y para enmendarle sus proyectos.

De tres grados son, pues, los éxitos obtenidos por Hispanoamérica en Bogotá.

1.° Derrota de los proyectos norteamericanos para convertir definitivamente el Panamericanismo en un Organismo político al servicio de sus intereses exclusivos, mediante el control económico y militar del Continente.

2.° Reafirmación de los principios de Derecho Internacional que garantizan jurídicamente la soberanía hispanoamericana.

3.° Reconocimiento de la existencia de una unidad política hispanoamericana de intereses comunes, distintos y aun opuestos a los intereses de los Estados Unidos, y del derecho de Hispanoamérica para hacer prevalecer en la Asamblea Panamericana, en una u otra forma, su criterio mayoritario en estos asuntos.

Derrota de los proyectos norteamericanos.

La política de los Estados Unidos después de la derrota de Alemania y el Japón ha tendido, naturalmente, a prepararse para la posible guerra contra Rusia, el otro imperialismo que surge con capacidad para disputarle la hegemonía mundial. Durante la guerra pasada, los Estados Unidos se encontraron con serias dificultades para arrastrar tras de sí a todas las naciones hispanoamericanas. La Organización Panamericana no constituía un sistema político que les asegurara la unificación política, militar y económica del Continente bajo su poderío hegemónico. Existía la posibilidad de que, aprovechando las difíciles circunstancias de la guerra, algunas naciones hispanoamericanas intentaran romper la unidad continental e incluso colocarse inteligentemente, en un momento dado, del lado de los enemigos del poderío yanqui.

El proceso panamericano durante la guerra tendió, pues, como analicé en un artículo anterior (1), a transformar rápidamente el

(1) Véase «La verdadera emancipación de América Hispana», por Julio Ycaza Tigerino, *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 2.

Panamericanismo en un sistema político. Aunque en forma imperfecta, esto se logró en la Conferencia de Río de Janeiro de 1942 y en la de México de 1945 con la famosa Acta de Chapultepec.

Terminada la guerra, los Estados Unidos han acelerado este proceso de consolidación del Panamericanismo político, en previsión de la futura lucha armada con Rusia. En la Conferencia de Río de Janeiro de agosto de 1947 dieron un paso más en este sentido con el Tratado de Petrópolis, que compromete a las naciones hispanoamericanas a defender los intereses de Estados Unidos, aun cuando tales intereses estén fuera del Continente, es decir, no ya sólo en caso de una agresión contra el Continente americano, sino aun cuando se trate de un conflicto extracontinental en que se encuentren comprometidos los Estados Unidos.

Sin embargo, este compromiso jurídico no tiene, lo saben muy bien los señores de Washington, un valor real y efectivo, mientras no esté en sus manos el poder hacerlo cumplir en un momento dado. Necesitaban, pues, los Estados Unidos la unificación militar del Continente, unificación de los ejércitos y de los armamentos. Era éste uno de sus principales objetivos en la Conferencia de Bogotá. Las naciones hispanoamericanas hicieron fracasar este proyecto. Encabezadas por Argentina, se opusieron a que el Comité de Defensa que se iba a crear tuviera otras atribuciones que las meramente consultivas. Fué así que por el artículo 44 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos se creó el Comité Consultivo de Defensa.

> «Artículo 44.—Se establece un Comité Consultivo de Defensa para asesorar al Organo de Consulta (la Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores) en los problemas de colaboración militar que puedan suscitarse con motivo de la aplicación de los tratados especiales existentes en materia de seguridad colectiva.»

Además, este Comité Consultivo de Defensa no tendrá carácter permanente. «Será convocado en los mismos términos que el Organo de Consulta, cuando éste haya de tratar asuntos relacionados con la defensa contra la agresión» (art. 46), y estará integrado «con las más altas autoridades militares de los Estados Americanos que participen en la Reunión de Consulta» (art. 47).

Ahora bien, la Reunión de Consulta se reunirá necesariamente «en caso de ataque armado dentro del territorio de un Estado Americano o dentro de la región de seguridad que delimiten los tratados vigentes» (art. 43), o a petición de cualquier Estado miembro

ante el Consejo de la Organización, «el cual decidirá, por mayoría absoluta de votos, si es procedente la reunión» (art. 45).

El Comité de Defensa militar ha quedado, pues, reducido a un Comité Consultivo, que se reunirá en casos extremos y siempre sujeto a la Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores.

Los Estados Unidos no consiguieron en Bogotá la unificación militar del Continente para la guerra contra Rusia. No obtuvieron las garantías necesarias que buscaban para poder decidir *por sí solos* el *cuándo*, el *cómo* y el *porqué* de la guerra. Hispanoamérica ha prestado, con su actitud inteligente, un servicio a la paz del mundo. La guerra puede venir, si es necesaria. Pero los Estados Unidos no tendrán carta blanca para provocarla innecesariamente con el fin de servir a los intereses de su imperialismo plutocráfico en su lucha por la hegemonía mundial.

¿Y la unificación política contra Rusia? Era este otro objetivo fundamental de la política de Marshall en Bogotá. Tampoco fué conseguido plenamente, a pesar de que en los sangrientos sucesos ocurridos durante la Conferencia, con motivo del asesinato de Gaitán, los comunistas tomaron parte torpemente, fortaleciendo así la postura anticomunista de la Asamblea.

El anticomunismo de Bogotá se resolvió en una declaración lírica que, bajo el título de «Preservación y defensa de la Democracia en América», envuelve algo más que una condenación de los métodos del comunismo ruso. De la letra de sus «resoluciones» se desprende también una condenación de los métodos imperialistas usados por otras naciones y de los que Hispanoamérica tiene una larga experiencia histórica. Los términos de esta *declaración* coinciden en su significado con las declaraciones del ministro Bramuglia, quien expresó que Argentina condenaba tanto el imperialismo comunista como el imperialismo capitalista. Esos términos son demasiado generales para que se entiendan sólo como una condenación del comunismo:

CONDENAN:

«En nombre del Derecho de gentes, la injerencia en la vida pública de las naciones del Continente americano de cualquier potencia extranjera o de cualquier organización política que sirva los intereses de una potencia extranjera; y

RESUELVEN:

3.° Adoptar, dentro de sus territorios respectivos, y de acuerdo con los preceptos constitucionales de cada Estado, las medidas necesarias para desarraigar e impedir actividades dirigidas, asistidas

o instigadas por gobiernos, organizaciones o individuos extranjeros, que tiendan a subvertir, por la violencia, las instituciones de dichas Repúblicas, a fomentar el desorden en su vida política interna o perturbar por presión, propaganda subversiva, amenazas o en cualquier otra forma, el derecho libre y soberano de sus pueblos a gobernarse por sí mismos de acuerdo con las aspiraciones democráticas».

En el aspecto económico tampoco han conseguido los Estados Unidos sus objetivos. Fué en el campo económico precisamente donde surgieron las diferencias fundamentales que provocaron la actitud firme y decidida de los países hispanoamericanos frente a los planes políticos y militares del gobierno de Washington. Es doloroso, pero necesario, confesar que la mayoría de las naciones hispanoamericanas, o, mejor dicho, de sus representantes oficiales, estaban dispuestos a someterse a aquellos planes con la sola condición de obtener la ayuda económica que esperaban del gran país capitalista. Ningún sentido idealista ni de responsabilidad histórica los guió en su actitud providencialmente patriótica y nacionalista. Esta actitud fué más que nada el resultado del descontento y de la irritación por la negativa de los Estados Unidos a volcar el cuerno de abundancia de dólares sobre las exhaustas economías de sus países a semejanza de lo que están haciendo con Europa.

Aunque en la Resolución LI del Acta de Chapultepec (Carta Económica de las Américas) se establecieron principios, como la reducción de derechos aduaneros y la supresión de toda traba al libre intercambio de productos, que atentan directamente contra la economía hispanoamericana y su naciente industria, sin embargo, tales principios no aparecen en el Convenio Económico suscrito en Bogotá. Este Convenio no es otra cosa que una suma de recomendaciones y principios generales que se remite en los casos concretos a los convenios bilaterales que puedan celebrarse entre las naciones americanas.

En realidad, en Bogotá no se llegó a un acuerdo económico. Los Estados Unidos auspiciaban la inversión de capitales privados norteamericanos en Hispanoamérica mediante ciertas garantías. Las naciones hispanoamericanas rechazaron tal idea, que significaba un retorno a la vieja política del dólar. Lo que ellas deseaban era préstamos estatales en dólares y maquinaria para rehacer sus economías y fomentar su naciente industrialización. En resumen, los hispanoamericanos deseaban un Plan Marshall para Hispanoamérica. Para las ambiciones hispanoamericanas, los 500 millones de

dólares en créditos, que Truman se apresuró a ofrecer en medio de la Conferencia, eran apenas una gota de agua, y la oferta hecha pública por Marshall en una sesión plenaria de la Asamblea fué recibida en medio del más cerrado y desdeñoso de los silencios.

La cuestión económica quedó prácticamente aplazada para ser tratada en una Conferencia especial que se reunirá próximamente en Buenos Aires.

Reafirmación de los principios que garantizan la soberanía hispanoamericana.

Una de las luchas más difíciles y tenaces de los países hispanoamericanos en sus relaciones con Estados Unidos a través de las Conferencias Panamericanas, ha sido la sostenida en defensa del principio de no intervención.

Los Estados Unidos de hecho nunca respetaron este principio, sino que, por el contrario, hicieron de la violación del mismo práctica corriente de su política en América. La Historia de nuestros países hispanoamericanos está llena de sus intervenciones militares, económicas y políticas. Desde la época de los despojos de Texas y California, pasando por el escarnio de la Enmienda Platt en Cuba, el escandaloso atraco de Panamá y los desembarcos armados en Santo Domingo y Nicaragua, hasta las más recientes intervenciones del derrocamiento del Presidente panameño Arnulfo Arias en 1941 y de toda la política «bradenista» en la Argentina contra el régimen de Farrel y de Perón, los EE. UU. han violado una y otra vez el principio de no intervención que las naciones hispanoamericanas, una y otra vez, mantuvieron en los Tratados interamericanos, a pesar de los reiterados intentos yanquis para invalidarlo jurídicamente haciéndolo desaparecer incluso de la propia letra muerta del Derecho Interamericano.

En la Conferencia de la Habana de 1928 el representante de los Estados Unidos, Charles Evans Hughes, sostuvo el derecho de intervención disfrazándolo con el nombre de *una interposición de carácter temporal,* siendo derrotado el proyecto elaborado en la Asamblea de la Comisión Internacional de Jurisconsultos de Río de Janeiro de 1927, en que se dejaba sentado con claridad el principio de no intervención.

Todavía en la Conferencia de Montevideo de 1933, aunque las naciones hispanoamericanas sentaron este principio definitivamente, no se pudo obtener de los Estados Unidos sino una aceptación

temporal y personal del Presidente Roosevelt. La aceptación que hizo Cordell Hull implicaba una reserva para el futuro: «Estoy cierto al decir que con nuestro apoyo al principio de no intervención que ha sido propuesto, *ningún Gobierno necesita abrigar temores de una intervención por parte de los Estados Unidos durante el gobierno del Presidente Roosevelt*».

En la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz de Buenos Aires en 1936, se aprobó ya, y se ratificó luego sin reservas por todos los países, el protocolo de «no intervención», principio que ha sido reiterado en Lima (1938), Panamá (1939), la Habana (1940), Río de Janeiro (1942) y Chapultepec (1945). Pero en noviembre de ese mismo año de 1945, aparece un nuevo intento de invalidar el principio de no intervención, coincidente con la política «bradenista» de intervención en la Argentina. La promesa de Hull en 1933 no había sido cumplida desde luego. Roosevelt había intervenido en Panamá en 1941 para derrocar a Arnulfo Arias e intervenía abiertamente en la Argentina en contra de Perón. Esta vez el intento viene a través de una nación hispanoamericana. El gobierno uruguayo servía incondicionalmente a esa política «bradenista» y el Canciller Dr. Rodríguez Larreta aparece auspiciando en una famosa nota, enviada a todos los Gobiernos de América, el principio de *intervención*, disfrazado ahora democráticamente con el nombre de «intervención multilateral».

Los gobiernos hispanoamericanos casi unánimemente rechazaron la propuesta uruguaya. Sin embargo, en el Tratado de Petrópolis, de agosto de 1947, no se hace mención expresa del principio de no intervención como se había hecho en todos los tratados interamericanos anteriores. Apenas si hay en el preámbulo una adhesión «a los principios de solidaridad y de cooperación interamericanas y especialmente a los establecidos en el preámbulo y en las declaraciones del Acta de Chapultepec». Como en el Acta de Chapultepec está incluído el principio de no intervención, podría entenderse aquí una adhesión a él por referencia, aunque la fórmula usada refiere la adhesión específicamente *a los principios de solidaridad y de cooperación* entre los cuales estrictamente no cabe incluir el principio de no intervención.

Por esto debe considerarse como una conquista importante y definitiva en el orden jurídico y político, la incorporación en la Carta de la Organización de los Estados americanos aprobada en Bogotá, de este principio de no intervención, que en diversas formas y reiteradamente aparece en el articulado de la Carta.

En el Capítulo III sobre *Derechos y deberes fundamentales de*

los Estados, los artículos 6, 7, 8 y 9 involucran este principio que se encuentra enunciado directamente en el artículo 15.

> «Artículo 15.—Ningún Estado o grupo de Estados tiene derecho de intervenir, directa o indirectamente, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro. El principio anterior excluye no solamente la fuerza armada, sino también cualquier otra forma de injerencia o de tendencia atentatoria de la personalidad del Estado, de los elementos políticos, económicos y culturales que lo constituyen.»

El artículo 17 se pronuncia categóricamente contra todo tipo de ocupación militar:

> «Artículo 17.—El territorio de un Estado es inviolable; no puede ser objeto de ocupación militar ni de otras medidas de fuerza tomadas por otro Estado, directa o indirectamente, cualquiera que fuere el motivo, aun de manera temporal. No se reconocerán las adquisiciones territoriales o las ventajas especiales que se obtengan por la fuerza o por cualquier otro medio de coacción.»

Este principio de no intervención se ha completado y perfeccionado con la condenación de la llamada «agresión económica», propuesta cubana que ha sido incorporada en el artículo 16 de la Carta y en el artículo 8.° del Convenio económico, y a la cual me referiré más adelante.

Otra forma de intervención ha sido la de coacción exterior con el no reconocimiento de un Gobierno y el retiro de las representaciones diplomáticas. Sobre el reconocimiento de Gobiernos de facto no se pronunció la Conferencia, resolviendo encomendar al Consejo Interamericano de Jurisconsultos la elaboración de un proyecto y de un informe sobre el asunto en cuestión para que sea estudiado por la X Conferencia Interamericana. Sin embargo, la doctrina de no intervención en relación con el reconocimiento de los Gobiernos quedó aclarada en la Declaración aprobada sobre «Ejercicio del derecho de Legación». Esta Declaración dice en el número 2.°:

> «2.°—Que el derecho de mantener, suspender a reanudar relaciones diplomáticas con otro Gobierno no podrá ejercerse como instrumento para obtener individualmente ventajas injustificadas conforme al Derecho Internacional».

En el problema de las relaciones diplomáticas con gobiernos surgidos de revoluciones y golpes de Estado ha prevalecido la tesis mexicana sintetizada en el n.° 3 de la Declaración mencionada».

> «3.°—Que el establecimiento o mantenimiento de relaciones diplomáticas con un Gobierno no envuelve juicio acerca de la política interna de ese Gobierno».

¿Reforma del tratado de Petrópolis?

El artículo 6.° del Tratado de Petrópolis dispone que en caso de que «la inviolabilidad o integridad del territorio o soberanía o independencia política de cualquier Estado americano se viera afectada por la agresión que no sea ataque armado o por conflicto intercontinental o extracontinental, o por cualquier otro hecho o situación que ponga en peligro la paz de América, el órgano consultivo deberá reunirse inmediatamente, a fin de acordar las medidas que deben adoptarse para la defensa común y para el mantenimiento de la paz y seguridad del Continente».

Ahora bien, la Carta de la Organización de los Estados Americanos aprobada en Bogotá dice taxativamente los casos en que se convocará la Reunión de Consulta, y que son dos: *1)* A petición de cualquier Estado Miembro ante el Consejo de la Organización, «el cual decidirá por mayoría absoluta de votos si es procedente la reunión» (art. 40). *2)* Obligatoriamente por simple convocatoria que deberá hacer el Presidente del Consejo de la Organización, en caso «de ataque armado dentro del territorio de un Estado americano o dentro de la región de seguridad que delimitan los tratados vigentes» (art. 43). (Esta región de seguridad es la establecida alrededor del Continente americano por el artículo 4.° del Tratado de Petrópolis.)

Este artículo 43 de la Carta de Bogotá implica, pues, una reforma al artículo 6.° del Tratado de Petrópolis, pues la *obligatoriedad* de la convocatoria de la Reunión de Consulta se ha constreñido al caso «de ataque armado dentro de un Estado americano o dentro de la región de seguridad», y no se extiende a los casos «de agresión que no sea ataque armado o conflicto intercontinental o *extracontinental,* o por cualquier otro hecho o situación que ponga en peligro la paz de América», según el artículo 6.° citado del Tratado de Petrópolis. En estos casos el procedimiento a seguir para obtener la convocatoria de la Reunión de Consulta será el señalado en el artículo 40, o sea a petición de cualquier Estado Miembro «al Consejo

de la Organización, el cual decidirá por mayoría absoluta de votos si es procedente la reunión».

La importancia de esta reforma que apuntamos, si es que se acepta o interpreta como tal la letra de la Carta de Bogotá, salta a la vista claramente, pues quiere decir que se ha variado esencialmente el criterio sobre el conflicto *extracontinental* que, según el Tratado de Petrópolis, obligaba a las naciones todas a intervenir en una u otra forma. Ahora éstas, de acuerdo con la Carta de Bogotá, pueden decidir que ni siquiera se reúna el Organo de Consulta.

Reconocimiento de una unidad política hispanoamericana de intereses comunes.

Acaso lo más trascendental de la Conferencia de Bogotá ha sido que por primera vez en la Historia se ha perfilado con claridad en lucha política concreta la disparidad de intereses entre la parte anglosajona del Continente y la parte hispana, imponiéndose ésta como una unidad, más o menos consciente pero definida, frente a la otra. Por primera vez los Estados Unidos han tenido que aceptar y afrontar la realidad de un bloque de naciones hispanoamericanas, y por primera vez éstas han tomado conciencia de que su posibilidad histórica real reside en esta unión que las fortalece para dialogar en pie de igualdad con el poderoso vecino del Norte, que siempre encontró en la división nacional de Hispanoamérica la fuente de debilidad política necesaria para imponer su hegemonía sobre ella.

Sin entrar a estudiar las causas y consecuencias de este hecho político trascendental en la Historia, veamos sus proyecciones concretas en la IX Conferencia Interamericana.

En primer lugar, nos encontramos que en el artículo 3.° de la «Carta de la Organización de los Estados americanos» se ha incorporado un reconocimiento expreso de esa tendencia hispanoamericana hacia la unidad política.

Dice el artículo 3.°:

> «Artículo 3.°—En la Organización tendrá su lugar toda nueva entidad política que nazca de la unión de varios de sus Estados Miembros y que, como tal, ratifique esta Carta. El ingreso de la nueva entidad política en la Organización producirá para cada uno de los Estados que lo

constituyan, la pérdida de la calidad de Miembro de la misma.»

Por razones obvias la política de los Estados Unidos ha sido siempre opuesta a la formación de bloques regionales en Hispanoamérica, y la inclusión en la «Carta de la Organización de Estados americanos» del reconocimiento jurídico de estos posibles bloques, supone un plegarse de la política de Washington a un proceso de unidad hispanoamericana que puede alargarse y retardarse, pero cuyos primeros movimientos históricos, la Unión de Centroamérica y la Federación de la Gran Colombia, existen ya con proyectos concretos y con posibilidades reales.

Otra proyección concreta de este nuevo sentido de unidad hispanoamericana en la Conferencia de Bogotá ha sido el asunto de las Colonias europeas en América. Los Estados Unidos eran opuestos a que tal asunto se discutiera en Bogotá y así lo declararon expresamente por boca de su Secretario de Estado, General Marshall. Pero las demandas de la Argentina y de Guatemala fueron planteadas en la Conferencia, porque existía en Hispanoamérica la conciencia de una completa solidaridad con tales demandas.

Que en Bogotá no se haya llegado a una solución del problema no significa sino que las naciones hispanoamericanas no están en capacidad de forzar a los Estados Unidos a adoptar determinadas actitudes frente a Inglaterra. Tampoco era de esperar que en Bogotá hiciera crisis el asunto dada la situación actual del mundo. En todo caso Hispanoamérica consiguió un triunfo político al obtener una Declaración expresa sobre «que se ponga término al coloniaje y a la ocupación de territorios americanos por países extracontinentales», y con la creación de la «Comisión Americana de Territorios Dependientes». En esta forma el problema nacional de cada país en relación con sus territorios ocupados por potencias europeas se ha convertido en problema general que afecta y obliga a toda América.

Pero lo más importante es el hecho político de que este triunfo fué un triunfo de la solidaridad hispanoamericana frente al interés opuesto de los Estados Unidos, y es en su ejercicio real y práctico que esta solidaridad se pone a prueba, afianzándose así sus lazos históricos y logrando la madurez necesaria para las futuras empresas difíciles y definitivas.

Finalmente, cabe señalar como el más importante triunfo en Bogotá de las naciones hispanoamericanas, unidas en un frente de comunidad de intereses, la incorporación de la Doctrina Grau so-

bre la «agresión económica» al Derecho Interamericano. Y es, sin duda, el más importante por sus repercusiones reales en la vida de nuestras naciones y por sus alcances jurídicos trascendentales en el avance y perfeccionamiento del Derecho Internacional.

Para entender el enorme alcance y significado que tiene la incorporación de este postulado al Derecho Internacional americano, basta con recorrer, uno por uno, la historia de los países hispanoamericanos hasta los días más recientes. No hay, prácticamente, ningún país hispanoamericano que, en una u otra forma, no haya sido víctima de esta agresión económica, desde los tiempos del «imperialismo del dólar» hasta los llamados de la «buena vecindad». Tal vez el caso más típico sea el de Cuba (y por eso de allí ha venido la propuesta), cuyos convenios comerciales con Estados Unidos convierten a este país en el único comprador del azúcar cubano, situación ésta muy peligrosa para Cuba, cuya economía depende de manera primordial de la producción azucarera que representa casi el total de su exportación. Pues aunque de esta manera la pequeña nación antillana tiene, por decirlo así, garantizada la venta de su azúcar, por otro lado existe de hecho un control económico por parte de un país extraño que es también de hecho un control político.

Esta es la verdadera importancia de la Doctrina Grau para nuestras naciones, aunque su planteamiento político se haya hecho más bien con vistas a las posibles *agresiones* fruto del creciente control del Estado sobre la actividad económica, que lo convierte en el más poderoso supercapitalista que puede utilizar este poder para sus fines políticos. Este planteamiento es cierto, pero incompleto. La Doctrina Grau ha nacido, indudablemente, como fruto de una experiencia histórica para combatir males endémicos conocidos, no como intuición para prevenir futuros peligros, aunque tales peligros existen como reagravantes de aquellos males.

En la Conferencia de Río de Janeiro de agosto de 1947 la Delegación cubana planteó el problema de la «agresión económica», pero ni siquiera fué discutido. Ha sido hasta ahora en Bogotá que, como un fruto efectivo de la naciente solidaridad política hispanoamericana, se ha incorporado esta importante Doctrina en la Carta de la Organización de los Estados americanos, que en su artículo 16 dice:

> «Artículo 16.—Ningún Estado podrá aplicar o estimular medidas coercitivas de carácter económico y político para forzar la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza.»

El mismo principio se repite textualmente en el artículo 8 del Convenio Económico de Bogotá.

Esta doctrina introduce un nuevo elemento en el concepto de «agresión» corriente en el Derecho Internacional y en el Derecho Interamericano, aunque tal concepto no ha sido fijado con claridad. El propio Tratado de Petrópolis, en su artículo 8.°, se contenta con señalar dos casos específicos de agresión, pero dejando al Organo de Consulta (Reunión de los Ministros de Relaciones Exteriores) la facultad de calificar otros actos como «agresión».

Mucho más difícil es determinar el concepto de «agresor». Esta determinación se ha dejado en cada caso al Estado agredido o a la Sociedad Internacional, como en la Carta de las Naciones Unidas, que da este derecho al Consejo de Seguridad, y en el Acta de Chapultepec que lo confiere a todos los países americanos por el procedimiento de consulta entre ellos.

Es indudable, sí, que nunca se había considerado dentro de la «agresión» la que ahora se entiende por «económica», según la Doctrina Grau. Lo específico de esta doctrina es la consideración de lo *económico* como *instrumento* o *forma* de la agresión, no como *motivo,* que tal es el caso de la Doctrina Drago que proscribe el empleo de la fuerza para el cobro de las obligaciones pecuniarias de las naciones, ni como *objeto de la agresión* que es siempre la independencia y soberanía del Estado.

Con la Doctrina Grau, como apunté más atrás, se viene a perfeccionar y a consolidar el principio de *no intervención* por el que las naciones hispanoamericanas han librado las más duras batallas diplomáticas y políticas. Tal principio, en realidad, aunque tuviera aplicación en su acepción anterior limitada al campo político y militar, sería prácticamente nugatorio en el mundo actual en que lo *económico* tiene un papel decisivo y preponderante en la vida internacional.

Y aunque la evolución histórica conduce inevitablemente a una interdependencia de los pueblos tal que la Soberanía y el concepto del Estado nacional, frutos de la destrucción de la Cristiandad medioeval, tienden a perder su significado real y a transformarse en beneficio de formas políticas más universales, mientras esas formas nuevas que pugnan por aparecer no encuentren el espíritu de solidaridad humana que les dé vida y las anime, el principio de no intervención seguirá siendo la base de la Justicia Internacional, de la defensa de las naciones débiles y de la paz entre los pueblos.

CRISIS DEL PANAMERICANISMO.

Es indiscutible que con la Conferencia de Bogotá el Panamericanismo ha entrado en crisis. Las naciones hispanoamericanas han demostrado poseer una madurez política que hace imposible la continuidad de un sistema en que ellas dependan, con dependencia casi absoluta, de los Estados Unidos. Las causas y motivos inmediatos en que descansa esta madurez política pueden no ser los más hondos y auténticos, los más sólidos y de más raigambre histórica. Pero éstos existen, están en la conciencia de los mejores elementos de las nuevas generaciones y pueden aflorar a la Historia sorpresivamente. Y esto será posible porque en Bogotá un gesto inesperado, mezcla de despecho interesado y de altivez hispánica, salvó los resortes políticos esenciales de nuestro inmediato futuro histórico.

DIALOGOS DEL ALMA CONSIGO MISMA

HISPANIDAD Y MODERNIDAD

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

II

ESPAÑA «RESTAURADA»

Desde 1808 a 1875, el alma de todos los españoles sensibles a la historia estuvo sometida a una violenta tensión trágica. El «problema de España» dejó de ser académico y erudito, como en el siglo XVIII había sido, y se hizo popular y vital, pleito de mano armada y sangre efundida. La polémica literaria (Feijoo, Forner, Moratín, Jovellanos) se trocó en guerra civil. Más aún: en guerra civil feroz, irresuelta y, en el fondo, irresoluble. No puede extrañar que los desórdenes de la Primera República, último episodio de nuestra agonía política ochocentista, extremasen la fatiga de las almas españolas y pusiesen en todas muy a flor de piel un ansia vehemente de paz, de reposo, de tibieza, aun cuando para ello hubiese que fingir o improvisar una general «concordia». Fruto de tal estado de ánimo fué la Restauración de Segunto; quiero decir, el evidente buen éxito nacional de la Restauración.

La Restauración de Sagunto trajo a los españoles no pocos bienes: paz interior, cierta alegría zarzuelera en la estimación de su vivir cotidiano, un considerable progreso material y científico. Pero—y esto había de ser, a la postre, el germen de su disolución—no

supo resolver con decisión y hondura el verdadero «problema de España». Sobre la tranquila sobrehaz de la España «restaurada» perdura la vieja polémica. No es ahora sangrienta; vuelve a ser, como en el siglo XVIII, literaria. Su modo de expresión, condicionado por lo que la situación histórica pide, no tendrá ya, sin embargo, el sereno—e ingenuo—empaque académico de las disputaciones dieciochescas, y será periodístico y parlamentario. Es, en suma, la hora de la famosa «polémica de la ciencia española», que, no por azar se inició en 1876, apenas resturada en Alfonso XII la monarquía.

Conviene descubrir en el suceso de esa polémica lo que ella verdaderamente significa. No fué un mero episodio de nuestra historia intelectual, y menos un incidente literario pintoresco o apasionante. Era, en su médula, el testimonio fehaciente de que el problema histórico de España continuaba por resolver. El pleito entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea, vigente, en una u otra forma, desde la segunda mitad del siglo XVII, seguía en pie, y en torno a él tomaron su personal actitud Azcárate, Menéndez Pelayo, Revilla, Salmerón, Perojo, Pidal y el P. Fonseca.

Trataré de reducir a sinopsis el contenido de esta resonante «polémica de la ciencia española». La imagen habitual de la disputa hállase compuesta por dos elementos: un protagonista, Menéndez Pelayo, defensor de España y del Catolicismo, y un grupo de antagonistas, negadores de éste y de aquélla, tundidos por el vapuleo polémico a que el recién llegado mozo les somete. Tal imagen es falsa o, cuando menos, incompleta. En el curso de la polémica se dibujó la existencia de tres grupos bien delimitados: 1.° El que formaron Azcárate, Revilla, Salmerón y Perojo. 2.° El integrado por Pidal y Mon y el P. Fonseca. 3.° El constituído por Gumersindo Laverde, precursor, y Menéndez Pelayo, cumplidor cabal. Cada uno de estos tres grupos es epónimo de otras tantas actitudes frente al problema de España, y en ello consiste su importancia para los hombres de hoy.

En el primero perviven las tesis progresistas. Poco importa que en unos adopten el abstruso indumento del krausismo (Salmerón), revistan en otros un cariz más positivista (Revilla) o sean en algunos un mediocre y tímido remedo del *Volksgeist* romántico y del pensamiento doctrinario (Azcárate). Bajo diverso rostro, todos confiesan una misma interpretación de la historia de España y aun de la historia en general: confían en el quiliasmo laico de la utopía progresista, niegan todo valor histórico a la empresa de la España austríaca—o le atribuyen un antivalor, una significación nociva—y

postulan la necesidad de recomenzar *a limine* nuestra historia. «Hay que empezar de nuevo», reza el lema común. Apenas es necesario advertir que es una determinada situación frente al Catolicismo—la cerrada, ibérica hostilidad anticatólica de casi todos los descreídos españoles—el motivo fundamental de cuantos integraron el flanco izquierdo de esta literaria polémica.

El segundo grupo—flanco derecho de la contienda—representaba la perduración de la actitud reaccionaria. No en vano habló Menéndez Pelayo de «la exageración innovadora» y «la exageración reaccionaria». Reaccionario fué, en efecto, Pidal y Mon, no obstante haberse alistado en la hueste canovista. Para él, como para el P. Fonseca, toda la historia de Europa posterior al siglo XIII fué un «error total»; y lo mucho que de laudable tuvo la España de Carlos V y Felipe II no habría consistido sólo en su ardiente y combativo Catolicismo, sino también en su fidelidad a la máxima creación humana del siglo XIII: el tomismo. El tradicionalista filosófico al modo de Lamennais no cree en la virtud de la razón humana; el reaccionario al modo del P. Fonseca y de Pidal cree que la razón y la libertad del hombre pueden engendrar obras valiosas, pero sólo cuando esa razón sea la de Santo Tomás o la siga servilmente; y así sucede que hasta el mismo Suárez, escolástico disidente del tomismo estricto, viene a parar en sospechoso o en preterido. «Hay que volver», dice la consigna de los reaccionarios, frente al radical «hay que empezar» de los innovadores.

Por honda que sea nuestra comunidad religiosa con los reaccionarios de la polémica, por grave que deba ser nuestro apartamiento de los progresistas, la mirada del español actual—la mía, por lo menos—descubre entre los dos contrapuestos equipos no pocas coincidencias: su mediocridad intelectual, su común incomprensión de lo que en verdad fué y quiso ser la España del siglo XVI, su total carencia de sentido histórico, su triste moral de impotencia, en tanto españoles. El progresista español del siglo XIX apenas admite la capacidad creadora de España dentro del mundo moderno, y se refugia en la copia servil de lo extraño. Ni siquiera tenían nuestros «avanzados» aquella confianza en la imitación con que los japoneses de entonces se lanzaron a la conquista de la técnica europea. El reaccionario, por su parte, no cree compatible su fe religiosa con el mundo moderno, y se guarece en una añoranza más o menos retórica de la Edad Media. Si uno y otro viajan en ferrocarril o hablan por teléfono—es decir, si utilizan la técnica «moderna»—el progresista español lo hace como lacayo y el reaccionario como intruso.

Menéndez Pelayo, tercero en discordia—y, en el fondo, primero

en concordia—, inaugura una manera nueva de plantear y resolver el problema de España. Comienza por afirmar con rotunda decisión la índole renacentista, «moderna», de la cultura española del siglo XVI. Los grandes españoles—Vives, Fox Morcillo, Soto, Vitoria, Suárez—fueron a la vez católicos y modernos, afirma el Menéndez Pelayo polemista; tal habría sido su peculiaridad histórica y su gloria. Pero frente a ellos se levantó el error de la Europa posterior al Renacimiento, y ésta fué la que al fin prevaleció sobre nosotros. De ahí que el Menéndez Pelayo de la polémica, reaccionario, aunque no de la Edad Media, proclame también un «hay que volver». El término de este programático retorno sería nuestro siglo XVI: el pensamiento de Vives, la síntesis aristotélico-platónica de Fox Morcillo, la teología tridentina de Soto, la jurisprudencia de Vitoria.

No paró aquí, sin embargo, la mente de Menéndez Pelayo. La elaboración de la *Historia de las ideas estéticas* le obligó a revisar muchos de sus juicios acerca de la cultura europea posterior al siglo XVII. Basta leer sus reflexiones acerca de Kant, Schelling y Hegel, para advertir la enorme anchura ganada por el horizonte histórico e intelectual de don Marcelino al pasar desde su juventud polémica a su serena y victoriosa madurez. Cuando mozo, la historia del espíritu humano se acababa para él en el siglo XVII; más acá todo sería confusión y extravío. En su madurez, en cambio, *tutte le etá gli sembravano igualmente degne di studio*, como de él dijo Farinelli en su elogio funeral. En todo esfuerzo intelectual y estético de algún calado veía algo positivo, y junto a toda sombra advertía puntos o sábanas de orientadora luz. ¿Debe admirar que quien así ha dilatado el ámbito de su visión sienta agitada su alma de católico por no pocos problemas inexistentes en el siglo XVI, y conmovido su corazón de español por una esperanza distinta del puro recuerdo?

Tan pronto como llegó a su madurez—tan temprana en él—, cambió Menéndez Pelayo aquel candoroso e imposible «hay que volver» de la juventud por un «hay que proseguir». También en su tiempo sería posible hacer algo «sustantivo y humano». Si los grandes españoles del siglo XVI habían catolizado el Renacimiento, ¿no cabría hacer otro tanto con lo que de salvable hubiera en la cultura secularizada de los siglos XVII, XVIII y XIX? ¿No era esto, acaso, lo que él pensaba en 1884, cuando en un delicioso discurso político proponía a sus futuros electores la empresa de edificar un «hegelianismo cristiano»? Si nos atuviésemos a la letra del propósito, hoy lo habríamos de considerar excesivamente ingenuo. No es la letra, sin embargo, lo que de él vale, sino el sentido.

Tres eran los elementos principales del que latía en el definitivo

programa intelectual de Menéndez Pelayo: 1.° Un conocimiento profundo de nuestra propia historia y, por lo tanto, de la historia universal del pensamiento. 2.° Una firme voluntad de incorporar al pensamiento propio todo lo bueno y valioso que en lo nuevo y ajeno vaya descubriendo nuestra personal experiencia. 3.° La despierta y activa ambición de una obra intelectual nueva, original y cristianamente oportuna. «El ánimo se ensancha y augura mejores días—escribió una vez, antes de que le invadiese el pesimismo de sus últimos años—, y hasta sueña con ver en plazo no remoto levantarse en este erial en que vivimos algo que se parezca a un pensamiento propio y castizo, no porque servilmente vaya a calcar formas que ya fenecieron, sino porque, adquiriendo plena conciencia de sí mismo, conciencia que sólo puede dar el estudio de la historia..., empiece a realizar de un modo consciente y racional las evoluciones que desde hace más de un siglo viene realizando con temeraria y ciega inconstancia».

Observemos cómo el proyecto de don Marcelino frente al irresuelto «problema de España» descansa sobre una esperanza distinta a la vez de la utopía progresista (el quiliástico «estado final» de todos los evolucionismos históricos: el de Hegel, el de Augusto Comte, el de Marx, el de Spencer) y de la utopía integrista (el futurible de un mundo ulterior a una hipotética victoria total de Felipe II). *La esperanza de don Marcelino consistía en la posibilidad de hacer en España algo verdaderamente «sustantivo y humano» apoyando la acción creadora en tres supuestos: la capacidad inexhausta del hombre español (o, como entonces se decía, la «energía de la raza»), la realidad de nuestra historia, entendida sin mixtificaciones progresistas o reaccionarias, y la situación histórica del espíritu humano en el último cuarto del siglo XIX.*

La radical esterilidad de la contienda íntima que había sido nuestro siglo XIX contribuyó a determinar, sin duda, esta «tercera posición» iniciada por Menéndez Pelayo. La paz interior que trajo a España la Restauración de Sagunto hizo luego posible que esa «tercera posición» diese *socialmente* algunos frutos estimables. Demuéstralo así el hecho de que don Marcelino no se hallase solo. Junto a él estuvieron sus coetáneos Ramón y Cajal, Hinojosa, Julián Ribera, Olóriz, Ferrán, García de Galdeano; es decir, los hombres de quienes procede—por creación personal o por suscitación de discípulos—lo mejor de la ciencia española durante los cincuenta y cinco años de la Restauración. Cada uno de esos adelantados tuvo, claro está, sus diferencias individuales, y no todos profesaron el profundo catolicismo de Menéndez Pelayo; pero ninguno dejó

de confesar en el fondo de su alma la esperanza española antes apuntada. Basta, por lo que a Cajal toca, releer el discurso que sobre el quijotismo pronunció en 1905, cuando el tercer centenario de nuestro máximo libro.

Todos ellos querían más o menos expresa y deliberadamente salir para siempre de la polémica estéril y sangrienta que había sido nuestro siglo XIX. Pero así como Cánovas y Sagasta buscaron la receta en un endeble artificio político, unos cuantos hombres jóvenes de 1880 la vieron en el trabajo personal y creador. Por primera vez llegó a existir en la España ochocentista una investigación científica seria y eficaz. Un doble imperativo—«estar al día», hacer algo en verdad «sustantivo y humano»—se adueña de no pocos espíritus a esa hora decisiva en que el hombre descubre su persona y su vocación. Son los años heroicos en que Menéndez Pelayo compone febrilmente los *Heterodoxos*, se embriaga de imágenes histológicas nuevas el ojo de Cajal, aprende Ribera con empeño concentrado la técnica de la tipografía árabe, cultiva vibriones coléricos Ferrán, bucea Hinojosa en las fuentes de nuestro Derecho y estudia García de Galdeano la matemática europea del siglo XIX (1).

El «problema de España», la colisión agónica entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea, había sido al fin rectamente planteada en el espíritu de no pocos españoles. ¿Por qué no llegó a ser definitivamente resuelto en los años de la Restauración y la Regencia? Repetiré lo antes dicho: la calma política que dió a España la Restauración de Sagunto permitió que algunos hicieran individualmente efectiva aquella inédita esperanza de una patria creadora y fiel a sí misma; pero el Estado nacido de la Constitución de 1876 no supo convertir en programa nacional la vía abierta por el esfuerzo y el ensueño de Menéndez Pelayo, Cajal y sus coetáneos. No hubo «buen sennor» para aquellos buenos vasallos, y así fueron llegando los sucesos que jalonan la disolución de la Monarquía restaurada: el desastre de 1898, la rápida descomposión de los partidos políticos institucionales, la «Semana trágica», el auge del republicanismo y del socialismo. Maura, el político derechista de esa generación, fracasó en su generoso empeño de liberalizar la derecha española y hacer una «revolución desde arriba»: el 21 de octubre de 1909 murió políticamente un hombre en quien había sido posible el triunfo definitivo de la «tercera posición». Canalejas, el político izquierdista de aquella situación de España, fracasó en su gran empresa de nacionalizar la izquierda española: su asesinato no fué

(1) Doña Emilia Pardo Bazán, «Clarín», Palacio Valdés y el P. Coloma son los literatos de esta generación; Maura y Canalejas, sus políticos.

sino el sangriento testimonio de su fracaso. La verdad es que ambos fracasos políticos, el de Maura y el de Canalejas, tenían una misma raíz, la incapacidad de la política finisecular para resolver—o para empezar a resolver, cuando menos—el permanente «problema de España». Un curioso y delicado acontecimiento literario va a demostrarlo en el último lustro del siglo XIX: la aparición de la que luego será llamada «generación del 98». Pero de todo esto será bueno tratar otro día.

ARTE Y POETICA



El poeta da nombre a los dioses y lo da a todas las cosas nombrándolas en lo que ellas son. Este nombrar no consiste simplemente en proveer de nombre a algo ya de antemano conocido, sino que, al decir el poeta en palabras el vocablo esencial, *mediante tal nombramiento se nombra, por vez primera, al* ente *para lo que* es, *y de este modo se le reconoce como* ente. *Poesía es, pues, fundación del ser por la palabra.*

M. HEIDEGGER *(Hölderling und das Wesen der Dichtung).*

LA PINTURA CONTEMPORANEA EN ESPAÑA [1]

POR

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

La consideración de la pintura contemporánea española a partir de 1900 requiere que abordemos sin temor algunas cuestiones básicas que pueden plantearse en el mismo comienzo de nuestra indagación. Nada más arriesgado que intentar convertirse en historiador de lo contemporáneo; pero este riesgo es obligado si no queremos convertirnos en meros analistas de los hechos, sino más bien aspiramos a explicarnos su trama y su sentido. Estamos ya próximos a doblar el cabo de la mitad de un siglo; necesitamos obtener una visión de conjunto de lo que el arte de estos tiempos ha significado como voluntad artística y ha conseguido como realización. Estamos, pues, en trance y deseo de organizar la historia, de explicárnosla, y en esta pregunta va contenida implícitamente otra, la de saber adónde vamos. Todo historiador honesto rehuye la profecía, pero su misma honestidad le ha de obligar a reconocer que los senderos que recorre le conducen, inevitablemente, a esta puerta cerrada del futuro. De esta inevitable secuencia procede la inquietud y el desasosiego que produce al historiador la aproximación a su propio tiempo, y de aquí también la

(1) El ensayo que aquí se publica, escorzo aheriado e imperfecto de un tema que exige un desarrollo ulterior, recoge las ideas esenciales expuestas por el autor en una conferencia que pronunció ante los alumnos de filología española del King's College, en la Universidad de Londres, en febrero de 1948.

prudente cautela con que los historiadores rehuyen tal compromiso. Seamos, pues, atrevidos, y comencemos a hacernos las obligadas e inquietantes cuestiones.

Primera observación, primer hecho. España es un país de tradición artística y, en especial, de vocación pictórica; pues bien, apenas hay en la historia artística de nuestro país cincuenta años más fecundos en producción pictórica que los de esta época cuyo contorno queremos perfilar.

Segunda observación, segundo hecho. Si tomamos en conjunto la producción española de estos años, y tenemos en cuenta los convulsivos movimientos revolucionarios que el arte ha experimentado durante ellos, la pintura española ofrecerá a un espectador superficial la impresión de un conservadurismo sorprendente, de un tradicionalismo radical. Pero, primera paradoja: los nombres de los más revolucionarios pintores, incluso de algunos de los jefes de estos movimientos de vanguardia, han sido españoles, y por mucha que sea su internacionalización cometerá un error el que se olvide de que lo son.

Comentando un crítico norteamericano, A. Philip Mc Mahon, hace ya unos veinte años, una exposición de Zuloaga en Nueva York, hacía notar cuán extraño era el tipo de este artista que se presentaba en su obra como «the independent reactionary turned against both the security of the schools and the bewildering freedom of the moderns»; inmediatamente, el mismo crítico explicaba que este caso sólo era en realidad sorprendente si lo considerábamos desde el punto de vista de la tranquila y segura creencia en la idea del progreso. Me place recordar aquí esta cita del crítico norteamericano, y añadir por mi cuenta el comentario de que debemos aclarar su alusión sustituyendo la palabra progreso por la de progreso rectilíneo. Este progreso, mecánicamente ascensional e inevitable, no es para nosotros, hombres del siglo XX, una seguridad tan radical como para nuestros antepasados del XIX. La historia es un zigzag, y muchas veces los que marchan en direcciones al parecer opuestas, terminan por encontrarse en la misma vía.

Este conservadurismo del arte español conviene entenderlo adecuadamente para no despistarse en la interpretación. El fenómeno histórico más importante del siglo XIX en materia de arte es, precisamente, la escisión del mundo artístico, que viene a reflejar la escisión de la sociedad toda en dos bandos en lucha. Erigida en dogma la teoría del progreso, las gentes se clasifican según su posición respecto a esta idea. La misma división de la opinión política en bandos que desean acelerar el progreso, y otros que pretenden de-

tenerlo o llevarlo a un ritmo más lento, se plantea en cierto modo en la vida del arte. Es en Francia, y sobre todo en París, capital artística del Continente y puede decirse de toda nuestra civilización, donde esta lucha se presenta con sus perfiles más claros. Pero, más o menos, este fenómeno existe en todos los países a través del siglo XIX. Hay una oposición entre el arte oficial, que recibe la sanción de las instituciones oficiales, de las Academias y del Estado, y un arte libre, que entiende su misión como algo más importante que el sometimiento a unos preceptos. El hecho significativo es precisamente la existencia de esta oposición, un reflejo más de que la sociedad se ha escindido, de que se ha roto, después de la revolución, la interna cohesión de la Europa de Occidente. Estas observaciones no quieren desconocer el hecho innegable de que antes de existir esta lucha interna en el seno del arte esta oposición ha existido un avance, un progreso, una evolución en la vida de los estilos. Desconocerlo sería ignorar la historia del arte mismo. Ahora bien, esta evolución y este proceso, para decirlo de una manera más exacta, eran entonces un hecho natural y no una posición intelectual sistemática por parte de los artistas que tienden o se resisten a un progreso, en cierto modo planificado, que depende más de sus ideas sobre la marcha del arte que de sus obras de arte propiamente dichas. Esto ha llegado a significar, en los años anteriores a la última gran guerra, un factor más entre los que intentaban cooperar a la disolución y a la violencia. El proceso que apuntamos ha sufrido, en efecto, una exacerbación creciente en el último siglo.

Hace poco más de cien años la oposición se planteaba entre clásicos y románticos; poco después, entre románticos y realistas; al cabo de algún tiempo, entre académicos e impresionistas. Nuestros hábitos y nuestra actitud ante la historia del siglo XIX nos ponía siempre a los historiadores de parte de la oposición. Los que luchaban contra el arte oficial eran una minoría que aspiraba a crear un arte más auténtico, más expresivo de las apetencias espirituales de su época. Pero lo que caracteriza a la historia contemporánea es su clima vertiginoso de aceleración, y así, esta lucha de dos partidos, normal y, por decirlo así, constitucional, durante el siglo XIX, acaba convirtiéndose en los últimos sesenta años en una fiebre, en una enfermedad, en una hiperestesia de novedades, de superación y de avance, que da una fisonomía especialísima de la historia artística de los últimos años.

La tendencia conservadora que advertimos en la pintura española puede condensarse en esto: su resistencia a participar en esta carrera de extremismo. Y no ciertamente porque el temperamento

español no produzca como fruto natural y frecuente el extremismo, sino porque el clima medio y normal de la vida artística española no lo soportaba. Existe, como no podría menos de ser, en España desde la época romántica una oposición también entre el arte académico y el arte que pudiéramos llamar libre, desligado de los convencionalismos en que se estanca todo arte oficial, pero ese antagonismo, que es una realidad desde Goya hasta nuestros días, no llega a adquirir los caracteres de violencia que en el resto de la pintura de Europa. Hablaremos luego de esto.

Lo que quiero decir es que no hay que escandalizarse ante ciertas notas de la pintura contemporánea española, porque lo aparentemente escandaloso de su nota conservadora es perfectamente explicable para el historiador. Sin incurrir en ningún estrecho nacionalismo, es evidente que unas cuantas naciones de Europa, y España entre ellas, tienen derecho de hablar en arte de una tradición nacional. Siempre se ha hecho observar que el arte de cada momento en un país determinado y la altura que alcanza, depende de la conjugación de dos elementos: la vocación nacional y el estilo de la época. En los meandros de la historia el estilo de cada época intenta dominar todas las provincias de un mismo ciclo cultural, pero en algunas de estas provincias ese estilo puede encontrar dificultad para adaptarse al temperamento de una escuela o de una nación. La escuela de Venecia no alcanzó su grandeza hasta que quedó superada la concepción lineal de la forma que impuso durante gran parte del siglo XV el Renacimiento toscano. Determinadas escuelas se hallan especialmente sensibilizadas por la afinidad para absorber fácilmente los movimientos que simpatizan con su vocación y las influencias que se hallan favorecidas por esta afinidad. A propósito de estos fenómenos, y en relación a este tema de las influencias, me he permitido hablar en un libro mío de las *alergias estéticas* como de un fenómeno que hay que tener en cuenta en el estudio de la historia del arte. Recordemos que los historiadores del arte francés nos han hablado, al llegar a explicarnos el siglo XVII en su país, de la vocación clásica de Francia y de la *resistencia al barroco* que presenta el arte francés de esta época. Del mismo modo podríamos hablar, respecto de España, de una cierta resistencia al Renacimiento y de una cierta sensibilización para todos los estilos barrocos. En general, España resiste siempre a toda concepción idealista en el arte, es decir, a la que trata de asentar sus normas estéticas en dogmas racionalistas o intelectuales. Y no olvidemos que el arte contemporáneo en sus más extremas direcciones supone, como demostró Ortega y Gasset en un ensayo pu-

blicado hace varios años titulado «Del punto de vista en las artes», una posición idealista. El propio Ortega y Gasset definió, en otro de sus estudios, la tendencia general de lo contemporáneo como *la deshumanización del arte*. Pues bien, para explicar esa nota general que desde el principio hemos señalado en la pintura contemporánea de España, digamos que, considerada desde un punto de vista general, con una estimación de alcance histórico, la característica de nuestro arte es, precisamente, la de constituir *un foco de resistencia a la deshumanización*.

El arte moderno trata de alejar la expresión pictórica o plástica de toda alusión de contenido, de toda anécdota y de toda literatura. Las artes figurativas han llegado a este punto a una cierta reducción al absurdo a partir de aquella definición de Maurice Denis, de que un cuadro es antes que una mujer desnuda, un caballo o una anécdota cualquiera, una superficie plana cubierta de líneas y colores dispuestos en un cierto orden. De esta definición al cubismo no había sino un paso; si sólo las líneas y los colores cuentan, así como el ritmo en que están agrupados, la representación no importa nada y el pintor puede satisfacerse con una abstracción sin fondo humano alguno, sin intento representativo de ninguna especia. Llegábase con esto al mero arabesco y, por primera vez en el arte de Occidente, a la disociación del arte y la vida.

Este arte contemporáneo, por otra parte, mostraba en la escuela de París un curioso afán exhibicionista; los pintores querían presentarse como forrados de teorías que fundamentaban su arte, discutidores y amigos de hacer prosélitos y de contribuir a su propia propaganda y, por último, aquejados de una combatividad muy propia de este siglo de violencia. Los artistas negaban todo lo que estaba fuera de su propia corriente o tendencia, en lo cual la vida artística aparecía una vez más contaminada de los caracteres de la vida política.

Estas teorías, que querían fundamentar un arte nuevo en los movimientos cubistas, futuristas o superrealistas, estaban terriblemente afectadas de otra de las enfermedades de nuestro tiempo, el utopismo. Los hombres de hoy, los artistas actuales, no se contentan, como los pintores del impresionismo, con reflejar gozosa, pasiva y sensualmente el mundo, sino que quieren modelarlo, recrearlo, adaptarlo a su esquema subjetivo. Los pintores de estos últimos años han querido deformar la realidad para que se ajuste a su idea, y de aquí su interés por la simplificación balbuceante de lo primitivo. Mas como esta situación utópica y violenta lleva dentro de sí algo escasamente natural e inhumano, la tensión se rompe en mu-

chos casos y el propio artista acaba abandonando su actitud exasperada, renegando de su posición utópica y volviendo a un concepto humano de lo representativo. Son *fenómenos de conversión y arrepentimiento* que no escasean entre algunas de las primeras figuras de nuestra historia contemporánea: Derain, Severini o Chirico son ejemplos ilustres, pero conversiones parciales o, al menos, arrepentimientos temporales, es decir, paréntesis de regresión a una pintura normal o representativa, se dan asimismo en extremistas españoles como Picasso y Dalí.

Por otra parte, no puede desconocerse la fuerza que en el fomento y la propaganda de este tipo de arte de la vanguardia ha tenido un factor impuro, viciosamente desarrollado en momentos de postguerra y de confusión económica. Me refiero al factor propagandístico y a las maniobras turbias de los marchantes, es decir, al fenómeno del agio en la pintura y a la subida artificial de los precios del arte fomentada por maniobras comerciales y por una crítica venal. Todos estos fenómenos han maniobrado en un terreno preparado por la riqueza improvisada, el desplazamiento de las clases sociales y el snobismo de lo raro como consigna de unas generaciones deshumanizadas también por las catástrofes bélicas, las revoluciones crueles y la consecuencias económicas de todos estos trastornos.

Pues bien, la pintura española ha significado, en los últimos cincuenta años, un foco fuerte y activo de resistencia a la deshumanización y a la disolución de los supuestos representativos eternos. Explicado así nuestro supuesto atraso y conservadurismo, nuestro antiprogresismo, tantas veces lanzado contra España como un reproche, cobra un sentido y puede ser interpretado fuera de las apasionadas versiones peyorativas con que tantas veces se considera todo lo español. Y conste que no es nuestra intención hacer labor de panegirista apasionado, sino más bien adoptar el sereno punto de vista de un historiador que aspira a comprender los hechos.

En la pintura contemporánea de España existen realmente tradicionalistas y avanzados, académicos sin inquietudes y jóvenes que aspiran a un arte vivo; pero existe todavía un común denominador entre unos y otros, a pesar de ciertos intentos de violencia que apenas han llegado a la exposiciones y a la crítica. Por mi parte, he defendido siempre en mi país la licitud de los mayores atrevimientos pictóricos y he predicado el respeto para ellos siempre que el lenguaje artístico de las nuevas generaciones busca lícitamente la expresión de estados de espíritu inéditos, la satisfacción de anhelos expresivos que no pueden verterse en el lenguaje tradicional. Pero

aclarado esto, por lo que respecta a mi posición personal, cualquiera podrá reconocer, en 1948, que no hay academismo más vacío que la simulación manierista de una falsa sensibilidad de vanguardia.

España vivió en el siglo pasado en una casi constante crisis de confianza histórica, de política y de cultura. Después de la explosión que significó el genio de Goya, la influencia de los movimientos franceses que España siguió un tanto a remolque y con un complejo de inferioridad provinciano, no permitieron que se lograra entre nosotros una escuela potente ni un movimiento autóctono. Durante más de medio siglo la influencia de la familia Madrazo en el arte oficial nos hizo seguir las normas de David primero y de Ingres después, mientras los escasos discípulos románticos de Goya trataban en la oposición de continuar la escuela nacional. Al terminar el segundo tercio del siglo XIX, la pintura española, estancada en el falso romanticismo de los cuadros de asunto histórico, pareció iniciar el camino de su redención con dos pintores malogrados, Eduardo Rosales y Mariano Fortuny. La pintura de Rosales parecía aspirar a la dignificación del género histórico y a un enlace con la tradición nacional en cuanto a la dignidad pictórica y a la monumentalidad de las composiciones, a la visión amplia y a la sobria factura del cuadro. Mariano Fortuny, joven prodigio, asombro de su tiempo, y uno de los pintores mejor dotados de todo el siglo, aparece ante la historia como un enigma inquietante en cuanto a las posibilidades de su arte y como una influencia funesta para la pintura posterior. Fué, en efecto, un precursor que acaso adivinó algunas de las verdades esenciales del impresionismo en cuanto a su pasión por la luz y la fresca ligereza de su toque. Pero su brillantez inaudita, su ejecución admirable y su dominio del dibujo le convirtieron en un virtuoso que derivó por el falso camino de la pintura a lo Meissonier. El impuso en España y en Italia el cuadrito de género dieciochesco realizado en el estudio y vuelto de espaldas a la vida.

Por otra parte, cuando el realismo a lo Courbet nos llega, el resultado para España de esta tendencia recibida con retraso fué muy pobre: impuso los temas de asunto social y proletario entendidos como pura anécdota, y redujo el colorido de los pintores a sucios grises cenicientos. Esta plaga duraba todavía en 1900, cuando un grupo de artistas intentó renovar la pintura en España por muy diversos caminos.

Si queremos simbolizar en un nombre la tarea purificadora, hemos de elegir el del valenciano Joaquín Sorolla, temperamento de pintor intuitivo, pintor del sol y del mar, que de un golpe destierra la pintuar de atelier y de sucios grises, acaba con el cuadro

de asunto anecdótico y da paso a la luz y al aire libre. En los últimos años del siglo se habla mucho en España de impresionismo, pero en realidad los pintores propiamente impresionistas, ni fueron muy estudiados en España ni ejercieron entre nosotros gran influencia. La obra de Sorolla puede solamente relacionarse con la pintura impresionista porque ama la luz y el aire libre, que son, en realidad, sus verdaderos motivos. Pero lo característico de Sorolla es más bien la espontaneidad y la fuerza, y no el refinamiento; sus temas no son tampoco, como en los impresionistas, la vida urbana de la gran ciudad, y él sigue gustando, a su modo, del cuadro de gran composición. Estas y otras notas de su arte le aproximan mucho más a los pintores de la luz de las escuelas del norte de Europa, como Liebermann, Corinth, Zorn o Maliavin, que a Degas o a Renoir. El arte de Sorolla es un realismo luminista y humano que va conquistando su libertad de expresión paso a paso. El pinta, frente al mar valenciano, escenas de playa o de pesca que cada vez van alcanzando una mayor amplitud de factura, hasta llegar a una valentía y a una abreviación llenas de valor y de síntesis. En sus dibujos, la captación del movimiento y de la vida revela dotes nada vulgares y, en general, a él le corresponde la gran hazaña de haber realizado en nuestro país, un país de luz meridional, lo que pudiéramos llamar literalmente el descubrimiento del Mediterráneo.

Descubrir el Mediterráneo era enseñar a los españoles el camino de la luz, pero la tradición académica y romántica era tan fuerte que se necesitó la obra de este impulsivo fauno al filo del siglo XX, para dar el golpe de muerte al romanticismo. La huella de Sorolla fué larga y duradera, y todavía llega hasta sectores vivos entre nosotros. Partiendo de Sorolla, muchos pintores trataron de enlazar esta pasión por la luz con las tradiciones del siglo XVII; así Gonzalo Bilbao, especialmente en cuadros de interior, como su *Fábrica de Tabacos de Sevilla*. En cuanto a la instantaneidad de la visión y a la factura atrevidamente sintética, está más cerca del impresionismo, dentro de la pintura de aire libre un Roberto Domingo, especialmente en sus escenas de toros.

Paralelamente a Sorolla, algunos paisajistas españoles ponen en sus cuadros una vibración y una luminosidad intensa. Beruete y Regoyos representan en el paisaje puro, acaso con mayor delicadeza de sensibilidad y mayor lirismo, esta tendencia. En algunos paisajes de Beruete, la sabia ejecución sintética trabaja especialmente en los cielos por medio de pinceladas aisladas, que pueden observarse en los cuadros realizados en los últimos diez o doce años de la vida

del artista. Darío de Regoyos, por su parte, espíritu hipersensible y apasionado de la luz, se interesa en muchos de sus cuadros ya francamente por el divisionismo, por el puntillismo de Seurat o de Signac, que él asimila a través de estancias en Bélgica. Su *Diligencia de Segovia* es de 1888, fecha muy temprana; pero lo que define verdaderamente su pintura son sus brillantes y delicados paisajes de Vasconia, o sus deliciosas visiones de Castilla o de Andalucía.

No obstante, los pintores que pretendieron descubrir el impresionismo en España tuvieron muy poco de impresionistas. El movimiento avanzado de Cataluña, que dirigieron en los últimos años del siglo XIX Santiago Rusiñol y Ramón Casas, estuvo tocado de una melancolía intimista y manejaba gustosamente una paleta de grises que nada tenía que ver propiamente con el impresionismo. Este movimiento catalán representaba más bien una reacción contra el prosaísmo vulgar del arte y de la vida que dominaba en los últimos realistas. En realidad, estaba más cerca del simbolismo; pero la palabra que sirvió de agrupación a muchos vagos ideales de estas generaciones fué la de *modernismo*, compleja asociación de ingredientes muy diversos, cuyo análisis nos llevaría ahora muy lejos. Su nota esencial era, con todo, un vago lirismo, un desdén por todo sentimiento filisteo y burgués, un cierto anhelo de espiritualización y de poetización de la vida. Complejo producto de movimientos de fin de siglo, el modernismo juega un papel extraordinario como impulsor de la vida literaria y artística española al filo del siglo XX. Los melancólicos paisajes de Rusiñol son un exponente de esta modernidad, menos revolucionaria de lo que creyeron sus propios sacerdotes. Lo mismo podemos decir de Ramón Casas, un buen pintor, de sobria factura, que experimentó en su juventud la influencia de Manet y de Degas. Curiosa paradoja es que en pintores más jóvenes, como Joaquín Mir, nos encontramos con un impresionismo de adivinación; Mir no salió de España; sin embargo, sus paisajes se aprovechan de las conquistas del impresionismo, mientras que Rusiñol, saturado de París y compartiendo la vida de Montmatre con los pintores de vanguardia, no llega a asimilarse plenamente los avances impresionistas.

La gran masa de los pintores quiere superar el siglo XIX y su falso contenido temático, pero no encuentra fácilmente los motivos de inspiración ni el lenguaje pictórico que conviene a esta nueva época. En todo caso, la ruptura con el viejo siglo es un hecho. A todas las genéricas apetencias de novedad viene a unirse el revulsivo del 98, la sacudida que España experimenta en sus mejores espíritus ante la derrota militar y la pérdida del imperio colonial. Es-

paña se encara con su dolor y sus errores y trata de enjuiciar todo su pasado. En los mejores españoles se enciende un afán de crítica de la realidad nacional presente y pasada y una pasión por hallar un asidero espiritual en el que basar la regeneración futura. Permítasenos resumir un proceso muy complejo para derivar a lo que nos importa en relación con la pintura. La verdad habita en el interior del hombre, dijo San Agustín, y España buscó en sí misma ese cimiento de pureza y autenticidad de donde partir de nuevo. Lo que podía salvar a España era lo esencial y no lo adjetivo, las virtudes ancestrales conservadas por el pueblo y en las que podría hallarse el germen de lo que engendró nuestra grandeza. Pero no se trataba del pueblo como entidad política abstracta, ni del pueblo-masa de la gran ciudad, sino de la busca de su concreta realidad en la ancha extensión de la tierra española. Huyendo de la retórica, que nos llevó al engaño de creer en nuestra fuerza, se despierta en España un ansia de realidades concretas y tangibles. El pueblo que buscamos es ese que ahí está y que pervive en sus costumbres tradicionales, en su carácter y frente a su paisaje. Nuestros mejores hombres aspiran a encontrar el fondo castizo de España para buscar ese alcaloide español capaz de regenerar los ideales nacionales. Esto es lo que buscan, por caminos dispares y coincidentes, Ganivet, Unamuno, Azorín, Baroja, Maeztu, Ortega... ¿Cómo traduce la pintura estas inquietudes? Volviéndose de espaldas al convencionalismo de taller, a la retórica del cuadro de asunto de historia y yendo a buscar motivos de exaltación en la rica variedad de lo popular español, en su vida regional, en sus tipos, en su carácter y en sus ambientes. En la vida quieta de este pueblo, lleno de color y carácter se busca un poso de eternidad con el que acaso se pueda de nuevo encender la fe en los destinos nacionales. Hay en todo esto una lírica fe, un nacionalismo confiado e intuitivo, que en ciertos aspectos coincide con lo que buscaban en el pueblo ruso los grandes escritores o los músicos de la época final del zarismo. Pero aunque el español parta de un impulso arrebatado, no es fácil que se pierda en anhelos místicos colectivos o en vaguedades nebulosas. En pintura, esta busca de lo popular toma en seguida cuerpo en concretas realidades y en obras de un prudente realismo sin exaltaciones. Los artistas descubren la riqueza y variedad de España, el enorme carácter de las regiones de nuestro país, el grave espíritu de sus habitantes, la fundamental realidad sobre la que se se asienta esta vida rural que aún no conoció las conmociones de la industrialización científica ni de las revoluciones políticas. Surge de aquí una pintura en la que se refleja la vida popular de las re-

giones tan diversas de España, movimiento en el que el mismo Sorolla había dado un primer impulso, que culmina en su obra con las pinturas que realiza en su última época para la *Hispanic Society of America*. Detrás de Sorolla, un grupo de pintores muy atenidos al natural, a la transcripción de la realidad sin complicaciones estilísticas, parte de estos estudios de la vida regional para derivar después cada uno por su personal camino. Los más impasibles de estos pintores son tres maestros que entienden continuar la línea de Sorolla. Manuel Benedito, discípulo de Sorolla, se entrenó en su juventud pintando aldeanas holandesas o salmantinas, para derivar después, de una manera casi exclusiva, al retrato y al bodegón. Trayectoria semejante siguió Sotomayor, en cuyos brillantes cuadros de juventud la vida rural gallega se realiza con analítica objetividad. Una buena parte de la pintura de Chicharro está dedicada a representar tipos y figuras del medio rural de Avila, en la más seca y esteparia meseta de Castilla, mientras otra parte de su obra se siente atraída por temas de un exotismo extraño en la pintura española.

Mayor lirismo encontramos en la ingenua y sencilla pintura de un artista que refleja en sus cuadros la vida de la región de Extremadura, patria de los conquistadores de América: Eugenio Hermoso. Andalucía, con su trágico sentimiento de la vida y un cierto lirismo melancólico, no exento de dramático fuego interior, como aparecerá después en los poemas de García Lorca, se refleja en la pintura de Julio Romero de Torres. En Miguel Viladrich, un catalán que pinta en la región aragonesa, este lírico sentimiento toma notas de un primitivismo ingenuo capaz de fuerza pictórica. En las visiones de Vasconia de dos hermanos pintores, Ramón y Valentín de Zubiaurre, introducen ya no solamente factores de un cierto primitivismo lírico, sino problemas de estilo de composición y de color que alejan su obra de la seca objetividad de alguno de los artistas anteriores. Junto a estos pintores, cuya obra se desarrolla en un cierto clima de realismo templado, sin violencias, sin deformaciones ni deshumanización dentro de un cierto tradicionalismo de factura, atento solamente a la calidad pictórica de la obra, a la serena transcripción del natural, otros artistas aparecen más preocupados por el problema del estilo, es decir, por el ritmo, por la silueta, por la composición, por los ingredientes formales que se sobreponen a la realidad y al modelo. Esta busca del estilo fué uno de los factores decisivos en la corriente modernista, en la que en nuestra literatura fué Valle Inclán, en prosa, como Rubén Darío, en poesía, uno de los representantes más destacados.

Dentro de esta corriente se halla plenamente Ignacio Zuloaga, cuya obra está presidida por una preocupación por el carácter español, a la vez crítica y magnificadora, buscando y acentuando el carácter de una España tremenda y anacrónica, llena de sentimiento trágico, en la que la elaboración artística puede llegar en su acentuación del carácter hasta la deformación. La nota castiza, la supervivencia asombrosa en el pueblo de notas tradicionales, se halla en Zuloaga acentuada con un cierto efectismo lleno de intención. En sus retratos, Zuloaga busca principalmente la silueta, complaciéndose un arabesco compositivo que lleva a veces a estar próximo al cartel. Pero hay que destacar en su pintura su decisión absoluta de romper con ese prudente realismo templado de los seguidores de Sorolla en busca de valores decorativos y desdeñando las preocupaciones impresionistas por el espacio y el aire libre. Esto es lo que puede hacernos aproximar a Zuloaga, el vasco, a dos pintores mediterráneos, catalanes, de voluntad artística muy diversa, Anglada y Sert. Las composiciones que dieron a Anglada una fama internacional fueron sus visiones opulentamente decorativas de una España de «ballet», musicales orquestaciones coloristas, en las que, sin duda, podemos sospechar la influencia de los bailes rusos: iluminación irreal, ritmos rebuscados, musicalidad de las composiciones, riqueza de pasta y de materia caracterizan las composiciones de Anglada. En cuanto a José María Sert, fué un decorador de poderosa concepción, totalmente vuelto de espaldas a la realidad; sus pesadas y grandiosas composiciones son barrocas rapsodias sobre las que pesan abrumadores recuerdos: Goya, Rembrandt, Rubéns o los fresquistas italianos. Un Anglada menor y refinado, fué, en cierto modo, el canario Néstor, muerto joven.

En muchos de estos artistas, y concretamente en Sert, Anglada o Zuloaga, podemos apreciar un cierto cosmopolitismo, no solamente en sus triunfos, sino en sus viajes o en sus contactos con la escuela francesa a través de largas residencias en París. París decide, en cierto modo, la orientación de otros dos pintores vascos. Uno de ellos, Iturrino, fué un colorista genial, compañero de Picasso en sus primeras andanzas de París, que precedió a Matisse en los ensayos de arrebatadora embriaguez cromática que condujeron al fauvisme. Por su parte, Juan de Echevarría reflejó en su pintura, y especialmente en sus rincones de interior y de naturaleza muerta, el movimiento postimpresionista, que fué llamado «intimista».

Si Rusiñol y Casas no fueron innovadores geniales, desencadenaron en Cataluña un copioso movimiento pictórico, que ha alcanzado a veces caracteres de verdadero apogeo y que mantiene, den-

tro de una gran variedad, notas de escuela. Desde la prudente melancolía o los tonos en grises de Rusiñol o de Casas hay un salto hasta la siguiente generación, en la que señalamos un malogrado, como Isidro Nonell, en el que parece aprovecharse la influencia postimpresionista e iniciarse entre nosotros el camino de la deshumanización. Cierto que hay en él todavía una cierta sentimentalidad que a veces nos recuerda a Carrière; pero esta pintura, de cierta hondura trágica, mantiene como preocupaciones esenciales en sus bodegones y en sus figuras un cierto constructivismo, la riqueza de materia y una apasionada fuerza de color.

En la misma generación que Nonell se produce la aparición de Picasso. Cerca de medio siglo de estar en el primer plano de la actualidad artística han hecho de Picasso un fenómeno representativo de nuestra época y la figura más destacada de la llamada *école de París* y del arte deshumanizado de nuestro tiempo. Desde fines de siglo, París fué la Babel del arte, un crisol de experiencias explosivas que ensayan emigrados de todos los países y desarraigados de todas las civilizaciones. La lucha de los impresionistas contra el arte oficial de su tiempo fué una historia francesa, aunque sus resultados alcanzaran consecuencias que afectaron a todo el arte de Occidente. Ahora estos *metèques* no tienen nada de común con la tradición francesa, ni respetan sus tradiciones; su bohemia está llena de violencia y de resentimiento; enamorados de las utopías simplistas, sienten la nostalgia de lo primitivo, y a sus deseos de *épater le bourgeois* se une una simpatía por el arte de los pueblos salvajes de los negros o de la prehistoria. Este arte se crea con un clima que tiene algo de iluminación mística, algo de agresivo impulso revolucionario y un tanto de chantaje y de farsa. Aproximadamente podemos elegir la fecha de 1905, que es la de la primera revolución rusa, para datar la iniciación de esta curva de violencia y de arte deshumanizado. El movimiento futurista viene a coincidir con tendencias literarias en Francia y en España que huyen también de la narración burguesa y de la literatura de asunto; se busca el ritmo estilizado, la libre fantasía irrespetuosa, la reducción al absurdo de los motivos..., y por cierto que al hacer la historia de estos movimientos se citan siempre los nombres de París—casi nunca franceses, por otra parte—, como Apollinaire, o Max Jacob, y se olvida generalmente el papel de precursor que tiene nuestro Ramón Gómez de la Serna. Estos movimientos reflejaban, en dosis muy diversas, cansancio, sutileza e ironía; pero el panorama todo se ensombrece y se torna dramático cuando una nueva generación tiene que empezar a crear bajo el efecto depresivo de la crisis es-

piritual y la desesperanza que siguió a la guerra de 1914 a 1918. A este panorama, la revolución rusa de 1917 viene a añadir un nuevo elemento disolvente en el sentido de la deshumanización, elemento agravado, con un factor internacional y propagandístico, enemigo de toda tradición cultural y artística europea de las viejas humanidades y del sentido clásico en que se basa la civilización de Occidente.

Picasso, a la cabeza de este movimiento durante mucho tiempo, es un español de Málaga, recriado en La Coruña y en Barcelona, que pasó, en su día, por la Escuela de Bellas Artes de Madrid. Nacionalizado francés, se ha hablado de él como si fuese realmente un pintor de Francia; pero la prehistoria de Picasso como pintor comenzó a ser aclarada por algunos trabajos aparecidos en España en los que se estudia su relación con el movimiento pictórico de Barcelona, allá por el 900, cuando la generación de Rusiñol y de Casas defendía las actitudes del modernismo. En aquellos años se formaban Nonell y Picasso, y de haber vivido el primero, serían las suyas hoy unas curiosas vidas paralelas. La monografía de Picasso, ni aun en cifra cabe aquí; pero en este artista, que pasó de la influencia de Toulouse Lautrec a la trágica melancolía de su época azul o a las delicadezas de su época rosa para llegar al cubismo abstracto, hay que considerarle como un español excepcional pero representativo, incluso en su violencia. En sus períodos de sereno realismo, Picasso produjo cuadros admirables, llenos de penetrante objetividad e impregnados de un grave sentimiento; pero, en todos los casos, aun en los más monstruosos ejemplos de su arte, aun en sus épocas negra, romana o medieval, se deja ver en sus obras originalidad poderosa, sentido del color e instinto de esa ciencia de disponer líneas y colores sobre un plano a que se refería la definición de Maurice Denis. No hay ningún nacionalismo en reivindicar como una realidad histórica la fuerte participación de españoles en la llamada escuela de París desde 1905 a nuestros días. En París triunfaron Andrada, Zuloaga y Sert; en París se formó Vázquez Díaz, y si contamos sólo los movimientos de vanguardia desde el realismo al superrealismo diremos que al lado de Picasso, y muchas veces con su amistad y dirección, trabajaron Juan Gris, de apellido González, o María Blanchard, cuyo nombre era Gutiérrez Cueto, o artistas como Picabía, Zárraga, Ortiz; escultores, como Paco Durrio, Manolo Hugué o Pablo Gargallo...; más tarde, el superrealismo reunió en París a Juan Miró, o Salvador Dalí, con Bores, Palencia, Cossío o La Serna... Muchos de estos artistas se convirtieron a un arte más humano, y algunos regresaron a pintar a España, donde continúan madurando su obra; pero lo que esta enu-

meración quiere decir es que el hecho Picasso no es un caso excepcional, y que un fermento español existe positivamente en todo el movimiento de vanguardia, reflejando esa faceta extremista y violenta del temperamento nacional. Pero también es cierto que la producción pictórica de España como tal mostró siempre, frente a esta corriente que se manifestaba fuera de nuestras fronteras, una positiva resistenca la deshumanización, hecho innegable, al que nos hemos referido al comienzo de esta disertación.

En tanto, muchos artistas que han ido a París, que han tomado contacto con estas inquietudes y realidades, aportan, al incorporarse al medio español, fermentos del medio parisién, que modernizan, en cierto modo, la producción pictórica española. Algunos de ellos orientan su obra en el sentido de una fuerte preocupación plástica, que da robustez y estructura a sus pinturas, que tratan de independizar de la anécdota realista con una gran pureza de intención, aunque sin desdeñar las vastas ordenaciones plásticas de un carácter mural. Daniel Vázquez Díaz es acaso el más importante de los que trabajan en esta dirección; magnífico dibujante en sus cabezas de retrato, gusta de las composiciones de gran formato, en las que la forma se caracteriza enérgicamente por un sentido geométrico del volumen; es también un refinado colorista, especialmente en sus delicadas notas de paisaje, con su fina paleta de blancos, grises, rosas y sutilezas de matiz muy delicadas. Junto a él hay que mencionar a dos pintores del Norte, Gustavo de Maeztu y Aurelio Arteta, por el vasto y sobrio aliento poemático de sus composiciones, y, entre los pintores que viven, a Joaquín Valverde y José Aguiar.

José Gutiérrez Solana, desaparecido hace pocos años, quedará como uno de los más fuertes pintores de la áspera España. Difícil de incluir en ningún grupo, es Solana un pintor genial en su concepción puramente pictórica, en su sentido de la calidad y de la materia, que muestra al propio tiempo en sus obras una tremenda y casi mística profundización en lo humano... Sin intelectualismo alguno, ni teorías, por pura espontaneidad intuitiva, Solana profundiza en la inagotable estupidez y en la extraña arbitrariedad de la vida. El mundo es para él un espectáculo a la vez elemental, grotesco y macabro, y en su traducción pictórica pone Solana una fuerza plástica y una sombría y fuerte concepción del color, que es muy personal, pero a la vez de raíz muy española; en la obra de Solana se continúa sin escolasticismo alguno una buena parte de la mejor herencia de Goya.

Cataluña es uno de los focos más activos de lo contemporáneo

en España; alguno de los amigos y compañeros de Picasso en sus días de París derivaron como Sunyer o su seguidor Togores a una pintura tranquila, lírica y humana; en general, los catalanes de hoy siguen esta vena de pintura plástica, que llega a veces a ciertos alardes de fauvismo regional, especialmente en los paisajes: Galí, Vila Arrufat, Sisquella, Llimona o Pruna son los maestros jóvenes más destacados de esta escuela catalana contemporánea, en la que Durancamps hace el efecto de un Derain español, y los seguidores y paisajistas son innumerables. En general, la pintura española de las jóvenes generaciones se opone a la continuación de esa tradición de realistas impasibles y acentúa, por medios muy diversos, la nota intimista, el lirismo del color (Cristóbal Ruiz), la sutileza y exquisitez de un color selecto que lleva en sí su propia poesía (Lahuerta, Toledo, Morales, Pedro Valencia). Otras veces un cierto expresivismo apasionado domina la interpretación pictórica (Palencia, Prieto, Zabaleta, Cossío). Pero sería prolongar excesivamente este estudio y complicar nuestras clasificaciones con exceso, entrar a definir, después de este recorrido histórico, los rumbos complejos y los matices de la pintura novísima en España. Básteme señalar, por ser significativos, dos fenómenos finales: uno es la personalidad alcanzada en estos últimos años en mi país por algunas de las mujeres que pintan, que pueden figurar entre lo más interesante de la producción juvenil en España. Cuento en este número a Rosario Velasco, Julia Minguillón y Carmen Legísima. En cuanto a ese segundo meteoro internacional, que es Salvador Dalí, sólo diré que de este espectacular y escandaloso jefe del superrealismo actual nos cabe esperar todavía muchos avatares. Con su mención, terminamos este recorrido de cincuenta años a través de la pintura en España.

El grave escollo de estos resúmenes enumerativos es, precisamente, el de que sean los árboles los que no nos dejen contemplar el bosque. El mundo se halla hoy en trance crítico; los movimientos del espíritu y del arte han reflejado esta inquietud del hombre que se ha sentido estrecho en los eternos límites de una civilización basada en el humanismo. Pero cuando el hombre quiere rebasar sus propias limitaciones, encuentra fácilmente que, embarcado en la aventura de buscar al superhombre, lo que se encuentra es el monstruo. Ojalá que al filo de la mitad del siglo XX, la civilización de Occidente pueda salvarse de su morbosa inclinación hacia la deshumanización y la monstruosidad y liberarse en el futuro de su peligroso entusiasmo por la utopía, aceptando la humilde y sencilla poesía de la realidad humana, con toda la imperfección y el encanto de la vida, don divino que el hombre sólo puede aceptar y agradecer.

EL PROBLEMA NEGRO EN LA POESIA CUBANA

POR
MANUEL MORENO FRAGINALS

... una poesía criolla entre nosotros no lo será de un modo cabal con olvido del negro.

(NICOLÁS GUILLÉN.)

I

LA EPOCA

HASTA fines del siglo XVIII la esclavitud no constituyó un problema social de trascendencia para Cuba. Aun en las décadas 1740-1760, la Real Compañía de Comercio sólo introdujo unos cinco mil negros, teniendo que vender muchos de ellos al crédito o trocados por tabaco, por haberse abandonado en gran parte al cultivo del azúcar.

Los ingleses, al apoderarse de la Habana, iniciaron un cambio fundamental en la economía de la Isla. Durante los trece meses que duró la ocupación de la ciudad por ellos, entraron en el puerto centenares de buques y se introdujeron miles de esclavos jamaicanos con destino a las fábricas de azúcar· Aunque al ser entregada la plaza a las tropas españolas se intentó un retorno al antiguo régimen, la experiencia vivida en la colonia apresuró la adopción de la política de mercantilismo reformado que caracterizaba al reinado de Carlos III. Bajo esta política, con la abolición de la Real Compañía y las reformas otorgadas sobre la base de la Pequeña Reforma, cobró gran auge la trata de negros.

Se firmó el asiento con Miguel de Uriarte, que estipulaba la in-

troducción de mil negros. El marqués de la Casa Enrile se comprometía a traer 14.000 esclavos entre 1773 y 1779, y la casa Baker and Dawson, 5.400 en tres años, a partir de 1789.

Ya en los últimos años del siglo, una Real Orden declaró libre el comercio de esclavos y millares de africanos arribaron a Cuba. La Isla sufrió una formidable transformación, convirtiéndose en poco tiempo en la primera productora de azúcar del mundo.

No obstante el crecimiento inusitado de la trata, continuó escaseando la mano de obra. La vida del esclavo se tornó más ruda; fué necesario obtener de él un máximo de rendimiento.

El movimiento abolicionista, que a la sazón tomaba cuerpo en Europa, constituyó un fuerte obstáculo a la política negrera. Se desempolvaron los pergaminos que guardaban las viejas fórmulas esclavistas e iniciáronse nuevas polémicas en torno al problema negro. La lucha entre negreros y abolicionistas, sorda al comienzo del siglo XIX, quedó planteada en forma violenta pocos lustros más tarde. Dos escritos de la época revelan la pugna. El primero, del Ayuntamiento de la Habana, publicado en 1821: «Observaciones sobre la suerte de los negros del Africa, considerados en su propia patria y transplantados a las Antillas españolas y reclamación contra el tratado celebrado con los ingleses en el año 1817.» Era un folleto intencionado sobre los horrores de la vida negra en Africa y las delicias de la esclavitud en las Antillas. El segundo, de Félix Varela, solicitaba la abolición de la esclavitud, y fué redactado un año más tarde.

LOS POETAS NEGROS

Esta compleja situación hizo difícil y peligroso enfocar el tema negro en la literatura. El elogio a los *hombres de color* no era posible, dada la mentalidad de la época; poetizar en alabanza de la esclavitud parecía anticristiano e inhumano; demostrarla podía significar el destierro y llevar el sambenito de patricida, laborante o instigador de sublevaciones de esclavos.

En los propios poetas negros la situación fué más ardua. Las autoridades de la Isla se consideraban harto filantrópicas con dejarles componer versos; pero no estaban dispuestas a que hiciesen nada que conmoviese la seguridad nacional y las buenas costumbres; siendo la esclavitud, naturalmente, una de esas buenas costumbres.

Al poeta negro le estaban vedados en esta época todos los temas sociales. Una caso típico fué Francisco Manzano. Nacido esclavo

(1807), alcanzó fama por sus versos. Su actividad poética se desarrolló bajo los auspicios de los más destacados intelectuales cubanos de la época: Milanés, Anselmo Suárez, Cirilo Villaverde, etc. Domingo del Monte, quien desempeñaba la dirección espiritual de todo este grupo, pagó en 1837 el precio de su libertad.

Limitado por las circunstancias antes citadas, no se atrevió a hablar en sus versos de los horrores de la esclavitud y la injusticia de su estado, como antes lo hiciera otro negro esclavo en Norteamérica: Phillips Wheatley Peters. Su lírica versó sobre la naturaleza cubana y su amada Lesbia, y sólo en un soneto se desborda el sentimiento íntimo de rebelión.

Cuando miro la tierra que he corrido,
desde la cuna hasta el presente día,
tiemblo y saludo a la fortuna mía
más de terror que de atención movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
sostener contra suerte tan impía,
si tal llamarse puede la porfía
de mi infelice ser al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra;
treinta años ha que en gemidor estado
triste infortunio por doquier me asalta;

mas nada es para mí la cruda guerra
que en vano suspirar he soportado,
si la comparo ¡oh Dios!, con lo que falta.

* * *

Contemporáneo de Manzano, de mayor aliento poético, fué el célebre Plácido—Gabriel de la Concepción Valdés.— Despreciado por su color, agobiado económicamente, hubo de ser, a la fuerza, el *poeta envilecido* (como le llamara Milanés). Fué el improvisador en todos los homenajes, el cantor de todos los señorones de la colonia, el poeta de las damas de alta sociedad en sus días festivos. Un escritor moderno lo ha calificado de *pobre histrión.*

Plácido murió fusilado en 1844. Las autoridades le juzgaron comprometido en una sublevación, aunque nunca se pudo probar su complicidad. Dicha conspiración era en parte cierta y en parte ur-

dida para eliminar elementos peligrosos al régimen,—blancos y negros—introducir el terror y asegurar el poder de los esclavistas. La condena elevó a categoría de prócer a quien no tenía la menor idoneidad heroica. El cantor de Isabel II y María Cristina, el calumniador de cubanos ilustres, como Domingo del Monte y Luz y Caballero, tornóse después de muerto en el campeón de la causa separatista, ganando batallas que nunca pensó dar en vida.

Los independentistas señalaron su fusilamiento como *la mancha más negra y el baldón más ignominioso de la historia política de Cuba*. Alrededor de su nombre se realizó una intensa propaganda. En pocos años sus versos fueron traducidos al inglés, francés y alemán. Hacia 1880, la versión francesa contaba cinco ediciones y cuatro la inglesa.

Como es lógico, Plácido no mencionó en ninguno de sus versos la esclavitud o los problemas negros. De haberlo hecho, lo hubiesen fusilado mucho antes. Fué el normal producto corrompido de una sociedad esclavista.

Separando de su obra poética toda la hojarasca, tanto verso de circunstancia en alabanza del anfitrión que le arrojó un pedazo de pan, quedan poemas de indudable belleza: *La flor de la caña*, *Jicotencalt*, *Adiós a mi madre*... Por ellos debemos hoy juzgarle.

* * *

Hubo otros poetas negros en la colonia, aunque muy inferiores a Plácido o Manzano; Agustín Baldomero Rodríguez, que publicó un tomo, titulado *Puchas silvestres;* Vicente Silveira, autor de *Flores y espinas;* Juan Bautista Estrada, Ambrosio Echemendía, José del Carmen Díaz...

Todos lucharon con iguales obstáculos; sus versos se perdieron entre el chirrido de las máquinas en los ingenios azucareros. A los negros los habían traído para cortar caña, no para tallar la péñola en el arte difícil de hacer versos.

EL SIBONEYISMO

A mediados del siglo XIX, el régimen esclavista se perfilaba como negativo, en lo económico, y funesto, en lo social. La lucha entre negreros y partidarios de la supresión de la trata adquirió caracteres violentos. La política reformista parecía fracasada, y tres tendencias, de distinta fuerza, se disputaban la hegemonía de la na-

ción: anexionistas—a los Estados Unidos—; independentistas, y partidarios del *statu quo*.

La amenaza de una revolución estaba latente, pero la frenaba el temor de que una vez divididos los blancos la sublevación general de los negros arrasase la isla de extremo a extremo. Nació entonces el verbo *africanizar*. Los partidos en pugna se acusaban unos a otros de querer *africanizar* la Isla: el lema del partido conservador—el *Partido Catalán*—era *Cuba española o africana, pero no independiente ni norteamericana*.

Separatistas y anexionistas realizaban una intensa campaña antihispana, que tomaba cuerpo con la ayuda, nada desinterasada, de agentes extranjeros. Pero también, aunque no lo expresaran, acumulaban un fuerte rencor contra el negro, a quien consideraban rémora en el progreso del país. De esta situación política, de la negación de lo hispano y el desprecio de lo negro, surgió un nuevo movimiento literario: el *siboneyismo*.

Los poetas siboneyistas presentaban la vida de los extintos aborígenes cubanos como los buenos salvajes de Juan Jacobo Rousseau y a los españoles como usurpadores que profanaron esa paz deliciosa. Dentro de este cuadro quedaba situada la rebeldía de Hatuey como un antecedente de los libertadores. Por otra parte, se ocultaba, como un estigma, la sangre española. Son muchos los ejemplos que pudieran presentarse: José Fornaris decía en uno de sus poemas:

Yo soy de Bayamo. Yo soy siboney.

Pedro Santacilia en «El Arpa del Proscripto» (Canto a Hatuey),

Quien os llama esta vez es un hermano.
Yo también indio soy, yo soy cubano.

Sincero en su actitud, pero falso en su forma, el siboneyismo tuvo una vida efímera. Nació con José Fornaris y Francisco de Orgaz y murió con Nápoles Fajardo, el Cucalambé. Fué el símbolo de una época. Expresó las ansias de gran parte de la sociedad cubana, y por eso sus versos se repitieron de boca en boca y se recitaron a veces como una letanía. En cierta forma, fueron estas las poesías que enseñaron a amar a la patria. Y aunque el siboneyismo se abandonase como expresión literaria, muchos versos pasaron a formar parte del folklore cubano.

LO NEGRO EN LOS POETAS BLANCOS

Lo negro no podía eludirse, y los intelectuales cubanos lo abordaron no obstante los peligros que suponía el apartarse del criterio oficial. Pero los censores se encargaron de cercenar los escritos, suprimiendo de ellos cuanto pudiese interpretarse como antiesclavismo e incluso prohibiendo totalmente su publicación. Domingo del Monte entregó a la prensa el *Romance a la Patria*, y la censura suprimió los cuatro versos que expresaban sus anhelos abolicionistas:

Que nunca escuchar yo pude
sin que hirviera en ira el alma,
el bárbaro atroz chasquido
del látigo en carne esclava.

José Antonio Saco, en un comentario sobre un libro, se declaró enemigo del contrabando de esclavos. La revista que publicó su artículo fué separada de la circulación y Saco desterrado, no obstante estar abolida la trata desde hacía quince años por un convenio anglohispano. Gobernaba a la sazón el capitán general Miguel Tacón, consorcio del pirata Pancho Marty, en el negocio del contrabando de negros, comercio ilícito, que le reportó una ganancia de 450.000 pesos en pocos años. Este ejemplo muestra una de las razones por las cuales fueron perseguidas las manifestaciones antiesclavistas.

El tema apasionaba profundamente. Los escritos que la censura obligaba a permanecer inéditos se leían en círculos reducidos y en determinadas veladas literarias. Las tertulias intelectuales tenían un marcado sabor subversivo.

Lo poco que lograba publicarse, mutilado por la censura, se leía ávidamente. *Cecilia Valdés* (1842)—novela cuya heroína era una mulata—alcanzó fama inusitada, no obstante lo mediocre de su desarrollo y su pésimo estilo literario.

En los escritos de la época se pintaban lo cuadros más tenebrosos, las escenas más sombrías; había un placer morboso en mostrar descubierta la llaga. En los poetas surge el tema inesperadamente, a veces escribiendo sobre un tópico muy diverso. Bachiller y Morales, en su oda a Martínez de la Rosa, desliza la referencia al tema negro:

Y duro el genio
que de mis campos el verdor desdora,
ni cruel dominará viles esclavos...

José Javier Balmaseda, en *El ciego de nacimiento*, apuntaba:

Mas no verás al hombre esclavizado
besando humilde su fatal cadena...

Rafael María Mendive, en una poesía semierótica, recuerda ciertas mujeres y pide el olvido para aquellas

que escucharon como estatuas
impávidas y serenas,
del esclavo las cadenas
y el látigo del señor.

Mas fué José Jacinto Milanés el primero de los grandes poetas cubanos que abordó el tema negro. Suyas son las poesías *Esclavo soy, pero cuyo; El negro alzado, El poeta envilecido, Escenas cubanas*. La primera de éstas es una glosa sobre los célebres versos de Baltasar de Alcázar:

Esclavo soy, pero cúyo?
Eso no lo diré yo,
que cuyo soy me mandó
que no diga que soy suyo.

Los versos de Milanés iniciaron la protesta antiesclavista en la poesía cubana. El negro habló en sus versos.

Esclavo me llamo yo
de Dios, sí; del hombre, no:
Dios quiere que libre sea...

Dentro de la corriente romántica buscó en la descripción de las escenas más crudas la forma de exaltar las fibras sensibles de sus coetáneos, señalando al mismo tiempo normas sociales. Sólo en una de sus poesías se desprende un poco de amargura contra un mulato, *el poeta envilecido* (Plácido). Milanés comprendió los complejos psicológicos de Plácido y marcó con mayor acuidad el complejo racial de la isla. Así dice:

Y si la suerte le hizo
de color negro o cobrizo,
mísero de él...

Luego se refiere a la imposibilidad de mantenerse moralmente luchando contra el medio:

Por más que su alma presuma,
hácele tomar la pluma,
necesidad...

Necesidad era, en fin, toda la cruda realidad de la vida del negro, determinada por el choque entre el medio hostil y su condición racial. Erró sólo Milanés en augurar el total olvido de sus versos. En esto juzgó el árbol por las ramas podridas, olvidando que a veces granaban frutos óptimos.

* * *

En el ocaso de la esclavitud, el tema negro fué cultivado más intensamente y con un nuevo tono. Lo que varios años antes fuera un lamento convertíase ahora en rebeldía. Ya no se *lloraba* la suerte del esclavo: reclamábase, vigorosamente, su libertad.

La poesía reflejaba dicha evolución. La barrera social que dividía los cubanos comenzaba a ceder. Negros y blancos marchaban juntos y juntos luchaban por el mismo ideal. En la Manigua no había esclavos; un mulato, Antonio Maceo, se constituía en jefe de la revolución. El problema político y la servidumbre se analizaban en forma semejante. Los cubanos blancos también hablaban de esclavitud y utilizaban los mismos términos empleados al enfocar el problema negro. El Himno Bayamés—el actual Himno Nacional—, en una de sus estrofas reza:

... en cadenas vivir, es vivir
en oprobio y afrenta sumido...

La consigna de los revolucionarios era: *Libertad o muerte..*

Para el negro, todo esto tenía un doble significado. No sólo la libertad política a que aspiraban los blancos, sino la libertad social, la clausura definitiva de la esclavitud. Para el blanco, las cadenas de que hablaba el Himno Bayamés era la exacta imagen del estado social; para el negro, era una realidad de hierro, sujeta a sus tobillos.

Esta interpretación subjetiva en unos, objetiva en otros, concordaba en un plan común de acción; quedaron, pues, execrados la

servidumbre, como institución social, y el régimen colonial, como institución política.

Valiéndose de ello, escribió Mercedes Matamoros uno de los más hermosos sonetos antiesclavistas de Cuba, cuyo último verso es la consigna, anteriormente citada, de los revolucionarios cubanos:

Por hambre y sed y hondo pavor rendido,
del monte enmarañado en la espesura,
cayó por fin, entre la sombra oscura,
el miserable siervo perseguido.

Aún escucha, a lo lejos, el ladrido
del mastín olfateando en la llanura,
y hasta en los brazos de la muerte dura
del estallante látigo el chasquido.

Mas de su cuerpo ante la masa yerta
no se alzará mi voz conmovedora
para decirle: ¡Lázaro, despierta!

Atleta del dolor, descansa al cabo:
¡Que el que vive en la muerte nunca llora,
y más vale morir que ser esclavo!

Jerónimo Sáenz utilizó también la misma idea—la muerte preferible a la esclavitud—, aunque sin el sentido político de Mercedes Matamoros. Su poema *Ante la tumba de un esclavo* fué, junto con *El esclavo*, de Carlos Rafael, una de las últimas poesías antiesclavistas cubanas·

La batalla por la liberación del negro estaba casi ganada; faltaba aún su redención social. Y esta nueva lucha de incorporación del negro a la vida ciudadana por la eliminación de los prejuicios raciales ya apuntaba en Diego Vicente Tejera.

¡Qué blanca es la señorita!
¡Qué negra su pobre esclava!...
Mas, si saltaran al rostro
los colores de sus almas,
¡qué blanca fuera la negra!
¡Qué negra fuera la blanca!

II

LA LIBERTAD

Por ley de 1885 fué abolida la esclavitud en Cuba. A partir de esta fecha todos los negros eran libres; mas hay que entender esta libertad. Fueron libres para no verse en una sociedad hostil, llena de prejuicios y gobernada por sus antiguos amos. Libres para escoger los caminos que se abrían ante ellos; morir de inanición, merodear por ciudades y campos dedicados al robo o a la mendicidad, o, finalmente, continuar trabajando por un jornal que no alcanzaba para cubrir las necesidades más elementales de comida y vestido. Quedaban desterrados, definitivamente, el cepo, el grillete y el látigo; pero subsistían las jornadas agotadoras en los ingenios y el barracón inmundo.

El negro parecía destinado a constituirse en la clase más pobre de la sociedad cubana, y este sino, aunque superado a diario, llega hasta nosotros. Un poeta anónimo captó esta situación económica, y nos dejó su visión plena de *choteo criollo*. («El testamento del negro».)

Apunte u'te, señor escribano,
apunte u'te con la pluma en la mano:
apunte u'te unos pantalones
que no tienen ojales ni tienen botones;
apunte u'te unos calzoncillos,
que no tienen pretina ni tienen fondillos;
apunte u'te una camiseta,
que no tiene pechera ni tiene faldeta;
apunte u'te unos zapatongos,
que hace quince o veinte años que no me los pongo;
apunte u'te el sillón de Agustín,
que no tiene espaldar ni tiene balancín.

Pero no todos vivían en igual situación. Había en Cuba múltiples familias negras de posición económica desahogada, y algunas que podían considerarse como ricas. Dueños de pequeños talleres, obreros manuales, músicos, que mantenían un nivel de vida superior al de muchos blancos. Esta clase—muy reducida, en relación con el total de la población negra—pretendía lograr socialmente la equiparación que ya había logrado en lo económico y, muchas veces, en lo intelectual. En ellos, la lucha contra el medio adquirió

caracteres dramáticos; llegaron a despreciar todo lo negro, o, por reacción violenta, proclamar la superioridad de su raza. Les sobraban ejemplos que seguir; negros o mulatos eran también Claudio Brindis de Salas, Juan Gualberto Gómez, Antonio Maceo... Estas dos actitudes, negación y afirmación, han llegado hasta nuestros días.

EL PROBLEMA SOCIAL

Uno de los más graves problemas sociales cubanos ha estado constituído por la barrera de prejuicios raciales que dividen a los habitantes de la Isla. Es cierto que siempre—incluso en los años de mayor auge en la trata de esclavos—hubo hombres que mantuvieron en alto su credo anti-racista; pero hasta las primeras décadas de este siglo ello no trascendió de este limitado círculo espiritual. En la clase media, y en la aristocracia colonial y republicana, el negro siguió considerado como un ser inferior. Las sociedades de blancos no admitían—ni admiten—a los negros. Ello no quiere decir que todos los que a ella asisten sean, tal como se autoproclaman, *blancos puros*, sino, simplemente, que están conceptuados como tales. Muchos son blancos que esconden o escondieron a la abuela, para que no mostrase públicamente sus cabellos rizados y la piel atezada. O, como dijera Nicolás Guillén, son aristócratas cuyos orígenes se hallan en las cocinas y tiemblan a la vista de un caldero.

Mas, negros y mulatos que no niegan su raza, han afirmado su personalidad en Cuba, saltando y derrumbando los viejos prejuicios. La poesía moderna ha reflejado fielmente la nueva actitud. En los momentos de crisis económica, cuando blancos y negros eran explotados en los ingenios azucareros, pagándoseles su jornal con *tickets*—vales para trocar por mercancías en las tiendas de los centrales—se alzó la voz de José Rodríguez Méndez:

Ahora somos esclavos también,
porque sudamos y nos desgarramos las manos
por un jornal barato,
porque hemos visto los tickets...
¡Somos esclavos con hambre en tiempo muerto!
¡Somos esclavos con hambre en tiempo de zafra!

Regino Pedroso, hijo de chino y negra—dos razas que fueron

esclavas en Cuba—planteó, en sus poemas sociales, la situación del negro:

¿Y es sólo por la piel? ¿Es todo por color?
No es sólo por color, mas porque eres,
bajo el prejuicio de la raza,
hombre explotado.

Y después ha lanzado la pregunta angustiosa:

¿No somos más que negros?
¿No somos más que jácara?
¿No somos más que rumbas, lujurias negras y comparsas?

La respuesta a estas preguntas la había dado el negro cubano varios siglos antes de que se formulasen. Esa respuesta estaba, como una realidad objetiva, en las continuas rebeliones de esclavos que se experimentaron en la colonia, en los grandes negros cubanos del siglo XIX, en los que en nuestra época llenan las universidades, y alcanzan las más altas distinciones en la música, en la pintura, en la poesía, en las ciencias, en la política, en los deportes... En todas las actividades del espíritu, el negro ha impreso su huella profunda. Pudiéramos decir, simbólicamente, que en Cuba el negro ya *ha llegado*. La llegada está expresada en uno de los poemas más hermosos de Nicolás Guillén.

¡Eh, compañeros, aquí estamos!
¡Bajo el sol,
nuestra piel sudorosa reflejará los rostros húmedos de los vencidos,
y en la noche, mientras los astros ardan en la punta de nuestras lla-
nuestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros! [*mas,*

PANORAMA DEL CINE ESPAÑOL

POR

JOSE LOPEZ RUBIO

Sobre el cine español, escribe hoy en nuestras páginas José López Rubio. El lector podrá apreciar la sinceridad con que este certero trabajo ha sido escrito, encontrando en él una acertada visión del problema—los problemas, mejor— que angustia el desarrollo definitivo de nuestra cinematografía. Al mismo tiempo, habrá de reconocer, con el autor, los valores que ya posee y, más aún, las espléndidas perspectivas que tiene abiertas.

Pero, lo que ya no se dice y debemos añadir nosotros, es que López Rubio, admirable escritor, poeta de la luz y de las sombras, figura en la primera línea de esos valores cinematográficos y tiene en sus manos una buena parte de las más rotundas posibilidades.

El Cine Español ha sufrido, en su corta vida, una copiosa lluvia de calamidades. Múltiples inconvenientes, de muy diversa índole, han impedido su normal desarrollo.

No ha sido uno de sus menores enemigos la obligatoriedad del doblaje de las películas extranjeras, que ha hecho imposible la competencia y ha cedido, por un plato de lentejas que devoraron unos pocos, la primogenitura de nuestro idioma. Hispanoamérica, que rechazó desde el primer momento el híbrido procedimiento del doblaje, ese artificial trasiego de voces y esa acomodaticia sistematización del diálogo, ha visto crecer sus cinematografías, en Argentina y México, con una fuerza material que sólo se logra con el éxito económico que aporta el favor del público cuando ha de elegir entre lo que se le ofrece en su propia lengua o lo que se le cuenta en una lengua extraña, aunque se le aclare con rótulos superpuestos.

Un complicado sistema de compensaciones a esta decapitación de nuestro cine ha ido dando lugar a mil maneras de burlar o de

cumplir, sólo a medias, lo legislado y a producir películas españolas, no como fin, sino como medio de obtener permisos de importación de *films* extranjeros. Se ha llegado a producir películas españolas con desprecio absoluto, no ya como pretexto y maniobra. Se han realizado películas con el deliberado propósito de que fuesen malas, o con absoluta indiferencia por su calidad. El relato de este capítulo de la historia de nuestro cine ocuparía muchas páginas que nos llevarían, fatalmente, a la mejor tradición de la novela picaresca.

El Cine Español, en muchas ocasiones, ha estado en manos de sus enemigos. Se cuentan por docenas las películas españolas que no han llegado a estrenarse, o se han estrenado de modo precario y, sin embargo, han constituído excelentes negocios, sin contar para nada con las taquillas de los cines. Otras, mejor hubiese sido que no se hubiesen exhibido en España y, menos aún, en el extranjero. El público, naturalmente, ha manifestado su desafección por nuestro cine.

Según esto, lo extraño no es que el Cine Español no ocupe en el mundo el lugar que, por razón, le pertenece. Lo milagroso es que, a pesar de todo, haya habido Cine Español.

La falta de seguridad económica de nuestra cinematografía, expuesta a la competencia de películas extranjeras dobladas en nuestro idioma (películas que se han realizado con un presupuesto a veces veinte veces mayor que el de una película nuestra, y que, amortizadas ya en el país de origen, se adquieren a un precio muy inferior a lo que puede costar en España la filmación de una película de segundo orden y se ofrecen al público al mismo precio, caso único de antiproteccionismo) ha impedido que se constituyan grandes empresas cinematográficas, que son las que dan continuidad y tono a la producción de un país, y que nuestros estudios reúnan todos los elementos con que cuentan, por largo, los de algunas capitales de Hispanoamérica.

El esfuerzo del Cine Español se ha debido al entusiasmo de unos pocos, a contados productores de buena voluntad y, sobre todo, a la labor de algunos directores.

En España no ha habido grandes marcas. Se cuentan con los dedos los nombres de los que, contra viento y marea, han defendido animosamente la producción al ritmo que les ha sido posible. Es de justicia dar los nombres de algunas empresas, en las que ha brillado una noble ambición: *Cifesa, Ulargui Films, Cea, Ballesteros, Suevia Films...*, sino grandes películas, aisladas, bajo signos distintos, en diferentes ocasiones y con diversos capitales. A un factor importante se debe el que el Cine Español haya mantenido, aun-

que espaciadamente, su prestigio y su calidad artística. Me refiero a los realizadores.

Un director de cine, en otros países, es el especialista llamado a realizar una determinada película, ya resuelta en muchos de sus detalles. Constituye una pieza más de un complicado engranaje. En España, el director suele ser el alma de una película y, a veces, el alma y el cuerpo.

En primer lugar, la idea de llevar a la pantalla un asunto parte casi siempre del director. Rara vez otro elemento de una producción puede apuntarse el tanto de haber sugerido un asunto de éxito. Después, casi siempre también, el director ha de procurar la manera de poner en marcha su idea, y hasta ha de buscar y convencer al capitalista. Casi siempre ha de escribir sus propios guiones. Casi siempre ha de seleccionar sus colaboradores e intérpretes, e intervenir en todos los detalles y manipulaciones, a falta del suficiente número de profesionales en quienes poder descansar.

Así, el éxito o el fracaso de una película española suele ir unido al nombre de un director, y el hecho de que las buenas películas españolas no sean de las mismas marcas, o se hayan filmado en determinados estudios, sino de unos cuantos directores obliga a concederles el debido crédito. Y las buenas películas españolas se deben a un contado número de directores, que no pasan de diez.

Es muy difícil, para el que esto escribe, citar sus nombres, y peligroso incurrir en omisiones, casuales o voluntarias. De este grupo de realizadores pueden ser destacados, indudablemente, tres; aquellos tres que han sostenido con mayor seguridad una línea de aciertos, que han acreditado una certera técnica y unas cualidades de excepción, y que son, sin discusión posible, los tres primeros nombres de nuestra cinematografía. El alfabeto facilitará un ecléctico orden de prelación. Se llaman Rafael Gil, Antonio Román y José Luis Sáenz de Heredia.

Tal vez la mitad de las buenas realizaciones españolas llevan la firma de uno de estos tres directores. Proporción tan elevada justifica suficientemente el que se les conceda una categoría superior.

Por muy distintos caminos, con muy distinta formación intelectual y en ambientes dispares, estos tres realizadores han llegado al cine con la misma vocación. Mientras uno encontraba una paralela afición que le proporcionaba los medios necesarios para sus primeros ensayos, otro, por sus propios medios, con una cámara al hombro hacía sus primeras escalas en el documental, y el otro iniciaba su aprendizaje como ayudante de dirección y escritor de guiones. Sin que la literatura haya sido la base de su preparación, dos de

ellos han ejercido la crítica cinematográfica en revistas españolas y han escrito ensayos sobre la estética del cine, mientras el otro ha logrado fortuna de autor teatral en un difícil género. Los tres son ágiles conferenciantes, que saben decir bien lo que tienen bien sabido. Los tres conocen sus posibilidades, la medida de sus fuerzas, lo cual reduce a un mínimo sus falsos pasos. Un agudo sentido crítico les salva de no pocos tropiezos y les permite aconsejar de modo certero y constructivo a sus compañeros. Con un cuarto director español, se han exhibido mutuamente sus películas, antes de ser estrenadas, y se han auxiliado con eficacia en la afirmación de los aciertos como en la advertencia de los errores. Ante las películas extranjeras, estudiadas muchas veces juntos, las coincidencias de su juicio han sido sorprendentes.

Todo esto puede hacer suponer que los tres realizadores citados siguen una misma tendencia. Por el contrario, sus personalidades son perfectamente acusadas y distintas. Les une un mismo anhelo de perfección, un mismo amor a su arte y, probablemente, se dirigen a un mismo fin, pero cada uno por un sendero diferente.

Han abordado ya muy diversos temas, una veces por buscarse a sí mismos, y otras por imposiciones cuya índole no es necesario precisar. En los tres ha persistido, vivo, un afán de buscar la personalidad del Cine Español a través de su propia personalidad.

Cada uno tiene en su haber películas que, desde el pensamiento de origen, responden a una peculiar tendencia, la más afín a su temperamento. En otras ocasiones han coincidido casi en temas, ambientes y estilos, y entonces, desde el enfoque del asunto hasta el encuadre de sus escenas, cada uno ha respondido, fiel a sí mismo, a una diferente concepción.

Son los tres de edad aproximada, y aunque en su joven veteranía cuentan ya con éxitos rotundos, cabe esperar mucho de ellos aún, incluso triunfos definitivos. A ninguno han amanerado sus aciertos, ni ninguno se ha limitado a seguir el surco que con fortuna habían abierto. Han sabido huir de lo ya logrado y, en cada ocasión, han pretendido un horizonte nuevo.

Los tres, entre muchas incompetencias, no pocas audacias, excesivas impremeditaciones y el repetido afán de improvisar cine de que adolece España, constituyen una sólida referencia, una seguridad inteligente de oficio y de capacidad que el público conoce y calibra. Mientras numerosas películas españolas se estrenan con dos docenas de espectadores en la sala, críticos incluídos, las de estos tres directores atraen, desde el primer momento, la atención del público, constituyen la actualidad cinematográfica y suelen llenar durante

varias semanas los primeros locales de Madrid. Sus nombres suelen ser mayor garantía para las empresas que las marcas que amparan sus películas o la fama de las estrellas que encabezan sus repartos.

Muchos artistas que han obtenido triunfos resonantes en las películas de estos tres realizadores, han pasado, en otras manos, a resultar insignificantes. Muchos de los temas en que han logrado sus éxitos han sido intentados por otros directores, que descubrieron así las distancias que los separa y la inocencia de suponer que el éxito propio puede estar en repetir los ingredientes del éxito ajeno. En las viejas fórmulas y recetas existe una final advertencia: «Mézclese según arte». En cine, ese arte de mezclar los componentes es lo que suele merecer una letra mayúscula, lo que, según, puede ser o no Arte.

Cuando el total acierto no les acompaña, lo no logrado por ellos suele ser superior a lo mejor de muchos. Les salvará siempre la buena, la limpia intención, y no se quebrará nunca completamente la línea de su dignidad. Pueden ser discutidos, pero de modo parcial. Muchas escenas, y hasta películas enteras de sus manos, pueden ser criticadas severamente, pero la suma de lo logrado por entero les salva de que se ponga en duda lo que en algún momento, como en la obra de todo artista, puede eclipsarse. Los eclipses son breves accidentes, no de los astros, sino de su luz.

Ellos mismos sabrían, mejor que el más erizado censor, descubrir las flaquezas de su obra, tantas veces imposibles de subsanar. Y en más de una ocasión, ante lo que pudiera darse por conseguido, pueden advertirnos lo lejos que estaba, en la intención, la diana y lo corto del tiro. Ninguno de los tres es capaz de engañarse a sí mismo por mucho tiempo, ni deja de admitir sus errores.

Difícil sería definirlos por entero, sobre todo cuando, por fe en sus cualidades, no puede asignárseles aún su obra ni su personalidad definitiva. Les llamaríamos, si acaso, ante la necesidad de calificarles, de quererles clavar con un alfiler cuando aún están en pleno vuelo, en selección de cálices, como la Humanidad, la Fuerza y la Intuición.

Más que clasificar, que disecar especies, hemos anillado tres palomas mensajeras que tienen por traer todavía su mejor mensaje.

Y no es que creamos a los demás desposeídos de las cualidades que atribuimos a cada uno como principales, ni que a este carácter preponderante dejen de acompañar estas y otras virtudes, unidas a las que suponen el fácil empleo de una segura técnica, las bien sabidas maneras de su oficio y el instinto certero con que, paso a paso, van hallando la verdad del Cine Español y del cine actual.

Español, porque bebe en las fuentes de nuestros temas y de nuestros modos, porque cada día se despoja de una extraña influencia de las que pudieron servir de vástago en su amorosa iniciación. Y actual porque, como todo el buen cine del mundo, en este momento, va de cara a la realidad y a la sencillez, al problema humano y directo, con la técnica simple, oculta, inadvertida para los que se dejan ganar por el efecto y el truco, para los que viven aún en el cine de hace veinte años, y para los torpes que, al cabo de otros veinte, descubren, por ejemplo, el surrealismo que fué, en su tiempo, invención española en la pintura y en el cine, y han necesitado que, con largo retraso, marchito ya y gastados sus secretos, venga a hacérnoslo tragar, al servicio de lo oscuro y de lo morboso, al servicio de Freud (otra vieja novedad), el cine americano.

No encontraréis en la manera de estos tres directores, en su propio sentido, los ángulos desquiciados, que obligan a la cámara, y al espectador con ella, a las más difíciles posturas. No habrá en sus *films* sueños fabricados con las sobras de un arte marchito, con los flecos de una moda pasada. No harán surrealismo, porque ya no es hora de eso y el surrealismo ha podido llegar hasta a ser comercial al llegar, y deslumbrar, a los retrasados de noticias, en ese período en que las feroces artes nuevas empiezan a volverse mansas y, por caducas, a dejarse sobar por las segundas manos, a las que está negada la invención.

Otra lección es la que persiguen escuchando el latido cinematográfico de nuestro tiempo: la intención de ir de cara a la vida, lección que lograrán con acento propio, porque los tres, hasta en sus defectos, definen el Cine Español por la orientación de sus pasos, con el empeño de cristalización definitiva, que sólo se da cuando el verdadero artista se encuentra y acierta y plasma el ambiente que le rodea, cuando descubre lo cercanos que estaban los materiales de su arte.

Hemos llamado Humanidad a Rafael Gil porque lo humano es su mejor acento, por la ternura honda, suave, con que ve, desde arriba, los problemas y los dramas sencillos, cotidianos, de las pobres gentes. Ha abordado con éxito rotundo temas importantes—lo histórico, lo apasionado, lo literario—. Tal vez en estos temas ha obtenido sus triunfos más resonantes. Sin embargo, su verdadera personalidad, el fondo de su alma grande, de sentimientos claros, está en las escenas mínimas de seres insignificantes, ni héroes, ni santos, ni siquiera considerables pecadores. Seres que viven cerca de nosotros todos los días y a los que sólo una sensibilidad aguda, comprensiva, suave, puede descubrir. En *Huella de luz*, en *El fan-*

tasma y doña Juanita se da más sostenida esa nota, que no deja de aparecer en el resto de la obra de Rafael Gil, aunque más envuelta y limitada. Puede, y debe, buscar otros ejercicios para su arte; pero siempre, donde aparezca una emoción suave que ponga juntas lágrimas y sonrisas, allí estará el verdadero Rafael Gil, libre de decorados y de masas, olvidado de las exigencias de la superproducción, con el corazón abierto, dando sin regateo, con la ternura, lo mejor de sí mismo.

Fuerza es el signo atribuído a Antonio Román. O nervio, si se quiere. Y ambición. Quizá ninguno de los tres realizadores apunte tan alto en el propósito, ni lo afronte con más entusiasmo ni se apasione tanto por su oficio. Está, en todo momento de su trabajo, tenso como un arco a punto de disparar su flecha. Fuerza. Una fuerza de raíces profundas, un impulso físico y misterioso. De mayores preocupaciones intelectuales que sus compañeros, frena con ellas, con la razón y el cálculo, la pasión, el ímpetu que debiera ser el rasgo primordial de su estilo y su camino seguro. Pasión, de muchas clases, en todo. Pasión que él mismo va limando, como avergonzado de ella, considerador excesivo de inconvenientes e inconveniencias. El día en que su pasión y su fuerza encuentren definición, sin trabas, sin compromisos, Antonio Román conseguirá el andante de su sinfonía perfectamente preludiada. No es director de medias tintas, de matices indecisos, de psicologías intermedias. Necesita caracteres enteros que enfrentar, temas redondos a los que ir derecho, sin rodeos, sin juego. Lo frágil corre peligro en sus manos. Su cine ha de atropellar muchas cosas ante las que aún se detiene. No ha de tener piedad para lo indefinido o lo intermedio, ni para nada, porque no sabe tener piedad. Sus elementos, hombres, mujeres, conflictos, antagonismos, heroísmos, ambiciones, luchas, han de ser de una pieza. Cuando se advierten en su obra estas ráfagas como de ametralladora, esas vibraciones tenaces y acusadas, es cuando se anuncia lo mejor, lo más firme de su buen arte.

A José Luis Sáenz de Heredia se le ha adjudicado, en este reparto, la Intuición. Una prodigiosa intuición, un certero dar en el clavo, al primer golpe, recién empuñado el martillo y sin casi haber visto el clavo. Una inteligencia viva, rápida, que inventa sin buscar, que crea sin cálculo ni método. Que se da, espontánea y feliz, con abundancia. Podría hacer cine con los ojos vendados. Tal es el tino de su segunda vista, de su sensibilidad, de su adivinación. Tiene los sentidos muy afilados, y una antena despierta que capta las ondas más sutiles. El mismo debe sorprenderse, muchas veces, antes que nadie, de lo que luego nos sorprende a todos. O mucho engaña su

facilidad, su acierto, que parece cazado en vuelo, más que fruto de la tortura del pensamiento, de la angustia de la creación rebuscada. Muchos duendes trabajan para él y uno, de centinela, le mantiene despierto el ingenio, fresca la imaginación. Su cualidad más personal, el humor, debiera haber marcado el tono de su obra y, sin embargo, cuando en el humor sólo consigue, por falta de selección, por indecisión de límites, atisbos excelentes, en el drama, en lo patético mismo, logra los momentos más impresionantes que conoce nuestro cine, planos de antología, inesperados, sorprendentes, ajenos al valor total de la película, en el mismo centro de la diana del acierto. Cabe dar calificativo de intuición a lo que, al menos aparentemente, es ajeno a la personalidad y advierte, con rapidez increíble, lo que en un determinado momento se precisa, lo que sólo una inspiración, un destello, que únicamente Dios sabe de dónde llega, puede cerrar de modo perfecto. Sáenz de Heredia es el realizador español que más ha puesto los puntos sobre las íes, lo cual no quiere decir ni redacción ni caligrafía. Y el que mejor ha rematado los quites, lo cual quiere decir arte y gracia, quiebro y mando, en el minuto de máximo riesgo.

Hay, aparte de estos tres, en los que hemos apurado hasta el disfavor, otros directores españoles. Ha de haberlos, porque hay otras películas españolas importantes, que no se deben a los tres mencionados. Tal vez en los demás directores considerables no se dé tan frecuente unidad de conjunto, tan segura afirmación de personalidad. No toda la labor de nuestros realizadores mantiene una línea de acierto tan constante. Se advierten desigualdades en ellos, pero de lo verdaderamente conseguido de su labor cabe contar con muchas probabilidades de nuevos éxitos.

Marianela, La florista de la reina, La aldea maldita, Misión blanca, Ella, él y sus millones, Un marido a precio fijo, La vida en un hilo, Espronceda, Confidencia, Angustia, Botón de ancla y algunas más, son buenos y bien variados ejemplos de lo que una cinematografía, que, por falta de una adecuada nutrición, no ha llegado a su completo desarrollo, puede dar.

Algo hay, pues, que salvar, en alto, de tanto error y tanto juego torpe, de tanta osadía y tanta irresponsabilidad de estos primeros años de nuestro cine. Hay mucho que se tiene en pie, a pesar de toda especie de vendavales, y que va recobrando, poco a poco, el favor de un público demasiadas veces burlado para que se le pueda exigir una fe ciega.

Falta Cine Español, tal vez, en el sentido total de la expresión, porque nuestro cine no haya encontrado su propio estilo y ande en

acecho, en intentos y en duda de caminos; pero no faltan películas españolas, lo cual indica inteligencias, capacidades, personalidades y oficios que pueden crearlas. Quienes en los peores años han llevado el peso del esfuerzo, dispersos, aislados, pueden abrir, con sus nombres, un crédito a la esperanza. Porque a esos nombres se debe lo mejor de lo hasta ahora alcanzado, de esos nombres cabe aguardar, con otros que surjan, la buena nueva de nuestro cine.

EL ESCRITOR DON JUAN VALERA

POR
RAMON DE GARCIASOL

I

UN ENTENDIMIENTO DEL ESCRITOR

QUIÉN es escritor? En principio, y para no decir nada, el que escribe. ¿El que escribe qué y cómo? Porque también escribe el escribiente y no es escritor. Escribir materialmente, llenar cuartillas, no da prueba de escritor, como no es suficiente para merecer el nombre de poeta hacer renglones de la misma medida, colocados unos debajo de otros. Escribir es un acto necesario, como la salida del sol. Escritor es el que escribe lo que lleva dentro, el que se recrea a sí y al mundo, el que interpreta artísticamente lo que sucede fuera de él. Escritor es el que tiene necesidad de decirse literariamente. Esto es, el que tiene conciencia de sí, de su tiempo y de su mundo; el que es capaz de reflexionar, ordenar y explicar sus sentimientos y darles o encontrarles significación.

¿Cómo escribir de esto para ser escritor? Gracián nos dará la gran contestación: no contentándose con la verdad, como el juicio, sino aspirando a la hermosura. El filósofo se limita a la verdad; el escritor ha de empezar a partir de la verdad; ha de construir sobre cimientos verdaderos y humanos.

Escribe el escritor y escribe el pensador. Ambos se valen de los

mismos materiales visibles: la palabra escrita. Y los dos realizan diferente función. Uno crea o re-crea; el otro investiga sobre lo ya creado, pretendiendo encontrar el sentido, la conexión y unidad entre el mundo y el hombre. El pensador, presionado por la necesidad de explicarse la vida, dolido de la insuficiencia de su conocimiento, pregunta a las cosas incesantemente cómo son. El escritor, a veces, sacrifica la verdad a la verosimilitud cuando es más bella, al ritmo, a la gracia, al estilo. ¿Pero no es el estilo la expresión del pensamiento, el ritmo personal del pensamiento, la propia conformación mental en acción que se distingue de los demás? ¿Qué escritor verdadero no piensa, no se duele? ¿Cabe distinguir entre pensador, escritor y poeta? ¿No serán los tres nombres fragmentos del hombre superior que llamamos genio literario? ¿No es el escritor el terreno imprescindible sobre el que predomina el pensador o el poeta? Con la palabra, el filósofo pregunta, desazona; el poeta afirma, contenta.

Mas no bastan aquellas exigencias que suponen una naturaleza especialmente conformada para la recepción, reflexión, dominio de la palabra, temperatura, tono y timbre de lo escrito; que la buena prosa, a más de significante, ha de sonar claramente como las monedas de la buena plata vieja. Ser escritor es un consecuencia de ser hombre; el escritor, como todo lo histórico, se da en el hombre. Y el hombre, a más de yo, es circunstancia, se nos ha dicho; es decir, lo que sea el pavoroso ser hombre, mas historia, tiempo con lugar y fecha, tiempo determinable y sin vuelta, en el que ocurren tales cosas y nada más que esas cosas. A más de conciencia de sí y del mundo, el escritor ha de tener sentido del tiempo, de lo que se debe hacer, de lo que se puede hacer en el tiempo. Y entregarse a lo uno o a lo otro, escoger, con el riesgo que supone toda elección, es tener responsabilidad y libertad: acertar o equivocarse, pagando las equivocaciones sin poder envanecerse mucho de los aciertos.

Como vemos a poco que hurgamos en el tema, ser escritor es algo muy serio. Para ser escritor se necesita ser hombre, algo más que el simple hecho de nacer y vivir con forma humana; vivir en un tiempo determinado, teniendo conciencia y responsabilidad de sí y del mundo que le sostiene, obligado a decir verdad de modo bello, o para obviar concepto tan borroso y discutible, a decir verdad, que en sí comprende la belleza, el bien, la justicia y los valores más nobles. El escritor es la conciencia de su tiempo, y como la conciencia está en vigilia permanente, porque el pensamiento, de donde se nutre el escritor, no cesa de manar ni aun en sueños.

«Disfrutan los labradores sus ocios, disfrutan todos los artistas y obreros—dice Vitoria—; y al ocupar su vida en los días de labor, esperan los descansos de las fiestas, en los que a voluntad aflojan las riendas del trabajo y recrean el espíritu y dan solaz al corazón, olvidados de las fatigas. A nosotros, ni en las fiestas ni en las vísperas se nos consienten estos ocios; para los estudiosos no existen ferias; para los ejercicios literarios no hay vacaciones.» Y ¿cómo va a haberlas, si el lugar de trabajo del escritor está en él, es él mismo alzando el mapa de ese continente desconocido que es el espíritu, que normalmente acaba por comerse a sus exploradores? Hasta que no le abandone el pensamiento no podrá descansar. Y con la quemadora preocupación de la forma, de la belleza, que tiene tantas plumas paradas, más que por falta de tener qué decir, por no saber cómo decirlo, por no encontrar el ritmo en que darse a las gentes. Si el estudioso no tiene vacación, debiendo salir fuera por el sustento, ¿qué vacación tendrá el que lleva la materia de su rumia en sí mismo, fuera de los ratos de alteración, estupidez o sequedad, tan abundantes y dolorosos? Para el creador siempre es día de trabajo. Los demás disfrutan coincidiendo en su alegría potenciada con las alegrías de los otros. El anda solo; y bien saben los escritores y los que les quieren y padecen viéndoles tan sin gusto, que la afirmación, ni es consoladora ni tópica.

Añadid a lo expuesto que el talento es imperdonable, aun pudiendo dedicarse a él. Si por desdicha se da en un mal dotado económicamente, el dolor se hace molesto; freno y no espuela. Por eso hay hombres que chirrían, intentando avanzar con las acciones frenadas. El talento, fuera de los que pueden atenderle por su posición económica, no es de envidiar. Es una enfermedad incurable, que debe llevarse con alegre decoro, para la que no existe más medicina que la muerte. Y encima de que se nace con él, gravado con él, en los períodos críticos de la Historia, el escritor es juzgado y ejecutado, con lo que se le hace el alto honor de considerarle peligroso o benéfico.

El escritor, por lo visto, no es un cualquiera. Ser escritor es una aspiración digna del hombre, aunque se acabe una mañana con un abejar de balas en el pecho. Tal como consideramos nosotros al escritor, parece confundirse con el más alto tipo humano; y no anda descaminado quien tal piense. Por lo mismo, da la temerosa impresión de que hay muy pocos escritores.

¿Quién puede aspirar dignamente al título?

¿En qué hombre se reúnen vocación inexorable, gracia expresiva, conciencia propia y del mundo, sentido de la responsabilidad,

concepto religioso del ejercicio de las letras, valor para quedarse solo o ser eliminado por decir la verdad? ¿No se puede ser escritor sin cumplir estos requisitos, sin que se den en uno estas exigencias? Sí. El escritor es una abstracción. Existen escritores más o menos cercanos al ideal.

Mas la intención, la grandeza o la miseria, la potencia o el desmayo salen a las palabras como el amor a la cara. En cada escritor se puede tomar el pulso a su calidad, porque no ocultamos nada, aunque no haya quien lo sepa ver; incluso nos revelamos al ocultarnos. Cada frase de un escritor, en los ratos en que merece ser escritor, es una ventana abierta a su espíritu, por más que existan pocos lectores capaces de llegar a verlo, por frivolidad, por pereza, por prisa o por incapacidad. Rarísimos hombres saben lincear corazones, seguir en palabras el ascender del pensamiento en vuelo.

Dijimos que el escritor sólo se da en el hombre. Añadamos que las cualidades que encontrábamos en el escritor son presupuestos imprescindibles, como la limpieza y la dulzura en la mujer; no méritos: necesidades.

Ya tenemos al escritor. Mas el escritor vive en el hombre, en un hombre, y ese hombre vive en un mundo y en un tiempo. Si nada externo lo impide, quien reúna las condiciones últimas que hemos apuntado, podrá escribir. Pero el escritor siempre fallará, más que por su capacidad, por los obstáculos de fuera, por los impedimentos con que tropiece o se invente; que para los efectos, da lo mismo.

Veamos algunos dolores del escritor en un escritor concreto: don Juan Valera.

II

DOLORES DEL ESCRITOR DON JUAN VALERA

Don Juan Valera es un escritor cuya vida y obras son muy conocidas, al menos de nombre. Don Juan es una de las figuras más atentamente estudiadas, miradas desde más puntos de vista. Esta predilección por Valera explica su dimensión humana e intelectual. Valera es de los pocos escritores españoles del XIX, que a más de formidable prosista, era un hombre de gran cultura. Escribía por vocación y por consciencia. Sus frutos no eran graciosas apariciones en el árbol. De ahí las vueltas que se dan a Valera, un Goethe menor, como si hubiese el barrunto de que se puede encontrar en él alguna clave humana y literaria. Vivió en las letras, pero también vivió en el mundo. Se ocupó de pensamientos y de hombres. Supo

y tuvo gracia para decir su saber. Su prosa no es mera formalidad, pura música celestial, sino pensamiento. Y da la casualidad que las obras perdurables han sabido amalgamar la creación, apoyada en la realidad, con el pensamiento. Mas como la realidad, al adobarse literariamente queda desconocida, recreada, con un ser distinto, o con el hueso oculto a los ojos, como el brazo o el melocotón, es difícil encontrar al hombre vivo y efectivo en su obra, normalmente idealizado o fantaseado. Así se explica el fabuloso interés de la correspondencia, de las memorias, confesiones y diarios de los escritores. Allí suele estar el hombre, ese desconocido, como se ha dicho, al que tanto interés tenemos en conocer. Y si no está el hombre, quedan las huellas, el rastro de su paso y su perfume.

Es posible que vivamos una de las horas más graves y prometedoras de la Historia, que se está haciendo mayúscula. Aunque bajo la angustia hay fundamentos de fe, nos tiemblan los cimientos. Por eso nos volvemos al hombre con tanto ahinco; al hombre que ha sido en otro tiempo, para averiguar si lo que nos pasa es por nuestra condición humana o es que nos ha tocado vivir un momento crítico; si nuestro dolor es único y tiene grandeza, o es la pena por el calderoniano delito de haber nacido.

Una de las correspondencias más interesantes de la literatura española, desde el punto de vista humano, es la de don Juan Valera con don Marcelino Menéndez y Pelayo. En ella aparece el hombre y escritor Valera, mejor que en ninguna de sus novelas, ensayos o poemas, menos cuidadoso de ocultarse tras sus personajes, de sublimarse en ellos.

Nadie puede hacer dejación de su personalidad, a condición de que la tenga. Así, don Juan Valera, cuando sale de lo literario y zascandilea en política o diplomatiquea por esos mundos, actúa como escritor. Como en la contestación famosa, don Juan era un escritor que en los ratos de ocio se dedicaba a la política, con el mínimo fervor, dicho sea en justicia. Es más, en sus cartas se manifiesta que la diplomacia fué para él un intento de liberación económica para poder escribir a su sabor. Este ha sido el sueño de los escritores españoles. ¡Poder escribir lo que se quiera, a la hora que se deba, sin tener que abandonar lo que importa para la necesidad de ganar para subsistir, para existir mientras llega el momento de vivir, que por lo general adviene tarde, mal y nunca!

El *Epistolario* de Valera comprende los temas de *siempre* entre escritores: familia, sociedad histórica, problemas del instrumento verbal, penuria económica, enfermedad, abatimiento, entusiasmo, esterilidad creadora. Todas las oscilaciones de esa llama alimentada

de sí, que es el hombre, que se consume más pronto cuanto más vívida fulge. Su enorme interés está en ser lo de siempre, en un hombre determinado; en resultar un espejo aleccionador para el que se mire atentamente; porque vamos al mundo a buscarnos y miramos a los demás para vernos. Y trata los problemas con la tranquilidad y falta de recelos que permite la confianza y la discreción, pues, por desdicha, sólo los chicos y los tontos, los que no tienen nada que decir, dicen la verdad. Escribe sus cartas un poco para nadie, aunque vayan dirigidas a don Marcelino, y desde luego, sin pensar en nosotros, en el lector, como ocurre con el libro. Y precisamente cuando nos olvidamos del público, cuando nos dejamos a un lado, acertamos los hombres a lograr la universalidad. En el corazón de don Juan estaban todos los corazones de los hombres; por eso, cuando nos enseña el suyo, nos encontramos con el nuestro.

Hombre que no se lamente, no es hombre, y más si es escritor. El hombre, en general, y particularmente el hombre escritor, es una criatura lamentable. Mas hasta en la queja hay grados. Y el escritor tiene las razones de los hombres para lamentarse, más las suyas de escritor. Necesita, a más de lo que todos, ocio, paz interna y externa, atención. Y el ocio fecundo, como la paz y la atención que da el amor, no se compran con dinero, pero no son posibles sin él. Y dinero suficiente no se gana con la pluma, única herramienta de trabajo que sabe manejar un escritor. En España, escribir es abstenerse de vivir como las personas, tanto como llorar, según quería Larra.

Oíd a uno de los grandes de la pluma dolerse de su indigencia: «Es menester ganar dinero escribiendo, y para ello, en España, donde tan poco y tan mal se paga, importa convertirse en chorro continuo de tinta, o poco menos.» Pero escribir no es un oficio mecánico, sujeto a reglas, capaz de dar resultados a voluntad, de consecuencias predeterminadas y rendimiento fijo. Afortunadamente, tampoco es trance, aunque sea temple, ni estado mediúmnico en el que se trabaja de altavoz del misterio. Lo cierto es que no se puede escribir cuando se quiere con necesidad económica, no con necesidad vital. Mas la inspiración viene trabajando, según Baudelaire. Hay que trabajar siempre, esperar trabajando para que cuando llame la inspiración a nuestra puerta podamos recibirla. Y hay que trabajar de joven para poder llegar a viejo y no haber perdido la vida.

¿Son más sazonados los hijos de los jóvenes o los de los viejos? Las grandes obras, incluso en lo poético, no en lo puramente lírico, en lo espontáneamente vegetal, se han dado en la alta madurez,

cuando escribir no puede ser vanidad o broma, pues el hombre se ha quedado en lo esencial. La juventud es más flor que sazón, más gracia que pensamiento. ¿Y es que no valen tanto la flor y la gracia como la sazón y el pensamiento? Quizá más, aunque no perduran; su relampagueo deja dolor y no consuelo. La juventud no es la edad plena del hombre. Según para qué, nos advierte la sabiduría. La juventud es un estado perentorio, un sin hacer. Como no cabe dar normas infalibles, debemos trabajar siempre, al menos para no tener remordimientos cuando lleguemos a viejos, como don Juan: «Todo esto proviene de que yo he empezado tarde a ser laborioso. Cuando joven no pensaba más que en tontear y perder el tiempo en fiestas y tertulias. Ahora que quiero trabajar, apenas hay días en que pueda yo con mi alma: la tos, los dolores reumáticos, los de estómago y de cabeza y otros mil alifafes me ponen incapaz y estéril.»

Parece que perder el tiempo en cháchara y tertulia es propio del escritor. No se puede estar a toda hora lleno de ideas, de personajes, de versos. Y los intervalos, mientras vuelven las aguas a la fuente, parecen ociosos; como si la gestación fuese un espectáculo y no un oscuro e inquietante caminar, del que a veces ni nosotros tenemos noticia. El ocio y el subconsciente trabajan por nosotros, como ocurre a veces, que el consonante nos trae ideas que no teníamos.

No en una ocasión, en muchas, se queja Valera de sus ocios juveniles; él que fué desde presidente de tribunales de oposiciones universitarias hasta académico de la Española, Ministro en Lisboa, Washington, Bruselas..., y adquirió estudiando de firme, a más de a golpes de talento, una cultura insólita para España en el siglo XIX. Sus medios instrumentales, sobre todo en lenguas vivas y muertas, eran extraordinarios. «Esto tiene, amigo mío, haber sido un paseante y un vago cuando mozo, que ahora, cuando viejo, desea uno escribir, y falta tiempo, salud y brío.» Y esto se lo decía al joven Menéndez y Pelayo, uno de los españoles más trabajadores de todos los tiempos. Don Marcelino, leyendo al maestro, debía sentir una descarga nerviosa en la columna vertebral, y se pondría a trabajar con más fervor.

La preocupación capital de Valera, hombre de fortuna por su casa, es la pobreza del escritor, su indefensión. Sabía como todo el mundo que se dedique a escribir, que la necesidad material no ayuda a escribir mejor, aunque fuerce a escribir más, a convertirse en «chorro continuo de tinta». Por eso pedía propaganda y jaleo para sus obras. La publicidad, y más si es inteligente, ayuda a vender.

«Hablando con franqueza, pido a usted y a sus amigos *bombo* para esto y para todo. (Se refiere a su diálogo amoroso-filosófico *Asclepigenia*). Necesito ganar algunos ochavos escribiendo, y los *bombos* son indispensables.» En otro momento ruega lo mismo: «Dentro de diez días, a más tardar, saldrá también al público mi tomo de *Disertaciones y juicios literarios*, con cerca de cuatrocientas páginas de letra muy metida en cuarto. Va en dicho tomo lo menos malo de cuanto he escrito. Pido *bombo* para todo, a fin de facilitar la venta.»

He aquí a don Juan Valera, y es muy humano, pidiendo, no ya crítica de amigos, sino bombo descarado, no para presumir de genio o de talento, sino «para facilitar la venta», a fin de poder obligar al editor para libros futuros.

La carta más amarga de Valera en esta correspondencia llena de pensamientos que desazonan y desazonarán a los escritores, si no se remedia su fortuna, es la que lleva el número 21. ¿Qué vocación, qué incapacidad para otra actividad no hay que tener para poder seguir escribiendo después de saber esto? Dice Valera:

«Y ya me hallo viejo, algo achacoso, pobre y sin esperanzas, y con la ilusión de ganar algo escribiendo, casi perdida. En España, un escritor de mediano sentido común me parece un sastre bueno de París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda, donde la gente anda aún con taparrabos, si acaso, pues tal vez ande hasta sin eso.

»Aquí nadie gana dinero sino con la usura, el robo, la estafa, el contrabando, la trata de negros y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura, cuando no un arroyo de lágrimas y de sangre. Nadie más pacífico ni más conservador que yo, aunque tengo harto poco que conservar...

»Y lo que más me enoja y ofende y abochorna de no ganar dinero no es el no ganarle, sino el desdén con que le miran a uno los tunantes y galopines que lo ganan, y que nos califican de cuitados, de flojos, de tontos y de parapoco. Vaya usted a persuadir a M... de que no somos unos mentecatos de a folio que no servimos para nada. Yo casi me lo voy creyendo ya, por lo que a mí toca.

....

»Consolémonos con que nosotros tenemos ciertos deleites soberanos en la contemplación de la belleza pura y en la investigación de la verdad, que esos animales de judíos no alcanzan.»

La reacción del final es muy típica del escritor. Se queja, se encrespa, parece que va a pasar a la acción, y suspira desprecios volviendo la espalda a «esos animales de judíos», para irse a contemplar la belleza pura o a investigar la verdad..., no a hacer dinero. Y es que un escritor, que para lo suyo es superdotado, para lo demás es incapaz y necesitado de tutela. Es malo, a los efectos del triunfo económico, saber demasiado—si esto fuera posible—o sentir más agudamente que el resto, porque se acaba explicando la razón de los que nos apalean, en vez de defendernos. Aquí hay una debilidad infantil cargada de pensamientos que atan las manos. Ser escritor es razonar el dolor y justificar las acciones de los demás. Por eso la compasión, no sin cierta envidia, que le prodigan los hombres de acción social. El saber, el conocimiento, estorba para muchas empresas, porque quita hierro, hace inofensivo. Embiste mejor un buey que una cabeza pensadora. El escritor tendrá que oír del capitán de industria que contempla su biblioteca, lo único importante de la casa: «*Esto*—¡los libros!—le impedirá ganar dinero. Yo no leo. Si usted fuese capaz de olvidar todo *esto*, ganaría más dinero que yo, porque es más inteligente.»

Hemos dicho que el escritor se da en el hombre, con el que es un tanto incompatible, pues los escritores debieran ser ángeles sin necesidades. Una de la misiones que debe cumplir el escritor es casarse y tener hijos. ¿Pero puede casarse? Esto no se lo plantea la Naturaleza; da la necesidad, y que cada cual se la resuelva como sea capaz. ¿Puede y debe casarse el escritor? ¿No añadirá problema a su problema? ¿Entenderán sus silencios, sus rarezas? ¿Son compatibles dos amores, los dos absorbentes, en el corazón de un hombre? Yo afirmo, contra las fanfarronadas y los abatimientos, que un escritor sin mujer, sólo con nostalgia de mujer, con desazón de hogar, está mediado. El escritor debe casarse, aunque quizá no pueda, no por incompatibilad con nada, y menos con sutilezas o vicios, sino por falta de dinero. Una mujer puede anular a un hombre; una mujer puede salvar a un hombre. Lo que pasa es que hieren más los desgraciados, porque la desgracia es escandalosa y la felicidad no suena. También hay menos escritores que hombres, y por lo mismo son más notorias sus vidas, un poco a la intemperie. Lo normal es ser infeliz, en el hombre y en la mujer, pero es tristísimo no haber tenido ocasión de probar la capacidad de felicidad o de fracaso.

El escritor Juan Valera se casó, como era normal en otros tiempos. Su mujer, a creerle a él, no era un modelo de administradora. Siendo Ministro en Lisboa en 1883, escribía a Menéndez y Pelayo

el 3 de marzo: «Después de estas briegas diarias para que alcance el dinero, me da calentura, me abato, me acoquino, me disperso y no valgo para nada. Hay días en que recelo que esta vida de angustia económica es una a modo de castración intelectual, y que yo no escribiré nada ni valdré nada mientras siga así y no me vuelva a la bohemia por completo.» Si el escritor fuese capaz de llevar a la práctica todas sus ideas, sería temible y avasallador. Pero no sabe más que lamentarse. Cuando no tiene, de que no tiene; cuando es Ministro, de que el cargo le quita tiempo para su trabajo literario. En el mismo don Juan, fuerzas superiores a la voluntad, al deseo, le obligaban a seguir amarrado a la Embajada. Por él, volvería a la bohemia, a quedarse en mitad de la vida con el día y la noche por capital. ¿Y la familia? Y hay que uncirse al carro. «En fin—dice dándose por vencido y desautorizando el arrebato verbal de hace un momento—, todavía quiero ver si saco fuerzas de flaqueza y valgo para alguna cosa, sin dejar este turrón, para que mi mujer no diga que no miro por ella y por los hijos.» Antes, desde la misma Lisboa, había escrito: «Aquí estoy tan aburrido porque la vida es tan difícil económicamente, porque mi mujer tiene poco arte para gobernar una casa...» Ni aun en don Juan Valera, rico por su casa, mimado por la fortuna, es boyante la economía. A tomarle al pie de la letra, su vida fué un calvario espantoso. El escritor tiende a exagerar lo bueno y lo malo, y más si le ocurre a él. A don Marcelino le escribía en 1888, con su muletilla característica: «En fin, yo quiero estar alegre, sereno y contento; pero aseguro a usted que por ningún modo ni estilo me sonríe la fortuna y voy entrando en una vejez tristísima y angustiosa, con pobrezas y apuros por las muchas necesidades de mi familia.» Y le recomienda lo que aconsejan los que se han casado: «No se case usted o cásese con dos o tres millones de pesetas, o con una mujer casera que no sueñe jamás con entrar en la *high life*.» Es muy difícil encontrar las condiciones que necesita don Juan para escribir provechosamente, en cuanto a las ganancias del arte, no en cuanto a las humanas de tejas abajo: alegría, serenidad y contento. Y estas condiciones son presupuestos para la labor creadora útil, y, a su vez, consecuencia de múltiples factores: salud, ambiente adecuado, silencio, si no paz, que de paso, son resultados y no causas. El escritor no puede hacer casi nunca lo que quiere, por lo que debe aprovechar bien el tiempo, que pasa mientras se piensa. Motivos extraliterarios, presiones económicas, le hacen aceptar lo que perjudica a su labor, y no se olvide, aunque pueda parecer monstruoso, y con razón, que, generalmente, no ha venido a vivir bien, sino a escribir bien.

Ministro en Bruselas, después de haberlo sido en Washington, don Juan continúa sus lamentaciones, achacando a la familia su esclavitud a la diplomacia: «Si no fuese por mi mujer, hijos y suegra, gente difícil y costosa, no hubiera aceptado yo esto. Hubiera ido a meterme en mi casa. Ahora estoy aquí considerándome como en cautiverio y ansioso por recobrar la libertad. Difícil cosa es; pero la recobraré, si no me muero.»

Don Juan Valera había viajado mucho, y desde fuera había aprendido a comprender virtudes y a ver defectos, no por ganas de herir, sino por amor de perfección. En el *Epistolario*, está observado uno los males endémicos de España: la falta de necesidad de leer, o, lo que es peor, el culto a lo vulgar, a lo sentimentaloide y truculento. No apuntamos el hecho en él por una frase aislada, sino por un machaconeo reiterativo, que le lleva a decir violentamente: «Yo escribiré y yo me haré leer, a pesar de los canallas o de los brutos, con perdón sea dicho, que son en nuestra tierra.» Y es que le desdeñaba la gente y no se le leía lo que se imaginaba merecer o nos creemos nosotros. A Valera le dolía el aire de su tiempo, inferior al aire ideal que llevaba dentro. Y los desdenes de los editores y del público, «en vez de acoquinarme y desalentarme, son como espuela y látigo que me harán saltar y convertir en escritor de nuevo y de veras». Entonces Valera tenía sesenta y un años, poco más que Cervantes cuando se puso a escribir el *Quijote*.

En otra ocasión vuelve sobre lo mismo: «Si en España se leyese algo más y mis libros me diesen algún dinero. Pero los libros dan poco menos que nada», y: «En España se lee poco, y, lo que es peor, no se sabe leer ni gusta la lectura».

Por no variar, los literatos se llevaban mal en su tiempo. En 1889, *Clarín*, el agudo crítico, hombre insobornable que gobernaba las letras españolas desde su reducto ovetense, había reñido escandalosamente en la prensa con el poeta Manuel del Palacio. Con la sinceridad de las gentes de pluma, que todo lo perdonan menos que no se les crea geniales, se sacaron a relucir, o se inventaron, lo cierto y lo falso. Principalmente, dieron un mal espectáculo. Don Juan se quejaba así a don Marcelino: «En España se considera tan poco a los hombres de letras, que es un dolor que ellos mismos, en vez de ensalzarse, se arrastren por los suelos».

Estas quejas, como la canallería y la brutalidad de algunas personas españolas, lo que ensalza aún más las virtudes del resto, no pueden interpretarse como desprecio o ataque a España, sino como varapalo a quienes se lo merecían. España era un amor aparte: «España ha sido—afirma don Juan—y debe seguir siendo una de las cua-

tro o cinco grandes nacionaes civilizadoras del mundo; que no ha habido más después de griegos y romanos. Mas para no perder este privilegio hierofántico, que compartimos con Italia, Francia, Inglaterra y Alemania, es menester no dormirnos y no dejar que en España tomen los tontos y los brutos el tirso.»

El tiempo en el que el hombre escritor vive, es historia que se realiza en un espacio geográfico, o desde un espacio: su patria. Escritor sin preocupación política, es inconcebible. De sí y del mundo se nutre el escritor. Lo más próximo a mí en lo interior, soy yo. Lo más cercano fuera de mí, la puerta al mundo, la patria. Conmigo y con mi patria—que no excluímos a los demás hombres ni a los demás pueblos—he de tropezar inexorablemente si arribo a conciencia. Conmigo y desde mi patria, por mi patria, he de hacer lo que me esté permitido realizar en el mundo. Y lo mismo que me duelo de mí, me tiene que doler mi patria, tengo que dolerme en mi patria y con mi patria, pues somos imperfectos porque somos. Pero como no me puedo negar a mí, ignorarme, tampoco puedo desconocer mi sustento histórico en el mundo, mi comienzo del mundo: la patria. ¿Qué hacer conmigo y por mí? ¿Qué hacer con la patria y por la patria? Que cada cual dé su respuesta, si la tiene, o se la procure razonando su amor.

Valera, gran escritor despierto, tiene una nobilísima pasión española que no le quita el conocimiento. Y es natural, puesto que la patria es innegable como me lo pueda ser yo a mí mismo, aunque los requisitos legales digan lo que quieran. Se es español desde siempre y para siempre. Mas el nacimiento no basta: hay que ganarse la dignidad del amor, el derecho a ser español con el trabajo honrado de cada día.

«¿No le parece a usted como a mí—le pregunta a don Marcelino—que en España hay más savia, más vida intelectual y más vigor para todo de lo que a primera vista parece, salvo que, por desgracia, así en la esfera de la vida activa como en la especulativa, está dominada por bárbaros y por vulgares y cursis?» Y en noviembre de 1887, con un fino sentido de la responsabilidad, sabiendo lo que supone tener una pluma en la mano, escribe estas palabras contundentes: «El ejemplo de Italia y Alemania me seduce, y me afirma en la idea de que hoy, como nunca, el pensamiento en las naciones prepara la acción, y todo lo que allí se ha creado de unidad nacional y de grandeza ha sido inspirado por los autores de libros. ¿Por qué escribiendo nosotros no habíamos de preparar un gran renacimiento político de España? Bueno es que todos trabajemos en esto con fe, aunque sea desde diversos puntos. Desde hace

cerca de dos siglos, o hemos remedado mucho a los extranjeros, renegando de nuestras cosas, o nos hemos mostrado algo bárbaros por despecho, aceptando acusaciones como alabanzas y haciendo gala del sambenito que nos ponían.» Esta fe en el renacimiento político, base de cualquier otro renacimiento, derrumba el tan manoseado escepticismo de Valera. Asomado al mundo, con perspectiva, veía nítidamente los defectos a la par que se le agrandaban los amores, por más que el fanatismo español de ambas manos no tolera decir verdad, y prefiera el fiel al capaz, el adepto al competente. Otro obstáculo para lograr éxito es que se tachen de antiespañolas voces que no coincidan con el Poder. Luego, con el tiempo, resulta que los intereses de España, los claros y eternos intereses de España, han estado de acuerdo con la verdad, no con políticas circunstanciales, suponiendo que política no sea adaptación al momento. Que no crean lo mismo los políticos, es lógico aunque no bueno, porque la intolerancia ni es seria ni es inteligente. Que no lo practiquen los escritores, es catastrófico. Casarse con España es casarse con la verdad, convenga o no al Poder de turno, porque las políticas pasan y España permanece. Lo demás es ser ganapán, no escritor. Y ser ganapán, quizá no sea indigno, pero es otra cosa. Sería terrible que la verdad se quedase para las cartas privadas, porque alguien adoptase el cínico lema de don Juan Valera referido a cosas de menos monta que la verdad y España: «No hay más remedio que elogiar... o no escribir.»

III

FINAL PATETICO

Don Juan Valera murió ciego. Como no sea por accidente o por enfermedad gravísima, nadie se queda ciego de repente. El futuro ciego tiene conciencia de su final, y durante muchos años siente menguar la luz con angustiosa resignación. Los objetos pierden nitidez en su contorno, precisión, y los colores se funden y empastelan. Las luces bullen de infusorios como gotas de agua al microscopio. Quizá delante del miope haya alguien que le saluda, unos ojos femeninos increíblemente hermosos y amigos; tal vez ante él se da un milagro plástico de la naturaleza asequible a cualquiera que abra los ojos, o por el cielo cruce una estrella para él, que no comprenderá su indiferencia. A lo peor, un día no se verá al espejo, como si fuese éste el que hubiese cegado su alinde.

Y el miope, el futuro ciego, lo que pierde en detalle y color, en extensión, lo acumula en pensamiento, que acaba por no ser amargo, si es que el origen del pensamiento no es impotencia, lo que explica la robustez y la eficacia de la fe y la poesía. El corazón se le irá madurando, convirtiendo en mieles, rugoso de aspecto, sin turgencia de vela o de pecho joven. Si el futuro ciego es poeta, escritor, a la radical soledad del hombre, agrandada por el pensamiento, se añadirá la del desvío social, perfectamente explicable, porque cada uno tiene su vida. No blasfemará porque es impropio de él, pero no justificará muy bien por qué le ha tocado a él la desgracia. Hay muchos ojos fisiológica, estéticamente perfectos, que nada tienen que ver, aunque quizá cumplan otra gran misión: ser vistos. ¿Por qué los suyos no son dignos de ver aunque no merezcan ser mirados?

Don Juan Valera murió ciego. En su correspondencia con Menéndez y Pelayo no hay una queja. Quien no conozca la vida de don Juan, y lea el *Epistolario* que comentamos, se quedará pasmado al enterarse de que aquel hombre hable apenas de su ceguera, como si no fuera con él. Para ser escéptico hace falta ser muy tonto y muy feliz. ¿Pudo ser escéptico quien llevaba un presentimiento de ceguera? Don Juan era escritor y poeta, y no podría quejarse villanamente. No es que no le doliese la herida, pero no es elegante quejarse como si nuestras desgracias fuesen las únicas. Hay muchos hombres que nos dan la gran lección de sonreír con un incendio en las entrañas. El era don Juan Valera, un hombre con la noble condición de escritor. Y el escritor ha de ser un caballero, no sólo con la pluma, en las cuartillas, sino en la vida. El don inteligente, el regalo de las ideas, las más brilladoras y deslumbrantes joyas, obligan a más cada vez. Hay que escribir con la pluma mojada en nobles acciones. El material más directo y valioso para la creación literaria está en el hombre escritor. ¿Qué puede dar un podrido más que podre? Así circulan por ahí, tersas, bien afeitadas, prosas que hieden; que todo lo perfumamos de nosotros, y escribir con pluma de oro no da más ley a las ideas.

¿No habrá que buscar la explicación de muchos de sus arrebatos y desganas, del aparente escepticismo de don Juan Valera, en esta tremenda raíz de la futura ceguera que le iba corcomiendo por dentro, aunque no le atacase la compostura y la sonrisa?

ASTERISCOS



DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA EN COSTA RICA

* * * La revuelta que acaba de derribar al Gobierno del Presidente Picado en Costa Rica ha sido una sorpresa para todos, y los primeros en sorprenderse han sido los propios costarricenses. Costa Rica ha gozado de una paz octaviana casi secular, ha sido como una pequeña isla de paz en medio de la tormentosa y anárquica Centroamérica. Siempre se ha hablado de ella como de un bello ejemplo de democracia, de esa democracia que no acaba de «ser» en Hispanoamérica, y cuya horma política ha sido impuesta forzadamente a nuestros pueblos desde Washington a través del largo siglo de nuestra llamada vida «independiente».

La realidad es que en Costa Rica tampoco ha habido democracia, y que precisamente su paz se debía a este hecho, es decir, al hecho de que había allí una oligarquía dueña de la política frente a un pueblo divorciado de esta política y dedicado enteramente a su vida de trabajo. Se cumplía allí aquello que decía contra la democracia un joven escritor nicaragüense: «que el Gobierno gobierne y que el pueblo pueble, no que el pueblo gobierne». Pero en Costa Rica, como en tantas otras partes, la oligarquía no sólo gobernaba al pueblo, sino que lo explotaba. Vino entonces el comunismo y el

pueblo empezó a tomar conciencia de que la democracia constitucional era una farsa. Con el comunismo el pueblo comenzó a tener preocupación política, a entrar en la vida política efectivamente. Los oligarcas costarricenses no habían necesitado, como los de otros países hermanos, emplear la fuerza, la dictadura y la violencia para imponerse sobre un pueblo que, a diferencia también de los pueblos hermanos, era pacífico y trabajador y sin la ebullición sanguínea y psicológica de un mestizaje inconcluso y de acentuado tinte indio en la masa trabajadora y campesina. Los Gobiernos costarricenses se encontraban sin armas y sin experiencia para enfrentarse con esta democracia revolucionaria fermentada más violentamente por el virus comunista.

Un movimiento social cristiano, encabezado por la Iglesia católica y su arzobispo monseñor Sanabria, fué aceptado, sin mucha resistencia, por la oligarquía, incorporándose al Estado una avanzada legislación del trabajo y un sistema muy completo de previsión social. Debilidades de ideología política provenientes de las perniciosas influencias de Maritain, hicieron que se tendiera la mano al comunismo, que, disfrazado con el nombre de Vanguardia Popular, fué aceptado como un miembro más de la familia democrática costarricense, con el cual era lícito y honorable realizar pactos políticos y hasta compartir las tareas del Gobierno.

Por otra parte, los gobernantes costarricenses, desaparecida la pacífica trampa democrática que engañaba a un pueblo antes ingenuo, pero que ya había perdido su ingenuidad, quisieron imitar a otros gobernantes en sus conocidos y tradicionales métodos de fraude y de violencia. Esto dió al traste con ellos. Los comunistas aprovecharon la coyuntura para tratar de asaltar el Poder. Y de esta manera ha comenzado Costa Rica a vivir la democracia revolucionaria que desde hace un siglo viven los demás países centroamericanos, pero con el agravante inicial del fermento comunista. El antídoto usual en Centroamérica es la *Dictadura militar*. ¿Se decidirá la suave Costa Rica a usar este antídoto peligroso?

Y.

LA CARTA DE LA HABANA

* * * Después de largas deliberaciones, la Conferencia Mundial de Comercio reunida en la Habana términó con la firma de una extensa Carta, que comprende cien artículos. Para los aficionados a las estadísticas añadiremos que el conjunto de ese documento tiene más de 30.000 palabras y que su redacción duró más de dos años entre las negociaciones preparatorias y los cuatro meses y cuatro días que ocupó la Conferencia.

Según informaciones autorizadas, el entusiasmo que sintieron los países signatarios se vió grandemente disminuído por la negativa de Argentina a firmar el pacto. El representante de dicha República alegó que su Gobierno no podía aceptar la organización de un superestado. Por otra parte, Rusia y sus satélites se negaron a participar en la Conferencia, y España, cuya importancia económica es evidente, teniendo en cuenta su situación geográfica y el papel que juega en la exportación o tráfico de algunas mercancías, fué excluída por razones demagógicas, cuyas características son harto conocidas por todos.

Los principales objetivos de la Carta son el desarrollo de los países atrasados y la reducción de las barreras comerciales que existen entre las naciones. Asimismo, se tratan en el articulado que se firmó en la Habana los problemas de los carteles internacionales, los *dumpings*, etc.

Todas estas cuestiones serán dirigidas y resueltas, conforme a las normas dadas en la Carta, por un organismo especial *ad hoc*, cuyo nombre es International Trade Organisation. La I. T. O. será una agencia de la O. N. U., y actuará bajo el Consejo Económico y Social, en coordinación con el Fondo Monetario Internacianal, el Banco Internacional para la Reconstrucción y la Organización de Alimentación.

Para que la I. T. O. entre en funciones será necesaria la previa ratificación de la Carta por los países que la firmaron en Cuba. Este requisito se espera que quede cubierto en dieciocho meses, y hasta tanto no se cumpla, funcionará una Comisión interina destinada a preparar la próxima reunión anual de la I. T. O.

E. L. C.

TEATRO ARGENTINO EN ESPAÑA

* * * Artistas aislados e incluso espectáculos completos de la Argentina han actuado en España últimamente. Pero apresurémonos a puntualizar: han sido cantantes, recitadores, músicos, representantes del folklore ríoplatense, en fin. Del teatro argentino, hablando con propiedad, ¿qué conoce el actual público español? Poco menos que nada.

Entre los amantes del arte escénico, sin embargo, se siente una viva curiosidad por la producción dramática actual de la Argentina. Los vínculos fraternales de ambos pueblos, más firmes cada día, justifican ciertamente estos cordiales deseos, insatisfechos hasta el presente.

Claro está que nuestra curiosidad no se encamina hacia el vodevil o la comedia de gracia facilona, géneros preferentemente cultivados para la masa cómoda de espectadores en Buenos Aires lo mismo que en todas partes del mundo. Nos interesan los frutos, sazonados o no, de los ambiciosos intentos de buen teatro que existen en la Argentina.

A través de la prensa o de las librerías sabemos de algunas obras, y de otras nos suenan títulos, nombre de autores: *Una vida difícil*, de Nalé Roxlo; *Camino nuevo* y *Tierra extraña*, de Vagni; *Alondra*, de Pilar Lusarreta y Arturo Cancela; *La montaña de las brujas*, de Sánchez Gardel; *El Halcón*, de León Pagano. Nos llega el eco de la magnífica labor en pro de la recuperación del teatro auténticamente argentino, llevada a cabo por la Comisión Nacional de Cultura; de las tareas del Seminario Dramático del Instituto Nacional de Estudios de Teatro; del entusiasmo renovador puesto en su afán constante por los llamados Teatros Vocacionales, abundantes—aunque minoritarios—exponentes de un continuo quehacer encaminado a una superación de la escena.

En ocasiones, compañías españolas nos han ofrecido comedias de éxito en Buenos Aires. Así, *¡Ché, qué tiburón!*, de Insausti y Malfatti, o *Amparo*, de Darthés y Damel. Obras éstas muy poco diferentes de las que por acá escriben los autores cuya conquista del aplauso se funda más en las recetas de carpintería teatral—practicadas con desigual fortuna—que en un hondo calar en la fibra humana de problemas y personajes. No ha mucho, la actriz argen-

tina Iris Marga tuvo entre nosotros una breve actuación; y decepcionó las esperanzas de quienes creyeron óptima tal oportunidad de conocer teatro argentino a través de una intérprete genuína. La señora Marga puso en escena una obra francesa, ¡de Verneuil!, sin relación alguna, siquiera fuese de lo más sutil, con el sentir argentino.

Felizmente, en cambio, hemos podido gustar en Madrid, hace muy poco, de una obra procedente de aquellos Teatros Vocacionales antes aludidos. Como es lógico, ha sido también un teatro minoritario el encargado de presentarla en Madrid (1). La obra: *Las antiguas semillas*, de Julio Vier, uno de los fundadores del grupo Teatro Espondeo de Buenos Aires. Llena de fuerza y calidad poética, *Las antiguas semillas* es una tragedia del campo argentino; y en ella, por encima del esquematismo de la acción, se imponen recias resonancias de la Grecia inmortal.

La expectación con que se recibió esta obra demuestra, una vez más, ese anhelo fraternal de nuestro público por conocer el buen teatro argentino. Hacer más frecuentes tales ocasiones de grata comunión intelectual no creemos pueda ser de dificultad insuperable.

J. O.

ESPAÑA, EL PLAN MARSHALL Y EL BLOQUE OCCIDENTAL

* * * En un principio España fué excluída del Plan Marshall por el grupo de naciones beneficiadas con él y que, aparte de los rencores ideológicos de algunos de sus Gobiernos, tenían, para esta exclusión de España, la razón de hambre de los que no quieren en el festín un invitado más que pueda hacer disminuir el tamaño de la ración.

Posteriormente, una reacción inteligente del elemento más cuerdo y ponderado de la clase dirigente y de la opinión pública norteamericanas, que se daba cuenta de la importancia de España en el frente anticomunista y de la torpeza de la política seguida con ella, hizo que se revisara esta actitud antiespañola, aprobándose en el Congreso una moción a favor de la inclusión de España en el Plan Marshall. Puesto que los Estados Unidos aportaban el dinero, eran ellos, y no los que iban a recibirlo, quienes debían determinar

(1) Teatro de Cámara. Séptima sesión. 13-5-48.

a qué naciones se daría. La moción fué luego anulada mediante ciertos resortes legales típicos de la democracia norteamericana, que sirven tradicionalmente para controlar estos exabruptos de la opinión pública, la cual no es conveniente que escape al control de la oligarquía gobernante.

Pero a todo esto, ¿qué real interés puede tener España en el Plan Marshall? El Plan Marshall no representa sino un remedio económico para un problema, el problema de Europa, que es eminentemente político. En otro aspecto, representa un intento de salvar el mercado europeo para el comercio norteamericano.

En el caso concreto de España, la ayuda que recibiría del Plan Marshall se le cobraría probablemente en sangre de su pueblo para la lucha contra Rusia. Y en esta lucha los *ideales* de España no se identifican con los *intereses* norteamericanos. En el orden espiritual, puede decirse que el *anticomunismo* de España está tan lejos del *anticomunismo* anglosajón como del propio comunismo.

Lo mismo puede afirmarse respecto al llamado «bloque occidental», una alianza política y militar supeditada a la política de los Estados Unidos, al *anticomunismo* anglosajón.

En el orden espiritual y en el orden de los verdaderos intereses políticos propios y del mundo, España representa, con los demás pueblos hispánicos, una «*tercera posición*». Esto es indiscutible.

El problema está en la posibilidad histórica real de esta «tercera posición». Y esta posibilidad depende, en gran parte, del desarrollo de los acontecimientos.

J. Y. T.

UNA NUEVA UNIVERSIDAD EN CUBA

* * * Hemos recibido la noticia de la reciente fundación, hace sólo algunos meses, de la «Universidad de Oriente» con sede en Santiago de Cuba. Hasta ahora, Cuba contaba con una sola Universidad, la de la Habana, fundada en 1728, que posee doce facultades, en las que se agrupan numerosas Escuelas, Institutos y Laboratorios de investigación anexos. La agrupación de esta nueva Universidad plantea algunos problemas universitarios importantes y comunes al ambiente intelectual hispanoamericano.

El más importante es el de la conveniencia de crear nuevas Universidades o reforzar y completar las ya existentes. Sin contar el

enorme coste económico y la importancia que este factor tiene para la organización de una Universidad, creemos muy difícil improvisar el cuerpo docente de catedráticos, auxiliares y ayudantes que se necesitan. Los países hispanoamericanos deben abordar unidos este problema y solucionarlo de común acuerdo, llegándose incluso a la creación de Universidades hispanoamericanas comunes a varios países, si las necesidades lo requieren, aportando cada uno medios que en conjunto harán posible un centro de estudios superiores digno de tal nombre. Es cierto que la existencia de Universidades particulares junto a las del Estado ha sido, en muchos países hispanoamericanos, un factor de emulación y progreso recíproco que no existe en el caso de una única Universidad, como es el caso de Cuba; pero, sin embargo, debe tenerse muy en cuenta la posibilidad de dotar debidamente una institución que tiene tanta importancia en la vida de la comunidad social. Existen algunos países hispanoamericanos en los cuales la existencia de un número crecido de centros universitarios hace imposible sostener, intelectual y económicamente, un nivel digno, y apenas si merecen el nombre de Universidades, siendo, en el mejor de los casos, un conjunto incompleto de escuelas profesionales técnicamente mediocres.

Esperamos, sin embargo, que la nueva Universidad cubana salve todos esos riesgos que señalamos. Lo creemos así por algunas declaraciones del presidente del Consejo Directivo. Leemos en ellas que la nueva Universidad es una necesidad nacional, porque la de la Habana, única hasta ahora existente, tiene un cuerpo docente para seis mil alumnos y una matrícula de diecisiete mil; carece de edificios adecuados y capaces; de cada cien matriculados, sólo diez llegan al grado, y por último, carece de algunas Facultades y Escuelas, cuyos estudios son muy necesarios para la vida del país. La Universidad se inicia con seis Facultades, y cuenta con la donación de dos grandes laboratorios para las actividades científicas de la Facultad de Química, primera del país.

G. C.

REFORMA DE LA EDUCACION ARGENTINA

* * * El 18 de febrero tuvo lugar en Buenos Aires el acto en el cual el Jefe del Estado, general Perón, constituía en su cargo al Primer Ministro de Educación Nacional. Con este motivo, ambos pronunciaron discursos, cuyo significado para el porvenir argentino e hispanoamericano es digno de señalarse.

Con acertada visión, el general Perón declaró que, en el proceso revolucionario en que está empeñado, tuvo un lugar urgente y previo la reforma social y económica, y que a ellas han de seguir la jurídica y política que estabilizarán las anteriores. Pero es necesario que esas reformas adquieran un fundamento hondo y se prolonguen en el espíritu de las generaciones, y por ello es indispensable iniciar la reforma educacional. Dos puntos señaló como fundamentales: crear un modo de pensar y sentir argentinos y fundar sus razones más hondas; y conformar todos los grados de la educación nacional en ese espíritu y esa mentalidad.

En un discurso, en que se advierte su generoso fervor de cristiatiano y de patriota, el nuevo Ministro, Dr. Oscar Ivanissevich, hizo un análisis de los vicios fundamentales de la educación universitaria, secundaria, especial y primaria. Calcada sobre moldes extraños al alma nacional, inspirada en principios filosóficos y psicológicos erróneos y orientada hacia metas sin sentido adecuado a las necesidades individuales y sociales, la educación en todos sus grados no cumplía su fin de mover a la comunidad a la realización de su destino histórico.

Se anuncia así una reforma y se establecen ya algunas ideas que han de orientarla. Una raíz cristiana inspira los fundamentos filosóficos de la reforma. Por otra parte, una raíz tradicional histórica de los valores hispánicos viene a dar color y estilo a una educación fundada en los valores clásicos del pensamiento europeo. De esta manera, la educación perpetuará, vitalmente abierta a todo progreso verdadero, la substancia de la tradición cristiana e hispánica que es medula de los pueblos hispanoamericanos.

Una prueba del propósito realizador con que se ha iniciado la vida de este organismo del Gobierno argentino es el primer decreto aplicable a la educación secundaria y normal del país. En él se introducen dos importantes reformas. La primera, guiada por el propósito de dar consistencia a la formación humanística, introduce el estudio del latín en los estudios del Bachillerato y en las escuelas de formación de los maestros. La segunda, también en los mismos institutos, establece una atención especial a los estudios de Historia y Geografía de España y a los de Lengua y Literatura españolas.

Creemos que es digna de atención y aplauso esta reforma que se inicia en la educación argentina. Los países hispanoamericanos sufren, hoy día, una dualidad en esta materia. Por un lado, vestigios de los planes y espíritu de la antigua educación colonial. Por otra parte, la imposición de un liceo de tipo francés, y más tarde,

imitaciones de otras especies, sin que hasta ahora se haya ensayado una reforma realmente adecuada al espíritu de estos pueblos.

El actual proceso de manifestación de una recia personalidad histórica propia hace indispensable tareas como la iniciada con muy buen signo por el Gobierno argentino en la reforma educacional.

C.

HISPANOAMERICA Y EL CINE YANQUI

* * * Las buenas sugerencias, vinieren de donde vinieren, siempre deben de ser recogidas. Y, sin embargo, no siempre sucede así. Por eso, y porque esta vez ha tenido eco en Estados Unidos la opinión ampliamente difundida en los periódicos y revistas hispanoamericanos contra el uso y *abuso* de las películas de criminales, bandidos, «gangsters», etc., que veían sus nombres, apodos y seudónimos, si no loados, sí difundidos por esa propaganda verdaderamente eficaz que constituyen los títulos de las películas, con su proceso de repetición en cartelones, periódicos, anuncios luminosos, etc.

En el fondo daba la sensación de que se conmemoraba, se recordaba, y muchas veces incluso con agrado, los nombres y títulos de los más célebres bandidos de todos los tiempos, pero en especial de ese prototipo muy «a lo yanqui» que es el «gangster».

Por eso, y porque los pueblos hispanoamericanos siempre tuvieron una gran sensibilidad, el clarín ha sonado esta vez de su lado, y, sea porque llevan razón, sea porque estos pueblos que representan un mercado de 150 millones de habitantes para las películas norteamericanas, suponen mucho para Estados Unidos a la hora de ajustar la cuenta de los rendimientos, amortización y beneficios de sus películas, es lo cierto que se ha acordado añadir en el «Código de Moral» de Willian Hays, de no muy grande eficacia, pero que funciona en el país del cine como verdadero orientador de la moral cinematográfica, un apartado que prohibe dar a las películas títulos que puedan representar, si no alabanza, sí propaganda de los «nombres de guerra» de esta clase de personajes.

Recogemos la noticia por estimar que puede ser un índice más para apreciar hasta qué punto Estados Unidos tiene en consideración y en estudio el mercado hispanoamericano, el cual, por su importancia, hace variar el Código de Moral de Hays, e incluso, quién sabe, si la orientación de los argumentos en las películas yanquis.

Por eso, y porque no siempre las buenas sugerencias son recogidas.

A. V.

LA ESCUELA NACIONAL DE MAESTROS EN MEXICO

* * * El *Boletín de la Unión Panamericana* correspondiente al mes de marzo de 1948 publica una interesante información sobre la Escuela Nacional de Maestros en México.

Por decreto de 24 de febrero de 1886 estableció el entonces Presidente de la República, general Porfirio Díaz, la Escuela Nacional para Profesores en la ciudad de México.

La creación de la Escuela Normal para Señoritas vino a completar al poco tiempo la obra, rebasando su unilateralidad, tanto más acusada por el hecho de que la mayoría del personal que servía en las Escuelas pertenecía al sexo femenino.

Sucesivas reformas han ido acrecentando la importancia del organismo, llegándose, con la coordinación de ambas Normales, en el año 1947, a la actualmente denominada Escuela Nacional de Maestros.

«Lux, Pax, Vis» es el lema que anima los trabajos de la Institución. El edificio, terminado en noviembre de 1947, que sirvió de sede a la Segunda Conferencia General de la U. N. E. S. C. O., alberga, en una superficie total de 119.000 metros cuadrados, dos Normales de 42 aulas, con una capacidad de 4.200 alumnos que se alternan en dos turnos. Pertenecen, además, al organismo, dos escuelas anexas y otras dos primarias de experimentación, con un número global de alumnos que alcanza los 7.600, igualmente distribuídos en dos turnos. Dependencias diversas, pertenecientes a las distintas ramas de la investigación pedagógica, completan el conjunto. Destaca la biblioteca, con capacidad para 200.000 volúmenes y sala de lectura para 200 lectores. Es de señalar el fácil acceso a los libros que se desean consultar, reducidos al mínimo los trámites burocráticos corrientes de ordinario en tales servicios. En fecha reciente, la Secretaría de Agricultura donó 35.000 metros cuadrados para la construcción de una Escuela Normal de Educación Física.

La obra arquitectónica tiene una gran torre central, de diez pisos, ocupando las alas izquierda y derecha, señoritas y varones, respectivamente. Dos Escuelas primarias anexas dependen del Departamento de señoritas, y una del de varones.

La instalación está completada con museos, talleres, «auditorium», campos de deportes y jardines. Tales elementos, indispensa-

bles en una moderna escuela pedagógica, cumplen su importante misión específica. Una gran bandera mexicana campea en la plaza, presidiendo los trabajos de los componentes de la Escuela.

Nada podemos añadir por hoy referente a cursos y materias estudiadas. Suponemos que, igualmente, la formación intelectual estará a tono con las magníficas condiciones materiales en que se desenvuelven los futuros educadores mexicanos, poseedores de lo que será, sin duda, uno de los mejores centros educativos del mundo.

S. MONTES.

CINE DEL BRASIL

* * * «Cinema brasileiro... Por que não falarmos do homen invisível, da quadratura do círculo ou do topos-no-etos de Platão?», nos escribe un amistoso corresponsal brasileño. Mientras que los sagaces magnates de la industria de Hollywood se dedican a la explotación creciente del folklore y el esplendoroso ambiente de las fiestas en el Brasil, este país carece de una producción cinematográfica a la altura, en cantidad y continuidad, de su potencialidad política y económica.

Hay, eso sí, abundantes entidades que se titulan Productoras, ya sean financiadas aisladamente, o bien compañías o «incorporaçoes» de sociedades anónimas con capitales nacionales y extranjeros. Pero existe una enorme diferencia entre el número de tales entidades nominalmente dedicadas a la producción cinematográfica y de películas producidas. Aunque, como sucede en todas partes, se anuncien a cada paso proyectos más o menos ambiciosos renovadores y surgen títulos de *films* en vías de realización, que no llegan a convertirse en realidades.

A veces tales anuncios en torno a una producción determinada en preparación se repiten durante años y años. Con resignado buen humor, nos cita un ejemplo nuestro corresponsal: «Quando tinha cerca de seis meses de idade, já se gritava que un filme brasileiro notável ia ser lançado em breve e se chamaria *A Inconfidência Mineira;* agora tenho 24 anos: o filme até hoje não foi lançado». De este modo, en el año último sólo fueron producidas en el Brasil *siete* películas. Y los más apasionados entusiastas del cine brasileño se lamentan del bajo nivel, tanto material como intelectual, del conjunto. Algunas de estas películas obtuvieron magnífico éxito comercial—por ejemplo, la titulada *Este mundo é um pandeiro*,

cuyo personaje principal estuvo a cargo del actor Oscarito, español de nacimiento. Pero un juicio sincero las encuentra a todas con muchísimo que desear en todos los aspectos técnicos y artísticos.

Desenmarañar las causas, sin duda complejas, de esta situación del cine brasileño escapa a los límites de la presente nota. Sin embargo, en el fondo se adivina fácilmente un marcado apartamiento del campo de la producción por parte del capital. Quizá porque resultan mucho más seguras las inversiones en el negocio de la importación de *films* extranjeros. Sea lo que fuere, la industria productora brasileña da la sensación de algo falto de organización meditada y dispuesta a una labor continuada y metódica, única forma posible de alcanzar logros estimables.

Grupos de aficionados, con idealismo y tesonera voluntad, se esmeran en desarrollar su esfuerzo como productores, consiguiendo alguna película donde prueban sus entusiasmos. Si en el aspecto artístico cabe poner fundadas esperanzas en esos grupos, de donde pueden salir en el futuro valores positivamente renovadores de la producción comercial, por ahora apenas si han conquistado una significación representativa en el campo de la industria cinematográfica.

Y, sin embargo, hay en el Brasil artistas excelentes, destacadísimos en el teatro y en la radio, que acaso despertarían la admiración de los públicos del mundo, como lo han hecho, gracias al cine, otros actores y actrices de países hispanoamericanos. El antes nombrado Oscarito, el negro Grande Otelo, cómico humano y profundo (una especie de Cantinflas de ébano), Antonieta Matos, Rodolfo Mayer, Linda Batista, Mario Brazini, entre otros, podrían encabezar películas auténticamente brasileñas, que, inteligentemente orientadas, llevasen por las pantallas mundiales la música, el colorido y el paisaje de la gran nación sudamericana.

J. O.

ECOS VITORIANOS EN SUIZA

* * * La traducción alemana, ligeramente aumentada, de *Los principios del Derecho público en Francisco de Vitoria* (Selección de textos con introducción y notas), del catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Murcia, Antonio Truyol y Serra (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1946), por la editorial Thomas-

Verlag, de Zurich (1), ha sido ampliamente recogida y comentada por la prensa suiza. Con una única excepción, los artículos y notas bibliográficas de los periódicos helvéticos destacan la importancia y actualidad del mensaje vitoriano y la oportunidad consiguiente de la exposición sistemática de sus tesis fundamentales.

A esta convicción se debe por ejemplo el que *Die Tat*, de Zurich, crea conveniente, al anunciar el libro, dar una breve referencia biográfica de Vitoria y publicar a continuación una serie de textos del maestro que a juicio del articulista ofrecen interés primordial.

La *National Zeitung*, de Basilea, en su número de 19 de enero de 1948, da cuenta de la aparición de la edición alemana del libro de Truyol juntamente con la de *Grundsätze im Völkerrecht*, del internacionalista suizo Erwin Ruck, y de la traducción alemana de *The Outlook for International Law*, del insigne tratadista inglés Brierly.

En *Das neue Buch*, de Lucerna, de diciembre de 1947, hace hincapié el padre Planzer, dominico, en el valor perenne de los escritos y las reelecciones de Vitoria; unos y otros pertenecen a aquellas obras «que son y permanecen clásicas y perdurables». Lo esencial del juicio del padre Planzer se encuentra en estas palabras: «Con sumo saber planteó Vitoria las cuestiones del Derecho político e internacional, tratando de resolverlas de una manera humana y cristiana. Su solución vale hoy todavía como clásica. Pero además, dada la general confusión de los espíritus hoy reinante, está como hecha para nuestros días. Por ello, la publicación de una antología de los escritos del insigne español, con buena introducción y buenos comentarios, era de gran importancia, incluso prescindiendo de la circunstancia de que un libro tal nos introduce asimismo en la espiritualidad de la España actual. Se leen los textos, generalmente concisos, con verdadera emoción; y los principios que encierran nos constriñen a un examen de conciencia sobre el pasado y el presente.»

Finalmente, las *Neue Zürcher Nachrichten*, de 17 de octubre de 1947, dedicaron a Vitoria un extenso artículo titulado «Un precursor». Sirve de punto de arranque del mismo la autorizada afirmación de James Brown Scott sobre el papel decisivo de Vitoria como fundador del Derecho Internacional moderno, y se destaca la insobornable entereza de Vitoria en la proclamación de lo que él entendía era la verdad; por virtud de lo cual no eludía las cues-

(1) Dil Grundsätze des Staatd-und Wölkerreschts bei ***Francisco de Vitoria***: Auswahl del Texte, Einführung und Anmerkungen von Antonio Truyol Serra. Zürich, 1947. Thomas Verlag.

tiones candentes de la época, sino que, por el contrario, las acometía de lleno. «Sus tres ideas fundamentales—leemos—son la unidad del género humano sobre las bases de una única naturaleza humana, de su convivencia en un único *orbis*, y de un bien común de todos como fin temporal.» Muy certeramente señala el articulista las consecuencias de estas tres ideas fundamentales para la estructura del Derecho Internacional y del Derecho Político.

«Asombra ver—añade—cuántas cuestiones modernas consideró ya entonces el autor español. Cuestiones relativas a la colonización, la libertad de comercio, la libertad de los mares, el derecho de residencia, la inmigración, la autodeterminación nacional, la intervención en los asuntos de otros Estados, el trato a los rehenes en la guerra, las reparaciones, las sanciones, la relación entre la Iglesia y el Estado, la libertad de predicación del Evangelio, etc.»

«El Thomas-Verlag—dícese a continuación—ha publicado una pequeña selección de las obras de Francisco de Vitoria en lengua alemana, con notas de Antonio Truyol.» Esta pequeña crestomatía alemana sabe a poco. Tal vez resulte algún día posible traducir una u otra obra. La lectura despierta asimismo otro deseo: el de que aparezcan una vez en lengua alemana los escritos de aquel otro español que dió un ulterior desarrollo a la línea de Francisco de Vitoria, singularmente el tratado *De legibus* de Francisco Suárez.»

El artículo termina con estas palabras: «Conocemos demasiado poco a los grandes cerebros de nuestro propio campo. Se les ha mantenido apartados, porque no correspondían a las ideas modernas. Hoy vuelven a un puesto de honor, porque estas ideas modernas *ad adsurdun* y se han descubierto de nuevo los viejos y sólidos cimientos para poder edificar sobre ellos más justamente. Es deber nuestro dar vigencia a las ideas de aquellos hombres, de aquellos grandes precursores de una humanidad unida.»

X.

«SAPIENTIA».—REVISTA TOMISTA DE FILOSOFIA

* * * Un abundante material de publicaciones, libros y revistas nos llega desde ls países hispanoamericanos. Muestra de una pujante madurez espiritual es la cantidad, y especialmente la calidad, de las numerosas publicaciones periódicas, de Universidades e Institutos, sobre las más diversas manifestaciones de la vida intelectual.

Entre aquellas publicaciones queremos llamar la atención sobre la revista *Sapientia*, de Filosofía, editada en La Plata y Buenos Aires bajo la dirección del distinguido maestro argentino presbítero Antonio Nicolás Derisi. Desde julio de 1946, entrega trimestralmente un cuidado volumen de cien páginas, de los que anotamos la recepción de los cinco primeros números.

En el editorial que firma la dirección en su primer número queda marcada la misión de la revista. Después de una exacta reflexión sobre el sentido y valor de la vida filosófica, afirma que, «reconociendo una orgánica y vital subordinación a la Sabiduría divina de la Fe y de la Teología, el ámbito de *Sapientia* es la expresión de la Filosofía pura, de la Sabiduría estrictamente humana, pero que por ello resulta ser también Filosofía cristiana». «Comoquiera, sigue diciendo, que esa Sabiduría natural de la inteligencia humana, esa Filosofía ha encontrado su realización más plena y auténtica en la Filosofía de Santo Tomás, la revista se presenta como una revista de Filosofía, no sólo cristiana, sino también tomista.»

Aunque es cierto que esas afirmaciones pueden parecer una limitación de los objetos o perspectivas filosóficas, no cabe duda, revisando los números hasta hoy aparecidos, que sus colaboradores, asentados en los principios fundamentales, están dispuestos a una vital profundización de ellos y a una amplia y creadora visión sobre los problemas actuales de la inquietud filosófica.

Las primeras figuras tomistas europeas y americanas han colaborado, o anuncian su colaboración, en los numerosos ensayos de la revista. El reverendo padre Garrigou-Lagrange, Francisco Olgieti, el reverendo padre Charles Boyen, el reverendo padre Gemelli, Etienne Gilson, Régis Jolivet y otros envían sus ensayos desde Europa, y junto a ellos aparecen los frutos de la intensa labor del grupo argentino de cultivadores de la Filosofía con dirección tomista. Octavio Nicolás Derisi, su director, Juan Ramón Sepich, Julio Meinvielle, A. Sampay, abordan antiguos y nuevos temas, iluminando nuevos perfiles en cada uno de ellos. Cabe destacar entre los ensayos aparecidos «El redismo del principio de findidad», del reverendo padre Garrigou-Lagrange; «Los Padres de Occidente: significación cultural de la Patrística», del reverendo padre J. Ramón Sepich, y un extenso estudio de Octavio Nicolás Derisi sobre el «Segundo grado en la Filosofía del espíritu», de B. Croce.

Una sección de textos escogidos, notas y una sección de bibliografía completan la entrega trimestral de esta revista.

Muchas revistas de Filosofía han aparecido en Hispanoamérica; pero todas, o la mayoría, han desaparecido por razones diversas. *Sapientia* se acerca ya a los dos años, y parece haber sentado sólidamente su prestigio y abierto un campo de lectores seguros y constantes. Nos alegramos por el signo de altura alcanzado en un ambiente que es capaz de recibir y absorber una revista estrictamente filosófica. Son muestras inequívocas de una auténtica y fecunda vocación filosófica en Hispanoamérica, que, aunque muy nueva, comienza a dar frutos halagadores. *Sapientia* es el instrumento que polariza la actividad de uno de los grupos más sólidos y fecundos en estas actividades.

G.

LA INVESTIGACION HISPANOAMERICANA SOBRE LA INDEPENDENCIA

* * * La llamada independencia de las antiguas provincias españolas de América ha sido siempre tema de apasionante atractivo para la investigación histórica de España e Hispanoamérica. Ocasión y motivo de grandes polémicas, en las que no siempre la caridad y la verdad llevaban la voz cantante, la independencia hispanoamericana no fué comprendida durante los años más inmediatos a su declaración. Tanto en la antigua metrópoli como en sus perdidas provincias, el problema de la emancipación fué tratado siempre, en la generalidad de los casos, desde un punto de vista excesivamente apasionado. Sin embargo, en aquellos tiempos no se había entrado a fondo en el examen del hecho emancipador, y sólo a través de estudios generalmente parciales se iba destilando el apasionamiento.

Esta primera época nos muestra abundante cantidad de ejemplos, pero no interesa aquí citar ninguno. Por otra parte, esta etapa fué pronto superada, y la sucedió otra en que la investigación concienzuda y serena vino a presidir los trabajos históricos. Desde entonces se atiende preferentemente al documento, base principal de toda investigación, y se elaboran estudios cuya seriedad y rigor científicos están muy lejos de aquellas primeras voces de la época primera.

Actualmente son muchísimos los trabajos que periódicamente se publican en torno al problema de la independencia. El gran número de revistas editado en Hispanoamérica hace inmenso el de los tra-

bajos que sobre la emancipación esas revistas insertan. En la Argentina, el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, en su volumen XIX, dedica sus páginas al estudio de la personalidad y política de Rivadavia. En esta publicación se agrupan los nombres de Ricardo Levene, Ricardo Piccirilli, Emilio Ravignani, Mario Belgrano, José Torres Rebello, P. Guillermo Furlong Cardiff, Carlos A. Puyrredón y otros más. También el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, dirigido por Emilio Ravignani, dedica gran parte de su atención al estudio de la independencia, lo mismo que la *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas* «Juan Manuel de Rosas», del cual es presidente Julio Irazusta, que dirige un grupo de intelectuales e historiadores, entre los que figuran H. B. Pouyssegur, Carlos M. Dardan, José María Rosa, Mario César Gras, Jaime Gálvez y Luis Granada Roca. También hemos de señalar los *Anales del Instituto de Investigaciones Históricas*, de la Universidad Nacional de Cuyo, que dirige el profesor Juan Dragi Lucero y dedica preferentemente sus páginas a la publicación de documentos. La revista *Humanidades*, de la Facultad de Humanidades de La Plata, dirigida por Fernando Márquez Miranda, publica periódicamente una sección de Historia, lo mismo que la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, que dirige Néstor A. Pizarro. Por último, la *Revista de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires* publica también importantes trabajos, entre los que destaca el de Felipe Barreda Laos sobre «Ejecución de los hermanos Carrera. El proceso de Mendoza», cuyo manuscrito ha publicado íntegro.

En Chile, el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* dedica gran espacio a los problemas y los hombres de la independencia. Citemos, por ejemplo, el número dedicado a Diego Portales y la publicación de las *Fuentes bibliográficas para el estudio de la vida y de la época de Bernardo O'Higgins*. La *Revista Chilena de Historia y Geografía* incluye también estudios sobre estos temas, entre los que hemos de destacar el de Francisco A. Encina sobre *Génesis de la independencia*. La revista *Estudios*, dirigida por Jaime Eizaguirre, publica a veces interesantes artículos sobre la emancipación. La personalidad de Jaime Eizaguirre es digna de especial mención en el campo de la investigación histórica chilena. A falta de otras razones, que para él son abundantes, bastaría tan sólo para demostrarlo su magnífico estudio sobre Bernardo O'Higgins. También hemos de citar a Ricardo Donoso, figura señera de la investigación y la ciencia histórica de Chile. Junto a ellos, además de Francisco A. Encina, figura también Ricardo Krebs.

Pero es México la nación que, sin duda, tiene más importancia

en la investigación histórica. En toda Hispanoamérica puede observarse un importantísimo movimiento intelectual de recia contextura y significativa trascendencia. Decimos esto, porque todavía dejan oírse algunas voces—muy contadas, afortunadamente—en España y en América sobre una pretendida falta de valor científico en los intelectuales americanos. Reduciéndonos al campo de la investigación histórica, que es lo que ahora nos interesa, ya queda demostrado, con lo que va dicho, lo erróneo de esas afirmaciones. Pero el caso de México va a ser definitivo a este respecto. Es verdaderamente abrumadora, en efecto, la cantidad y calidad de los trabajos y estudios históricos mexicanos. Si nos fijamos en el Arte, los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, dirigidos por Manuel Toussaint y en los que colaboran, entre otros, Josefina Murial y Justino Fernández, pueden servirnos de pauta y modelo en los estudios artísticos. En la investigación histórica debemos señalar el *Boletín del Archivo General de la Nación*, que dirige Julio Giménez Rueda y en el que se publican interesantísimos documentos sobre la época colonial y de la independencia. Las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* reúnen a su alrededor a un importante grupo de historiadores, entre los que destacan Atanasio G. Sarabia, director de la Academia; Manuel Romero de Terreros, secretario perpetuo; Jorge Ignacio Rubio Mañé, secretario; Juan B. Iguiniz, censor; P. Mariano Cuevas, canónigo; don Jesús García Gutiérrez, Federico Gómez Orozco, José López Portillo y Weber, Alberto María Carreño, Rafael García Granados, Vito Alessio Robles, José Bravo Ugarte, Alfonso Junco y Silvio Zavala.

Por si esto fuera poco, aún debemos señalar la presencia de la revista *Humanidades*, de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional autónoma de México, entre los que ya destacan dos historiadores: Luis Weckman Muñoz y Lucio Cabrera. La *Revista de Historia de América*, del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, es modelo en esta especialidad y presta un servicio insustituíble a la investigación con la publicación de su magnífica Sección bibliográfica. Hemos de citar también la *Revista de la Universidad de México*, dirigida por Salvador Zubirain, y la titulada *Estudios Históricos*, de Guadalajara, dirigida por Luis Medina Ascensio. Por último, entre los historiadores que dedican su atención a los problemas del siglo XIX hemos de citar a don José de Jesús Núñez y Domínguez y, sobre todo, a don Arturo Arnaiz y Freg, que es la máxima autoridad de México en esa época histórica.

En Colombia no está tampoco desatendida la investigación his-

tórica de los hechos relativos a la independencia. La revista *Hacaritama,* de Ocaña, publica frecuentemente estudios sobre esa época histórica. Justiniano J. Páez dirige dicha publicación, que últimamente ha dado a luz un documento importante relativo a la entrevista de Bolívar en Chiriguana, y un estudio sobre Francisco de Paula Santander, debido a la pluma de M. Mateo Hurtado. Lo mismo podríamos decir del *Repertorio Boyacense,* dirigido por Ulises Rojas y Ramón C. Correa, que inserta en sus números 144-146 un artículo sobre la campaña de 1819, la hoja de servicios del general Juan José Reyes Patria—publicación de Pablo E. Cárdenas Acosta— y otros trabajos. Junto a estas revistas hemos de citar también otras que acogen en sus páginas estudios sobre la independencia. Así, la *Revista del Archivo Nacional,* dirigida por el historiador Enrique Ortega Ricaurte; la *Revista Javeriana,* dirigida por los padres jesuítas Juan Alvarez y Francisco José González; la titulada *América Española,* de Barranquilla, dirigida por don Guillermo Porras Troconis, y el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia,* cuya dirección lleva Jorge Alvarez Lleras. Además, existe en Colombia un grupo de historiadores en el que figuran destacadamente, además de los citados, don José Joaquín Casas, Guillermo Hernández de Alba, Carlos Restrepo Canal, Enrique Otero D'Acosta, José María Restrepo Sáenz, Nicolás García Samudio—de cuyo libro sobre la independencia hablaremos más adelante—, Gabriel Porras Trocone, Rafael Maya, Fernando de la Vega, Arcesio Aragón y Eduardo Caballero Calderón, todos los cuales forman la Sección Colombiona del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Recientemente la investigación histórica colombiana ha sufrido un rudo golpe con la muerte del eminente historiador don Antonio Gómez Restrepo, fallecido después de una vida dedicada íntegramente al estudio La vacante que Gómez Restrepo deja va a ser muy difícil de llenar, aunque, como hemos visto, no faltan en Colombia figuras de gran magnitud científica.

Respecto a Bolívar, citaremos el *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz,* dirigido por el señor Rodríguez Quiroga, y la revista *Koyayuyo,* que publican con cierta frecuencia artículos sobre diversos aspectos de la emancipación. Lo mismo podemos decir de Cuba, donde el *Archivo José Martí,* dirigido por Félix Lizaso, la *Revista Cubana* y la revista *Universidad de la Habana,* que dirige José A. Presno Bastioney, dedican frecuentemente sus páginas a esos estudios.

Hasta en los países hispanoamericanos de menor extensión terri-

torial se observa gran movimiento en la investigación histórica de los temas contemporáneos. Así, en la República Dominicana, la revista *Clio*, que dirigen el licenciado C. Larrazábal Blanco y Emilio R. Demorizi, se ocupa, en sus números 74-75, al estudio de tres personajes que estuvieron relacionados con la independencia de la isla: don Tomás de Bobadilla, don José Joaquín del Monte Maldonado y el doctor Juan Vicente Moscoso. Además, el *Boletín del Archivo General de la Nación* ha publicado en muchas ocasiones documentos relativos a la independencia. Asimismo, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá y El Salvador contribuyen también a estos estudios con sus publicaciones periódicas, entre las que destacaremos los *Anales de la Sociedad de Geogrfía e Historia*, de Ciudad de Guatemala; la *Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales*, de Tegucigalpa; la de la Academia de Geografía e Historia, de Nicaragua, y la revista *E. C. A.*, de San Salvador.

El Ecuador merece figurar a la cabeza en esta clase de estudios, ya que su contribución a ellos es de las más constantes. La revista *América*, de Quito, dirigida por Antonio Montalvo, José A. Llerena y Miguel Albornoz, publica siempre trabajos sobre la independencia, entre los que destacaremos el de Angel Grisanti, titulado «Repercusión del 19 de abril de 1810 en las provincias, ciudades, villas y aldeas venezolanas», que ha visto la luz en los números 83-84 de la citada revista. El *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* también ocupa su atención en este género de estudios, y entre los que ha publicado merece cita especial el de Carlos A. Vivanco sobre «El Ecuador en la Independencia de América».

No podía faltar el estudio de la emancipación en el importante foco cultural del Perú. Así en la *Revista del Archivo Nacional del Perú*, que dirige Eduardo Cos Sarriá; en la *Revista Histórica*, dirigida por Carlos Alberto Romero; en el *Boletín de la Biblioteca Nacional* y en la revista *Fénix*, dirigidas ambas por el culto historiador Jorge Basadre, se insertan a menudo trabajos sobre el tema que nos ocupa, en cuyo estudio destaca también el historiador Raúl Ferrero. Igualmente, el Uruguay, a través de su *Boletín Histórico* —del Estado Mayor General del Ejército—; de la *Revista Histórica*, que dirige Juan E. Pivel Devoto, y de la *Revista Nacional*, a cuyo frente está Raúl Montero Bustamante, se ocupa también del estudio e investigación de la independencia, en cuyo trabajo destaca el ilustre historiador don Felipe Ferreiro.

En cuanto a Venezuela, sus publicaciones son muy importantes en esta materia. El *Boletín del Archivo General de la Nación*, que dirige Augusto Mijares, publica generalmente interesantísima docu-

mentación —la correspondencia del general Páez, por ejemplo— e importantes artículos, lo mismo que el *Boletín del Archivo Nacional*, dirigido por Rafael Yepes Trujillo, y la *Revista Nacional de Cultura*, a cuyo frente está José Nuceto-Sardi, y que últimamente ha publicado interesantes originales de José G. Antuña.

Habrá podido observarse que todos los trabajos citados hasta ahora sobre la independencia americana son estudios monográficos o publicaciones documentales, como es más propio de las revistas. Todos estos trabajos podríanse agrupar en tres clases. Abarcaría la primera los estudios referentes a los acontecimientos o hechos de los alzamientos y campañas militares de la independencia. En el segundo grupo figurarían los trabajos dedicados a los hombres de la emancipación, y comprendería el tercero los relativos a la significación y trascendencia política y de conjunto de los movimientos secesionistas. Como es natural, no existen en las revistas trabajos de síntesis general sobre la independencia, ya que esta empresa es evidentemente más propia de un libro que de uno o varios artículos.

Pero no quiere decir esto que en América falten estudios de conjunto sobre la independencia. Por el contrario, siempre ha tenido el tema buena acogida entre los historiadores. Así, podemos recordar el libro de Carlos Octavio Bunje, *Nuestra América*, en que se aborda este estudio, y el de Luis Cuervo Márquez, titulado *Independencia de las colonias hispanoamericanas. Participación de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos*, publicado en Bogotá en 1938, por no citar más de entre la no escasa biobliografía existente. Pero las publicaciones más recientes sobre la emancipación son el libro de Nicolás García Samudio, *La Independencia de Hispanoamérica*, y en el de Jaime Eizaguirre, *Hispanoamérica del dolor*, la parte titulada «El espíritu de la Revolución americana». Por último, el estudio de Domingo Arnunátegui Solar, *La Revolución de la independencia*, y el de Silva Herzog, *Un ensayo sobre la Revolución mexicana.*

He aquí, pues, en muy somero resumen, los principales trabajos y publicaciones que en Hispanoamérica se han ocupado más recientemente del interesante problema de la separación de América de la Corona española. Cada día importa más estudiar este movimiento histórico conocido con el nombre de Independencia americana. Tanto en España como más allá del Atlántico, grupos de estudiosos han iniciado ya esa tarea cuyos frutos podrán palparse muy pronto. Es de esperar que el mayor conocimiento entre España y América desde que ambas se separaron contribuirá al mejor conocimiento mutuo y a la renovada solidaridad del mundo hispánico.

JAIME DELGADO

EL NACIONALISMO TRIUNFA EN PANAMA

* * * Arnulfo Arias ha sido electo Presidente de Panamá. El pueblo panameño ratifica así la política nacionalista del joven y vigoroso presidente que en 1941 fué malamente derrotado por los poderosos intereses que él combatía en defensa de la libertad de su pueblo. Desde entonces, Arias se convirtió en bandera del movimiento nacionalista en la lucha por la liberación de los panameños y por su efectiva independencia política.

Con la elección de Arias culmina un proceso de rápido crecimiento del sentir nacionalista en Panamá, que ha tenido su expresión más significativa en el reciente repudio por el Congreso del Tratado con Estados Unidos sobre prórroga del arriendo de bases militares en territorio panameño.

El nacionalismo panameño se ha fortalecido en estos últimos años con la simpatía y el apoyo de los demás pueblos hispanoamericanos, sobre todo de aquellos donde el nacionalismo propio se ha enfrentado en una u otra forma con los mismos enemigos.

Durante su exilio, Arnulfo Arias ha vivido en diversos países hispanoamericanos, especialmente en la Argentina. En ellos ha encontrado calor y comprensión para su causa y para su persona, pero además ha adquirido una singular y valiosa experiencia política; y al estrechar vínculos y amistades sobre la base de una común preocupación hispanoamericana, ha establecido lazos estrechos de colaboración que fortalecen prácticamente los de la comunidad histórica de nuestros pueblos, que comienzan ahora a tener vigencia de unidad en la política real de nuestras naciones. Este contacto vital con Hispanoamérica dará seguramente al nacionalismo panameño un sentido más positivo, más constructivo y esencial que de oposición y de defensa, y también una base más amplia en lo cultural y en lo histórico.

Panamá, lugar tremendo y doloroso de escisión de nuestro Continente hispánico, traza ahora sobre la rotura histórica y geográfica un arco de hermandad nacionalista para recuperar su natural función de puente entre el Norte y el Sur de nuestra comunidad de naciones.

J. Y. T.

HAEDO, ANTE LA CUESTION ECONOMICA SURAMERICANA

* * * La unidad, solidaridad y defensa del Continente americano necesita para ser realidad estar basada y fundamentada sobre la unidad económica. Solamente cuando ésta se logre se podrá pensar en la política y en lo militar. Pero para lograr la unidad económica es preciso que predomine el carácter de asociación frente al de subordinación. Y carácter de subordinación tiene el que, aprovechando la situación actual de Europa, exista un monopolio de compraventa que en definitiva haga que pase a través de él todo el comercio con el viejo Continente.

Es necesario para solucionar este problema—opina Haedo—la superación del concepto político de nacionalidad por el más amplio de bloque económico, que abarque unas economías que se puedan complementar. Tres bloques deben formarse, en su opinión, que para Suramérica podrían ser: 1.° El del Sur; 2.°, el del Brasil, y 3.°, el de Gran Colombia. El primero, constituído por Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Argentina, tal vez se bastaría por sí mismo para acelerar la evolución de estos países. Este establecimiento de bloques regionales geográfico-económico no puede basarse en el aspecto nacional, ni siquiera en el aspecto externo. Para ello son necesarias aduanas suaves con tendencia a su desaparición, ajuste de transportes y moneda, créditos industriales, satisfacción del consumo de los países agrupados.

A este programa de agrupación—en opinión del senador uruguayo—se oponen las siguientes fuerzas: el capitalismo con reducida visión económica, el liberalismo político frente a la intervención del Estado y el aislamiento de Europa. Los actuales sistemas de planificación regulando la producción continental y con una determinada política aduanera representan el triunfo de los países industriales frente a aquellos desconectados espiritual y materialmente.

La solución es producir y combatir el aislamiento, y para lograrlo aquí está esta llamada de atención a América de Eduardo Víctor Haedo para la formación de los bloques económicos hispanoamericanos, estando presente España.

L. Z.

UN CONCURSO CIENTIFICO HISPANOAMERICANO 1948-1949

* * * La Real Academia de Medicina de Sevilla acaba de convocar un gran concurso científico para premiar los mejores trabajos sobre el tema: «Aportaciones de los Médicos, Farmaceúticos y Veterinarios españoles a la obra colonizadora de España en América.»

Persíguese con ello un doble fin. De un lado, el fomento de las Ciencias Médicas. De otro, el estrechamiento de los fuertes vínculos culturales que unen a las diversas naciones hispanoamericanas.

En el certamen podrán tomar parte todos los médicos, farmacéuticos, veterinarios y estudiantes de estas Facultades residentes y naturales de cualquiera de los países hispanoamericanos de habla española.

Habrá un primer premio de diez mil pesetas, concedidas por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, y el título de Académico Corresponsal. El segundo premio estará dotado con cinco mil pesetas, otorgadas por el Instituto de Cultura Hispánica, e igualmente el título de Académico Corresponsal. Este mismo título podrá concederse a cuantos trabajos merezcan accésit a juicio del Jurado, constituído por la Junta de Gobierno de la Academia con el asesoramiento de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla y de un Catedrático de Filosofía y Letras, designado por el Excelentísimo y Magnífico Sr. Rector de la Universidad Hispalense.

La Escuela de Estudios Hispanoamericanos concederá, además, los derechos de la publicación de sus trabajos a los autores de los dos primeros premios.

Se permite la colaboración de los Médicos, Farmacéuticos, Veterinarios y Estudiantes con Doctores o Licenciados en Filosofía y Letras, en Derecho o Investigadores Hispanoamericanos. Pero el título de Académico Corresponsal sólo puede ser concedido a los médicos, farmacéuticos y veterinarios, por exigirlos así el Reglamento de la Real Academia. También se hace constar que caso de que el trabajo premiado fuese de más de un autor, tal título sólo se otorgará al primer firmante. Los autores premiados podrán imprimir sus trabajos, con la obligación de entregar cincuenta ejemplares y de hacer constar en la portada el galardón obtenido.

Las obras presentadas serán inéditas, escritas en castellano, a máquina, en cuartillas por una sola cara y encabezadas con un lema. Necesariamente habrán de ser de investigación, pudiendo ser monográficas sobre asunto que corresponda al título del tema propuesto.

Se enviarán, en ejemplar duplicado, a la Secretaría de la Real Academia de Medicina de Sevilla, Plaza de España, Torre Sur, Sevilla, antes de las doce de la noche del día 31 de octubre de 1949, en sobre cerrado y lacrado. En su parte exterior se escribirá el lema del mismo, consignando en la parte superior izquierda: «Para el Concurso de Premios de la Real Academia de Medicina de Sevilla.»

En sobre aparte, cerrado y lacrado, irá escrito exteriormente el mismo lema y en el interior una cuartilla con los datos personales del autor y aval del Centro científico donde la obra haya sido realizada. El resto de las bases se refiere a las normas ordinariamente seguidas en esta clase de certámenes. La convocatoria puede ser solicitada de la mencionada Secretaría de la Real Academia de Medicina de Sevilla.

Se exige mérito absoluto en los trabajos, no bastando el relativo.

No dudamos que la noticia de la convocatoria producirá gran interés en los medios científicos e investigadores hispanoamericanos, interés que, naturalmente, se reflejará en el número y calidad de las obras que concurran al Concurso. Con ello se conseguirá el doble fin perseguido. Se valorará, además, de manera absolutamente firme, la ingente contribución de médicos, farmacéuticos y veterinarios a la obra insuperable de la colonización, a la que no regateó su esfuerzo todo un pueblo dividido en profesiones, pero unido de modo más trascendente y superior por un mismo ideal común de destino.

S. M.

UNION CONTINENTAL IBEROAMERICANA EN DEFENSA DE LA PAZ MUNDIAL

* * * Con este nombre prometedor se ha organizado en Hispanoamérica un movimiento de opinión que postula la única posición digna e inequívoca que, frente a la actual situación del mundo, corresponde a nuestros pueblos hispánicos en la conciencia de su ser y de su destino históricos.

Ha llegado a nuestras manos el Manifiesto inicial, fechado en Montevideo el 4 de febrero, y que firman personalidades relevantes de la política hispanoamericana, como el ilustre escritor y diplomático peruano don Felipe Barreda Laos; el jefe del Partido Nacional del Uruguay, don Luis Alberto Herrera; el ex presidente de Panamá, don Arnulfo Arias; don Jaime Larraín García Moreno, Senador y jefe del Partido Agrario Laborista de Chile; don Carlos Ibarguren, de la Argentina; don Alberto Sanabria y don Luis Iturralde, de Venezuela y Bolivia, respectivamente, y el secretario general de la Confederación de Obreros y Campesinos de México, señor Mario Suárez.

El Manifiesto hace un análisis agudo de los errores básicos sobre que descansa la estructuración política mundial, y en especial la de América, causas inmediatas del estado de zozobra y de guerra no declarada en que se encuentra el mundo y de la amenaza de una nueva conflagración. Señala la absurda situación de las naciones iberoamericanas, consideradas como menores de edad dentro del sistema político panamericano, cuando, por su potencialidad económica y por su potencialidad humana, constituyen una unidad política y cultural llamada a ocupar un puesto rector en los destinos del mundo y a intervenir decisivamente en pro de la paz mundial para corregir los males políticos que el antagonismo de las naciones imperialistas ha desatado sobre los pueblos de la tierra.

Los objetivos fundamentales de este gran movimiento, según el Manifiesto, son los siguientes:

«1.° Restauración del panamericanismo a sus pautas tradicionales por la Convención de 1928 que le niega toda finalidad política.

2.° Revisión de los acuerdos de emergencia bélica que han transfigurado la Asociación Panamericana.

3.° Reforma sustancial de la Carta de las Naciones Unidas.

4.° Unión de los pueblos Iberoamericanos para una acción vigilante y permanente de paz mundial, independiente de las dos masas imperialistas que se disputan hoy el dominio del mundo.»

Este movimiento ha encontrado una amplísima acogida en toda América y cuenta ya con la adhesión personal de muchos miles de hispanoamericanos y de los siguientes partidos políticos y movimientos obreros: Partido Nacional del Uruguay, Partido Agrario Laborista de Chile, Integrismo Mexicano, Confederación de Obreros y Campesinos de México y Unión Nacional de Trabajadores del Perú.

Es este un síntoma vital de ese formidable despertar de la conciencia histórica de nuestros pueblos, que comienza ya a proyectarse sobre la realidad política del mundo.

BRUJULA PARA LEER



CELA Y SUS BOTAS DE SIETE LEGUAS

La publicación por la Revista de Occidente de este libro de viajes (1) de Camilo José Cela ha vuelto a poner el nombre del escritor en la hora más viva de la actualidad literaria española. Bien es verdad que poco descanso acostumbra ofrecer Cela a la atención de sus lectores. Desde su éxito inicial indiscutible, *La familia de Pascual Duarte*—sin duda alguna la novela de mayor interés y trascendencia publicada en español en la última década—hasta el reciente *Viaje a la Alcarria*, el novelista nos ha ofrecido, sin descanso, una serie ininterrumpida de libros, en la que el género no ha limitado nunca las posibilidades extraordinarias del escritor. Desde la novela a la narración corta, desde el cuento hasta el poema, hasta el libro de prosa varia o hasta el artículo de costumbres o la crónica literaria, Camilo José Cela, en media docena de años—1942 es la fecha que presenta su primera novela—, ha logrado un puesto destacadísimo en las letras españolas. La fuerza y originalidad de su prosa, su difícil eficacia expresiva, la raíz castiza, inconfundible de su estilo, la lírica y soterrada corriente que se adivina informando todas sus páginas y,

(1) **Camilo José Cela: «Las botas de siete leguas». *Viaje a la Alcarria*. «Revista de Occidente», Madrid.**

sobre todo, el temple, la gracia y la riqueza de su poderoso instrumental verbal son razones más que suficientes para que Cela sea el escritor español joven más apasionadamente difundido. Su *Familia de Pascual Duarte* puede ya leerse en francés, en inglés, en italiano, en alemán, en sueco... Otros libros suyos han merecido el honor de las traducciones, como *Pabellón de reposo* o *El nuevo Lazarillo*. Y hay universidad extranjera donde se leen trozos de la prosa de *El nuevo Lazarillo* como modelo de español bien escrito.

Pero esa hidra de innumerables cabezas que es el público, siempre en posesión de mandatos sobre aquellos de los que hace sus ídolos, no deja de pedir en ocasiones a aquel Cela de *Pascual Duarte* otra novela que satisfaga el paladar que dejó preparado la primera. No sabe que el escritor, dueño y señor de su «gana», señor y dueño, en este caso, de infinitas formas para la creación, ha de mandar siempre en sus criaturas y ha de disponer sus materiales tal como le dicte su capricho generador. El buen lector de Cela sabe que poco tiempo se ha perdido con la llegada a sus manos de aquellos fortísimos, arrogantes e insólitos poemas de «Pisando la dudosa luz del día»; que buena hora de lectura ha sido la de aquel puñado de crónicas recogido en «Mesa revuelta», y que el mismo talento de narrador del Cela novelista iba a encontrarse en las vueltas del más breve y alígero de sus cuentos.

Y un buen día, este mozo gallego, pálido, larguirucho y versátil, con su morral y su insobornable vocación a cuestas, se lanza por los caminos de la siempre desconocida España y vuelve con esta referencia caliente, personalísima y ejemplar de su primer libro de viajes.

La ruta elegida ha sido la de la Alcarria. Ya en su dedicatoria al doctor Marañón la agudeza y eficacia verbales de Cela nos pondrán sobre aviso del porqué del itinerario elegido: «La Alcarria es un hermoso país, al que a la gente no le da la gana ir. Yo anduve por él unos días y me gustó. Es muy variado, y menos miel, que la compran los acaparadores, tiene de todo.» Más adelante añadirá: «Le mando también una flor que arranqué de una cuneta; la tuve todo este tiempo metida en un libro, y ya está disecada. Yo creo que es bonita.» Así, a la busca de la flor desconocida por la tierra desconocida y a luchar contra el tópico del geógrafo, del erudito o del economista, el escritor abre camino y, anda que te andarás, le saca el nuevo gusto, la nueva gracia y hasta el nombre nuevo a estos lugares a los que a la gente *no le da la gana ir*. Y si no «ligero de equipaje», como predecía el poeta, ya que las jornadas se presentaban duras y el viático había de pesar sobre la pro-

pia espalda, con su buen morral de montañero, Cela se ha ido a hacer leguas y amigos por la Alcarria. El gesto es español. Ya nos hizo justicia en plena juventud aquel don Carlos Bustamante Inca «Concolorcorvo»—gracioso y desenfadado hasta para la elección de seudónimo—cuando en sus viajes por las Américas del Perú tiene sus apartes de recuerdo para el buen andar de los españoles. Censura a esos caminantes «del chuño, papa seca y fresca, quesillo o calabaza», y añade: «con éstos no habla mi prólogo, sino con los crudos españoles, que, fiados de su robustez, almuerzan, meriendan y cenan jamones, chorizos y morcillas, cochinitos rellenos, cebollas y ajíes curtidos en vinagre, alcaparras y alcaparrones y todo género de marisco que encuentran en las playas»; tan fornida comida «da motivo a que se apure la bota y que estos esforzados caminantes se echen a dormir en tierras calientes, bajo las ramadas, y en las frías sin otro abrigo que el de una sábana y manta para cubrir sus cuerpos».

El rojizo Concolorcorvo podía bien haber sido un fiel biógrafo de Cela. Este crudo español ha sabido dormir bajo las ramadas sin más abrigo que el de la manta citada por el cronista o, acaso, del Tajuña al Cifuentes, hombro con hombro con el dueño de «Gorrión», aquel viejecito a quien preocupaba el incierto destino de su asno y le uncía una bien escrita cédula de propiedad para quien lo encontrara cuando él hubiera muerto. Respecto al comer, tampoco dejó nunca mal al del Cuzco, porque personaje hay de los que cruzan por este *viaje* que pregunta a Cela, todo extrañado, en ocasión de una sobremesa: «Pero usted ¿come siempre cinco huevos fritos?»

Tipos y lugares, palabras y costumbres, nombres y giros de expresión, manjares y remedios, fervores y filosofías discurren, en riquísima convivencia, al lado de las botas incansables del viajero. Cuando Julio Vacas regala a Camilo José Cela, porque lo encuentra de no muy buena color, dos libros de medicina curativa, o cuando, un poco más adelante, le dice que él anduvo enseñándole el pueblo al rey de Francia, y aun más, recuerda que el monarca se llamaba don Luis Capeto, no sabemos qué rara fortuna nos ha conducido a los más insospechados parajes de la fábula. ¿Es que ésta persigue al narrador y le convierte en inventor de maravillas, o es que Cela lleva su mágica varita de virtudes creadoras al punto de milagro que necesitan las gracias dispares de la tierra?

Sea lo que fuere, se nos ha quedado en las manos, como un duende de realidades, de sugerencias, de descubrimientos esta Alcarria que Camilo José Cela ha rehecho con el garbo y la delicada fragancia de su segura manera de escribir.

Podrán ahora, como siempre, los lectores *parciales* de Cela seguir pidiéndole la novela que tanto necesitan. En la otra orilla estarán de guardia los lectores totales y apasionados por cada una de sus más diversas invenciones. En alto mantendrán este *Viaje a la Alcarria* que, sobre su interés informativo, anecdótico, didáctico, tendrá el otro importantísimo de aportar a la curiosidad de los hombres una emocionada manera de ver y entender las cosas de España. Si hay libros de Camilo José Cela que se leen por el mundo, bajo aulas, como muestra de claro lenguaje, no vendría mal que, bajo las más modestas pero entrañables tejas de nuestras municipales escuelas, se empezara a enseñar Geografía a través de libros como éste, que son un poco de Historia, un poco de religión y un poco de Gramática, unidas por el don inmarchitable de la gracia literaria.

JOSÉ GARCÍA NIETO

«*LOS PUEBLOS DE ESPAÑA*»

Seguramente no es aventurado sospechar que no son los libros de Julio Caro Baroja, el joven maestro de Etnología española y director del Museo del pueblo español, los que más abundantemente cruzan el Océano Atlántico. Nos referimos, claro está, a libros suyos como el que ahora vamos a reseñar (1) o a otros que como *Algunos mitos españoles*, están dirigidos a un público más general que el de los rigurosos investigadores de temas prehistóricos, folklóricos, etnográficos y lingüísticos, ya que entre estos últimos la personalidad de Baroja es suficientemente conocida y admirada por la ya numerosa serie de trabajos suyos que las principales revistas especializadas publican incesantemente desde hace por lo menos diez años. Y, sin embargo, pocos libros tan dignos de suscitar interés en Hispanoamérica como éste; y ello, no ya por un movimiento, más o menos afectivo, de curiosidad hacia las cosas de España, sino precisamente porque las realidades que en él se estudian y los problemas que tratan de desvelarse tienen una prolongación actual y viviente en los pueblos de América. En este sentido cabe afirmar rotundamente que los estudiosos que en la América española pretendan conocer los ingredientes culturales y sociológi-

(1) JULIO CARO BAROJA: *Los pueblos de España.* Ensayos de Etnología. Editorial Barne. Barcelona,. 495 págs.

cos de sus pueblos respectivos *necesitan* estar en posesión de los antecedentes ibéricos importados secularmente a América y convivientes allí con lo autóctono. De esos antecedentes este libro ofrece una mina sistemáticamente explorada.

Por otra parte, dado el alto grado de conciencia cultural e histórica adquirida en estos tiempos por los pueblos y el apasionado interés con que en todos los meridianos se escudriña la *esencia* de las entidades nacionales, y la necesaria confrontación de las diversidades del genio respectivo, se impone un rigor científico en los medios de investigación que pueda abocar a conclusiones no taradas por la parcialidad propagandística, la ingenuidad exaltadora de lo propio y el tópico caracteriológico. Pues bien, el temperamento científico de Caro Baroja está harto prevenido contra estos riesgos; su mirada es objetiva e incluso fríamente valoradora de las excelencias o miserias que entretejen el fondo étnico peninsular. Merece la pena transcribir uno de sus párrafos, en los que da la voz de alerta contra el ensayismo alegre y contumaz en torno a la personalidad de los pueblos: «Ver las formas y funciones de la vida humana sin lirismo, de un lado; sin esquematismo, de otro, es necesario, si el hombre quiere alcanzar un nivel espiritual superior desde todos los puntos de vista. Allí donde empiezan la lírica y el esquema comienza también la barbarie y la incomprensión. Libros en que con brillantes tonos se describen los caracteres generales de españoles, franceses, ingleses, etc., según ideas convertidas por el uso en lugares comunes, entre los que cabría citar algunos afamados, que no nombraré, son buenos para encontrar temas de conversación propia de comedores de hoteles o departamentos del ferrocarril. Pero no para otra cosa.»

Reconozcamos que era necesario oír alguna vez la justa protesta del científico frente a las teorizaciones del escritor turístico y dilettante que se cree con genio suficiente para captar intuitivamente a través de una visita—e incluso, a veces, desde fuera del *situs*—los complejos entramados étnicos e históricos sobre los que reposa la estructura de un pueblo. Caro Baroja, por el contrario, conoce a España de la única forma en que el conocimiento es posible: a través de un estudio tenaz y extenso: en profundidad, gracias a su excepcional preparación lingüística, por la cual ha podido rastrear en las fuentes griegas y latinas la prehistoria peninsular y opinar con voz propia en cuestiones tan delicadas como las relaciones del vascuence y el substrato ibérico (véase, por ejemplo, la colección de la revista de lingüística *Emérita);* y en extensión, a través del espacio, peregrinando por los pueblos y caminos de todas las re-

giones para recoger el dato exacto, estudiando el yacimiento prehistórico y la costumbre que aun perdura, la leyenda o el indumento local y las formas económicas vivas, la estructura del paisaje y las huellas de su evolución, los núcleos étnicos antiguos y modernos, los estadios de su actividad, de su religiosidad, de su instinto artístico y, en fin, de cuantas modalidades humanas caen dentro del ámbito de la antropología ibérica en el más amplio sentido.

Merece la pena inspeccionar sumariamente el contenido de este libro. De las tres partes que lo componen, la primera estudia la vida de las poblaciones prehistóricas peninsulares, desde el Paleolítico hasta la Edad del Bronce, con especial alusión a los problemas culturales y lingüísticos que se plantean en torno a los substratos norteafricanos, en relación con las supervivencias del vasco y la distribución de los ingredientes indoeuropeos. Pero nótese que los capítulos que integran esta primera parte constituyen un estudio concreto alusivo a la *vida* de aquellos períodos remotos; quiere esto decir que el trabajo de Caro Baroja posee esa vivacidad de que suelen carecer los estudios del arqueólogo profesional, irremediablemente más atento a la consideración de los objetos que del sujeto. El autor se ha propuesto desde el primer momento evitar las abstracciones; consigue, en cambio, ofrecer una visión todo lo directa que los conocimientos y el paralelismo etnográfico permiten, de la peculiar humanidad existente en nuestros antepasados peninsulares. No entraremos aquí en detalles acerca de las grandes cuestiones disputadas sobre los movimientos de pueblos en relación con la Península; en todo caso, las opiniones de Caro Baroja sobre el vascoiberismo, la cuestión ligur o la ibérica revelan un enfoque más amplio y sugestivo que el del puro lingüista o el arqueólogo; de esta suerte, la problemática es abordada en toda su extensión. Y en cuanto a las soluciones que hoy por hoy resultan asequibles, no faltan aspectos en los que el criterio personal de Caro Baroja aventaja en verosimilitud, precisamente por ser resultado de un totalitario enfoque de los problemas, a la mayoría de las soluciones propuestas. Así, por ejemplo, en lo concerniente a la posible comunidad europea, preindoeuropea y de posible abolengo caucásico, que explicaría el caso de lo vasco como una pervivencia pirenaica.

La segunda parte se refiere a la distribución de pueblos peninsulares durante la Edad Antigua, por zonas geográficas, hasta cumplida la romanización de España. Todo el disperso tesoro de referencias que contienen los historiadores griegos y latinos—perfectamente aducidas e interpretadas por el autor—le sirve de punto de partida para delinear el panorama, ahora ya mucho más preciso, de

la vida de turdetanos, iberos, vacceos, lusitanos, etc. Así como en la primera parte brilla el vasto saber lingüístico de Caro Baroja como faceta lateral del etnógrafo que primordialmente hay en él, en esta segunda asistimos, sobre todo, a su extraordinaria preparación histórica.

En cuanto a la tercera parte de su obra, que es la más propia y puramente etnográfica, viene a ser como el último estadio de la vida peninsular, resultativo respecto de los dos anteriores, y mucho más exactamente concretado merced a la técnica de inspección directa; por regiones va analizando Caro Baroja el régimen peculiar de habitación, agricultura, ganadería, fiestas, ritos, industrias, mitos y artes populares, para venir a parar en los rasgos espirituales que singularizan el genio diferencial de cada una. Aquí, como en el resto de la obra, una copiosa bibliografía adjuntada a cada capítulo sirve a la vez de base al desarrollo de las cuestiones y de incentivo al interés del lector. Porque—y he aquí uno de los méritos considerables de este libro—se trata de una obra sencillamente apasionante: piénsese, por ejemplo, que después de los innúmeros tópicos que la estimativa general vierte en torno a regiones y caracteres como los de Andalucía, la mano insobornablemente científica—a veces, incluso, un poco desalmada— de Caro Baroja nos sitúa en una perspectiva radicalmente nueva, sorprendente y siempre harto convincente, sobre fenómenos y modalidades que de otro modo pasan inadvertidos o lo son arbitraria y abusivamente, o, en todo caso, no pueden ser integrados dentro de una percepción justamente valorativa de la entidad espiritual del pueblo español.

Después de lo apuntado, quisiéramos insistir nuevamente, de cara a los estudiosos de Hispanoamérica, sobre lo que ya antes insinuábamos. En *Los pueblos de España* hay un sugestivo manojo de llaves para penetrar en el más exacto y genético conocimiento de toda una serie de fenómenos etnográficos americanos que son prolongación o transformación de los que en este libro se consignan e interpretan. Por este motivo, Caro Baroja ha realizado un servicio científico de especial interés: la doble vertiente etnográfica, española y americana, se beneficiará, sin duda alguna, con este nuevo libro del joven etnógrafo, cuyos apellidos, por cierto, tan ilustremente vinculados están con las letras de España.

A. A. de M.

«*EL SECRETO DE LA FILOSOFIA*»

Eugenio d'Ors ofrece en el libro que reseñamos (1) un texto sistemáticamente total, bien que original y profundo, de Filosofía.

El título sugiere lo que el maestro D'Ors quiere del lector: comunicarle un secreto. No se trata, pues, de un cuerpo organizado de lecciones didácticas, ni tampoco de aquietar con soluciones concretas turbaciones vitales. D'Ors ha proclamado siempre, y reitera en este libro, la supremacía del diálogo en el que se resuelve el auténtico pensar, si éste es filosófico. Esquiva lectores, ambiciona interlocutores.

El secreto que quiere ser la Filosofía en la obra de D'Ors presenta dos caminos de penetración para la crítica sincera. El estilo de su decir y de su discurso, es el primero; el segundo, las afirmaciones categóricas—ya que no apodícticas—que se insertan en sus páginas. De ambas preocupaciones participa el autor, siquiera no sea tan segura, en una primera meditación, la confianza de lectores, a los que se les viene abajo un andamiaje que creían indispensable.

En lo que atañe al ritmo del discurso, D'Ors ha logrado en este libro su propósito. Corre por sus líneas un aliento de secreto gozoso, comunicativo y cordial, que intima con el discípulo mostrándole frase a frase un mundo que se llena de luz y una sabiduría que va ganando seguridad. Para los iniciados que no se contentan con llevar el tirso, sino que sienten la inspiración entusiástica en la liturgia del misterio, profano o cristiano, Eugenio d'Ors es el pontífice máximo. Su cultura adensada en el remanso de contemplación y lecturas y tarea cotidiana de glosador sabe hacer de secretos profesionales manantial de sabiduría. Y así la temática de este libro, con ser de rigor sistemático, se resuelve en una exposición del «Hombre que trabaja y juega», que es, para D'Ors, el hombre cabal. En estilo, ritmo y elegancia el libro de D'Ors es sencillamente magistral. Eramos muchos los que esperábamos su aparición para saber a qué atenernos respecto de su filosofía, después de la exégesis de Aranguren, tan del gusto del criticado, y ha procurado que el estilo no desmereciera, en pulcritud y equilibrio mental, del contenido.

---

(1) EUGENIO D'ORS: *El secreto de la Filosofía*. Editorial Iberia, S. A. Barcelona, 1947.

La arquitectónica de la obra se ajusta al cometido orsiano. Una Advertencia previa; una Introducción; Preliminares, en tres lecciones; primeras de las doce que organizan el cuerpo del libro dividido en tres partes, epilogada cada una por un diálogo de interludio presididos, respectivamente, por una orquides, la Música y un juguete. Como apéndice, la Filosofía en quinientas palabras; milagro de síntesis, al que nos tiene acostumbrados el poder taumatúrgico del maestro.

En lo que respecta al contenido ideológico y a la resolución asertórica de la obra, apuntamos las consideraciones que siguen, al filo de su lectura, simpatizando con su pensamiento.

La Filosofía no es un pensar hermético o un discurrir escuálido. El bibliotecario se queda perplejo cuando en su tarea ordenadora se encuentra con obras que, si filosóficas, no lo son a la manera de otras que son habidas sin discusión por tales. La Filosofía es inevitable, también para los positivistas, que justifican la existencia de la Filosofía al afirmar, como fórmula de alcance absoluto, que todo lo no proveniente de la observación y de la experiencia es vana ilusión. La Filosofía surge y crece en el diálogo, que no precisa dualidad de voces, sino en tener en cuenta el pensamiento ajeno, aunque sea para no tenerlo en cuenta. D'Ors ve en la historia de la Filosofía como una amplia asamblea en la que la palabra pasa de uno a otro; y se dispone a soplar en el oído del lector el secreto de la Filosofía.

Este secreto está formado objetivamente por su contenido. Esta afirmación la suponemos obvia. Lo que sorprende al lector es que este contenido sean cabalmente palabras..., palabras..., palabras... El maestro D'Ors se detiene morosa y amorosamente en las *palabras* que son no un signo, sino formas; y por formas, ideas; y por ideas, realidades, a cuyo lado los conceptos puros son puros signos; y las percepciones efímeras, cambiante ilusión. La Palabra Creadora se hizo carne... Pudiendo haber salvado la consideración de este misterio la tragedia de Hamlet y de los nominalistas. Esta inversión axiológica se tornará inteligible para el lector si advierte que las palabras gozan de *aspecto, significado* y *sentido* no siempre aclarados en la historia de la Filosofía o en los manuales tradicionales.

Hay que negar, al acercanos a la teoría de las ideas, el aforismo que expresa *primum vivere, deinde philosophare.* Es preciso llevar la vida a la Filosofía, inscribir ésta en aquélla. Filósofo es quien vive la eternidad del momento, quien vive la universalidad del lugar. El filosofar problematiza lo cotidiano y depura lo extravagante. Que podamos decir de la Filosofía lo que un crítico fran-

cés de la música: «Basta de cisnes; basta de lagos; basta de parques: quiero una música en que yo pueda entrar como en mi casa.» Filosofía humilde, cotidiana, usual. Viva, vivaz, vivible, vividera.

D'Ors, celoso, sin duda, de su hallazgo, ha escondido el secreto que quiere soplar a los lectores poco avisados. Es en las líneas 43 y 44 de la página 81 de su obra, donde late sin palpitaciones: «Adquirir conciencia de esta inexcusable trabazón y, en virtud de esta conciencia, proceder, es el verdadero secreto de la Filosofía.» Trabazón de inmanencia y trascendencia; del ser y conocer; de *intellectus et rei*. Se podrán depreciar algunas afirmaciones insertas en los preliminares de la obra; hágalo quien lo crea razonable. Pero no estimaremos justo que nadie pueda hoy ya—en años anteriores, el reseñante le era hostil—negarle conciencia del problema y del secreto de la Filosofía. Y sabido es que, en Filosofía, tener clara conciencia del problema es resolverlo.

La teoría de las ideas se desarrolla recreando los vocablos: *pensamiento, conocimiento, percepciones, conceptos* e *ideas*. En su desenvolvimiento—dentro ya del sistema de la inteligencia—se resuelve la querella filosófica antigua y esencial de los universales.

En la teoría de los principios se expone la doctrina que ha escandalizado a los críticos y a los profesores de Filosofía. En ella—digámoslo como acontece—se invalida el principio de contradicción y el de razón suficiente, y se les sustituye, respectivamente, por el de figuración y el de función exigida. Es de justicia crítica una observación previa: la negación del principio de contradicción no la ha defendido filósofo alguno en el decurso de la historia, si no era para sublimarlo en un principio de inteligibilidad superior. Ni Heráclito, ni Hegel. Cuanto menos Eugenio d'Ors. Lo que se lee, pues, en algunos filósofos es la exigencia de sustitución. D'Ors, con clarividencia expone el principio de contradicción como exigencia de la *racionalidad* para dar una explicación coherente del mundo; ya que lo racional exige que nada pueda existir y no existir al mismo tiempo. Las existencias se reducen así, por la abstracción, a la unidad. Pero *la inteligencia* exige para la explicación coherente del mundo no una reducción, por abstracción, a la unidad, sino una reducción, mediante la jerarquía, al orden; ya que cada objeto asume, para la inteligencia, elementos de realidad, que no son exactamente él mismo, pero que a su sentido se subordinan.

La validez del principio de razón suficiente y de otra forma, el principio de causalidad, es sometido por D'Ors a consideraciones históricas y comprobaciones lógicas y físicas. La Historia y la Cultura hoy ya, como antecedentemente la Física, la Mecánica, la Es-

tereoquímica, la Biología acentúan en el estudio dialéctico su carácter *poético* con decrecimiento progresivo de los elementos de necesidad en la ciencia y aumento correspondiente de la contingencia en las distintas ramas del conocimiento. La invalidación del principio de razón suficiente no se efectúa si es la razón la que trabaja, sino que se le sustituye cuando la inteligencia, ya emancipada de la razón, es la que priva. Sólo así se torna inteligible el mundó, y, si aún no para la ciencia, sí ya para la Filosofía. Su fórmula: «Cualquier fenómeno está en función de otro fenómeno anterior, concomitante o subsiguiente», o «todo fenómeno es un epifenómeno», viene a decir que, tanto en la naturaleza como en el espíritu, no hay cabos sueltos.

Una tercera parte sobre la teoría del saber completa el secreto de la Filosofía. D'Ors exige del lector ahora ya una colaboración franca y activa, en forma que el caminante se haga camino y el camino caminante, en recuerdo irresistible de una décima conceptualista de Antonio Machado que el maestro, en gracia, sin duda, a la fluidez del estilo, no recoge. La teoría del saber es ya obra de maestro y discípulo, y en ella cada ciencia particular se estiliza—lo resume en el apéndice—en guisa de escalera; la Filosofía, de círculo en tal forma que su palabra inicial descansa en la postrera, no en círculo vicioso, sino mágico; porque—lo dijo, certero, Cournot—: «La Filosofía es como la trufa; su raíz, la trufa entera.»

Una sencilla reflexión epilogal. El libro de D'Ors ofrece una construcción atrevida, originalísima, sistemáticamente perfecta. En la Filosofía española es libro único. Empero, no se desglosen principios, afirmaciones o capítulos de su integración sistemática, porque lo armónico en la polifonía de su doctrina resultará desconcertante. Pero de este desconcierto el lector será el que desafine, y no el maestro.

ADOLFO MUÑOZ ALONSO.

«PROBLEMAS ECONOMICOS DE HISPANOAMERICA»

Los problemas económicos son cada día más acuciantes y van tomando rango de primera categoría en la vida política de los pueblos. De aquí que el estudiarlos sea tarea de especialistas que, como Seymour E. Harris (1) y otros dieciséis colaboradores más, den a la luz obras de divulgación sobre esta materia.

(1) HARRIS, Seymour E.: *Problemas económicos de América Latina.* México, 1945, Fondo de Cultura Económica.

Este libro está escrito en las postrimerías de la segunda guerra mundial, cuando ya se vislumbraba un panorama postbélico de reconstrucción, y, por tanto, no trata solamente del aspecto estático de la economía en un país determinado, sino también de los planes del futuro.

En cuanto a su composición, la obra se divide en tres partes: la primera está formada por una introducción, que se ocupa de varios problemas generales de gran importancia y que son comunes a todos los países de América latina. La parte segunda está dedicada a los aspectos especiales más importantes de la economía latinoamericana. La parte tercera contiene estudios de diez países que albergan al ochenta por ciento de la población y dominan el noventa por ciento del territorio de América latina. Es razonable suponer que los problemas económicos de los demás países sólo difieren de los de éstos en muy pequeña medida, si es que difieren en absoluto.

La introducción está encaminada «a poner de relieve algunos aspectos fundamentales de la economía de Amérina latina. Dos grandes características económicas son comunes, en mayor o menor grado, a todos los países latinoamericanos: 1), el equilibrio internacional—asunto de trascendental importancia para todas las naciones de América latina—, y 2), inflación y ahorro».

En la parte segunda, referente a Consideraciones generales, encontramos tratados los problemas económicos, agrícolas, monetarios y fiscales, así como los programas de estabilización de precios y divisas, y la política comercial interamericana.

Los problemas económicos son peculiares a cada país y, por tanto, cada uno de ellos se encontrará en la postguerra frente a los suyos propios. Ahora bien, las economías de Hispanoamérica «tienen, por lo menos, una característica común. Todos esos países se dedican a la producción de materias primas y artículos alimenticios en bruto con destino a la exportación, y todos ellos importan una gran variedad de géneros manufacturados y de artículos alimenticios preparados».

En lo referente al fomento de nuevas industrias por parte de los Estados Unidos, dice el autor que el objetivo perseguido ha sido triple:

1) Aumentar en dichos países la producción de materiales esenciales para la prosecución de la guerra.

2) Conservar la capacidad productiva en Estados Unidos y ahorrar tonelaje mediante la ayuda prestada a algunos de los países latinoamericanos para hacer frente a sus propias necesidades.

3) Elevar el poder adquisitivo del pueblo de las Repúblicas la-

tinoamericanas, incrementando así el comercio exterior de Estados Unidos en la postguerra.

Es fácil observar que los dos primeros objetivos han dejado de tener validez una vez concluída la guerra.

La producción agrícola hispanoamericana, tanto en la zona templada como en la tropical, irá en aumento, produciendo mucho más de lo que puede consumir.

Respecto a los problemas de Banca central y estabilización monetaria, está claro que, aparte de los planes internacionales, la labor de obtener la estabilización monetaria interior continuará siendo, en primer término, incumbencia de las autoridades monetarias nacionales y, especialmente, de los Bancos centrales de cada país.

Es curioso observar cómo, debido a la crisis del 29 primero, y a la guerra mundial después, los países hispanoamericanos han ido modelando una política fiscal para estabilizar sus economías y financiar sus presupuestos a base de impuestos sobre los ingresos individuales y de sociedades, así como sobre los beneficios extraordinarios. No obstante, una vez normalizado el comercio internacional, el arancel ocupará el puesto que le corresponde.

El proceso de estabilización de precios es de importancia trascendental—sobre todo en la época en que se escribió este libro (1944, guerra mundial)—, puesto que, como los Estados Unidos y Europa estaban empeñados en la guerra, no podían suministrar artículos manufacturados a Hispanoamérica; por otro lado, se incrementaron las exportaciones de productos básicos hispanoamericanos. Consecuencia: los exportadores recibían dólares o libras esterlinas; éstas, a su vez, quedaban depositadas en el Banco central y se transformaban en moneda nacional, como contrapartida, con lo que se incrementaban los créditos y la circulación fiduciaria; como las importaciones estaban cerradas, se producía el alza de precios y la inflación.

El problema de la política comercial interamericana se plantea de forma que la solución más importante es que las Repúblicas hispanoamericanas se den cuenta y utilicen de manera cabal las posibilidades de satisfacer mutuamente sus necesidades de importaciones. Estamos de acuerdo con el autor y deseamos que ésta sea, efectivamente, la política comercial que informe a Hispanoamérica.

De todo lo anterior tratan la primera y segunda parte de este libro; nos queda, pues, por analizar la tercera, esto es, el estudio especial por países. Entre éstos nos encontramos a Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Haití, Méjico, Paraguay y Venezuela. Como podemos ver, son diez en total y, según Harris en el

prefacio, «albergan al ochenta por ciento de la población y dominan el noventa por ciento del territorio de América latina».

El estudio por países fué realizado por un grupo de especialistas que actuaron sobre el terreno por distintas razones y situaciones. La consecuencia de esto ha sido que no nos describen, en realidad, la estructura y el funcionamiento de la economía en estos países, sino, únicamente, algunos aspectos concretos. En descargo del editor debe ir el que ya en el título nos advierte que se trata de «problemas» y no de otra cosa.

Nos encontramos con que en un país se nos habla, exclusivamente, de la industrialización; en otro, del control de cambios; en un tercero, de los problemas comerciales internacionales, etc. No cabe dudar que, para el momento en que fueron escritos, estos «problemas» eran, quizá, los fundamentales; pero la obra pierde solidez en el tiempo y, sobre todo, cohesión. A pesar de todo, las materias tratadas lo están con gran acierto y visión del problema.

No estamos conformes con la excusa del autor cuando dice, en el prefacio, que «es razonable suponer que los problemas económicos de los demás países sólo difieren de los de éstos (los diez tratados) en muy pequeña medida, si es que difieren en absoluto». Las razones son obvias, ya que, en primer lugar, nos encontramos con que dos países sudamericanos como Perú y Uruguay no están tratados.

El caso del Uruguay puede pasarse por alto, debido a que se trata de una economía paralela y similar a la de Argentina, aunque tiene, naturalmente, sus peculiaridades propias. Pero el Perú es un país con una economía muy particular, con producciones tropicales al lado de otras propias de la zona templada, y con grandes recursos minerales y petrolíferos. Salta a la vista que sus problemas económicos «difieren» de los del resto de los países del continente.

De todas formas, el caso del Perú es menos grave que el de las Repúblicas centroamericanas y el de Cuba. Nada nos dice el estudio por países de Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y Cuba. Estamos convencidos de que estos países son «latinoamericanos» y que, indudablemente, tienen, también, sus problemas económicos, distintos en muchas facetas a los de los países del Sur.

Es lástima que una obra excelente en muchos aspectos haya olvidado estos detalles, pues, de no haber sido así, se hubiera conseguido un libro completo e indispensable para cualquier estudio sobre la economía hispanoamericana. Réstanos decir tan sólo que lo tratado está tan bien, que casi hace olvidar las lagunas antes citadas.

C. F. A.

«*PICASSO ANTES DE PICASSO*» (1)

Cuando un hombre, sobre todo si se trata de un artista, se halla instalado definitivamente en el vértice del tiempo, y cuando los periódicos, las revistas y los libros se reiteran merodeando en torno a todos los aspectos de su personalidad, es siempre tarea ardua, e incluso peligrosa de esterilidad, acrecentar con una unidad más el repertorio bibliográfico concerniente. Picasso, como todos los primates del éxito sensacional y prolongado, e incluso más que ninguno de ellos, se presta extraordinariamente a ese riesgo de infructuosidad. Prueba de ello es el contraste entre la abundancia de escritos que su persona ha suscitado y el exiguo número de los que pueden considerarse como verdaderamente definitivos en orden a la real captación de los contenidos medulares de su arte. Muchos son los que rondan, cabría decir aquí, y se afanan cercando con todo género de armas la ciudad amurallada; pero el caso de Jericó y el súbito derrumbamiento de los muros no dejan de ser siempre esporádicos.

Mas el libro que aquí comentamos tenía, además, otros riesgos específicos, hijos de muy concretas coyunturas. Respecto de España, Picasso es, ante todo, un indígena, y luego un hijo pródigo. Quiere ello decir que, tanto a la hora de vindicar glorias nacionales cuanto a la de enjuiciar a quien se desarraigó del suelo propio, la actitud del paisano puede quedar más o menos sutilmente influída, bien por ese inevitable nacionalismo que tantas veces se infiltra en la crítica de arte, o bien por un recelo de difusa antipatía que entre los suyos puede suscitar (y el hecho es harto humano) quien se entrega a la ajena prexenia. Hay más aún: el libro se publica aquí y ahora, esto es, bajo un tiempo español que Picasso ha denigrado con un entusiasmo blasfematorio sencillamente delirante.

Digamos ya que todas estas circunstancias, de por sí tan propensas a agitar encrespadamente el tema picassiano, eran también un momento excelente para ofrecer, precisamente desde España, una actitud serena, justa y objetiva; y quizá antes que nada, incluso antes que magnánima, inteligente. Esta actitud ha sido la de Cirici Pellicer, que con este libro se consagra como crítico artístico del más amplio y exigente formato.

(1) A. Cirici Pellicer: *Picasso antes de Picasso*, con 7 ilustraciones en color, 43 dibujos a pluma y 223 ilustraciones fuera de texto. Editorial Joaquín Gil. Barcelona, 1946.

Por supuesto, y como ya el propio título del libro lo insinúa, se trata aquí de esclarecer—y buena falta hacía—la primera etapa artística de Picasso, sobre la que tantas oscuridades y errores hay desparramados. Hay todo un Picasso ignoto, o poco menos: el hijo de aquel funcionario que peregrinó con su familia por España (Mallorca, Málaga, La Coruña, Barcelona), como profesor de dibujo en varios centros de enseñanza oficial. El señor Ruiz Blasco, cuyo apellido arrinconó más tarde Pablo, tenía sangre vasca. El apellido materno, Picasso, corresponde a una antigua familia hebrea de orfebres de Mallorca, donde el profesor Ruiz contrajo matrimonio. ¿Hasta qué punto el fenómeno hereditario tiene algo que ver en la personalidad del vástago nacido de ese matrimonio? Por otra parte, la juventud de Pablo Picasso merecía una investigación seria y pormenorizada: sus actividades, los círculos que frecuentó, sus amigos y maestros y, en fin, sus obras primerizas, en las que de algún modo tenía que estar prefigurado lo esencial de su personalidad artística. Un libro de doscientas páginas destinado a esclarecer la entidad, por así decirlo, prehistórica de Pablo Picasso, esto es, hasta los veintitrés años de su edad, que es cuando se incardinó definitivamente en París, tiene motivos para ser absolutamente interesante; y si, como aquí sucede, se edita con la inclusión de casi trescientas reproducciones de obras suyas de aquel tiempo (entre las cuales hay muchas que jamás hasta ahora habían sido fotografiadas), la importancia documental de la obra resulta decisiva para la valoración total de la órbita recorrida por el biografiado. Estos datos bastan para hacer vislumbrar el gran servicio que el libro de Cirici Pellicer viene a cumplir en orden al esclarecimiento del capítulo más importante de la historia del arte de nuestro siglo.

Con todo esto, la obra de Cirice Pellicer podría haberse circunscrito al terreno de la investigación positivista, al margen de la ambición de vertebrar los nuevos descubrimientos y datos en una línea hermenéutica. Por fortuna para quien busque en el arte las últimas y más profundas conexiones de sentido, la tarea del autor no se ha limitado a aquella posible actitud de circunspecta inhibición. En este libro, que cronológicamente versa sobre un Picasso fragmentario, se halla el espíritu total del artista. Cirici Pellicer, que empieza por conocer perfectamente el vasto periplo picassiano desde su establecimiento en París hasta nuestros días, se ha retrotraído voluntariamente a la etapa primeriza para buscar en ella, podríamos decir, las *rationes seminales* del artista, su potencialidad inicial junto con todo el cortejo de elementos influyentes en el tierno organismo juvenil. En cierto modo, su tarea tiene algún parecido con

la del lingüista que, una vez conocido el proceso semántico vivo de un vocablo, se sumerge en la oscura entraña de la etimología, del sentido originario (que, genéticamente, es siempre *etymos*, es decir, verdadero y auténtico), para asistir allí a las primeras muestras de la voluntad fonética y semántica que con el tiempo, a lo largo de la múltiple peripecia, habrá de desarrollarse en una perpetua modificación de su entidad, pero siempre sobre la base de un núcleo estructural irrenunciable. En este sentido, la obra del crítico catalán podría muy bien llevar como subtítulo «la etimología de Picasso».

Y de hecho, ya en las primeras muestras del *habitus* artístico del pintor se descubren modalidades de forma y contenidos esenciales de su futuro mensaje. Es aguda y convincente la exégesis que aquí se realiza en torno a la propensión crítica y subversiva de Picasso—la lucha contra «la dictadura del buen sentido»—, o la índole de su temperamento, más apto para la especulación que para la mera aprehensión sensorial. En este sentido los comentarios del autor a la peculiar estructura anímica de Pablo Picasso (el «cerebro-buril», que opera linealmente traduciendo a un plano dialéctico los contenidos de su especulación interna), resultan definitivos en orden a la ubicación psicológica de los estilos que él desarrolló; y, sobre todo, revelan conexiones de estirpe que históricamente hay que reconocer como características del peculiar *acento* propio de la creatividad semítica. Recogiendo unos juicios de Adolphe Baster que delatan en Picasso una rara aptitud nigromántica, de forjador de misterios que pareciera estar en posesión de la sabiduría de la Cábala, de gran psicólogo con los mismos méritos que Freud o Levy Bruhl, resume Cirici Pellicer: «Picasso, Levy Bruhl, Freud, Cábala..., siempre la sangre de Oriente: pero no en vano los antepasados de Picasso hacía siglos que se santiguaban y hablaban la lengua de los mallorquines.» Y aquí deben empalmarse las consideraciones que el autor agrupa en el capítulo XVI, titulado «El sentimiento religioso» (el más suculento, seguramente, de los cuarenta capítulos del libro); en el arte de Picasso hay un principio catastrófico—la «suma de destrucciones», que decía el propio pintor—, ingrediente típico de la religiosidad semítica; Picasso responde a la religiosidad cristiana con una profunda grandeza trágica de sabor bizantino y ello ocurre sin la intervención del propio conocimiento, que le negaba su falta de fe. Las consideraciones de Cirici respecto de este aspecto cardinal de Picasso (que estimularon ya antes el comentario de críticos tan dispares como Jung, Christian Zervos y Maritain) abocan hacia afirmaciones como esta: «El gran

drama del arte picassiano, como de otros hondos movimientos de nuestra época de prefacio, es el de constituir algo lleno de sentido religioso que se desconoce a sí mismo.»

Pero sería ingenuo sospechar que el crítico pretende, con estas explicaciones, dar por resuelta la complejidad de la cuestión, como si el tema de Picasso pudiera remitirse, sin más, a remotas calendas hebraicas. La fuerza del ambiente juvenil, la sutil e insobornable *paideia* respirada por el pintor en los medios intelectuales y artísticos de sus años decisivos, son también buena clave para explicar su ulterior desenvolvimiento. En este sentido, está bien claro ahora, después de este libro, que la Barcelona modernista, de fines de siglo, con sus cenáculos inquietos, como el de los «cuatre gats», con personalidades literarias y artísticas tan complejas y revolucionarias como las de Santiago Rusiñol, los revalorizadores del Greco, el Cau Ferrat, los escritores de *Joventut* y todo el clima espiritual, minuciosamente analizado y sopesado por Cirici, imperante en la capital catalana, confirieron al genio de Picasso una modelación que explica los giros esenciales de sus posturas subsiguientes. Todo esto, que en una breve recensión puede parecer un alegato abstracto, está desarrollado por el autor con gran copia de pruebas concretísimas. El nacimiento de la burla, actitud tremendamente nueva en la pintura, irreductible a la vieja comicidad o al simple humorismo, la epifanía de la guitarra como complejo simbólico de expresiones sentimentales, la versión gráfica desalmadamente fría sobre el dolor, la miseria o el vicio: todos los senderos, en fin, que convergen hacia ese que Cirici llama con acierto «el camino sin piedad», son fenómenos no sólo *preexistentes* en el Picasso juvenil, sino, y esto es lo más profundamente significativo, configurados precisamente dentro del clima del modernismo catalán. Merece la pena consignarse aquí, a modo de mínima muestra documental, el fragmento de un manifiesto artístico lanzado por Rusiñol, el pontífice del ambiente que bebió Picasso. El manifiesto postulaba: «Arrancar a la vida humana, no los espectáculos directos, no las frases vulgares, sino las visiones relampagueantes, desbocadas, paroxistas; traducir en locas paradojas las eternas evidencias; vivir de lo anormal y lo inaudito, contar los espantos de la razón que se asoma al precipicio, el aplacamiento de las catástrofes y el escalofrío de lo inminente; contar las angustias del dolor supremo y descubrir los calvarios de la tierra; llegar a lo trágico frecuentando lo misterioso; adivinar lo ignoto; predecir los destinos dando a los cataclismos del alma y a las zozobras de los mundos la expresión excitada de terror: tal es la forma estética de este arte, espléndido y nebuloso, prosaico

y grande, místico y sensualista, refinado y bárbaro, medieval y modernista al mismo tiempo.» Ahora bien, ¿cómo dejar de reconocer en el arte de Picasso una genial verificación de postulados paralelos, y en gran parte confluentes, con los del autor de este manifiesto?

Digamos, para poner término a estos comentarios, que entre los numerosos libros que durante los últimos años acreditan el crecimiento de la investigación artística entre nosotros, este de *Picasso antes de Picasso* es un buen exponente de la renovación de la crítica de arte, tanto en cuanto al bagaje cultural como al rigor científico del crítico. Cuando en tantos sitios prosigue, todavía, el peor ensayismo empecatadamente subjetivo en torno a cuestiones tan delicadas y complejas como las que constituyen los presupuestos del arte picassiano, es hermoso encontrar un estudio sereno, rigurosamente renovador y destinado a no marchitarse entre la frondosidad de la bibliografía de Picasso.

A. A. de M.

HISTORIA DE UNA POLEMICA

A pocas leguas de la costa patagónica, ignoradas hasta entonces por todos los viajeros que habían cruzado el Estrecho de Magallanes, se encontraron—primeros años del siglo XVIII—las islas Nuevas, Magallánicas o Maluinas. Es verdad que ya antes habían sido vistas más o menos lejanamente. Pero los mapas no habían recogido aún su presencia y situación exacta, cuando unos marineros de Saint-Malo, de la Compañía de Bougainville, fueron a establecerse en las desconocidas tierras. Era el año 1764, y las islas Malouines —así las bautizaron los franceses—hacían su entrada en la Historia.

Pero la situación geográfica de las Maluinas incluía éstas dentro de la zona asignada a España por el Pontífice. Constituía, por tanto, el establecimiento francés una violación de los derechos españoles, por lo que Su Majestad Católica dirigió enérgica protesta a la Corte de Francia. Y los franceses, reconociendo la claridad y la justicia de la reclamación de España, abandonaron las islas. Ahora bien, cabe preguntarse cómo se había podido llegar, con la concepción del «mar cerrado», a la instalación en América de un establecimiento extranjero. Es preciso recordar, a este respecto, la lucha mantenida por España contra la piratería. Esta lucha contaba ya

dos siglos y en ella—dice Pérez Embid (1)—«se había llegado al siglo XVIII, estaba lejos Westfalia, se alejaba ya Utrech. La política del «mare clausum» era no más que una añoranza; el «navío de permiso» había abierto el portillo de la exclusiva española. Por el Atlántico se cruzaban pacíficamente las rutas de unas cuantas nacionalidades».

Así, Francia pudo llegar libremente a las Maluinas. Pero—lo hemos dicho—Francia se retiró de las islas a la primera indicación española. Sin embargo, mientras pasaron los tres años que duró su permanencia, la Gran Bretaña, oscura, silenciosamente, había hecho su aparición en las que—para ella—denominó islas Falklands. Y he aquí ya planteada la «cuestión de las Maluinas», tema central y objetivo de estudio del reciente libro de Manuel Hidalgo Nieto que vamos a comentar (2).

Propiamente, el trabajo de Hidalgo Nieto se centra—como su subtítulo indica—en el estudio de la polémica hispanoinglesa por la posesión de las islas. El problema aparece analizado con minuciosidad y claramente enfocado. Indispensables antecedentes son, como es lógico, la ocupación francesa de las Maluinas, con el establecimiento de la Compañía Bougainville, las reclamaciones españolas contra él y su sustitución, como consecuencia de la protesta, por la pequeña colonia de Ruiz Puente. Es éste, también, quien descubre, tras laboriosas exploraciones, la posición británica. El descubrimiento da origen—no podía suceder de otra manera—a las primeras incidencias, suscitadas por las expediciones de Santos y Plata y las cartas cruzadas entre el Gobernador español y el capitán inglés de Puerto Egmont.

Es curioso observar que ya desde este momento empiezan a delinearse con claridad las bases de lo que ha de ser la posición jurídica española en el litigio: «dominios del Rey»; así, terminantemente. Idea que—expuesta por don Angel Santos—será reforzada por Mario Plata, quien preguntará qué motivos tienen los ingleses para «embarazar el paso a una embarcación de S. M. destinada por mí a operaciones de su Real servicio, en las Costas y Tierras de mí Govierno». Además, Plata conmina a los ingleses a que se retiren, pues su permanencia en las islas constituye un «notorio insulto y

---

(1) FLORENTINO PÉREZ EMBID: *Un libro español sobre unas islas argentinas* (en «Arriba», 1 de febrero de 1948).

(2) MANUEL HIDALGO NIETO: *La cuestión de las Malvinas. Contribución al estudio de las relaciones hispanoinglesas en el siglo XVIII.* Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», 1947, XVI - 762 págs., 4.°

atentado que se comete contra la fe de los tratados y armonía que subsiste entre las dos Naciones».

Vemos, pues, que España no habló para nada de derecho de soberanía, prioridad del descubrimiento ni posesión real de las islas. Todo esto era, en efecto, de la indiscutible pertenencia española. Frente a estas ideas, los ingleses se apoyan en una pretendida prioridad en la descubierta y en los derechos que les daba la ocupación efectiva, o asentamiento en el archipiélago. Hidalgo Nieto estudia con detención ambas argumentaciones. Su juicio, respecto a la británica, es claro e irreprochable. Los ingleses no han descubierto las islas; las vagas relaciones de Davis y los relatos de Hawkins carecen de precisión y veracidad, y no se puede hablar, por tanto, de un descubrimiento inglés de las Maluinas (ps. 100-109).

Así, «de una manera seria y efectiva—dice Hidalgo—no puede hablarse de un descubrimiento de las Maluinas hasta la armada holandesa de Mahú y Cordes, en 1600» (p. 109). Pero los holandeses no ocuparon las islas, ni tampoco las ocuparon los ingleses hasta mucho tiempo después. Aparte de esto, la prioridad en el descubrimiento es indiferente por completo. Por eso, España, que basa su posición en «razones de Derecho internacional positivo», silencia totalmente en sus alegatos la cuestión de la descubierta. Su título es otro, anterior y más importante: el de las bulas pontificias.

Hidalgo Nieto estudia, pues, con minuciosidad el problema (ps. 115-146) y su conclusión es clara: «Si adoptamos el punto de vista inglés y privamos de toda eficacia al título pontificio, hemos de conceder plena validez al descubrimiento. Inglaterra no es la descubridora de las islas, pues no puede estimarse como tal la imprecisa relación de Davis o el vago relato de Hawkins; pero si juzgamos veraces sus relaciones y cierta la visión de las islas, ésta no puede admitirse como descubrimiento ni aun desde el punto de vista geográfico. Si prescindiendo de argumentos indeclinables lo consideramos así, a pesar de todo, en ningún caso podría conceder la soberanía sobre el territorio, pues unánimemente la doctrina—y a la cabeza de ella los tratadistas ingleses y la posición oficial—no admiten la validez jurídica del descubrimiento si no va seguido de ocupación. Por último, ninguno de estos dos navegantes llevaba título jurídico para la toma de posesión del territorio a nombre de la Corona de Inglaterra» (ps. 143-144).

Pero después de los primeros roces con los ingleses, el 26 de marzo de 1770, Bucarelli da orden a Madariaga para «desalojar a los ingleses de Maluinas». La situación del establecimiento inglés es conocida. Puerto Egmont es «dominios del Rey» y—tesis siempre

sostenida por España—su ocupación por Inglaterra es un insulto a la buena fe de los Tratados. Así, en caso de no retirarse pacíficamente, los ingleses deberían ser expulsados. La orden es terminante y el desalojo se hará en «cumplimiento perfecto de órdenes de S. M.». Y, en efecto, el 30 de junio de 1770 la fragata *Santa Catalina* levaba anclas en la bahía de la Anunciación, en la soledad de las Maluinas, rumbo a España, para dar cuenta de la expulsión de los ingleses.

Sin embargo, los acontecimientos de Europa van a producir una variación en la política española. Dudosa España de la colaboración francesa, temía un incidente con Gran Bretaña. De aquí que el 24 de agosto dicte una Real orden a Bucarelli, advirtiéndole que la expedición de Madariaga a las Maluinas debía suspenderse y «repetir las protestas sin proceder a más». Esta Real orden, empero, carecía de eficacia, pues ya hemos visto cómo mes y medio antes los ingleses habían sido expulsados. No obstante, el documento revela ya la posición de la diplomacia española; posición que iba a defender Grimaldi en el Consejo al sostener y razonar el abandono de Puerto Egmont por los españoles. Esta postura—desarrolladas ya las conversaciones de Londres en torno al problema—culminará—22 de enero de 1771—en la Declaración Masserano, que condenaba categóricamente el «acto de fuerza» por el que se expulsó a los ingleses de las islas Maluinas. Y los ingleses volvieron a ocupar Puerto Egmont.

Pero es preciso advertir—como lo hace Hidalgo Nieto—que la situación, a partir de la reocupación inglesa, ha variado totalmente, aunque las apariencias sean las mismas. «Antes del cuerdo Masserano-Rochford, España veía su derecho controvertido e impugnado: Inglaterra no reconocía la soberanía española sobre las islas que reivindicaba para sí como descubridora y ocupante. Por el contrario, Inglaterra ha reconocido ahora en un documento internacional la supremacía del derecho español sobre las Maluinas. La frase de la Declaración Masserano, no impugnada por Rochford, es clara y terminante: «... el compromiso de Su dicha Majestad Católica de restituir a S. M. Británica la posesión del fuerte y puerto llamado Egmont, no puede ni debe aceptar en nada la cuestión de derecho anterior de soberanía de las islas Maluinas, llamadas por otro nombre Falkland» (p. 259). En otras palabras: los derechos españoles de propiedad y posesión de las islas Maluinas son aceptados y reconocidos por Gran Bretaña. Así, el establecimiento inglés de Puerto Egmont no tiene más que una base accidental y de hecho.

Sin embargo, el acuerdo Masserano-Rochford fué igualmente mal acogido en España y en Inglaterra. En la Península, el descon-

tento halló cauce en la oposición a Grimaldi y su política de acercamiento a Francia—de malos resultados—, centrándose la opinión en torno a Aranda, autor de un plan de ataque a Inglaterra. Mientras tanto, en Londres, Lord North, jefe del gabinete, había expuesto en los Comunes un plan de reducción de gastos; en él figuraba, entre otras medidas, el abandono de Puerto Egmont, que realizaron los ingleses a fines de 1775, pero ratificando sus derechos de soberanía y propiedad de las islas.

Este es—en precario resumen—el contenido del libro de Manuel Hidalgo Nieto respecto a la polémica hispanoinglesa sobre las Maluinas. Pero la obra presenta, a continuación, un inmejorable estudio cartográfico en el que se analizan cincuenta y dos mapas y planos de las islas, reproducidos en otras tantas láminas que ilustran el texto. Este estudio—concienzudo, detenido, clarividente—aumenta de modo notable el interés de la obra, ya grande y fundamental, por la insuperable aportación que supone a la historia moderna de la América hispana.

Por otra parte, Hidalgo Nieto ha compuesto su obra con extraordinaria erudición, despejando—como afirma Pérez Embid—«todas las incógnitas que plantea «la cuestión de las Malvinas» en el siglo XVIII». Con razón ha podido escribir el autor que «el asunto ha sido reconstituído en sus menores detalles e incidentes, utilizando siempre la fuente directa documental que facilita, con una abundancia realmente abrumadora, el Archivo General de Indias, de Sevilla. El trabajo tiene así una amplísima base, puesta bien de manifiesto—a mi juicio—a lo largo de sus páginas, en las que he procurado ceñir exactamente el contenido del documento transcribiendo sus párrafos principales y dando siempre en nota la signatura correspondiente para su consulta y comprobación».

El Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al amparar la publicación del libro, renueva, por obra de Manuel Hidalgo Nieto, su ya notorio prestigio y fundamentados éxitos en el campo de la historia hispanoamericana.

JAIME DELGADO.

«*TEMAS DEL BARROCO*»

Quien haya seguido con alguna atención la peripecia de las investigaciones históricoartísticas en España a lo largo de estos últimos ocho años no habrá dejado de percibir el problema del arte barroco español como objeto de preeminente laboreo por parte de

nuestros historiadores y críticos. Y no está de más el señalar, sobre todo en una revista como ésta, el hecho de que en tales investigaciones se han dado cita, junto a las plumas, por así decirlo, clásicas en materia artística (Eugenio d'Ors, Lafuente Ferrari, Camón Aznar), otras varias portadoras de mensaje abundante y riguroso, confeccionado a veces desde ángulos visuales afines al estrictamente plástico—y por ello cargados de inédito interés—. Los nombres de Díaz-Plaja, María Luisa Caturla, del P. Hornedo, o, en fin, de Emilio Orozco, autor del libro arriba señalado (1), acreditan el aumento, en las nuevas promociones, del ámbito de investigadores del barroco. Los sumarios de revistas como *Escorial*, *Razón y fe* y especialmente la *Revista de Ideas estéticas*, acreditan también, en el aspecto cuantitativo, el creciente interés que durante los últimos años han suscitado en España la compleja problemática del arte barroco.

La gran tarea roturadora que los estudios de Werner Weisbach cumplieron a su hora, ha sido un excelente punto de partida. Ahora bien, el barroco español contiene una amplia gama de matices peculiares que necesitan ser muy tenidos en cuenta para elaborar una síntesis del espíritu del siglo XVII español. En este sentido, las obras de los autores antes señalados, junto con las complementarias que en otros aspectos—el político, por ejemplo—, se vienen realizando, constituyen ya un importante corpus de doctrina sobre la entidad del fenómeno barroco; y no deja de tener su belleza la visión panorámica del apremiante asedio que desde todos los costados están poniendo hoy los investigadores al reducto central donde se esconden los más radicales contenidos del alma del barroco.

Emilio Orozco es uno de los que avanzan firmemente por un sector del frente. Hace ya algunos años, Lafuente Ferrari hacía notar la importancia de trabajos suyos sobre paralelismo entre pintura barroca y literatura mística como fenómenos expresivos, más aún que de la interdependencia mutua de las artes, de la común voluntad artística subyacente en el fondo de todas las formas artísticas.

Una parte de los estudios recogidos en este volumen se adentran en esos fenómenos concomitantes, y algunos de ellos, como el dedicado a la poesía de Pedro Espinosa, analiza la simultaneidad, en la creactividad artística de ese pintor y poeta—«ambidiestro» del arte—de idénticos motivos expresivos. Por lo demás, el caso de Espinosa dista mucho de ser esporádico en el barroco español, como lo acredita suficientemente E. Orozco estudiando uno por uno a va-

(1) EMILIO OROZCO DÍAZ: *Temas del Barroco*. Edit. Universidad de Granada. Granada, 1947.

rias decenas de sujetos de anfibiedad artística semejante, y llegando a interesantes conclusiones acerca de cómo el elemento poético ejerce función inspiradora sobre el plástico en un terreno primordialmente ideológico, mientras que en el terreno descriptivo sucede más habitualmente lo inverso.

El punto de vista en el barroco y de la semántica del bodegón en orden a la sensibilidad propia del barroco español, constituyen dos capítulos importantes de este libro. Acerca del primero es aguda y convincente esa «comunicación de ámbitos» que Orozco analiza y delata en la pintura y en el teatro calderoniano simultáneamente, como síntomas de un «patmos» inherente a la estética barroca, que partiendo de la obra artística trata de apoderarse del espectador y sumirlo en su dinámica, como una resaca que bate y al mismo tiempo secuestra el objeto que con ella se enfrenta. Y en cuanto al bodegón, dos son, principalmente, las zonas de problema que el autor esclarece: la significación de su descubrimiento y afición por parte de los pintores barrocos (junto con el papel primacial que a la poesía corresponde en ese hallazgo y afición), y las modalidades espirituales en la captación y versión de la naturaleza—ascetismo insobornable, sentido de la substancia, heroísmo compositivo frente al riesgo de la acumulación—que matizan muy significativamente la expresión del bodegón español del barroco, realista por supuesto, pero no por ello menos discriminable que los también realistas y barrocos que se dan en pintores de otras latitudes.

Aun sin ánimo de hacer una enumeración compleja de los varios elementos que integran este conjunto de temas del barroco, es de justicia señalar la original tesis del autor, tan convincente, sobre lo que él llama «retrato a lo divino», patente sobre todo en Zurbarán, como un conato de elevación de lo profano a lo religioso y de una sublimación de la belleza en santidad, exactamente lo contrario de lo que Max Nordau creía ver en ese caso, y especialmente el capítulo destinado a examinar el contenido de ruinas y jardines en el teatro y poesía y la pintura; este estudio, quizá el más rico en sugerencias de todos los que integran la obra si dejamos aparte el estudio general preliminar, nos lleva a conclusiones evidentes sobre el eticismo que subyace en las expresiones artísticas españolas sobre la naturaleza, palpable sobre todo en el tema de las ruinas, más abundante en nuestra pintura que el de los jardines, si bien ambos están dotados de significación a través de las versiones de la poesía y del teatro, magníficos auxiliares en este aspecto, como en los otros, para derramar luz sobre los anhelos a que sirve de cauce nuestro arte barroco.

Las cincuenta páginas iniciales del libro constituyen una revisión personal del autor sobre los aspectos más generales del fenómeno barroco considerado desde la ribera del arte español, y vienen a ser como un resumen conceptual de toda la serie de investigaciones de detalle realizadas hasta ahora por Orozco. A través de toda la selva de conceptos y valorizaciones que el barroco viene suscitando, el autor llega a precisar contenidos específicos de una realidad tan consabida y genérica como es el realismo de nuestro arte barroco y de todo nuestro arte, y a explicarse en fórmulas concretas la raíz del estilo barroco como determinadas, en última instancia, por una nueva concepción del espacio y sentido del tiempo respecto a los vigentes en el arte anterior.

Digamos, para concluir esta glosa superficialísima a ese arsenal de hallazgos que es el libro, que lo que se debe empezar por alabar en el autor es la agilidad y abertura de su método, que sabe aprovechar las luces laterales que sobre la pintura proyecta la investigación sobre las craciones literarias coetáneas—respaldado, como es lógico, por una varia erudición—y consiguiendo así un enriquecimiento de visión que, además, no adolece de los riesgos que la atomización material del paisaje investigado suele acarrear al erudito positivista. Los buenos frutos del trabajo son, pues, aquí una consecuencia natural. Este haz de «temas del barroco» son, a la vez, testimonio de una gran madurez historiográfica en el actual momento de la reflexión sobre el arte español, y jalón imprescindible de otros avances que en esta ruta habrá de realizar, indefectiblemente, ese grupo de pensadores nuestros, metidos en las sirtes del barroco.

A. A. de M.

«*LOS PAISES OLVIDADOS Y LA ECONOMIA DE LA PAZ*»

Antonio Robert ha hecho con esta obra (1) una aportación interesantísima al pensamiento económico de nuestra época. La objetividad y precisión que alcanza en el examen de los graves problemas que plantea, vienen, además, acompañados por un sistema de soluciones prácticas de extraordinaria lógica y profundidad.

Robert es probablemente una de las personalidades más vigorosas que hayan aparecido, dentro del terreno económico, en España.

(1) *Los países olvidados y la economía de la paz*. Espasa-Calpe. Madrid, 1944. Talleres Espasa-Calpe.

Ha tenido una intensa preparación, cuyo principio debe buscarse en el viaje de estudios que hizo por los Estados Unidos a la terminación de su carrera de ingeniero. Sin embargo, es sólo a partir de 1939—para ser más concretos, desde la publicación de su libro *La industrialización necesaria*—cuando se lanzó definitivamente a emitir las concepciones elaboradas y a cooperar en el intento de construir una nueva situación económica. Pues bien, en este período se encuentra el ensayo que ahora comentamos.

Su autor está en la primera línea de un grupo de economistas inquietos, surgido hace pocos años, que todavía está en fase de constitución y del cual se espera en España obras de gran trascendencia. Por eso hay en las páginas de este libro una constante preocupación por buscar las fórmulas nuevas, por resolver definitivamente las imperfecciones de la realidad económica.

A juicio de algunos críticos, *Los países olvidados y la economía de la paz* forma un paréntesis en la tarea emprendida por Robert. Esto es radicalmente falso; lo que ocurre es que las ideas mantenidas por ese economista para el futuro de España se enmarcan aquí en un aspecto más amplio, del que nunca quiso prescindir, y que es la economía mundial. Evidentemente, la autarquía defendida en parte de Europa durante algunos años, ha fracasado; nadie lo puede ignorar. Robert propugna un sistema de íntima conexión entre las economías de los diversos Estados, construye sus proyectos sobre tal supuesto y, en consecuencia, nada tiene de extraño que también dedique su atención a los problemas que surgen en el orden económico internacional.

No cabe lugar a dudas que, entre esos problemas, uno de los más graves es el que estudia este libro; es decir, la tendencia que fatalmente sigue el superindustrialismo moderno, con los métodos que ha mantenido hasta ahora, a sobrepasar con la masa de sus productos la capacidad de compra de grandes sectores del consumo; y la subsiguiente crisis, por imposibilidad de colocar la producción, a que se va por los países ricos.

El hecho que se registra actualmente en Inglaterra, Estados Unidos, etc., de que haya mayor capacidad de compra que capacidad de venta, está provocado por el desajuste transitorio de la guerra pasada; y lo más probable es que quede superado en un corto lapso de tiempo. La crisis auténticamente grave es, desde luego, lo que provoca el primer supuesto a que nos referimos, y que constituye la base de la publicación de Robert. Originó el *crak* de 1929 y puede originar en el futuro otra nueva catástrofe, que quizá sea de peores resultados.

Se trata de una circunstancia característica de nuestro siglo. En el XIX, el Reino Unido fué el primer país que utilizó en gran escala los nuevos medios técnicos de aplicación de energía y de beneficio y aprovechamiento de los minerales. Así se convirtió en la primera potencia económica y durante mucho tiempo tuvo la hegemonía en los suministros de maquinaria y diversos útiles a los pueblos más retrasados. Esta situación no podía provocar grandes perturbaciones, ya que la potencia productiva de los industriales ingleses no llegaba, ni con mucho, a la capacidad de compra del extranjero. Sin embargo, la cuestión empezó a complicarse cuando, después de otras «entradas» de poco interés (Francia, Bélgica), Alemania y Estados Unidos comenzaron a producir en masa, lanzando al mercado interior e internacional sus productos, «second class» pero más baratos y, por tanto, más asequibles. Pronto quedaron eliminados los intereses británicos de aquellos países y desde entonces a la subsiguiente derrota en otros mercados «tierra de nadie» pasó poco tiempo.

Alemania era la potencia industrial que amenazaba más fuertemente los centros de consumo preferidos por los fabricantes de Inglaterra. Este hecho provocó la primera guerra mundial; pero el armistico de 1918 no hizo más que aplazar por algunos años la situación irremediable. En 1933 comenzó la industria germánica a alcanzar las grandes cifras de 1913 y en aquella fecha Estados Unidos, que volvían a recuperarse del desastre sufrido en 1929, cogieron ya definitivamente la hegemonía mundial. No obstante, había ocurrido que todos los restantes Estados, o bien se dedicaron también a la explotación industrial, o bien llegaron al límite de su capacidad de compra, con lo cual desaparecieron los espacios vacíos. Y el nuevo estatuto que consistía en que, mientras Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Japón, Bélgica y en determinados productos otras naciones, se repartían el monopolio de la economía mundial, los pueblos asiáticos, los del sudeste europeo y los hispanoamericanos (con algunas excepciones, entre las cuales se cuentan Argentina, Canadá y Australia) quedaban desbordados ante el confort de vida de los habitantes de aquellos países. La obtención del coche, de la frigidaire, de la radio, de la gasolina, de unas cuantas máquinas, les costaba hipotecar sus grandes reservas naturales. Pero fijémonos bien: eso era perder las fuentes de primeras materias; lo más trágico era que las tendencias monopolísticas de los grandes fabricantes iban más allá, impidiéndoles aumentar su capacidad de compra, a fuerza de cortar sus conatos industriales con el *dumping*. Sin embargo, a la larga, aquella injusticia se volvía contra el agresor. Y la amenaza de *crak*, que siempre estaba cerniéndose sobre el su-

perindustrialismo, era de nuevo inminente; su cumplimiento, mera cuestión de pocas fechas. Pues la realidad es que si pudiesen esos industriales racionalizar su producción, poniéndola al nivel de la capacidad del consumo, se llegaría a un equilibrio firme y la crisis no sobrevendría. Pero el caso es que, sometidos a la ley de la competencia y al impulso de crecimiento, aumentan sin cesar las cifras de sus producciones y acaban por encontrar cerrada la colocación de las mismas; lo cual provoca el cierre de las fábricas y, por consiguiente, la ruina.

¿Cómo solucionar esta especie de círculo vicioso en el que los pueblos «olvidados» al principio pierden los medios de desarrollarse económicamente con eficacia, y en el que los pueblos industriales acaban por ir al desastre? Tal es el gran interrogante, de tan amplios aspectos sociales y políticos como económicos, que Robert trata de solucionar, al menos también de forma esquemática.

Su fórmula es: sustitución del sistema económico internacional imperante hasta 1939, por una complementariedad, una racionalización estrecha de las relaciones económicas internacionales. ¿Qué se entiende por complementariedad? En suma, la división del trabajo de Adam Smith, y la extirpación de la política imperialista, de explotación del más débil; solución original, con respecto a la del gran teórico inglés, ya que Robert propugna, no una racionalización del trabajo automática, una ampliación de los métodos de la economía dirigida al campo internacional.

Creemos que el interés máximo de esta solución consiste en su gran actualidad. Es el experimento más grande que se está ralizando hoy día. El Plan Marshall, los intentos de coordinación que se hacen entre los Estados hispanoamericanos y la regulación de la economía interestatal (por ahora, entre los Estados occidentales de Europa y los americanos), a base de una revalorización de los mercados agrícolas, cuyo índice más expresivo está en el «Acuerdo de los Andes», firmado entre Inglaterra y Argentina, y la ayuda a ultranza que tienden a prestarse entre sí todas las naciones de pequeña renta, son una demostración concluyente del valor actual y práctico de las ideas de Robert.

E. Larroque.

ECONOMIA INTERNACIONAL IBEROAMERICANA

Indudablemente, el fenómeno económico es de una complejidad extrema, pero dentro de él cabe separar el campo de las teorías del de los hechos. Y en este último encuadra completamente el estudio de la estructura real de la economía en el Continente americano, tal y como lo hacen Olson y Addison (1).

La obra de estos profesores de la Universidad de Iowa, terminada en plena guerra mundial (1943), recoge, junto a los problemas que se pudieran llamar «constantes en Hispanoamérica», la inquietud de las variaciones que en esta estructura origina la guerra; y ello en simple exposición de hechos, sin entrar a exponer o aconsejar medidas de política económica concretas, sino, antes bien, dejando que el lector saque sus propias conclusiones ante el realismo de las cifras y de los acontecimientos.

El libro, en su totalidad, puede considerarse dividido, a lo largo de sus dieciséis capítulos, en cinco partes de distinta naturaleza:

1. *El comercio.*—No en sentido lato, sino como proyección de potencialidad al exterior, ya que los dos sectores en que puede suponerse dividida a América, hispanoamericano y anglonorteamericano, están fundamentalmente ligados al comercio internacional, sin el cual estas típicas economías de intercambio se verían gravísimamente dislocadas.

Se estudian de modo primordial las relaciones entre los distintos países americanos entre sí, y especialmente con respecto a Estados Unidos, dada la gran potencialidad económica e industrial de este país, pero sin descuidar los intercambios con Europa, importantísimos en países tales como Bolivia, Paraguay, Uruguay y Argentina, y aún más a consecuencia de las desviaciones originadas por la segunda guerra mundial.

2. *Las inversiones.*—Capítulo éste de gran importancia para comprender la real situación de Hispanoamérica, cuyos intereses económicos se hallan ligados fuertemente a otras naciones, tanto por la especial estructura del comercio americano, fundamentalmente dirigido hacia la exportación, como por las fuertes inversio-

(1) *Economía Internacional Latinoamericana*, de PAUL R. OLSON y C. ADDISON HICKMAN. Traducción de A. S. Hoyos. Fondo de Cultura Económica. México, 1.ª edición en español, 1945. 505 págs. Tamaño 22 × 14,5 cm.

nes capitalistas de estos países en suelo hispano, inversiones que les dan a veces gran poder en los asuntos internos de las naciones americanas.

Se detienen los autores luego en las oportunidades que se ofrecen actualmente a las inversiones en las distintas ramas de producción agrícola, minera, de transportes, etc., así como en los impedimentos principales que se encuentran, derivados principalmente de la desigual distribución de la población en el campo y en la ciudad, los sistemas de propiedad territorial y la legislación, especialmente en cuanto se refiere a la forma de las empresas mercantiles y al Derecho laboral.

En el grupo de las llamadas «inversiones públicas», que empezaron propiamente a partir de 1939 con el principal motivo de la nacionalización de los ferrocarriles, se estudia especialmente el Banco de Exportación e Importación, de Washington, que facilita grandes sumas a Hispanoamérica, y el proyectado Banco Interamericano.

3. *Política económica.*—Esta parte, sin duda la más interesante del libro, dedica especial preferencia a la política aduanera, sobre todo a la de Estados Unidos, haciendo un detallado examen de los productos de importación de este país, así como de sus derechos arancelarios, para tratar de determinar al fin los posibles efectos que en cada país hispanoamericano produciría la suspensión de estos aranceles, habida cuenta del mayor tráfico internacional que ocasionaría el aumento en la demanda de productos a consecuencia de la reducción de precios motivada por la supresión de los derechos aduaneros. Indican los autores, sin embargo, que nadie puede prevenir en qué forma cambiarían las trayectorias del consumo como resultado del reajuste económico consiguiente.

En el período 1930-39, con la gran depresión de los Estados Unidos, se hacen numerosas revisiones de las tarifas, elevándolas y estableciendo el sistema de doble columna, tendiendo a sustituir los aranceles por otros métodos para el control del comercio, que protegieran y fomentaran la producción nacional, y así, en este orden de cosas, se estudia la fijación de contingentes de importación en sus diversos tipos (citando casos concretos como los del algodón, café, azúcar, petróleo, etc.), el programa de compras de plata por parte de Estados Unidos, las contribuciones indirectas, la reglamentación sanitaria (especialmente en cuanto se refiere a la carne), el control de la exportación (necesario a causa de la guerra mundial), la congelación de fondos extranjeros (iniciado en 1940 para proteger los intereses de las naciones europeas ocupadas por Alemania), acuerdo de compra (referidos a la de los materiales estratégicos), control

de precios en Estados Unidos (por su gran repercusión en la de las restantes naciones americanas), los monopolios nacionales (como controladores de las exportaciones), control de cambios y tratados comerciales. A este último aspecto dedica todo el capítulo XIII, diciendo que su iniciación tuvo lugar con la *Trade Agreement Act* de 1930, consecuencia de la crisis de 1929, dándose con ellos un gran paso hacia la cooperación internacional, antes muy reducida por las tendencias al nacionalismo económico y a los pactos bilaterales.

Sus efectos son difíciles de prever, pero puede decirse que desde 1938 a 1940 produjeron un incremento proporcionalmente mayor en las exportaciones de los Estados Unidos que en sus importaciones, si bien a partir de 1941 las naciones hispanoamericanas «pudieron contrarrestar su creciente servidumbre respecto de Estados Unidos».

Termina el capítulo con un examen por países, con especial referencia a los pactos existentes entre Norteamérica y Cuba, Venezuela, Argentina y Perú.

El control de cambios, que surge en 1930 para conservar las divisas y contrarrestar la pérdida de mercados, se encaminó luego a proteger a los productores nacionales y al bilateralismo profesional, originando así acuerdos de compensación, pago y liquidación, especialmente entre Argentina, Chile, Brasil y Colombia.

4. *Cooperación internacional panamericana.*—Comprende este aspecto todo el capítulo XV, y estudia los intentos hechos para analizar con criterios semejantes problemas comunes a Hispanoamérica y Norteamérica, generalmente de tipo más bien cultural e informativo, tales como los referentes al Instituto Estadístico Interamericano, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas, etc., así como algunos problemas más concretos, como es, por ejemplo, el de las ventas de café, problema que culminó con el Acuerdo Interamericano del Café, de 1940.

5. *Futuro papel mundial de Panamérica.*—Es un ligerísimo análisis de siete páginas (cap. XVI), que indica las opiniones existentes sobre un futuro a base de un bloque continental de toda América, o bien sobre una cooperación mundial total. Señalan los autores que una verdadera unión entre los países americanos es dificilísima, pues Hispanoamérica no constituye un grupo económico homogéneo, si no es en su característica común de producir para exportar, lo cual tiene teóricamente todas las ventajas de la división internacional del trabajo, pero prácticamente no hace sino supeditar a estos países de economía no industrial a otros más avanzados económicamente.

Es ésta la consecuencia final que se saca del libro reseñado. Los países hispanoamericanos están subordinados económicamente a otros, en parte por su especial estructura basada y proyectada hacia el exterior, y en parte también por la gran cantidad de inversiones extranjeras existentes en Hispanoamérica. Para llegar a esta conclusión, los autores dan una visión de conjunto de la estructura económica y puntos de política económica más interesantes—algunos de ellos discutibles—para el conocimiento de la real situación de aquel continente, todo ello abonado por numerosas cifras, si bien hay que hacer la salvedad de la poca consistencia de algunas de éstas.

A. Vizoso

UN CUADRO HISTORICO DE LAS INDIAS

Es posible que la época en que nos ha correspondido vivir sea, como dice Salvador de Madariaga, una «era de rebusca íntima, en la que las palabras que antaño resplandecían con luz propia son ya ceniza de sí mismas, ceniza que analizamos ansiosamente», y quizá por esta razón, él, a tono siempre con las épocas, se haya propuesto desentrañar el problema que plantea la existencia del Imperio español en América durante tres siglos de Historia. Nos parece, en efecto, que sobre la cabeza de Madariaga, en silencioso rigodón de misterio, bailaban muchas preguntas que él ha tratado de contestarse. Y sus respuestas, trasladadas al papel, han originado el libro que ahora vamos a comentar (1).

La obra se nos presenta, ante todo, como un estudio de interpretación, como una síntesis de gran estilo y con pretensiones de acertada, clara y lógica en sus deducciones. He aquí—parece decirnos el autor—la única visión exacta de lo que fué el sistema imperial de España en las antiguas Indias de Occidente.

Pero, como ya es sabido, toda síntesis histórica ha de estar basada en un análisis minucioso, exhaustivo a ser posible, de los documentos, que son, en definitiva, los vehículos fundamentales que transportan hasta nosotros el conocimiento de los hechos acaecidos en el pasado. Así, pues, una obra de síntesis ha de estar construída sobre un cimiento de datos que, debidamente comprobados y analizados con entera objetividad, permitan constituir el asiento del edificio—claro, sencillo y sólido—que es toda fisonomía histórica. Hay,

(1) Madariaga, Salvador de: *Cuadro histórico de las Indias: Introducción a Bolívar*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana [1445], 1.043 págs. + 1 hoj.

pues, implícita en toda obra de síntesis una labor previa de erudición pacientísima y un trabajo de exégesis inteligente y desapasionado. ¿Qué ha hecho Salvador de Madariaga a estos respectos?

Fernando Soler, en la reseña crítica que sobre *Cuadro histórico de las Indias* publicó en el número 27 de la *Revista de Indias*, señala acertadamente que los únicos fondos documentales inéditos que Madariaga utiliza en su obra pertenecen al Museo Británico y al Archivo Nacional de Londres *(Public Record Office)*. Quiere esto decir que Madariega ha prescindido totalmente de los fondos documentales más importantes e imprescindibles para todo estudio que verse sobre Historia de América. Así, la ausencia de los documentos conservados en los archivos españoles e hispanoamericanos hace ya incompleta la obra en su aspecto analítico, tara que vemos pesar implacablemente sobre el libro. Es indudable que el autor, desde la Bodleiana de Oxford, no ha podido realizar esta irrecusable investigación previa, pero no es menos cierto que, conocida esta imposibilidad, no debería haber escrito nada o haber dado, al menos, a sus juicios un carácter de provisionalidad hasta que sus investigaciones fueran más completas. Porque es en esos archivos—concretamente en el Archivo General de Indias—donde están aún, ignorados o mal conocidos, los datos que pueden darnos la clave de la historia de la conquista y colonización española y, muy especialmente, la de los precedentes, causas y desarrollo de la llamada emancipación.

Pero no es sólo esto. Aún hay algo más importante, en lo que la falta de Madariaga, sin ser inexplicable—lo veremos más adelante—, es mucho más imperdonable y notoria. Si los archivos españoles e hispanoamericanos le estaban vedados a Madariaga, no sucedía lo mismo con la bibliografía. Los documentos inéditos no pueden ser sacados de los archivos—excepto por algunas personas, que tienen la curiosa manía de robarlos—, pero los libros van a todas partes, se compran, se venden y constituyen también la única mercancía que se presta. Sin embargo, Madariaga, a pesar de haber adquirido libros en Londres y «en otras ciudades», ha prescindido o desconoce—no interesa señalar cuál de los dos defectos es peor—libros fundamentales para el estudio de las materias que trata. Si repasamos lo que él—muy ingenuamente—llama «una vasta bibliografía» utilizada, veremos en seguida que faltan en ella la casi totalidad de las obras más importantes publicadas sobre el tema, cuyos autores son, precisamente, españoles e hispanoamericanos, y que sobran, en cambio, muchas otras de autores extranjeros, casi del todo superfluas, por no decir inútiles, para su estudio. Y no se aleguen ficticias im-

posibilidades—especialmente por lo que a España respecta—, ya que si Madariaga conoce la estimable obra de don Ramón Carande, también debía haber manejado otras, anteriores, coetáneas o posteriores a ésta, que tratan de lleno los problemas estudiados y cuya lista es imposible hacer aquí por una elemental razón de espacio. ¿Qué excusa puede oponer el autor al desconocimiento de las obras de don Carlos Pereyra, por ejemplo? Y esto, conviene decirlo, no es más que un botón de muestra.

Podemos afirmar, por tanto, que la obra de Madariaga acusa, en primer lugar, una lamentable ausencia de fuentes informativas. Y con esta carencia de glóbulos rojos su historia queda raquítica, anormal, deforme; falta de algunos miembros y con otros exageradamente abultados o empequeñecidos exageradamente. Pero, por otra parte, falta también a Madariaga la necesaria canalización que da a los hechos toda concepción histórica, acertada o errónea. Lo ha visto bien Soler en su citada crítica. Es el caso que Madariaga saca de hechos iguales o semejantes conclusiones distintas y aun opuestas, denotando con ello una especial ceguera que le impide ver el panorama de conjunto.

Insuficiencia, pues, del necesario análisis; desconocimiento parcial de algunos datos y total de muchos otros. En definitiva, repetimos, información deficiente que hace endeble y falta de base las síntesis. Anotemos, sin embargo, pequeños aciertos esporádicos—en los problemas demográficos, por ejemplo—y teorías sugerentes respecto a la llamada independencia, dignas siempre de tenerse en cuenta, se compartan o no la opiniones del autor. Es en este último punto donde sólo pueden hallarse, dentro de la obra de Madariaga, elementos verdaderamente útiles a la historiografía, ya que el autor señala hechos y aporta datos no tenidos suficientemente en cuenta hasta ahora.

Pero no olvidemos, según dijimos antes, que toda síntesis histórica ha de demostrar, junto al conocimiento de los hechos, una recta y lógica interpretación de esos hechos. Y en este aspecto la obra de Madariaga es lamentable. Es, en definitiva, que el autor, en esa natación de que nos habla contra el flujo del prejuicio, ha sido arrastrado por la corriente. No podía menos que suceder así, porque la tradición pesa mucho, sobre todo cuando se trata, como en este caso, de una tradición política. La de Madariaga es, por otra parte, conocida y clara. Pero, por si no fuera así, todo su libro está empapado en ella y con arreglo a ella está escrito y el autor ha interpretado sus datos.

Observemos, en primer lugar, una carencia de juicios definidos

y una abundancia—aquí sí que *ex abundantia cordis*—de frases ambiguas y vacías. «La investigación objetiva moderna—nos dice en una ocasión—ha probado que los españoles destruyeron mucho menos de lo que se suele decir, aunque hubo, desde luego, destrucción sistemática y general de templos y documentos aztecas.» El párrafo no puede ser más anodino ni insustancial en sí, pero responde perfectamente a la personalidad política del autor. Es el *espíritu de tolerancia,* bajo cuya túnica de falsa impasibilidad se oculta un oscuro cuchicheo de doble filo. «No se trata ni de defender ni de atacar, ni de alegatos ni de elogios», nos había dicho Madariaga. Nada, por tanto, definido; todo amorfo, grisáceo y fácilmente adaptable a todas las situaciones.

Sin embargo, contradiciéndose a sí mismo, Salvador de Madariaga se confiesa «liberal moderno». Confesemos que esta afirmación sobrecoge el ánimo. ¿Qué es un liberal moderno? Pasemos por alto esta nueva vacuidad, aun a riesgo de que se nos moteje de ignorantes, y fijémonos en algunas conclusiones del libro. Las conclusiones de Madariaga, aunque parezca paradójico, son elocuentes respecto al sentido que preside la obra. Escuchemos esta : «Sin forzar, pues, el argumento, ni cerrar los ojos a la grave responsabilidad de la Corona en cuanto al trato de los indios por ejemplo en materia, e indirectamente, por la venta de oficios, y la menos que mediana selección de oficiales reales, cabe la conclusión de que en los tres siglos del régimen español de las Indias, la tendencia al orden, a la ley, a la equidad para todos, al buen gobierno y a la protección de los naturales resplandece sobre todo en la Corona; que la tendencia a la anarquía, a explotar y a esquilmar a los naturales, a gozar egoístamente de los frutos inmediatos de la vida sin escudriñar poco ni mucho el aspecto ético de los actos, se manifiesta sobre todo en los blancos instalados en las Indias, ya nacidos en ellas (criollos, «españoles»), ya nacidos en España («europeos»); y que los españoles que iban y venían como oficiales y dignatarios de la Iglesia o del Estado, si bien a veces instrumentos leales y enteros de las tendencias de la Corona, las más de las veces actuaban haciendo comercio y negocio de su función oficial para hacerse con fuerte parte de la explotación de los naturales, o, por debilidad de carácter se dejaban sumir en la corrupción del ambiente. Es sin embargo justo y necesario hacer constar que la base y cimiento del abominable sistema de las Indias era sin duda alguna la población blanca de ella, cuya vida sin ley fluía vigorosamente a borbotones a través de las mallas de las leyes españolas.» Dejando aparte la cruel antipatía que Madariaga demuestra sentir hacia las comas, fije-

mos la atención en el espíritu del párrafo. «A veces», los oficiales y dignatarios de la Iglesia y el Estado eran honestos, pero «las más de las veces» eran inmorales y no hacían más que negociar suciamente. Mas no importa: «la Corona» era justa, limpia y bienintencionada. Y tonta, habría que añadir, siguiendo la tesis de Madariaga. Porque un Estado que hace leyes justas y no sabe hacer cumplirlas es un Estado inútil, iluso y nocivo para sus súbditos. ¿Era ésta la conclusión que perseguía el autor?

Sin embargo, el libro tiene a veces grandes aciertos: cuando Madariaga no se niega a aceptar las evidencias. «La desalmada explotación de los indios por «españoles y mestizos»—nos dice—fué empeorando a medida que iba decayendo el espíritu religioso de los españoles, único freno que mantenía en límites de razón la energía dominante de la nación más fuerte.» Suscribimos por completo esta frase. Pero nos suena a insincera en Madariaga. ¿Será una de las «no pocas conclusiones» contrarias a sus «prejuicios, preferencias y preconcepciones» que ha «tenido que sentar» en su libro?

He aquí, explicados por el propio autor, la razón de sus errores y el sentido de su obra. Porque Madariaga, a pesar de su presunción de objetividad, no ha logrado, en muchas ocasiones, desasirse de sus prejuicios. Veamos un ejemplo: «El martes 26 de noviembre de 1527—nos relata—arribó a Santo Domingo un velero inglés. Aunque el objeto de su viaje permanece desconocido, es posible que fuera a comerciar. Lo cierto es que la Audiencia «acogió a los recién llegados con cordialidad a que ellos correspondieron». Y ahora léase bien: «cuando ingleses y españoles se hallaban cenando juntos a bordo del velero, resonó un estampido, y una bala de cañón de la fortaleza pasó tan cerca de los mástiles que dió al traste con la tranquilidad del ambiente, así como con la de los visitantes ingleses, quienes después de enviar a tierra a toda prisa a sus huéspedes se hicieron a la vela sin tardar». Después, claro está—la consecuencia es lógica—, volvieron los británicos y saquearon la campiña en justa venganza, comenzando así esa larga serie de robos piratescos—Madariaga dice «introsiones»—con que ingleses, franceses y holandeses empezaron a enriquecerse.

De este modo sencillo explica nuestro autor el origen de las piraterías inglesas y así, también sencillamente, culpa a España—que, según él, atacó a traición a aquellos mercaderes—de haber sido la causa de aquellas piraterías. No nos sorprende la actitud de Madariaga. El mismo nos la explica líneas después, cuando al hablar de los corsarios nos dice: «Suele depender su reputación del color de los ojos que los miran y del patriotismo del escritor que cuenta sus

hazañas.» En efecto, la frase no puede ser más certera. Sólo que la filosofía que entrañan estas palabras parece un poco vieja. ¿Tendremos que pensar que Madariaga aprendió filosofía en aquella estrofa de Campoamor que empieza: «En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira?» En todo caso, el color de los ojos de Madariaga es el de la ceguedad; su patriotismo..., ¿cómo es el patriotismo de Madariaga?

Mas dejemos aparte los conocimientos metafísicos del autor y preguntémonos por aquellos ingleses. ¿Qué eran esos llamados filibusteros? Hay dos contestaciones extremas a esta pregunta: «Los españoles—dice Madariaga—no ven bien en qué diferían de los piratas. Los ingleses, por el contrario, y también los franceses y holandeses, se ingenian para decorarlos con el nombre de héroes.» Ahora oigamos al autor: los corsarios ingleses «vienen a ser una especie de conquistadores de mar más parecidos a los conquistadores de tierra españoles, de los que ambas partes parecen dispuestas a aceptar». Y añade: «Salvo en un sólo aspecto, que más tarde se comenta, Drake se parece más a Pizarro, Releigh a Cortés, Morgan a Nuño de Guzmán, que ninguno de los tres a Nelson.» La verdad es que no interesa saber en qué puedan parecerse, mucho o poco, esos piratas a Nelson. Lo que sí conviene, en cambio, anotar es la inusitada ceguera de Madariaga. ¿Cómo es posible que él, biógrafo de Cortés, pueda comparar a los piratas ingleses con nuestros conquistadores, al conquistador de Nueva España y fundador de la nacionalidad mexicana, con Raleigh? Pero aún hay más. Después de anotar con abundantes datos los saqueos, robos y crímenes de los piratas, se le «impone» una «persistencia curiosa». «Los piratas, bucaneros y marinos de Francia, Inglaterra y Holanda—escribe—venían a desempeñar para con las Indias españolas un papel en cierto modo análogo al que los conquistadores habían desempeñado con incas y aztecas. Aztecas e incas tenían también sus nobles y magníficas ciudades; también se habían organizado la vida bajo un diseño que desde luego convenía más a su modo de ser que el que los españoles, seguros en su ingenua fe, quisieron imponerles. También vieron sus pueblos saqueados y robados; sus templos saqueados por el cristiano y toda su vida violada por el poder de las armas.» El párrafo se comenta por sí solo; lo que en él afirma es falso totalmente, como el propio autor demuestra en otro lugar del libro. De todas formas, creeremos a Madariaga en cuanto nos demuestre de un modo fehaciente por qué el diseño de vida que los indios se habían trazado les convenía más que el que los españoles les dieron.

En resumen, el libro está bien pensado para alcanzar sus fines concretos. He aquí su peligro y su torpeza. Pero para nosotros el juego es muy burdo y demasiado claro. El juego, al mismo tiempo, es la causa del fracaso de la obra. Porque no se puede explicar la Historia con arreglo a un determinado manejo político. Por otra parte, desengáñese quien aún no lo esté: del mismo modo que para pintar las tablas de Fray Angélico se precisa frecuencia de Sacramentos, para explicar el verdadero cuadro histórico de las Indias es necesario, imprescindiblemente, ser auténtico español o hispanoamericano auténtico. Madariaga, como es sabido, no es ninguna de las dos cosas. Por eso no puede captar esa virtud que él mismo apunta para el Imperio español: el estilo.

JAIME DELGADO.

«EL DERECHO FINANCIERO Y LA PLANIFICACION ECONOMICA»

Fases de culminación de lo financiero y de lo económico, el Derecho financiero y la planificación económica aparecen en el terreno de las realidades de muchos países, entre los cuales no son, ciertamente, los pertenecientes a la comunidad hispánica los más retrasados en este sentido, ya que el Código fiscal de la República de El Salvador fué en el año 1900 muestra única en el mundo y acabada expresión de perfección en la técnica legislativa, y el florecimiento económico de los países meridionales de Suramérica, en gran parte, son efecto de diversos grados de política planificada.

Por ello, Hernán Manrique (1), recogiendo estas dos metas de la aspiración científica y práctica, analiza las principales cuestiones de la vida económica y financiera, aportando sugerencias y soluciones que, si bien están enfocadas desde el punto de vista nacional de Colombia, ello, no obstante, y precisamente por la actualidad del tema, ofrece un interés general de perspectivas extranacionales; y así puede afirmarse, en líneas generales, que se trata de una aplicación a la realidad económica del antiguo virreinato neogranadino de las dos instituciones que integran el nombre de la obra que analizamos, la cual es una tesis doctoral y, por ello, participa del ade-

(1) MANRIQUE A. (Henán): *El derecho financiero y la planificación económica* (tesis doctoral). Facultad de Ciencias Económicas y Políticas de la Pontificia Universidad Católica Javeriana. Bogotá, 1947.

cuado carácter de trabajo personal de investigación todo lo más original posible. Se analiza, en un principio, la honda transformación operada en el Derecho privado y el público, toda vez que, en tanto que en el primero se encierra hoy una noción esencialmente colectiva, en el segundo, la idea directriz actualmente la constituye el servicio público y, en este sentido, expone las concepciones doctrinales ya clásicas de Duguit, Haurrión y Jézé.

Las transformaciones citadas no se operan tan solo en lo que al contenido intrínseco de las dos ramas jurídicas se refiere, sino que también se ponen de relieve en «la formación progresiva de nuevas disciplinas que se separan del tronco general y fundamental»; y así, Manrique recuerda el nacimiento del Derecho social como derivación autónoma del Derecho privado, así como también, en tiempos más recientes, la emancipación del Derecho financiero del complejo de Derecho público, adoptando como definición la del profesor italiano Pugliese: «es la disciplina que tiene como objeto el estudio sistemático del conjunto de las normas que reglamentan la recaudación, la gestión y la erogación de los medios económicos que necesitan el Estado y los otros órganos públicos para el desarrollo de sus actividades»; siendo además de tener en cuenta que el autor considera que el Derecho financiero es la base indispensable de la planificación económica.

En el capítulo segundo analiza el Derecho financiero colombiano, no sin antes destacar la transformación impresa en el Derecho público y en el privado por la presión de los fenómenos económicos y sociales, señalando, por último, que, «si bien es cierto que en Colombia no se puede hablar de la existencia de un Derecho financiero sistematizado, sin embargo, existen todos los elementos necesarios de juicio para su sistematización»; afirmación que comprueba y confirma al recordar el insuficiente Código fiscal que fué seguido de una numerosa y dispersa legislación posterior, que impone una nueva y eficaz codificación de esta tan importante rama del Derecho público; ramificación especial del Derecho financiero la constituye el Derecho tributario, cuya materia constituye ya el contenido del tercer capítulo, el cual distribuye en dos secciones, a saber: obligación tributaria y proceso de formación de la misma; secciones que, a su vez, subdivide en otras varias divisiones y subdivisiones secundarias, pero sin que esta exposición sistemática doctrinal deje de ofrecer con la realidad del Derecho tributario colombiano acusado contraste, como lo atestigua la enumeración de dieciocho leyes tributarias, sin olvidar los Códigos civil y penal, dentro de cuyo articulado hay algunas disposiciones tributarias.

Como su título indica, el libro trata también una importante cuestión, cual es la de la planificación, que integra el contenido de los restantes capítulos. Siguiendo una exposición sistemática analiza, en primer término, la célebre crisis económica de 1929, a la que juzga como el comienzo de una nueva era, por considerar «que indicó la caída de las prácticas económicas capitalistas». En el capítulo quinto analiza el liberalismo y su evolución, afirmando resueltamente que «el mundo del siglo XIX se determinó en todos los órdenes por el liberalismo manchesteriano, pero el mismo acabó y dió al traste con lo que engendró», siendo clara prueba de esta trasmutación de la pasada centuria la sustitución de la filosofía por la sociología y el predominio del consumo como meta de la realidad económica, por oposición al liberalismo, que lo arrinconó, y la formación de la cuestión social, todo lo cual engendró la intervención del Estado en la vida económica, y la aparición de planificaciones que, lógicamente y según la diversidad de realidades reguladas, son perfectamente diferentes; y así, por lo que a Colombia se refiere, sostiene el autor que «el implantamiento de la industria pesada como base de toda industrialización, sólo lo puede lograr el Estado equipado de planes económicos científicamente estudiados y financieramente solucionados en desarrollo de una política económica a largo plazo»; la planificación, a pesar de las variedades que presenta (el autor expone los diversos matices que van desde los planes soviéticos y totalitarios en general hasta los democráticos), es reducible a una esencial unidad, o, como dice el autor, «planificación es coordinación por medio de un esfuerzo consciente, en vez de la coordinación automática que tiene lugar en el mercado, y este esfuerzo consciente debe hacerlo un órgano de la sociedad»; esta coordinación consciente precisa, para ser adecuadamente llevada a cabo, de instrumentos, siendo uno de los fundamentales el Derecho financiero, que hace posible, mediante la regulación jurídica de aportación de medios, la realización de los fines del Estado; así, de esta forma, se relacionan las dos partes del título del libro.

En los dos últimos capítulos, Manrique tiende a demostrar la inexistencia, a través de la historia independiente de Colombia, de una verdadera política económica, «siempre retrasada a la vera de los acontecimientos», y sin que a remediar esto baste la notable excepción de ciertos períodos de desarrollo de las obras públicas y reformas fiscales, siendo, por otra parte, perfectamente viable el desarrollo de una auténtica política económica, dado el marcado fundamento que ofrece la Constitución colombiana, cuyos artículos ofrecen normas generales de amplio desarrollo que ya, en varias

ocasiones, se ha llevado a cabo en la cristalización de varios planes económicos a partir del año 1933.

Esta obra, en suma, es una muestra más de la labor investigadora que caracteriza a la prestigiosa Pontificia Universidad Católica Javeriana en su propósito de abrir perspectivas amplias a las más importantes cuestiones doctrinales y prácticas.

MIGUEL J. DE CISNEROS

PRECIO :
DOCE PESETAS.

Argentina 1,50 pesos.—Bolivia, 25,00 bolivianas.—Brasil, 7,50 cruceiros.—Chile, 15,00 pesos. Colombia, 0,90 pesos.—Costa Rica, 2,50 colones. Cuba, 0,35 pesos.—El Ecuador, 5,60 sucres.—El Salvador, 1,00 colón. España, 12 pesetas. —Estados Unidos, 0,50 dólares. — Filipinas, 1,00 peso. — Guatemala, 0,35 quetzales. — Haití, 1,50 gourdes.— Honduras, 0,90 lempiras.—Méjico, 1,50 pesos.—Nicaragua, 1,50 córdobas.—Panamá, 0,35 balboas.—Paraguay, 1,30 guaraníes. — Perú, 2,50 soles.—Portugal, 15,00 escudos.—R. Dominicana, 0,35 dólares. Uruguay, 0,80 pesos.—Venezuela, 1,30 bolivares.